

JOSÉ CARLOS

# SOMOZA

LA DAMA NÚMERO TRECE



se

Salomón Rulfo, profesor de literatura en paro y gran amante de la poesía, sufre noche tras noche una inquietante y aterradora pesadilla. En sus sueños aparece una casa desconocida, personas extrañas y un triple asesinato sangriento, en el que, además, una mujer le pide ayuda desesperadamente. Por este motivo, Salomón acude a la consulta del doctor Ballesteros, un médico que le ayuda a desentrañar el misterio de los sueños y le acompaña en lo que se convertirá en un caso mucho más terrible y escalofriante que cualquier fantasía: el escenario del crimen es real y la mujer que pide socorro a gritos fue realmente asesinada.

En compañía de una joven de pasado enigmático, el doctor y un ex profesor de la universidad con el que mantiene una relación compleja, Salomón se adentrará en un mundo donde las palabras y la poesía son un arma de gran poder. En ese mundo, habitan las doce damas que controlan nuestro destino desde las sombras... o ¿son trece brujas?

Con *La dama número trece* el autor hilvana con destreza y elegancia una fascinante historia de intriga, en la que se desafía la inteligencia y la fantasía del lector. Y con esta nueva novela, José Carlos Somoza confirma una vez más su talento a la hora de urdir tramas de misterio y recrear una atmósfera de tensión con una prosa lírica y bella.



José Carlos Somoza

# La dama número trece

ePub r1.1  
Titivillus 19.10.16

Título original: *La dama número trece*  
José Carlos Somoza, 2003

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



*Para José María Montesino y Conchita Jiménez.  
Y, naturalmente, para Azahara.*

Observad la doctrina escondida  
bajo este velo de extraños versos.

DANTE. *Inferno IX*

## **I. EL SUEÑO**

La sombra se deslizaba entre los árboles. La maleza y la noche le otorgaban el aspecto de una figura incorpórea, pero era un hombre joven, de cabello largo, vestido informalmente. Al llegar al límite de la espesura se detuvo. Tras una pausa, como para asegurarse de que el camino se hallaba libre, atravesó el jardín en dirección a la casa. Era grande, con una galería de columnas blancas en la fachada a modo de peristilo. El hombre subió las escalinatas de la galería, penetró en la casa con tranquila sencillez, recorrió la planta baja sin encender una sola luz y se paró frente a la puerta cerrada del primer dormitorio. Entonces sacó del bolsillo uno de los objetos que llevaba. La puerta se abrió sin ruido. Había una cama, un bulto bajo las sábanas; se oía una respiración. El hombre entró como la niebla, más leve que una pesadilla, se acercó al lecho y vio la mano, la mejilla, los ojos cerrados de la muchacha dormida. Apartó con delicadeza la mano y, segundos antes de que despertara, levantó su pequeño mentón descubriendo el cuello desnudo, un punteado de lunares, la vida latiendo bajo la piel; apoyó la punta del objeto cerca de la nuez y ejerció una ligera y exacta presión. Un rastro como de pétalos rojos lo acompañó hasta el segundo dormitorio, donde se hallaba la otra mujer. Cuando salió de este último, sus manos estaban más húmedas, pero no las secó. Regresó por donde había venido en busca de las escaleras que llevaban a la planta superior.

Sabía que arriba se encontraba su verdadera víctima.

Las escaleras desembocaban en un pasillo. Era largo, estaba alfombrado y se adornaba de bustos clásicos colocados sobre pedestales. La sombra del hombre eclipsaba los bustos conforme pasaba frente a ellos: Homero, Virgilio, Dante, Petrarca, Shakespeare..., silenciosos y muertos dentro de la piedra, inexpresivos como cabezas decapitadas. Llegó al final del corredor y cruzó una antecámara mágicamente revelada por la intensa luz verde de un acuario sobre un pedestal de madera. Era un objeto llamativo, pero el hombre no se detuvo a contemplarlo. Abrió una puerta de doble hoja junto al acuario, y, con una linterna, convocó las formas de una lámpara de araña, varias butacas y una cama con dosel. Sobre la cama, una figura imprecisa. El brusco tirón de las sábanas la despertó.

Era una mujer joven, de cabello muy corto y anatomía delgada, casi frágil. Estaba desnuda, y al incorporarse, los pezones de sus pequeños senos apuntaron hacia la linterna. La luz cegaba sus ojos azules.

No hubo intercambio de palabras, apenas hubo sonidos.

Simplemente, el hombre

no

se abalanzó sobre ella.

no quiero

La noche proseguía afuera: había búhos que observaban con ojos como discos de oro y sombras de felinos en las ramas. Las estrellas formaban un dibujo misterioso. El silencio era una presencia terrible, como la de un dios vengador.

En el dormitorio, todo había terminado. Las paredes y la cama se habían teñido de rojo y el cuerpo de la mujer yacía disperso sobre las sábanas. Su cabeza separada del tronco se apoyaba en una mejilla. Del cuello sobresalían cosas semejantes a plantas marchitas emergiendo de un búcaro.

Silencio. Paso del tiempo.

Entonces sucede algo.

Lenta pero perceptiblemente, la cabeza de la mujer comienza a moverse,

no quiero soñar

gira hasta quedar boca arriba, se incorpora con torpes sacudidas y se apoya en el cuello cortado. Sus ojos se abren de par en par

no quiero soñar más

y habla.

—No quiero soñar más.

El médico, un hombre corpulento de cabellos y barba sorprendentemente blancos, frunció el ceño.

—Los somníferos no van a ayudarlo a no soñar —advirtió.

Hubo una pausa. El bolígrafo planeaba sobre la receta sin posarse. Los ojos del médico observaban a Rulfo.

—¿Dice que siempre es la misma pesadilla?... ¿Quiere contármela?

—Contada no es igual.

—Pruebe, de todas formas.

Rulfo desvió la vista y se removió en el asiento.

—Es muy complicada. No sabría.

En la consulta no se escuchaba el menor ruido. La enfermera dirigió sus parpadeantes ojos negros hacia el médico, pero éste seguía observando a Rulfo.

—¿Desde cuándo lleva soñando lo mismo?

—Desde hace dos semanas, no todas las noches, pero sí la mayoría.

—¿En relación con algo que usted sepa?

—No.

—¿Nunca había tenido sueños así?

—Nunca.

Leve rumor de papeles.

—«Salomón Rulfo», un nombre curioso...

—La culpa es de mis padres —replicó Rulfo sin sonreír.

—Ya imagino. —El médico sí sonrió. Su sonrisa era amplia y afable, como su rostro—. «Treinta y cinco años». Muy joven todavía... «Soltero...». ¿Cómo es su vida, señor Rulfo? Quiero decir, ¿en qué trabaja?

—Estoy en paro desde finales del verano. Soy profesor de literatura.

—¿Cree que le está afectando mucho esa situación?

—No.

—¿Tiene amigos?

—Algunos.

—¿Amigas? ¿Novia?

—No.

—¿Es feliz?

—Sí.

Hubo una pausa. El médico dejó el bolígrafo a un lado y se frotó el rostro con las manos. Tenía unas manos grandes y gruesas. Luego retornó a los papeles y reflexionó. Aquel tipo contestaba como una máquina, como si nada le importara. Quizá estuviera ocultando algo, quizá aquellos sueños se relacionaran con un suceso que no deseaba recordar, pero lo cierto era que solo se trataba de pesadillas. Él atendía diariamente a enfermos con problemas mucho más graves que unos cuantos sueños desagradables. Decidió darle un par de consejos y acabar cuanto antes.

—Escuche, las pesadillas no tienen demasiada trascendencia clínica, pero son la prueba de que algo no marcha bien en nuestro organismo... o en nuestra vida. Un somnífero es un parche inútil, se lo aseguro, no va a impedirle soñar. Procure beber menos, no acostarse recién comido y...

—¿Me va a dar los somníferos? —interrumpió Rulfo con suavidad, pero su tono revelaba impaciencia.

—No es usted un hombre muy locuaz —dijo el médico tras una pausa.

Rulfo sostuvo su mirada. Por un momento fue como si uno de los dos quisiera añadir algo, compartir algo con el otro. Pero un segundo después los ojos retornaron al suelo o a los papeles del escritorio. El bolígrafo descendió y se deslizó por la receta.

El prospecto aconsejaba una sola píldora antes de acostarse. Rulfo ingirió dos, ayudándose de un vaso de agua que rellenó en el lavabo del cuarto de baño. Desde el espejo le observaba un hombre no muy alto pero sí robusto, de cabellos y barba ensortijados y negros y dulces ojos castaños. Salomón Rulfo gustaba a las mujeres. Su atractivo sobrevivía intacto a su descuido personal. Debido a ello, la imaginación de las dos o tres ancianas solitarias del destartado edificio donde vivía ardía inventándole un turbio pasado. ¿De dónde había salido aquel joven

que no hablaba con nadie y casi siempre apestaba a alcohol? Sabían su nombre (Salomón, madre mía, el pobre), que cogía unas borracheras preocupantes, que andaba con putas de vez en cuando, que había comprado al contado el pequeño apartamento del tercero izquierda casi dos años atrás y que vivía solo. Pese a todo, preferían su presencia a la de los inmigrantes que ocupaban el resto de pisos de aquel bloque de Lomontano, una callejuela angosta y desordenada cerca de Santa María Soledad, en el centro de Madrid. Las más pesimistas pronosticaban, sin embargo, que el «barbudo» les daría un susto tarde o temprano. Y agregaban, inclinadas sobre los oídos de las otras: «Tiene aspecto de delincuente». «Estoy segura de que es buena persona», lo defendía la portera, sin poner objeciones a la opinión sobre su aspecto.

Rulfo salió del baño y efectuó una parada en el comedor para liquidar los residuos de una botella de orujo, regalo prehistórico de cumpleaños de su hermana Luisa. Se dijo que debía acordarse de comprar whisky al día siguiente. Era un gasto que no podía permitirse, pero, después de la poesía y el tabaco, el whisky era una de las cosas que más necesitaba en este mundo. Luego se dirigió al dormitorio, se desvistió y se metió en la cama.

Estaba solo, como siempre, en medio de la noche. Su soledad nunca era fácil, pero ahora, además, le atemorizaba aquella pesadilla. Ignoraba qué podía significar, y su mecánica repetición había llegado a agobiarlo. Estaba seguro de que se trataba de una quimera, una fantasía emergida del pantano de su subconsciente, pero retornaba de forma casi inevitable, noche tras noche, desde hacía dos semanas. ¿Relacionada con algo? *Relacionada con nada, doctor. O con todo. Depende.*

Su vida era propicia para los malos sueños, pero lo más grave, lo *decisivo*, había ocurrido hacía dos años. Resultaba absurdo suponer que ahora empezaba a pagar la factura de aquella remota tragedia. Esa tarde, en el ambulatorio de Chamberí, había sentido la tentación (ignoraba por qué) de confiar por primera vez en alguien y confesárselo todo a aquel médico. Por supuesto, no lo había hecho. Ni siquiera había querido contarle la pesadilla. Pensó que así evitaría molestas preguntas y, quién sabe, hasta la posibilidad de recibir una papeleta gratis para el manicomio. Sabía que no estaba loco. Lo único que necesitaba era dejar de soñar. Prefería confiar en las píldoras.

Encendió la luz de la mesilla de noche, se levantó y decidió leer algo sublime mientras aguardaba a que la oleada hipnótica lo cubriera como una suave y tibia marea. Examinó las estanterías del dormitorio. Tenía estanterías repletas en el comedor y el dormitorio. Había libros apilados junto al ordenador portátil, incluso en la cocina. Leía en todas partes y a todas horas, pero solo poesía. Las ancianas de Lomontano jamás habrían sospechado una afición así en aquel hombre, pero lo cierto era que procedía de la más temprana juventud de Rulfo y se había acrecentado con los años. Había estudiado filología y, en sus buenos tiempos (*¿cuándo habían sido?*), había enseñado historia de la poesía en la universidad. Ahora, nadando en la soledad, con su padre muerto, su madre condenada a vejez perpetua en una residencia y sus tres hermanas dispersas por el mundo, la poesía constituía su única tabla de salvación. Se aferraba a ella a ciegas, sin importarles el autor, ni siquiera el idioma. No le resultaba preciso entenderla: gozaba con el simple ritmo de los versos y el sonido de las palabras, aunque fueran extrañas.

*Geórgicas*. Virgilio. Edición bilingüe. Sí, aquí estaba. Extrajo el libro del montón que había cerca del ordenador, regresó a la cama, abrió el volumen al azar y dirigió los ojos al flujo torrencial de palabras latinas. Aún se encontraba muy desvelado: sospechaba que la inquietud no le dejaría conciliar fácilmente el sueño, pese a la ayuda farmacéutica. Pero deseó que el médico

estuviera equivocado y las pastillas evitaran que aquel absurdo terror volviera a repetirse.

Siguió leyendo. Afuera, el tráfico enmudeció.

Los ojos se le cerraban cuando escuchó el ruido.

Había sido breve. Provenía del cuarto de baño. No pasaba mucho tiempo sin que algo nuevo —una repisa, un anaquel— se desprendiera de su sitio en aquel miserable apartamento.

Resopló, dejó el libro en la cama, se levantó y caminó despacio hacia el baño. La puerta estaba abierta y su interior a oscuras. Entró y encendió la luz. No descubrió nada fuera de lugar. El lavabo, el espejo, la jabonera con el jabón, el retrete, el cuadro con los arlequines ejecutando una campanela, la repisa metálica, todo se encontraba igual.

Excepto las cortinas.

Eran opacas, de pésima calidad, y estaban adornadas de un vistoso artificio de flores rojas. Las mismas de siempre. Sin embargo, creía recordar que se hallaban descorridas cuando había salido del baño la última vez. Pero ahora estaban cerradas.

Se intrigó. Pensó que quizá su memoria le engañaba. Era posible que, antes de salir del baño, las hubiese corrido, aunque no entendía bien por qué tendría que haberlo hecho. En cualquier caso, albergaba la sospecha de que el ruido había sido provocado por algo que había caído a la bañera después de rebotar en ellas. Supuso que sería el frasco de gel, y tendió la mano para recorrerlas y comprobarlo. Pero de pronto se detuvo.

Un miedo inexplicable, casi inexistente, casi virtual, congeló su estómago y levantó como pequeñas empalizadas los vellos de su piel. Comprendió que se había puesto nervioso sin ningún motivo real.

*Es absurdo, ahora no estoy soñando. Estoy despierto, ésta es mi casa, y detrás de esas cortinas no hay nada, solo la bañera.*

Reanudó el gesto sabiendo que las cosas seguían como antes; que encontraría, quizá, un objeto caído, puede que el frasco de gel, y que, tras verificarlo, regresaría al dormitorio y los somníferos le harían efecto y lograría descansar toda la noche hasta el amanecer. Descorrió las cortinas con absoluta tranquilidad.

No había nada.

El frasco de gel seguía en su sitio sobre la repisa, junto al champú. Ambos botes llevaban meses allí: Rulfo no exageraba, precisamente, en lo tocante a su higiene personal. Pero lo cierto era que nada se había caído. Supuso que el ruido se había originado en otro apartamento.

Se encogió de hombros, apagó la luz del baño y regresó al dormitorio. Sobre su cama se hallaba el cuerpo desmembrado de la mujer muerta, la cabeza cortada apoyada en los pechos contemplándolo con ojos lechosos, el cabello endrino y húmedo como el plumaje de un págallo y una lombriz de sangre huyendo de las comisuras de sus labios yertos.

—Ayúdame. El acuario... El acuario...

Rulfo dio un salto hacia atrás, rígido de terror, y se golpeó el codo con la pared.

un grito

No soñaba: estaba bien despierto, aquél era su dormitorio y el golpe en el codo le había dolido. Probó a cerrar los ojos

un grito, oscuridad

y volver a abrirlos, pero el cadáver de la mujer seguía allí (*ayúdame*), hablándole desde la carnicería de su cuerpo destrozado (*el acuario*) sobre las sábanas.

Un grito. Oscuridad.

Despertó bañado en sudor. Se encontraba en el suelo, junto con la mayor parte de las sábanas. Al caer de la cama se había golpeado el codo. Aún aferraba el libro arrugado de Virgilio.

—Ahora es peor.

—Pues esta vez no habrá más somníferos, de modo que, si quiere marcharse, hágalo —afirmó el doctor Eugenio Ballesteros, enfático. Pero su expresión no revelaba disgusto sino, más bien, cierta beatitud—. No obstante, si se decide a contármela de una vez, quizá...

Ballesteros era alto y corpulento, de anchos hombros, ostensible cabeza con una caperuza de cabellos blancos y una barbita un tono más grisácea. No estaba irritado con Rulfo, pese a que éste se había presentado de nuevo la tarde siguiente, por sorpresa, sin cita previa, al término de la consulta. El turno de Ballesteros era el último de su especialidad y el ambulatorio cerraba poco después. De hecho, le había indicado a su enfermera que se marchase. Pero él no tenía prisa. Deseaba charlar un rato con aquel tipo que tanto le intrigaba.

Rulfo le contó el sueño detalladamente: la casa con el peristilo de columnas blancas, el hombre que cruzaba el jardín y entraba en ella, la muerte de las mujeres de la planta baja —quizá las criadas—, el crimen brutal de la mujer de la planta superior con la horrible escena final de la cabeza moviéndose y hablando.

—Pero anoche soñé que la veía en mi propio apartamento, muerta, en la cama. Y sigue diciéndome lo mismo, que la ayude. Y siempre menciona el acuario. Sé que se refiere al acuario de luz verde que veo en la antecámara de la casa, el que se encuentra sobre el pedestal de madera... —Los dientes de Rulfo mordieron un padrastró de su dedo pulgar—. Eso es todo. ¿No quería conocer mi pesadilla...? Pues ya la conoce. Ahora, ayúdeme. Necesito algo más fuerte que me haga dormir toda la noche.

Ballesteros lo miraba fijamente.

—¿Había estado alguna vez en una casa así...? ¿Había visto antes a ese hombre? ¿Y a esa mujer? —Rulfo negaba—. ¿Lo relaciona con algo que le haya ocurrido a alguien que usted conozca...?

—No.

—Salomón —dijo Ballesteros al cabo de un breve silencio. Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila, y Rulfo, extrañado, le miró—. Le seré franco. No soy psiquiatra ni psicólogo sino médico de familia. Para mí, resolver su problema sería fácil: un volante para el especialista, con la consabida espera hasta la primera cita, o un hipnótico más fuerte, y santas pascuas. Problema resuelto. Veo demasiados pacientes en mi consulta, y no tengo tiempo para pesadillas. Pero déjeme decirle una cosa: el cuerpo humano tampoco pierde tiempo. Todo síntoma tiene su motivo, su porqué. Incluso las pesadillas son necesarias para que la máquina

funcione. —Sonrió y cambió de tono—. ¿Sabe lo que me decía un colega sobre ellas...? Que son las ventosidades del cerebro. Los pedos de la mente, vamos, y perdone la vulgaridad. Residuos de una especie de indigestión. Pero carecen de importancia. Gracias a ellas arrojamos fuera lo que nos sobra... Por ejemplo: dice usted que no ha visto nunca esa casa de columnas blancas, o a esa mujer, y yo le creo, pero puede ser que se equivoque. Quizá las haya visto en algún sitio, y ahora su cerebro las recuerda. Y luego está el acuario. ¿Tuvo usted un acuario alguna vez?

—No. Nunca.

Rulfo bajó los ojos y quedó un instante pensativo. Ballesteros aprovechó para echar un vistazo a su reloj. Tenía que irse ya, el ambulatorio iba a cerrar. Pero decidió aguardar un poco más. A fin de cuentas, ¿quién le esperaba en casa? Por otra parte, aquel paciente seguía interesándole. El hecho de que estuviera allí y accediera a hablar, tan reservado y lacónico como parecía ser, probaba, según él, su urgente necesidad de confiar en alguien. Pensó que la única ayuda que podía ofrecerle era aquella conversación.

—Me dijo ayer que vivía solo y no tenía muchos amigos... ¿Sale con alguna chica?

—En realidad —dijo Rulfo repentinamente—, he venido a por un somnífero más fuerte. No voy a hacerle perder más tiempo. Buenas tardes.

La muela cariada, reconoció Ballesteros. Vio a Rulfo incorporarse en el asiento y, de improviso, sintió algo incomprensible. Tuvo la súbita certeza de que no podía dejarle marchar, de que, si aquel paciente se iba, ambos, el paciente y él, estarían perdidos. Ballesteros tenía cincuenta y cuatro años y ya sabía que existen momentos en que todo depende de una palabra pronunciada a tiempo. Ignoraba la razón de tan extraña cualidad de la vida, porque no siempre la palabra salvadora era la más acertada o lógica, pero así era. Decidió arriesgarse.

Rulfo alargaba la mano hacia un libro que había dejado sobre la mesa, pero el médico lo cogió antes y empezó a hablar.

—*Antología poética*, de Cernuda... Caramba. ¿Le gusta la poesía?

—Mucho.

—¿Es usted poeta?

—He escrito algo, pero soy profesor, se lo dije ayer.

—Hombre, si ha escrito poesía, también es poeta, ¿no? —Rulfo hizo un gesto vago y Ballesteros siguió adelante—. Uf, reconozco que soy incapaz de leer esto. La verdad es que es raro encontrar a alguien que lea poesía por costumbre, ¿no cree...? Dígame la verdad, ¿quién lee poesía hoy día...? Bueno, a mi mujer sí que le gustaba. No mucho, pero, desde luego, más que a mí...

Hablaba mientras hojeaba el libro, como si no se dirigiera a Rulfo. Con el rabillo del ojo, sin embargo, percibía que éste seguía inmóvil. Ignoraba si le escuchaba o no, pero ya no le importaba: había abierto la puerta para que aquel tipo se asomase un poco a su interior, y si rechazaba la invitación era cosa suya. Siguió hablando como si estuviera a solas.

—Soy viudo. Mi esposa se llamaba Julia Fresneda. Murió hace cuatro años en un accidente de automóvil. Yo conducía y resulté ileso, pero la vi morir. Llevábamos casi treinta años de feliz matrimonio y tres hijos, que son ya mayores e independientes. Lo nuestro no fue una pasión desbordada, poética, valga la expresión, sino una alegría tranquila y segura, como saber que el sol va a salir mañana. Desde que murió, tengo pesadillas esporádicas. Pero, observe esto, jamás se me aparece ella. A veces son pájaros que quieren dejarme ciego, otras son estrellas que se

vuelven ojos de monstruos... Nunca es Julia. Ella no me daría miedo jamás, pobrecita. Pero fue su muerte la que me provocó estos sueños. Créame, son pedos mentales. Carecen de importancia —agregó, pese a lo cual parecía muy afectado.

Hubo un silencio. Rulfo había vuelto a sentarse. Ballesteros alzó los ojos del libro y lo miró.

—Usted tiene también algo. Lo sé, se le nota... Ayer, cuando lo vi por primera vez, supe que usted, igual que yo... En fin, perdone si me equivoco... Supe que usted también soporta el peso de un recuerdo malo... No pretendo que me lo cuente, solo deseo decirle que las pesadillas pueden venir de eso. Y le aseguro que no importa cuánto tiempo haya pasado: las tragedias siempre son jóvenes.

De pronto el mundo comenzó a licuarse para Rulfo: la figura de Ballesteros, la mesa, el flexo de luz, la camilla, el aparato de tomar la tensión,

llovía

el diagrama del cuerpo humano colgado en la pared. Todo se hizo oscuro y fluvial. Sintió la cara ardiendo y un escozor rojo en la garganta. No lograba entender qué le sucedía. Antes de que pudiera darse cuenta ya estaba hablando.

—Se llamaba Beatriz Dagger. Dagger, con dos ges. Nos conocimos hace cuatro años.

llovía pertinazmente

Ella murió hace dos...

Llovía pertinazmente.

Sin embargo, Rulfo podía ver un remoto brillo de estrellas desde la amplia ventana del dormitorio, incluso a través de los orificios del agua. Beatriz le había dicho algo acerca de la coincidencia de la lluvia y las estrellas que ahora él no lograba recordar. ¿Traía buena suerte o mala? Lo que sí recordaba muy bien era el beso que había depositado en su frente antes de marcharse: tibio en comparación con su fiebre, casi maternal. Y sus palabras: «Estás pachucho», le había dicho, había empleado aquel término. Le convenía cuidarse hasta que ella regresara, lo cual sucedería muy pronto. Tenía que ir a París a revisar unos cuantos «pesados tomos» sobre el tema de su tesis, algo relacionado con la evolución de la respuesta ansiosa ante diversos estímulos. Se trataba de un viaje sin importancia, no más de tres días. Él ya la había acompañado a Lovaina el mes anterior, y a Florencia. Siempre buscaban la forma de no separarse. Pero aquel día de noviembre Rulfo había cogido un fuerte resfriado y Beatriz hizo un mohín de disgusto cuando, pese a todo, él insistió en ir.

—De eso nada. Estás pachucho. Te quedas en casita. Vendré enseguida para cuidarte.

Aquella era casi la primera noche —que él recordara, y no creía equivocarse— que no pasaban juntos desde que se habían conocido. Y de repente, al pensar esto, cayó en la cuenta de la fecha y lamentó no haberlo sabido antes: casi sintió la tentación de llamarla a París para decírselo, pese a que ya era bastante tarde y no quería despertarla.

Ese día se cumplían dos años justos desde que se habían visto por primera vez.

Fue durante una fiesta que él dio para celebrar el estreno de su piso de Argüelles. Vinieron

casi todos sus amigos y numerosos conocidos, así como su hermana Emma, que vivía en Barcelona con un joven pintor y se hallaba de paso por Madrid. Rulfo estaba contento de recibir a tanta gente en su nueva casa, aunque la ausencia de su amiga Susana Blasco resultara dolorosamente notable; pero Susana ya vivía con César, y Rulfo había dejado de verla hacía meses. Pese a todo, se hallaba de buen humor, abierto a cualquier posibilidad. No sospechaba la clase de posibilidad que estaba a punto de encontrar.

Después se reían juntos (esa risa de copa de cristal de ella, que parecía derramarse de sus labios) recordando que la culpa la había tenido Cupido. En el flamante salón de su apartamento había algunas esculturas, y una de ellas, de pie sobre una estantería, era un pequeño Cupido de arco tenso y saeta apuntando al aire, regalo de Emma, tan aficionada al arte clásico. Por alguna razón, Rulfo, que había estado ejerciendo hasta entonces de anfitrión satisfecho, se detuvo un instante a admirar aquella pieza, y, sin querer, siguió la dirección señalada por la flecha. Descubrió una línea exacta y franqueable, un pasillo vacío entre los invitados que finalizaba en una persona de espaldas. El Cupido apuntaba hacia ella. Era una muchacha alta, de chaqueta beige, con el cabello castaño oscuro atado en una coleta y un vaso en la mano. Contemplaba abstraída su colección de libros de poesía.

Lo primero que le llamó la atención fue que no lograba recordar quién era, ni siquiera si la conocía o no. Intrigado, se acercó. Simultáneamente, ella se dio la vuelta. Quedaron mirándose sonrientes y él se presentó primero.

—No nos conocemos —le dijo Beatriz con la voz que después oiría tantas veces y poblaría todos sus silencios—. Acabo de llegar. Soy la amiga de una amiga de uno de tus amigos... Me hablaron de esta fiesta y decidí acompañarles. ¿Te importa?

A él no le importó. Ella tenía veintidós años, era hija de padre alemán y madre española y carecía de otra familia. Había estudiado psicología en Madrid y en aquellos días comenzaba a preparar su tesis doctoral. Enseguida descubrieron que coincidían en muchas cosas, incluyendo la pasión por la poesía. Dos meses después, ella dejaba su pequeño apartamento de estudiante, que compartía con una amiga, y comenzaba a vivir con él. Le leyó una carta que había escrito a sus padres, que residían en Alemania, anunciándoles que había conocido «al mejor hombre del mundo». A partir de entonces la felicidad había gobernado la vida de ambos.

Estaba recordando aquel Cupido cuando sonó el teléfono. Se sobresaltó. La fiebre le había subido. En la ventana había dejado de llover y las estrellas habían desaparecido.

El teléfono sonaba.

De algún modo, comprendió que ese teléfono estaba a punto de cambiar su vida por completo.

Descolgó con mano temblorosa.

—Sus padres le habían facilitado mi número y pedido que me diera la noticia. Era un tipo de la embajada española en París. Me dijo que todo había sucedido muy rápido. —Alzó los ojos y miró al médico—. Se resbaló en la bañera de la habitación del hotel, se golpeó la cabeza y quedó inconsciente... La bañera estaba llena y murió ahogada. Una muerte romántica, ¿eh?

—Todas las muertes son vulgares —replicó Ballesteros sin inmutarse con el sarcasmo—. Lo romántico es seguir vivos. Pero ¿ha notado los detalles? La bañera, el acuario...

—Sí. Acabo de recordar que anoche soñé que oía ruidos en la bañera antes de ver a esa mujer muerta.

—¿Comprende ahora lo que le dije cuando le hablé de «residuos» de la mente? La bañera y el acuario son la misma cosa: lugares llenos de agua. Estamos a mediados de octubre, el mes próximo van a cumplirse dos años exactos de la muerte de esa chica, y su cerebro ya ha empezado a celebrar por su cuenta el aniversario. Pero no permita que eso le perjudique. Usted no tuvo la culpa de lo que sucedió, aunque sé que no me cree. Ése es el primer demonio que debemos expulsar: no somos culpables. —Abrió sus grandes manos abarcando un invisible espacio de aire—. Se han ido, Salomón, eso es todo lo que sabemos. Nuestro deber es decirles adiós y seguir caminando.

Tras un instante de silencio, Rulfo percibió por primera vez la humedad que cruzaba sus mejillas. Se secó con la manga de la chaqueta y se levantó.

—De acuerdo. No volveré a molestarle.

—Se le olvida el libro —advirtió Ballesteros—. Y venga a verme cuando quiera. No es ninguna molestia.

Se dieron la mano y Rulfo salió de la consulta sin hablar más.

Incluso antes de llegar a su apartamento de Lomontano descubrió que se sentía más lúcido que nunca. Quizá todo lo que necesitaba era hablar con alguien como había hecho con Ballesteros. Desde la muerte de Beatriz, su soledad había ido en aumento: había abandonado el trabajo de profesor, vendido el piso de Argüelles y roto el contacto con sus amigos de siempre. Solo César y Susana lo llamaban de vez en cuando, pero, naturalmente, después de todo lo sucedido entre ellos, era impensable reanudar una amistad.

*Se han ido. Nuestro deber es decirles adiós y seguir caminando.*

Las decisiones impulsivas formaban parte de su carácter. En aquel momento se propuso encontrar un trabajo estable. Hasta entonces, una invencible desidia le había impedido afrontar el problema con la energía apropiada. Sin embargo, estaba seguro de que, si se lo proponía, podría terminar hallando un empleo adecuado a sus capacidades. El dinero de la pequeña herencia de su padre estaba evaporándose y ya no le quedaba nada de la venta del piso. Por otra parte, la mera idea de que sus hermanas le prestaran le resultaba repelente. Era necesario moverse, pero hasta ese día no había encontrado fuerzas para hacerlo. Ahora sentía un ímpetu renovado.

*Se han ido, eso es todo lo que sabemos.*

Pasó el resto de la tarde perfilando su currículum en el ordenador y elaboró varias copias. Luego quiso hacer algunas llamadas telefónicas, pero miró la hora y decidió dejarlas para el día siguiente. Se dio una ducha, calentó una tortilla de la que apenas había probado bocado aquella mañana y la devoró con apetito. Se acostó y encendió el televisor. Optó por no tomar los somníferos que aún le quedaban: se dormiría con la televisión, y, si la pesadilla regresaba, la soportaría. Ya comprendía claramente su origen, y no le preocupaba tanto.

Manipuló el mando a distancia hasta dar con una película. Al principio le pareció entretenida, pero luego se aburrió y le quitó el sonido. Se durmió durante una escena en la cual el protagonista avanzaba por un bosque de enebros estriado por la luna. No supo qué hora era cuando despertó, pero aún era de noche. La película había terminado y la televisión seguía

ofreciendo imágenes silenciosas: una especie de debate con personas sentadas en círculo. Cayó en la cuenta de que el sueño no había vuelto a repetirse y lo interpretó como un regreso aparente a la normalidad. Giró para ver la hora en el reloj, y en ese instante sus ojos se detuvieron en la pantalla del televisor.

La imagen había cambiado. Ya no aparecían personas sentadas sino un paisaje nocturno con tipos en uniforme de policía yendo y viniendo y una locutora hablando frente a un micrófono.

Y, al fondo, una casa con un peristilo de columnas blancas.

## **II. LA CASA**

**E**l ambulatorio se hallaba atestado aquella tarde. Ballesteros aún no había terminado de ver a la mitad de los pacientes que tenía citados. Estaba despidiendo a uno y aguardando a que entrara el siguiente cuando escuchó una algarabía de protestas, la puerta se abrió y penetró «el hombre de las pesadillas», como lo llamaba Ana, la enfermera, vestido con el descuido que le caracterizaba. Unas profundas ojeras labraban sus párpados inferiores. Se plantó frente a Ballesteros y espetó con tranquilidad:

—Los pedos de la mente a veces producen pura mierda. Lamento la comparación, pero usted mismo fue quien la empleó.

El médico lo miró de arriba abajo.

—¿Qué quiere decir?

—La casa con la que soñaba es real. Y el crimen también.

Desde la puerta entornada, voces airadas amenazaban con poner denuncias y presentar quejas a la gerencia del centro. Ana miraba al doctor, pero éste parecía aislado en un mundo íntimo en el que solo tenían cabida aquel joven barbudo y él.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he visto. Puedo demostrárselo.

Ballesteros se reclinó en el asiento y respiró hondo.

—Escuche, me queda todavía una hora de trabajo. ¿Qué le parece si regresa dentro de, pongamos, una hora y diez minutos y charlamos con tranquilidad?

El hombre permaneció un instante mirándolo. Luego, sin decir nada, dio media vuelta y salió. Una hora y diez minutos después se oyeron golpes en la puerta. Ballesteros, que acababa de despedirse de la enfermera, dijo: «Pase».

—Lamento haber interrumpido su consulta esta tarde —murmuró el hombre al entrar, algo cohibido.

—Es igual. Tiene usted un aspecto deplorable. ¿Ha seguido con la pesadilla?

—No, pero apenas he dormido. He pasado la noche frente al ordenador.

—Siéntese y cuéntemelo todo.

Rulfo depositó una pequeña carpeta sobre la mesa. Ballesteros se preguntó por un momento —solo por un momento— si aquel tipo en el que aún confiaba podía estar mal de la cabeza. A lo largo de su carrera había visto ejemplos más sorprendentes.

—La casa está aquí, en Madrid, en una urbanización de las afueras.

—¿Cómo sabe que es la misma?

—Es la misma.

*los hechos*

¿Ha ido a ella?

—No, aún no.

—¿Dónde la ha visto entonces?

*los hechos fueron éstos*

Rulfo abrió la carpeta y sacó varios papeles impresos. Lo deslizó todo por encima de la mesa hacia Ballesteros.

—He ido coleccionando noticias. Le advierto que los detalles son desagradables.

—Estoy acostumbrado a los detalles desagradables. —Ballesteros se caló sus gafas de lectura.

*Los hechos fueron éstos.*

*La noche del veintinueve de abril, M. R. R., de veintidós años de edad,*

*Fotos.*

*tras penetrar en el número tres de Vereda de los Castaños, propiedad de ...*

Una foto de la víctima.

Una sonrisa.

Una casa de columnas blancas.

Casi todos los reportajes habían sido extraídos de páginas *web* y la calidad de la impresión era mediocre. Pero el texto suplía ampliamente lo que las fotos ocultaban. Incómodo, Ballesteros miró a Rulfo por encima de las gafas.

—Creo recordarlo. Fue un crimen espantoso, como tantos otros. ¿Y qué?

—Es el crimen con el que vengo soñando desde hace dos semanas.

—Pudo haber visto la noticia. Aquí dice que sucedió la noche del veintinueve de abril de este año. No hace ni seis meses todavía. Y la dieron por televisión.

—No me interesan las noticias. Le juro que jamás supe nada sobre esto hasta que empecé a soñar.

Ballesteros se mesó la barba, pensativo. Luego señaló una de las fotos.

—¿Es ella?

—Sí. Es la mujer con la que sueño. La que me pide ayuda. Se llamaba Lidia Garetti. Era una italiana de treinta y dos años, rica, soltera, que vivía en Madrid desde hacía tiempo. No la conozco. No la había visto nunca antes y jamás había oído hablar de ella.

Rulfo miraba fijamente a Ballesteros, como desafiándolo a mostrarse incrédulo. El repunte de un escalofrío, una ligera bocanada de terror, se abrió paso entre hormigueos por la espalda y la nuca del médico. De nuevo volvió a preguntarse si aquel tipo estaba en sus cabales, si no se trataba todo de una broma o de la obsesión enfermiza de un desequilibrado. Pero algo le impulsaba a confiar: quizá aquella mirada castaña que revelaba mucho más miedo que todo el

que él pudiera sentir.

—¿Y el chico que la asesinó? —Indicó otra foto.

—Tampoco lo había visto nunca. Era un joven drogadicto llamado Miguel Robledo Ruiz, con antecedentes penales por pequeños hurtos.

—A saber por qué se le ocurriría cometer esta atrocidad de repente... —murmuró Ballesteros—. Se volvería loco... ¿Y qué me dice de su acuario de luz verde?

Rulfo negó con la cabeza.

—Nadie lo menciona.

—¿Cómo ha conseguido tanta información?

—Vi una imagen de la casa en televisión. Fue anoche, por casualidad. Ofrecían un debate sobre el mal y, para ilustrarlo, mostraban noticias de crímenes recientes. Llamé a la cadena que emitía el debate y obtuve algunos nombres. Luego busqué en la red. Fue un asesinato bastante morbosos y ocurrió hace poco, de modo que había muchos datos disponibles.

—En cualquier caso, el crimen ha sido resuelto y el culpable está tan muerto como las víctimas. Aquí mismo lo dice —Ballesteros depositó un índice grueso sobre los papeles—: Robledo se cortó las venas después de quemar los trozos del cuerpo de esa pobre italiana en el jardín... La policía encontró su cadáver en la casa, junto con los de las criadas y los restos carbonizados de la dueña... No tenía cómplices, no hay nada más que hacer... ¿Por qué...? —Se detuvo de repente al comprender que estaba a punto de preguntar una incoherencia; algo parecido a: «¿Por qué le pediría *ayuda* a usted esa mujer?»—. No, no, no: estoy seguro de que todo esto tiene una explicación muy sencilla...

Se quitó las gafas y se frotó los ojos. Por la ventana penetraba una luz grisácea. La puerta de la consulta se abrió en ese momento y un vigilante de seguridad advirtió que el ambulatorio iba a cerrar. El médico se dio por enterado con un gesto. Cuando volvieron a quedarse solos, preguntó:

—¿Por qué ha venido a contármelo?

Rulfo se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá por una especie de *do ut des*: tú has hecho aquello, yo hago esto... Puede llamarlo reciprocidad. Usted me ayudó ayer: me dijo que mis pesadillas se debían a malos recuerdos. Yo he querido ayudarle hoy diciéndole que los malos recuerdos no lo explican todo. Y punto. Sé que no me cree, pero no me importa.

Ballesteros lo miró un instante. Entonces golpeó la mesa con el capuchón del bolígrafo, como si hubiese tomado una decisión.

—Debo irme. Pero esta tarde estoy libre. ¿Qué le parece si vemos esa casa de cerca? Aquí figura la dirección...

Comprobó, casi divertido, que por primera vez el sorprendido no era él.

—Yo pensaba ir, pero...

—Pues vamos juntos. Cogemos mi coche. —La cara de Rulfo le hizo reír. Agregó—: Puede llamarlo reciprocidad.

El viaje fue silencioso. Rulfo solo despegó los labios para pedir permiso para fumar y, a ratos, guiar al médico a través del laberinto de alamedas solitarias con ayuda de un callejero. Ballesteros comprendió que no tenían nada de que hablar aparte del extraño tema que los había

unido. Por otra parte, la ausencia de diálogo le permitió entregarse a la reflexión. A diferencia de Rulfo, él se consideraba un hombre cauto. Le asombraba la rapidez con que había empezado a confiar en aquel desconocido, así como lo insólito de su propia y repentina ocurrencia de visitar la casa. En lo relativo al primer punto, sin embargo, toda su experiencia profesional le aseguraba que Rulfo no estaba loco y no mentía. Podía estar engañado, pero no trataba de engañar a nadie: la palidez de su expresión era legítima y parecía encontrarse tan desconcertado, tan arrojado de lleno a lo incomprensible como él. En cuanto a su propia idea de venir a la casa... Bien, sospechaba que, a su edad, aún podía sorprenderse a sí mismo.

Era una urbanización de las afueras. Sus calles tenían nombres que evocaban cuentos de hadas: «Vereda de las Araucarias», «Calle de los Olmos»... Pero el paisaje, pese a la vegetación y el silencio, desmentía de inmediato aquella apariencia: muros enormes, verjas, vigilantes, alarmas y cámaras lo cercaban todo bloqueando la visión de las viviendas. Éstas, a su vez, se hallaban ocultas de forma muy variable, apenas un poco cuando eran pequeñas, casi invisibles en el caso de las grandes, como si el grado de intimidad fuera más lujoso que un sistema domótico completo.

La Vereda de los Castaños era una senda angosta flanqueada, en efecto, por castaños y alfombrada de hojas. La luz del atardecer era mortecina cuando Ballesteros estacionó su Volvo frente al número tres. Era el último número de la calle, de modo que formaba una especie de plazuela consigo mismo. Un muro de considerable altura y una solemne puerta metálica se encargaban de desalentar a los curiosos. Ráfagas de viento removían las hojas pulsándolas delicadamente, como cuerdas de cítara. En algún lugar ladró un perro grande, quizá un dogo.

—Ya estamos —dijo Ballesteros innecesariamente. Luego salió del coche y se acercó con Rulfo a la puerta metálica—. ¿Por dónde entraría el tal Robledo?

—Todas las teorías apuntan a que saltó esta puerta, se introdujo en la propiedad y luego forzó una ventana. Lidia Garetti no había instalado alarmas.

—Una mujer con dinero, pero poco precavida.

Ballesteros comprobó que la puerta estaba firmemente cerrada y miró a su alrededor: no había nadie por ninguna parte. Pulsó el timbre de un interfono y aguardaron una respuesta que no se produjo. *Por suerte*, pensó, ya que ignoraba qué le habría dicho a la supuesta voz que hubiese contestado. En un recuadro de piedra junto a la puerta, bellamente adornado de teselas azules, figuraba el número tres y, debajo, en pequeñas versalitas negras sobre azulejos blancos, unas palabras. Rulfo las señaló.

—LASCIA TE OGNE SPERANZA. Significa: «Perded toda esperanza»... Es uno de los versos que Dante colocó a la entrada del Infierno. El verso completo es *Lasciate ogne speranza voi ch'intrate*: «Perded toda esperanza los que entráis».

—No puede afirmarse que sea una frase muy afortunada para bautizar una casa tan bonita.

—Para Lidia Garetti resultó profética.

—Ciertamente. —Ballesteros se frotó las manos—. En fin, aquí no vive nadie ya, estoy seguro. Esa mujer no tenía familia. Es de suponer que, cuando se aclaren los problemas de herencia, este lugar pasará a otras manos y la tragedia terminará por olvidarse... ¿Adónde va?

—Aguarde un momento.

Rulfo se aseguró de que la calle seguía vacía y, con un gesto ágil, subió a uno de los contenedores metálicos que reposaban en la acera. Desde esa altura podía erguirse sobre el muro

y mirar más allá. Los árboles ocultaban parte de la visión, pero a través de sus ramas casi desnudas pudo distinguir el jardín, la mancha grisácea de la fuente y, al fondo, la tersa blancura del peristilo. En sus sueños, todo le había parecido de mayor tamaño, pero ésa era la única diferencia. No cabía duda: era la misma casa. Ya lo sabía (había visto las fotos), pero comprobarlo en la realidad le provocó escalofríos.

El médico le observaba con nerviosismo. Su ancho semblante se había puesto grana.

—¡Oiga, baje de ahí...! Si alguien nos ve, puede... ¡Baje, caramba!

—Es la misma casa de mi sueño —dijo Rulfo saltando a la acera.

—Perfecto. Ya lo ha comprobado. ¿Y ahora?

—¿Ahora?

—Sí, ¿se le ocurre algo más?

Ballesteros se encontraba nervioso y no sabía bien el motivo. Lo que más le incomodaba era haber tomado la decisión de visitar aquel lugar con Rulfo. *Debo de estar volviéndome loco*, pensó.

—Vamos, dígame —insistió—, ¿qué piensa hacer...? ¿Escalar ese muro y entrar en una propiedad privada...? Con lo impulsivo que parece usted, no me extrañaría... ¿Acaso quiere dedicarse a buscar un acuario de luz verde...? Escuche, acepté traerle hasta aquí porque supuse que, si podíamos hablar con alguien de la casa, quizá se le quitarían esas fantasías de la cabeza... Y no estoy diciendo que me haya mentido, compréndame. Estoy seguro de que ha jugado limpio. No tengo ningún problema en admitir que soñó todo eso y *luego* vio la noticia, y ahora se encuentra igual de asombrado que podría encontrarme yo en su lugar. De acuerdo, su caso es ideal para las revistas esotéricas. ¿Y qué?... Eso no demuestra nada. El subconsciente es un océano. Usted pudo ver la noticia del crimen en algún momento, aunque no lo recuerde. Luego la asoció con su tragedia particular. No hay más misterios. Eso es todo. —De pronto cogió a Rulfo del brazo—. Venga, vámonos. Ya sabemos que la casa era real, muy bien, usted ha ganado. Ahora dejemos de jugar, ¿quiere?... Está a punto de anochecer.

Rulfo parecía vagamente irritado. Sin embargo, para sorpresa de Ballesteros, obedeció con docilidad. Incluso aceptó regresar al coche y se sentó en silencio. Dejaron atrás los ladridos de un perro que se hacía más flaco conforme más se alejaban y que terminó convertido en el espectro de un can. El médico conducía con violencia, golpeaba el volante, se impacientaba. Miraba la carretera y los coches como si nada de eso le importara, como si sus pensamientos se hallaran muy lejos. Rulfo, a su lado, permanecía silencioso y tranquilo. De repente Ballesteros comenzó a hablar. En su semblante a menudo terso se dibujaba ahora una especie de hosca determinación que no encajaba con sus palabras, pronunciadas sin elevar la voz.

—Vi morir a Julia en ese accidente, ya se lo dije. Yo conducía, pero no fue mi culpa. Otro coche se nos cruzó y nos lanzó contra un camión. Resulté ileso, pero el techo del lado de mi mujer se hundió. Recuerdo con mucha nitidez su expresión entonces... Aún estaba viva: respiraba y me miraba sin pestañear, entre los hierros retorcidos. No decía nada, solo me miraba. De las cejas hacia arriba ya no existía, pero sus ojos tenían la misma dulzura de siempre y sus labios casi sonreían. Al principio, quise ayudarla como médico, le aseguro que lo intenté. Ahora comprendo que fue una estupidez, porque ella iba a morir sin remedio. De hecho, ya estaba casi muerta... Pero en aquel momento no pensé en eso e intenté ayudarla. Por suerte, comprendí enseguida que lo único que podía hacer no tenía nada que ver con mis conocimientos. Entonces

la abracé. Me quedé allí, dentro del coche, abrazándola y diciéndole cosas al oído mientras ella se moría en mi hombro, como un pájaro... Extraño, ¿no cree?

El vehículo se deslizaba por calles oscuras. Ambos hombres miraban hacia delante con intensa concentración, como si los dos estuvieran conduciendo, pero solo Ballesteros hablaba.

—La vida tiene cosas extrañas, Salomón. ¿Por qué un chaval de veintidós años entró una noche en esa casa, degolló a las criadas, se dedicó a torturar a una pobre italiana a la que ni siquiera conocía y luego se quitó la vida...? ¿Y por qué ha soñado usted con todo eso sin haberlo visto antes...? Cosas extrañas. Tan extrañas como la muerte de mi mujer... O como la poesía que usted lee... Frente a ellas, caben dos opciones. Yo he elegido, quizá, la más fácil: intento ser feliz hasta que Dios quiera y cierro los ojos frente a las cosas extrañas, las dejo fuera. O, mejor dicho, me quedo fuera yo. Porque esas cosas existen y nos invitan a entrar, pero yo he elegido

*lasciate*

no entrar. Y le aconsejo lo mismo. Soy médico y sé lo que me digo. No debemos

*lasciate ogne*

entrar.

En ese mismo instante, sin saber cómo, Rulfo tomó la decisión. Pidió a Ballesteros que le dejara cerca del ambulatorio, donde tenía su propio coche. Al bajar del automóvil, se volvió y cruzó una mirada con el médico. Fue una mirada mucho más larga de lo que ambos se habían propuesto en un principio. Entonces Rulfo sintió el impulso de decir algo. Pensó que era una frase absurda, casi ridícula, pero la dejó salir de sus labios colmadamente, como si respirara:

—Yo soy poeta

*lasciate ogne speranza*

y quiero entrar.

Ballesteros abrió la boca para replicar algo, pero se detuvo como si hubiera cambiado de opinión.

—Cuídese —murmuró.

Rulfo vio alejarse lentamente el coche. Encontró su viejo Ford blanco en el lugar donde había dejado, subió y arrancó. Llegó a la urbanización en plena noche. Se encontró rodeado de árboles y tinieblas, dulcamaras altas y húmedas, espinos oscuros y sombras que trepaban como hiedra por los muros. Estacionó en la esquina de Vereda de los Castaños y caminó hacia el final de la calle con las manos en los bolsillos.

*Lasciate ogne speranza.*

Aquellas palabras sobre los azulejos le parecieron irónicas, porque había decidido que entraría como fuese. Ya pensaría después qué iba a hacer a continuación, pero albergaba la certeza de que, si no lograba penetrar una sola vez en aquella casa de forma real, estaría condenado a hacerlo muchas más durante sueños terribles, sin escapatoria. El razonamiento de

Ballesteros era correcto: la espantosa muerte de Lidia Garetti no tenía nada que ver con él ni con su vida. Era una desconocida, y su tragedia un crimen más, una atrocidad de las muchas que deslumbran los ojos del público como horrores fugaces y luego se apagan en el olvido. Sin embargo, de alguna forma, aquellos sueños eran una deuda pendiente: y sabía que solo podría saldarla entrando en la casa y buscando un acuario de luz verde.

Se detuvo a concretar un plan. Pensó que lo más práctico sería saltar por la puerta sirviéndose de alguno de los contenedores de basura. Mientras estudiaba la mejor manera de trasladar el contenedor sin alertar al vecindario, se levantó una repentina ráfaga de viento con algo de lluvia. Los faldones de su chaqueta se alzaron, la llovizna le sembró la cara de besos gélidos y la puerta metálica se separó unos centímetros de la cerradura sin hacer el menor ruido.

Estaba abierta.

### **III. LA ENTRADA**

**L**a muchacha despertó bruscamente, se incorporó como un resorte y rodeó su cuerpo con los brazos. Al pronto no supo dónde se encontraba. Luego miró a su alrededor y advirtió la luz del alba deslizándose por las cortinas y las formas familiares de una habitación casi tan desnuda como ella: una cama con barrotes, sábanas arrugadas, paredes pardas, cortinas magenta, el armario, los espejos multiplicadores. Aquello era su dormitorio y todo estaba en orden.

Apoyó el mentón en las rodillas y permaneció un instante respirando acompasadamente. Conservar la calma era una de sus obligaciones. Luego cerró los ojos intentando recordar todos los datos importantes: el día que era, lo que le aguardaba, lo que debía hacer. A veces, hacer memoria constituía un serio problema para ella. Por fin concluyó que era jueves, mediados de octubre, y que por la mañana tenía cita con un cliente en un hotel de Madrid y debía apresurarse si quería estar lista para entonces.

Cuando se levantó, los grandes espejos de la pared y del techo reflejaron una anatomía que ostentaba algo más que simple belleza. Su propietaria había oído muchos adjetivos y visto muchos ojos detenerse sobre ella, pero ni unos ni otros le resultaban agradables porque nunca se dirigían a la persona que sentía y pensaba dentro, sino a las cabales formas de su cuerpo. Vivía como encerrada en una deslumbrante figura. Sin embargo, en la oscuridad solitaria de su mente, la muchacha se sabía fea y miserable.

Se dirigió lentamente al baño caminando descalza sobre las frías y sucias baldosas y haciendo oscilar el extremo de una cabellera negra y torrencial sobre unos glúteos de mármol terso. Mientras se recogía el larguísimo pelo aguardando a que la ducha se calentase, volvió a pensar en las pesadillas.

No era propio de ella preguntarse cosas. Estaba acostumbrada a reprimir su curiosidad, incluso a anularla, y nada de lo que ocurría a su alrededor le intrigaba en exceso. Pero aquellos sueños habían logrado hacerla dudar. Al principio había creído que se trataba de simples fantasías terroríficas y no les había concedido importancia, ya que le sobraban razones para sufrirlas. Sin embargo, cuando los detalles se repitieron casi exactos noche tras noche, ya no supo qué pensar. ¿Tenían algún significado? Y si no era así, ¿por qué siempre soñaba lo mismo?

El agua no se calentaba, lo cual no le sorprendió. El gas y la electricidad apenas funcionaban en su diminuto apartamento. Sin pensarlo dos veces, se introdujo bajo la lluvia helada. No esbozó siquiera una expresión de queja: cogió el gastado jabón de la repisa y empezó y a lavarse

cuidadosamente. *Si no te bautizas irás al Limbo*, le había dicho en cierta ocasión un hombre antes de dirigir contra ella el chorro de hielo acerado de una manguera durante una de las fiestas en las que había trabajado. Reprimió un escalofrío al recordar aquella escena: muchos instantes de su vida habían sido peores que la peor de sus pesadillas.

La cita de la mañana era normal. Ello significaba que no esperaba complicaciones, solo otra sesión con un hombre o varios, o quizá con una mujer (el nombre que le había dado Patricio era masculino, pero estaba acostumbrada a las sorpresas). Se trataba de un hotel del paseo de la Castellana. Fue tan puntual como siempre, se dirigió a recepción, mencionó el nombre y, tras una breve pausa, le indicaron que esperase, *si tiene la bondad, en aquel salón*, al tiempo que un brazo se levantaba señalando algo. Dio las gracias y caminó hacia allí ignorando las miradas que la seguían. El hotel era grande y lujoso pero ella se movía con naturalidad en sitios como aquéllos. Dos mesas de billar de refulgente caoba, un cartel con la foto de un plato de *ossobuco* y un centro de mármol rodeado de sofás blandos formaban el decorado. Rechazó los sofás y aguardó de pie. Alrededor de un búcaro con celindas se distribuían varios ejemplares de revistas atrasadas.

Fue entonces

se miraron

cuando vio la fotografía en una de las portadas.

se miraron, absortos

La inquietud que le produjo aquel hallazgo fortuito le hizo cometer dos o tres torpezas con el cliente (un hombre, a fin de cuentas). Por fortuna, el tipo estaba ebrio y las pasó por alto.

Se miraron, absortos.

El autobús la había dejado en la entrada de la urbanización y la muchacha había venido caminando por la acera sin hacer ruido y se había detenido tras él en el momento en que la puerta metálica se abría. Él se percató de su presencia y se volvió. Quedaron mirándose en silencio, como esperando a que el otro hablara.

—¿Vives... aquí? —preguntó el hombre con cautela.

Ella negó con la cabeza.

Nubes densas otorgaban convexidad al cielo que planeaba sobre ellos. La llovizna proseguía. De los carnosos labios de la muchacha escapó un espectro de vaho. Parecía aguardar, titubeante, una nueva pregunta.

De repente los semblantes se volvieron signos, casi palabras, y las bocas se abrieron temblorosas. Ambos, sin saber cómo, comprendieron al mismo tiempo lo que sucedía.

El golpe del asombro había sido brutal, y Rulfo le propuso asimilarlo hablando con calma dentro de su coche. Media hora después, ya habían compartido sus nombres y sus respectivas pesadillas. La muchacha dijo llamarse Raquel, pero quizá era un seudónimo, ya que su acento era

fuertemente extranjero, centroeuropeo o, con mayor probabilidad, de los países del Este. Rulfo le calculó unos veinte años de edad. Su cabello era un terciopelo ondulado y azabache que rodaba por la espalda y su piel poseía una blancura cegadora, casi mineral. Las cejas gruesas, los ojos grandes, negrísimo y rasgados y los labios como un misterioso animal vivo de carne rojiza otorgaban a su rostro un aspecto cautivador pero también extraño, remoto. Estaba sentada en el lugar del copiloto, erguida, sin mirarle. Una cazadora de cuero, minifalda ceñida y botas de piel ampliadas con medias de lana negra hasta la mitad del muslo constituían su vestuario; bajo la ropa, como una serpiente, se estiraban las arrogantes formas de un cuerpo asombroso. Era la mujer más hermosa que había ocupado jamás aquel asiento dentro de su coche. La más hermosa que había conocido nunca. Ni siquiera Beatriz lo había impresionado tanto la primera vez.

Le resultaba muy difícil apartar la mirada de ella, pero lo hizo durante unos segundos y la situó frente a la noche del parabrisas. Reflexionó sobre lo que les había unido (si es que ella le había dicho la verdad... ¿y por qué iba a mentir?) y provocado aquel encuentro, aquella catarsis de conocimiento mutuo. Volvió a mirarla y dijo:

—¿Conocías a Lidia Garetti? ¿Estabas relacionada de alguna forma con lo que ocurrió aquí?

—No.

—¿Y por qué decidiste venir esta noche?

—No lo sé... —Raquel parecía acostumbrada a la docilidad pero no al lenguaje. Respondía de inmediato aunque luego titubeaba buscando la mejor manera de proseguir. Era como si sus palabras, pronunciadas en un tono grave y lleno de matices, pertenecieran a sus cuerdas vocales antes que a sus pensamientos—. Vi la foto de la casa, leí el reportaje esta mañana, y... Bueno, vine.

Dos ojos color carbón lo miraron fugazmente para apartarse casi enseguida. Rulfo movió la cabeza.

—Es increíble... No nos conocemos, llevamos semanas soñando lo mismo, hemos comprobado que la casa existe y hemos venido la misma noche, al mismo tiempo... ¡Joder!... — Empezó a reír en voz baja. Ella asintió en silencio. De pronto la risa de Rulfo cesó. Volvió a enfrentarse a la inagotable belleza de la chica—. Estoy asustado.

—Yo también —repuso Raquel.

—Escúchame. —Era una orden innecesaria, porque, pese a que ella no lo miraba, no parecía hacer otra cosa. Sin embargo, paradójicamente, fue en ese instante cuando lo miró por primera vez—. Te juro que no creo en fantasmas, ovnis, sueños que se hacen realidad o chorradas por el estilo, ¿entiendes? —La muchacha asintió con la cabeza al tiempo que musitaba: «Sí»—. Y tampoco creo haberme vuelto loco... Pero sé que hay algo que me ha traído aquí, que nos ha traído aquí a los dos, y quiere que entremos. —Aguardó una reacción que no se produjo—. Tú puedes hacer lo que te apetezca, yo voy a entrar. Quiero saber lo que es. —Abrió la portezuela.

La réplica de ella le sorprendió:

—Yo quiero irme, pero te acompañaré.

—¿Por qué quieres irte?

Esta vez tuvo que aguardar más para obtener una respuesta. La muchacha miraba hacia el parabrisas.

—Preferiría seguir soñando.

La casa estaba abierta.

Rulfo no se explicaba cómo, ya que Ballesteros y él habían comprobado lo contrario apenas una hora antes, pero así era. Cruzaron el jardín bajo un celaje de lluvia diminuta, pasaron junto a la fuente de piedra, subieron las escalinatas del peristilo y empujaron suavemente la puerta principal, ampliando la hendidura entre las dos hojas.

—¿Hola? —llamó.

Nadie respondió. Un olor a madera, cuero y plantas les asaltó de improviso.

—¿Hola?

La oscuridad y el silencio eran perfectos. Rulfo tanteó en la pared y presionó algunos interruptores. Las luces provenían de apliques indirectos y crearon una atmósfera más inquietante que la tiniebla. La muchacha entró, y Rulfo tras ella. Al cerrar la puerta tuvo una rara sensación: como si hubieran subido un puente levadizo. Como si la última oportunidad de pertenecer al mundo exterior les hubiese sido denegada.

Ya estaban *dentro*, significara eso lo que quisiera.

Esculturas, ánforas, jarrones tan altos como niños, animales petrificados, alfombras, un mobiliario señorial... ¿Cómo calificar aquello? La palabra correcta no era «lujo». «Antigüedad» encajaba mejor en aquel mundo de joyas, polvo y silencio, pero Rulfo sospechaba que los anticuarios no tenían esos objetos en sus casas sino en sus comercios. Todo estaba intacto, como si su propietaria viviera aún.

—Ella —dijo Raquel.

La señorita Garetti, esbelta y elegante, el pelo negro corto estilo años veinte, los contemplaba de pie desde un óleo de tamaño natural al fondo. Llevaba un tubular traje de fiesta negro con arabescos y solapas satinadas en color fucsia que dejaba sus cristalinos hombros y brazos desnudos. *Bienvenidos*, decía su expresión. Sin embargo, los labios rojos no sonreían.

La aristocrática Lidia y su casa-museo, pensó Rulfo. ¿Quién fue? ¿Quién había sido en realidad? ¿Qué hacía viviendo sola en aquel mausoleo desproporcionado? *Nunca la conocimos y ahora está muerta, pero es ella la que nos ha traído aquí*. Se acercó al cuadro y se fijó en algo: un medallón dorado colgaba del esbelto cuello de la mujer. Tenía la forma de una pequeña araña.

—Las escaleras —dijo Raquel.

Estaban a la izquierda, como en el sueño, y ascendían a la oscuridad. Ambos sabían adónde conducían. Se miraron.

—Quizá sea mejor que recorramos antes la planta baja —propuso Rulfo.

Una puerta de doble hoja los introdujo en las profundidades. Al poco tiempo Rulfo comprendió que estaban realizando el mismo recorrido que el asesino del sueño: un pasillo, un salón y, por fin, los dormitorios de las criadas. En las jambas persistían trozos de adhesivos de la policía. Entraron en el primero. Se encontraba completamente vacío, sin muebles. La cama se reducía al esqueleto del somier. Había manchas en el suelo enmoquetado. La limpieza, por lo visto, había llegado hasta cierto punto. No todo podía limpiarse, no todo desaparecía.

Abandonaron los dormitorios y pasaron de un salón a otro. Al abrir una de las últimas puertas, Rulfo se detuvo.

—La biblioteca —murmuró.

Estanterías de siete cuerpos con siete baldas cada uno, del suelo al techo, acristaladas,

tapizaban las paredes. Rulfo se olvidó de las pesadillas, de la sensación ominosa de explorar una casa en la que nunca había estado pero que, de algún modo, ya conocía, y dio una vuelta hipnotizado por aquel vasto arsenal de libros. Intentó abrir una de las vitrinas en vano. Exploró el canto de los volúmenes y advirtió nombres en letras de oro. Había muchos tomos destinados a un mismo autor y numerados: William Blake... Robert Browning... Robert Burns... lord Byron... Algo en ellos le llamó la atención. Se dirigió a otras estanterías. John Milton. Pablo Neruda. Indagó en otra al azar. Federico García Lorca. Cruzó la sala hacia la pared opuesta. Publio Virgilio.

Nombres de escritores ilustres. Él los había leído a todos. Pero ¿qué tenían en común? Eran poetas.

Por un instante se quedó plantado en el centro de la habitación, perplejo. Se le había ocurrido algo extraño: aquél era, si acaso, el único *vínculo* que lo unía a Lidia Garetti.

—Vamos a las escaleras —dijo.

Regresaron al vestíbulo y subieron los alfombrados peldaños. Pero la muchacha se detuvo hacia la mitad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rulfo.

—No sé.

Quedaron un instante escuchando el silencio. Luego continuaron subiendo y llegaron al pasillo alfombrado. Bustos de piedra lo flanqueaban. Los nombres en los pedestales estaban casi borrados, pero Rulfo pensó que habría podido reconocerlos con los ojos cerrados: Homero, Virgilio, Dante, Petrarca, Shakespeare...

*Poetas.*

Era evidente que la señorita Garetti adoraba la poesía. Pero en aquel momento lo único que importaba a Rulfo se hallaba unos metros más allá, al final del corredor.

Llegaron a la antecámara y, con mano titubeante, dio las luces. Aparecieron la puerta de doble hoja que conducía al dormitorio principal, las paredes de estuco, el pedestal de madera...

No había ningún acuario encima.

—Estaba aquí, encendido.

—Sí, yo también lo recuerdo —asintió Raquel.

Rulfo se acercó e inspeccionó la superficie del pedestal. Quedaban huellas de la presencia de un objeto rectangular. ¿Quién podría habérselo llevado? ¿La policía? ¿Y para qué?

Otra cosa le desasosegaba profundamente. Buscó el origen de tal sensación, pero no vio nada extraño. Finos muebles de cerezo adosados a las paredes soportaban fotos enmarcadas de Lidia Garetti. También había cuadros colgados. Al observar estos últimos, se detuvo. Eran por lo menos una docena de distintos tamaños, y en cada uno aparecía el retrato de una mujer, pero lo más llamativo era que, a diferencia de las fotos, ninguna parecía ser Lidia. Los estudió con más detenimiento. Vestuarios y técnicas pictóricas variaban bastante de uno a otro: había damas con miriñaques, pelucas, corsés, plumas, guardainfantes, faldas..., y óleos estilo Tiziano, Watteau, Manet... Entonces, en el cuello de una de las mujeres, advirtió un objeto conocido.

—Esa de ahí lleva el mismo medallón que Lidia, ¿ves? En forma de araña.

—Y ésa —indicó Raquel.

Intrigados, revisaron los demás. Cuando la posición de la figura lo permitía, un medallón idéntico —o que mostraba solo las diferencias con que los distintos pintores lo habían reflejado

— se ofrecía ante sus ojos. Una araña dorada.

—Nos falta el dormitorio —recordó Rulfo.

Tomó el picaporte de la puerta de doble hoja. La abrió.

Solitaria, majestuosa, hundida en el silencio, la habitación parecía invitarlos a pasar. Pero aquel lugar sí había cambiado. Por completo. La luz procedía de bombillas desnudas torpemente instaladas en un techo agujereado. Casi todos los muebles habían desaparecido, así como las cortinas. La cama carecía de cobertores y el dosel de colgaduras. Aquí y allá se percibía la minuciosa labor de la ley: tenues marcas de tiza, trozos de adhesivo, innumerables huellas de botas... Y olía, aunque Rulfo no hubiera podido decidir si bien o mal: un olor diferente al resto de la casa.

Raquel se frotaba los brazos. Él percibió su ansiedad.

—Aquí la torturó... horas y horas...

Ningún reportaje detallaba lo que Robledo le había hecho a Lidia, pero los objetos encontrados por la policía y enumerados en algunas noticias eran como el negativo de un hecho atroz: un berbiquí, ganchos clavados en el techo, tenazas, clavos, cuerdas, cadenas, varios cuchillos... Cada vez que lo pensaba, Rulfo lo comprendía menos: ¿cómo era posible que un chaval con escasos antecedentes penales, a quien solo le interesaba obtener droga, hubiera decidido ejecutar aquella salvaje sesión inquisitorial contra una persona?

Raquel parecía muy afectada. Miraba a su alrededor. La cazadora se tensaba con su respiración.

—No buscaba solo su dolor —dijo con inmensa seguridad, como si conociera perfectamente el significado de aquella palabra—. Estaba rabioso.

—Lo que importa es que ahora está muerto —murmuró Rulfo, tranquilizador—. Y que no veo por ninguna parte ese maldito acuario, si es que existe.

Rodeó la enorme cama y descubrió algo. Otra puerta. Pero hubiera sido fácil pasarla por alto, ya que no se distinguía de la madera que forraba las demás paredes, solo un pomo dorado la señalaba. Lo hizo girar y la puerta se abrió en completo silencio hacia la oscuridad. Entró sin mirar atrás, al tiempo que Raquel salía del dormitorio pensando que él no tardaría en seguirla.

Continuaba inquieta, alerta. No era nada definido, nada que pudiese identificar, una amenaza concreta, ni siquiera un pensamiento coherente. Se trataba, más bien, de una sensación. Algún tipo de corazonada que le advertía —le gritaba— que se encontraba en peligro.

*Sal de aquí.*

Comprendió que no había sido la visión de la habitación donde Lidia había muerto torturada, ya que había sentido algo parecido al subir las escaleras. De hecho, lo había percibido en el mismo instante de entrar en aquella casa. No era nada que estuviese muerto sino algo vivo: una presencia que no pertenecía al pasado sino al aquí y al ahora, y que aún se hallaba oculta en algún lugar.

*Vete ahora mismo.*

Pero el temor obraba en ella un efecto extraño: la impulsaba a continuar.

Recorrió la antecámara hasta el fondo. Tras un recodo distinguió un angosto pasillo. Se adentró por él.

una luz tenue

Era un lugar silencioso y oscuro. Una ceguera y una tumba. Rulfo buscó algún tipo de interruptor en vano. Entonces hurgó en el bolsillo hasta encontrar el encendedor y alzó la pequeña llama.

La habitación carecía de ventanas u otras salidas y se hallaba completamente forrada de tela: las paredes eran cortinas y el suelo y el techo (bastante bajo) suaves alfombras. Todo era de color azul y no había ningún mueble ni objeto. Una cámara con personalidad de gato. Un lugar de piel adolescente. Pisarlo era desear estar descalzo. Rulfo pensó que solo la desnudez había hollado aquel espacio. *¿Para qué te servía esto, Lidia? ¿Qué hacías aquí? ¿Por qué no hay luces?*

una luz tenue, un resplandor

Al fondo del pasillo halló unas escaleras que subían. Se volvió para ver si el hombre la seguía y comprobó que estaba sola. Pero no quiso llamarlo. Ningún hombre le inspiraba confianza. No los odiaba, pero tampoco había amado a ninguno aunque lo fingiese: solo lograba aceptarlos con resignación.

Subió las escaleras. Los peldaños rechinaron bajo sus botas. Ya advertía el rellano. Una puerta cerrada, seguramente un desván.

Y algo más.

una luz tenue, un resplandor filtrándose

Rulfo salió de la extraña habitación y del dormitorio y se dio cuenta de que Raquel había desaparecido. Se disponía a llamarla cuando, de repente, quedó paralizado frente a las fotografías enmarcadas de la antecámara.

Una luz tenue, un resplandor filtrándose bajo la puerta.

*Tengo que llamarlo. Ahora sí tengo que avisarle.*

De pronto, con un suavísimo clic, la puerta se abrió.

Era un daguerrotipo pequeño, muy antiguo, de color sepia, enmarcado en plata. Mostraba a un hombre junto a una mujer en un paisaje de playa. La mujer llevaba en el pecho el mismo medallón en forma de araña. No reconoció a ninguno de los dos, pero, de alguna forma, supo que aquella fotografía, precisamente *aquella*, era el origen de la inquietud que experimentaba en la antecámara.

Le dio la vuelta al retrato. En la parte posterior del marco, en una esquina, alguien había escrito, en suave tinta azul: *Per amica silentia lunae*. Las palabras le resultaban conocidas. *Eneida*. Virgilio. Sin detenerse a pensarlo, obedeciendo a un impulso, guardó el retrato en el bolsillo de la chaqueta.

Entonces escuchó la voz de Raquel. Ella lo guió. Encontró las escaleras enseguida. Conforme las subía, el resplandor se hacía más intenso. El rellano daba paso a una especie de desván con cosas arrumbadas. La extraña luz lo subrayaba todo: cada moldura, cada baldosa; creaba sombras

y fantasmas. Se asomó y vio a la muchacha de pie mirando hacia abajo. La luz verde, en aquel punto casi cegadora, aureolaba sus perfectos rasgos.

Procedía del acuario rectangular que había a sus pies.

—¿Cómo lo encontraste?

Ella se lo contó: la franja de luz verde bajo la puerta y la forma en que ésta se había abierto.

El acuario medía casi un metro de largo. Sus paredes no eran de vidrio sino de algún tipo de material plástico. La tapa, de color negro, llevaba adosadas las luces de los tubos fluorescentes verdes, y una placa metálica en la base mostraba el nombre de las criaturas que, sin duda, habían hecho oscilar sus sinuosos cuerpos en el interior: *Gurami besado*, *Otocynclo*, *Betta siam*, *Gurami perla*... Sin embargo, el agua ya no albergaba peces vivos, solo un repugnante amasijo de órganos descompuestos, un cementerio grumoso que cubría toda la superficie. La luz verde otorgaba a tal podredumbre un aspecto aún más desolador. Sobre la grava persistían dos adornos, dos castillos de Neptuno, uno blanco y otro negro.

—Mira el cable —señaló Rulfo.

Sobresalía de la parte posterior y terminaba en un enchufe sin conexión con la corriente. ¿Cómo funcionaban aquellas luces? *Quizá sea una batería*, pensó, sin creer él mismo en aquella explicación. Apoyó las manos en los costados del objeto e intentó levantarlo: pesaba considerablemente. ¿Quién lo había llevado al desván y por qué? ¿Lo había descubierto la policía? Y, en tal caso, ¿se hallaba encendido entonces?

Era un acuario olvidado y muerto, pero sus luces brillaban sin necesidad de electricidad. Y, de creer a Raquel, la puerta del desván se había abierto en el momento en que ella llegaba al rellano, igual que la puerta metálica de la parcela.

*Cosas extrañas, doctor Ballesteros.*

Se preguntó qué debían hacer ahora, por qué era tan importante aquel adorno en sus sueños, por qué Lidia Garetti (o quienquiera que fuese) lo mencionaba una y otra vez.

—Quizá debemos vaciarlo —sugirió la muchacha, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Quizá.

Rulfo titubeaba. No le agradaban los enigmas. Siempre había actuado más por impulso que por deducción. Decidió, sin embargo, no apresurarse. Se agachó hasta rozar el suelo con la mejilla y observó la grava, los adornos, la corrompida materia de la superficie. Nada le llamaba especialmente la atención. Ambos castillos eran idénticos. Los puentes levadizos se hallaban descendidos y era posible observar el interior a través de las aberturas en arco.

De repente se incorporó.

—Dentro del castillo negro hay algo. Puede ser un pez muerto, pero voy a comprobarlo.

Se quitó la chaqueta y se remangó el brazo hasta el codo. Luego levantó la tapa

preguntándose si las luces se apagarían. Pero no lo hicieron. Casi de forma simultánea, el golpe de hedor alcanzó su olfato. Apartó la cara haciendo una mueca mientras Raquel se cubría el rostro con las manos. Respirando por la boca, Rulfo dejó la tapa con las luces aún encendidas en el suelo y hundió los dedos en aquella materia viscosa, apartando cadáveres de peces. Tanteó dentro del adorno.

—Ya lo toco.

Era una especie de objeto de tela, pero se le escapaba, resbalaba hacia el fondo, fuera de su alcance. Intentó hacer presión para levantar el castillo, pero parecía clavado al suelo de grava. Y el estomagante hedor le impedía reunir la paciencia necesaria.

—Cuesta sacarlo.

—Pruebo yo.

Retiró el brazo chorreante de agua y Raquel sumergió el suyo sin quitarse la cazadora. Su mano descendió a las profundidades como un esbelto pez blanco y los dedos se introdujeron en la abertura.

En ese momento Rulfo sintió algo. No supo determinar el origen, ni siquiera el significado de aquella sensación, pero comprendió que no era muy distinta de la que había percibido al entrar en la casa: el instante del paso irrevocable, definitivo, sin retorno. Sin embargo, esta vez, mientras veía la mano de la muchacha atrapada en el interior del castillo negro, la convicción fue tan intensa que le acobardó. Experimentó la urgencia de decírselo, de pedirle que retrocediera,

oscuridad

que dejara las cosas (esas cosas *extrañas*) como estaban, que no *descendieran* más. Pero, mientras lo pensaba, la mano emergió.

oscuridad. frío

—Ya lo tengo —dijo Raquel.

oscuridad. frío. torbellino

Y las luces de la tapa se apagaron.

Oscuridad. Frío. Torbellino.

Un monstruo movedizo y anubado recorría los caminos de la noche. Se había desatado una tormenta espectacular, de las que dejan a su paso una riada de víctimas, aleros desplomados y esquelas. Aún no llovía ni estallaban relámpagos, pero un poderoso ventarrón cruzaba el jardín torciendo ramas de árboles y preludiando el temporal que se avecinaba. Corrieron hacia la puerta metálica mientras un grito de hojas muertas con aliento a tierra húmeda los empujaba. Ya en la calle, Rulfo sacó las llaves del coche y se guarecieron en el interior.

Fue entonces cuando Raquel abrió su mano derecha, húmeda, y pudieron contemplar aquel objeto.

El apartamento se encontraba en los bajos de un patio sucio y envejecido. Estacionaron en la acera y cruzaron el deprimente solar bajo la lluvia sorteando los charcos. Ella no tenía coche y había aceptado que él la llevara a su casa, pero con cierta silenciosa incomodidad, y Rulfo creía ahora comprender por qué. La muchacha vivía en un barrio lleno de vetustos y diminutos pisos que, sin duda, servían para hospedar a familias enteras de inmigrantes. Una simple puerta de madera y una llave eran lo único que los separaba del interior. El interruptor solo produjo sonido.

—No hay luz —dijo ella—. A veces no hay.

No ponía un énfasis especial al mencionar aquello, como si vivir allí no le pareciese otra cosa que una obligación, molesta pero ineludible. Tampoco protestó cuando él hizo amago de entrar detrás.

Rulfo se encontró a oscuras en un lugar que olía a cueva. Escuchó los pasos de la muchacha y, poco después, una luz cansina, desigual, como si fuera líquida, procedente de una habitación a su derecha, le entregó la triste visión de unas paredes rotas, baldosas hundidas, sillas de patas metálicas, un viejo tresillo y una mesa pequeña y rectangular con un cenicero lleno de mondaduras de naranja. La luz provenía de una lámpara de camping con las baterías agonizantes. Lenguas de moho lamían las paredes. Una ventana al fondo, con la mitad del cristal cubierta por una tela estampada, dejaba oír un vuelo de estorninos enloquecidos. Casi hacía más frío que en el exterior.

—Tu chaqueta... ¿Quieres quitártela?

—No, gracias.

La muchacha lo dejó a solas un instante.

Rulfo se frotó los brazos. Dios, qué frío hacía allí. ¿Cómo se las arreglaría ella en pleno invierno? Las nubes de vapor que expelía su aliento se condensaban sobre la trémula luz de la lámpara. El olor a humedad era insoportable. Y se escuchaban otras cosas (crujidos, correteos), sobre las que prefería no especular. Comparado con aquel antro, su apartamento de Lomontano era un palacio.

Durante el trayecto había logrado obtener frases breves y correctas en respuesta a sus preguntas. Sabía que ella era huérfana, que había nacido en algún lugar de Hungría pero había vivido en tantos que ya no recordaba su patria. Llevaba cinco años en España y carecía de papeles. Trabajaba en un club privado: *Cientes me llaman y yo voy*. A Rulfo no le había sorprendido su historia, casi la esperaba. Lo que no comprendía era la relación que podía existir entre una inmigrante clandestina húngara que se prostituía en un club, una millonaria italiana asesinada de forma feroz y un hombre como él. Pensó que quizá la respuesta se hallara en los objetos que habían encontrado en casa de Lidia Garetti.

La muchacha regresó. Ya no llevaba la cazadora sino un jersey negro de cuello vuelto, y se secaba el copioso pelo azabache con una toalla. Rulfo se fijó en el collar plateado que cercenaba su garganta: «Patricio» era el nombre grabado en la fina chapa metálica. Elevó la vista y tropezó con sus ojos. La muchacha miraba como un páramo yermo. Las sombras pardeaban los contornos del óvalo perfecto que era su rostro.

—Vamos a ver lo que hemos encontrado —propuso Rulfo.

Se sentaron a la mesa, frente a frente, junto a la lámpara de camping. Un ruido imprevisto

(¿una puerta?) los sobresaltó, pero más a ella que a él. La vio ponerse en pie con felina rapidez y asomarse a la oscuridad del pasillo.

—A veces recibo visita que no espero —explicó de regreso, más calmada—. Ahora no era nada.

*L'aura nera sí castiga.*

Las palabras estaban escritas en tinta azul en la cara interior de la tela impermeable y rígida anudada con bramante que ella había sacado del agua. El hombre se las leyó y las tradujo: «El viento negro así castiga». Dante, dijo, casi seguro que era un verso de Dante, de su *Inferno*.

La tela formaba un saquito con el nudo en un extremo. El hombre había deshecho el nudo con tirones impacientes y descubierto las palabras. Pero también había extraído lo que el saquito albergaba en su interior. Sostuvo el pequeño objeto en la palma de la mano. Ella se inclinó para verlo mejor y su pelo mojado casi rozó el de él.

—Qué demonios es esto —dijo el hombre.

Era una figura humana, no mayor que su dedo meñique, confeccionada en algún tipo de material de cera o plástico, sin rasgos. El hombre le dio la vuelta y leyó la diminuta palabra grabada detrás, a lo largo de la espalda: AKELOS. Un nombre, para ella, tan vacío de contenido como la frase escrita en el interior del saquito.

Le costaba concentrarse. Su inquietud no había menguado tras regresar de la casa de Lidia Garetti, y no era debida a lo que adivinaba que el hombre le pediría al final, o le exigiría. Sabía perfectamente cómo acabaría la noche y qué tendría ella que hacer, a juzgar por la forma en que él la observaba, o no precisamente a ella sino a sus pechos desnudos bajo el jersey. Pero no era eso lo que le importaba. Incluso quería excitarlo, llevarlo a esa conclusión cuanto antes, distraerlo para que no mirara a su *alrededor* o le diera por recorrer la casa. No había podido evitar, por supuesto, que él la trajera en su coche y entrara con ella. Estaba segura de que aquel hombre no era un cliente enviado por Patricio, pero determinadas experiencias le habían enseñado a no rechazar a ninguno. Solo deseaba (*por favor*) que no descubriera lo otro. Para evitarlo, estaba dispuesta a dejarse hacer cualquier cosa.

—«Akelos», qué palabra tan rara... No la había oído nunca. ¿Te suena de algo?

Ella negó con la cabeza.

Pese a todo, la inquietud que experimentaba tenía otro origen, más enigmático: había comenzado mientras exploraba la casa de la mujer asesinada. ¿Por qué? No recordaba haber conocido a Lidia Garetti ni estado antes en aquella casa. Es verdad que había soñado con ambas, pero los sueños no le preocupaban. Y, aunque su memoria solía jugarle malas pasadas, recordaba muy bien (y dolorosamente) todos y cada uno de los lugares que había visitado, todas y cada una de las casas en las que se había visto, y se veía, obligada a trabajar, así como los individuos que la llamaban habitualmente, y sabía que Lidia Garetti no tenía nada que ver con ella. Entonces, ¿por qué ese vago temor, esa sensación de amenaza que jamás había percibido con tanta intensidad como hasta ahora?

La tormenta era el estrépito de una jauría. El hombre la miraba. Ella se obligó a fingir que permanecía atenta a sus palabras.

—Creo que esto era lo que debíamos hacer. No sé por qué, pero creo que teníamos que

encontrar precisamente *esto...*

—Sí —asintió ella sin mucha convicción.

—Veamos el retrato.

Vio al hombre dejar la figura y el saquito a un lado y sacar el pequeño marco. Él le había explicado que, de alguna forma, aquel retrato le había llamado la atención, aunque ignoraba quiénes podían ser los individuos de la foto. Ella tampoco lo sabía, y así se lo dijo.

—¿Te fijas en la frase? —El hombre señalaba unas palabras escritas por detrás—. «Por el amistoso silencio de la luna» —tradujo—. Es un verso de Virgilio, un poeta latino... La tapa está suelta...

Hizo presión sobre la parte posterior del marco y lo desprendió, extrayendo la fotografía. Pero algo más cayó sobre la mesa. Era un papel muy viejo, doblado en dos. El hombre lo desplegó con cuidado. Parecía una lista de nombres.

La muchacha no entendía nada, y sospechaba que al hombre le sucedía igual. Pensó que quizá se había equivocado al visitar aquella casa. Casi deseaba que viniera Patricio y acabara con todo de forma violenta, como solía hacer. Casi deseaba que Patricio echara a aquel hombre a la calle, junto con aquellos objetos incomprensibles.

Sin embargo, siguió fingiendo. No quería que el hombre se enfadara.

Durante la lectura del absurdo poema (si es que se trataba de eso) dos cosas habían perturbado a Rulfo: la tormenta abatiéndose contra la frágil ventana de tela y la proximidad de la muchacha, su cabeza inclinada junto a la suya, su rostro sobrenatural casi rozándolo, la hoja reflejándose en el carbón de sus ojos como una doble semiluna.

Intentó concentrarse en el hallazgo.

Le intrigaba la presencia de aquel papel tras la foto. Parecía tan antiguo como ésta, hasta el punto de que, al desplegarlo, casi lo había roto. La caligrafía era cuidadosa aunque revelaba cierto temblor. El texto (desvaído, azul) estaba en castellano, pero ¿qué significaba? ¿Era un juego de palabras? ¿Qué relación tenía con la fotografía de una pareja en una playa, una figurita de cera con la palabra «Akelos» encerrada en un saco hundido en un acuario, unos versos de Dante y Virgilio o el asesinato de Lidia Garetti? *¿Teníamos que encontrar todo esto, Lidia? ¿Por qué?*

Volvió a leer la primera frase: *«Las damas son trece»*.

Estaba seguro de haber oído eso en algún lugar.

*Las damas son trece.*

De repente lo recordó. Comprendió de inmediato que, si estaba en lo cierto, las cosas se complicarían aún más de lo que había pensado. Se enfrentó a los ojos de la muchacha, negros como si no fueran ojos, negros como lunares entre los párpados.

—Tengo un viejo amigo... Fue profesor mío en la facultad. Creo que sabe algo sobre esto. Hace tiempo que no nos vemos, pero... quizá acceda a echarme una mano.

—Bien.

El ruido —inesperado, violento— casi hizo que ella saltara de la silla. Un mueble. Una puerta.

—No es nada —dijo regresando tras una centelleante ausencia—. El viento.

Sus ojos evitaban mirar a Rulfo.

La noche se dilataba. La lluvia había dejado paso a la reciedumbre de una tormenta eléctrica que horrorizaba los silencios, y la agonía de la luz de la lámpara enmascaraba cada objeto de la habitación. Ella le ofreció algo de comer: una lata de conservas con carne y frituras precocinadas. El aspecto de las viandas era desolador, pero Rulfo tenía apetito. Sus ojos también estaban hambrientos, aunque devoraban algo completamente distinto: un rostro azabache y nácar.

Las prostitutas eran la única relación estable que mantenía desde hacía tiempo, pero lo que le ocurría con aquella muchacha era algo más perturbador e indefinible que el deseo de pasar la noche juntos, y lo supo en aquel preciso instante. La veía comer sin mirarle, aguardando a que él sacara el tenedor de la lata antes de introducir el suyo, y de repente esa sensación se convirtió en relámpago y sonó a trueno. Pensó que estar con ella era como llegar a una meta, como satisfacer un deseo largamente postergado. Aquella chica era distinta a cualquier otra que hubiese conocido, y no solo en lo que atañía a su belleza.

Clavó el tenedor en otro trozo de carne. Ella introdujo el suyo mecánicamente. Entonces él dejó de comer, soltó el tenedor y tendió la mano desnuda.

El tenedor de ella

un rayo

no volvió a salir.

Había sucedido lo que esperaba, pero estaba preparada. Guió al hombre hacia el dormitorio a oscuras, donde los espejos tenían hambre de luz y los mostraban como una muchedumbre de sombras. Quemó con su boca la boca del hombre, hundió su lengua en el calor turbio de su lengua. Luego lo llevó a la cama, lo hizo tenderse y, a horcajadas sobre él,

un rayo en el cristal

comenzó a desnudarse.

Pese a las tinieblas que lo rodeaban, Rulfo supo de inmediato que jamás había contemplado una anatomía semejante. Vio centellear el pequeño collar y un triángulo de anillas trémulas. La vio inclinarse con presteza elástica apartándose la espesa cabellera. Un espejo en el techo le derramó, entre flases de luz, el reflejo de una espalda de líneas suaves y la doble y maciza cúpula de unas nalgas prietas y perfectas. Sintió músculos ágiles rebulléndose sobre él, dedos largos convertidos en finas lenguas, una lengua como un dedo imprevisto y desarticulado. Percibió aquella lengua en lugares donde nunca había sentido una boca, ni siquiera

un rayo en el cristal, un fulgor

una luz.

No hubo sorpresas. O apenas una: el hombre no la golpeó.

Ella estaba preparada, sin embargo. Montada sobre él, las manos cruzadas sobre la cabeza (eso quería Patricio), hundiéndose y elevándose a un ritmo exacto, apartando el rostro para no

mirarlo (eso quería Patricio), procurando que cualquier rincón de su cuerpo quedara accesible a los brazos del hombre, aguardaba el desagradable momento con la fortaleza de la costumbre. Pero no hubo golpes. Sin embargo, ella no se lo agradeció: los que no la golpeaban entonces eran peores.

Un rayo en el cristal, un fulgor blanco.

El estampido la despertó. Recordó lo ocurrido y se tranquilizó: todo había salido bien, y, por fortuna, su secreto no había sido descubierto. Ahora, el hombre se había quedado dormido y la tormenta proseguía.

Pero ella experimentaba la misma inquietud que había sentido en la casa de Lidia: aquella alarma, aquel agudo y punzante pavor que no la abandonaba.

Se incorporó. No vio nada raro en la oscuridad del dormitorio.

Afuera, los relámpagos desmenuzaban la noche.

Abrió los ojos. Estaba tendido boca arriba en una cama desconocida. Miró al techo.

El techo era ella. Su cuerpo desnudo se inclinaba sobre él. Hebras de pelo azabache le rozaron la mejilla. Debes irte ahora, le decía. Acariciaba su torso y le hablaba desde tan cerca que él no necesitó incorporarse para volver a probar su boca.

—Debes irte —repitió ella cuando separaron los labios.

No lo rechazaba, no le obligaba a nada, solo le rogaba. Pero en su petición destellaba una ansiedad que él quiso respetar.

—¿Cuándo podré verte otra vez?

—Cuando quieras.

—Necesito verte —insistió Rulfo—. Necesitamos vernos.

—Sí.

Aún era de noche, pero la tormenta había cesado. Luego de asearse un poco, a tientas, en un minúsculo y gélido cuarto de baño, Rulfo regresó al dormitorio, coleccionó su ropa y se vistió. Ella lo guió de vuelta por el pasillo. Sus alientos derramaban vapor mientras caminaban y él volvió a preguntarse cómo podía soportar la muchacha la desnudez en aquella cueva. Le parecía obvio que también recibía clientes allí, a juzgar por los espejos, pero maldijo en silencio a quien le hubiese facilitado semejante tugurio para vivir.

Aparte del comedor, una cocina casi incrustada en la pared y aquel dormitorio, el apartamento disponía de otra habitación, pero su puerta, que daba al pasillo, estaba cerrada. Poco antes de llegar a ella, la muchacha giró y volvió a besarlo. Siguieron besándose mientras caminaban. Al llegar a la entrada principal, ella se apartó.

—Iré hoy mismo a ver a ese amigo que te conté —dijo Rulfo—. Y ya hablaremos.

—Sí.

De pie en el umbral, las manos en los costados, las anillas de los pechos destellando con la respiración, la muchacha lo observaba en silencio.

Rulfo le pidió el teléfono. Hubo un rápido intercambio de números en un papel que ella anotó y dividió por la mitad. Cuando él dejó de verla y salió al patio, fue como si anocheciera en sus ojos. Se dio cuenta de que lloviznaba. Un desagradable hedor se alzaba desde la calle.

Al llegar a Lomontano y hurgar en los bolsillos de la chaqueta, comprobó que llevaba únicamente la foto y el papel: había olvidado la figura y el saquito de tela sobre la mesa del pequeño salón.

La muchacha no lo vio partir. Cerró la puerta al tiempo que los ojos, y permaneció un instante apoyada en la pared.

Se había ido. Por fin.

Nunca se hubiera atrevido a echarlo. Incluso el simple hecho de pedirle que se marchara le había costado un gran esfuerzo, porque no estaba acostumbrada a pedirle nada a nadie, salvo aquello que nunca le concedían. Pero se había ido. Todo había salido bien.

Regresó al pasillo y se detuvo ante la puerta cerrada. La abrió.

Se presentó sin avisar. No le importaba que César no estuviera o (muy probable) no quisiera recibirlo. Simplemente, odiaba obtener la respuesta por teléfono. Subió en el estrepitoso ascensor de rejilla, llegó al último piso y llamó al timbre de la única puerta, donde un letrero anunciaba, entre volutas caligráficas, los nombres de César Saucedá Guerin y Susana Blasco Fernández.

Mientras aguardaba, valoró la posibilidad de que fuera Susana quien lo recibiera. Imaginó, al cabo de los años, posibles rostros, no descartó ninguna mirada (odio, tristeza, nostalgia). Luego concluyó que, probablemente, le atendería una criada.

Pero quien le abrió la puerta fue el diablo en persona, con su bata roja, un blazer negro debajo y aquellas grotescas gafitas de cristales azules a medio trayecto de la nariz.

César lo miró sin decir nada.

Mal preparado para la última de las posibilidades imaginables, Rulfo obedeció a su impulso.

—Hola, César. Quería verte.

César Saucedá era el diablo.

Un diablo menor, pero lo bastante maligno como para que sus clases de aburrida literatura siempre estuvieran atestadas. Rulfo lo había conocido cuando aún se dedicaba a capturar almas. El pacto diabólico se llamaba tesis doctoral, y Saucedá añadía cláusulas que atañían, sobre todo, a las alumnas más jóvenes. En verdad, era un hombre sin escrúpulos, pero lo que atrajo a Rulfo de su personalidad era el increíble contraste entre una fantasía inagotable y la gelidez de una mente racional. «Soy un poeta que ama la acción», solía definirse su ex profesor. A él lo definía a la inversa: «Eres un hombre de acción que ama la poesía». La mezcla no fue mal al principio: el impulso del joven estudiante contribuyó a que se conocieran, y la mesurada frialdad del profesor hizo que la amistad se mantuviera sin altibajos. Luego, paradójicamente, ambas características habían servido para agravar la distancia que Susana había impuesto entre ellos.

El ático, próximo a Velázquez, estaba dividido en dos pisos, siendo el superior un amplio dormitorio abuhardillado con hermosas vistas del Retiro. César lo llamaba «su» Retiro. La expresión era correcta, porque César había abandonado la enseñanza y se dedicaba a vivir rodeado de comodidades y de Susana. Como buen diablo (menor), siempre había tenido dinero y compañía femenina, y siempre había sabido cómo obtenerlos cuando escaseaban y utilizarlos cuando disponía de ambos. Años atrás había reunido a varios ex alumnos y fundado un círculo literario-artístico-orgiástico cuyas fiestas se habían hecho célebres durante determinada época en Madrid. Su «querido alumno Rulfo» había pertenecido a aquel círculo.

Todo eso había ocurrido antes de que Susana los distanciara.

—La mediocridad de este mundo es inconcebible, Salomón. La vida comienza a quedarme pequeña. Siempre lo he dicho: los roquedeños somos gente inquieta. ¿Qué podríamos hacer para volver a gozar...? ¿Recuerdas a esa chica...? ¿Cómo se llamaba...? ¿Pilar Rueda...? Se ha casado, ¿puedes creerlo...? Ahora se dedica a cultivar hijos. La vi hace poco. Lo último que esperaba de ella era el alcachofismo maternal, te lo juro. Le dije: «parece que has olvidado lo que hacías en mi casa, Pilar». Me contestó: «No se puede vivir de eso...». No, su respuesta exacta fue: «No puedo vivir haciendo eso». Porque lo que importa es vivir, claro. —Paladeó el vermut e hizo girar la copa mientras hablaba—. Quizá la solución resida en aniquilar los opuestos. Convertir lo carnal en el máximo goce del espíritu. ¿Sabes quién fue el hombre más sacrílego que conocí...? No sé si te he hablado de él alguna vez. Era un empresario francés que se creía heredero directo de Sade. Una de sus manías, a la hora de celebrar un banquete en casa, era usar hostias consagradas. Ordenaba robarlas. Hablo en serio, ¿no me crees?

—Te creo.

—Tenían que ser de verdad, no valían las imitaciones. Las colocaba en bandejas y las servía como canapés. Las había con paté de *foie* y anchoa, queso crema y caviar Beluga, trocitos de salmón y alcaparra... Los párrocos de los alrededores denunciaban los robos y la policía sospechaba la existencia de una secta satánica... ¡Una secta satánica...! Se moría de la risa, el cabrón. Espera, no acaba aquí la cosa. Un día le pregunté por qué lo hacía, por qué se comía las hostias así. ¿Sabes lo que me contestó?

—Ni idea.

—«Solas están *fade*, César». ¡Ja, ja, ja! En realidad, el muy cabrón era un bromista. Pero de ateo, nada. «Tú no eres ateo», le dije una vez, «tú lo único que quieres es comerte a Dios untado de Diablitos Underwood...». Era un tipo genial. Pasábamos un buen rato discutiendo si el infierno era interminable o inagotable. Ambos coincidíamos en que, si es simplemente interminable, entonces es una tortura. Pero si es inagotable, ¿quién desearía que terminara alguna vez? Y concluíamos que es peor, mucho peor, agotarnos que morirnos. Añadíamos una coletilla a la premisa de Rabelais que luego hizo suya Aleister Crowley: «Haz lo que quieras, pero intenta *variar*». Buenas conversaciones, sí señor... —Cogió una servilleta de papel y comenzó a chamuscarla con el puro. Luego espantó los alambres de humo—. Ya no hay conversaciones, ni buenas ni malas... Ya no hay nada. Todo está contaminado de vulgaridad. La poesía sigue salvándose, al menos. Y espero que siga salvándote a ti.

—Sí, sigue salvándose.

Alguna vez César no había sido feo, sino un pequeño y delgado príncipe azul. «Pero besé a la princesa incorrecta», solía decir. Ahora era intensa e inmensamente feo, de ojos pequeños y grises bajo cejas puntiagudas como cuernecillos de serpiente cerasta, disperso cabello ceniza y bigote y perilla haciendo juego. Sobre su bulbosa nariz solía montar unas gafas metálicas de cristales azules que no hacían nada (todo lo contrario) por mejorar las cosas. Pero, cuando Rulfo le oía hablar, y sospechaba que así ocurría con todo el mundo, se olvidaba pronto de su aspecto. Su voz era hermosa y grave, con cierto matiz andaluz (roquedeño, diría él) y cierta *labia* —decía Susana— que los años no habían logrado desgastar.

—Me alegro de verte, Salomón, te lo juro, y Susana se alegrará también. Llegará enseguida,

ha tenido que ir a... Por cierto, ¿por qué no te quedas a comer...? No me digas que no. Tenemos tanto de que hablar... Susana está magnífica, ya la verás... Claro que, a los treinta años, cualquiera... Algún día compondré una heroida en su honor. Ella va hacia arriba y yo hacia abajo. Yin y yang... ¿Y dónde trabajas ahora? Lo último que sé de ti es que dabas clases en un taller literario...

—Estoy en paro desde que acabó el verano.

—¿Alguien como tú, en paro...? ¿Éste es el nuevo país que estamos construyendo...? Somos europeos a la hora de las responsabilidades, pero nuestro paro sigue siendo nacional. ¿Y no piensas hacer nada...?

—Lo cierto es que he tenido momentos peores.

—Te advierto que, si te encuentras bien, no hay nada mejor que no trabajar. Mírame a mí. Pero a tu edad aún es pronto para eso. Y a mi edad, demasiado tarde... Me he hecho viejo sin darme cuenta.

—No tienes aún sesenta años, César.

—Y qué, eso solo es una cifra. Soy viejo. Me siento viejo. Y Susana lo nota. —Hizo una pausa y bebió otro sorbo de vermut—. Debo confesarte que antes compartíamos más, ella y yo. Ahora casi nunca está en casa. Siempre tiene mucho que hacer con su teatro, y no la censuro: es joven, y todavía cree que hacer cosas no carece de sentido. Tampoco la censuré cuando... En fin, cuando ocurrió lo vuestro. Sí, debo decírtelo honestamente. Nunca entendí nuestro distanciamiento. Lo único que no entendí de lo que hicisteis fue que no me lo dijerais.

Rulfo sabía que el tema acabaría apareciendo, aunque no había anticipado la sencillez con que César era capaz de mencionarlo. No quería morder el anzuelo, pero, mientras lo pensaba, ya había abierto la boca para tragárselo.

—Decírtelo hubiera sido absurdo.

—Cualquier cosa es mejor que esperar a que el otro se entere por casualidad, ¿no? —objetó César sin asomo de irritación en su voz.

—No estábamos seguros de lo que sentíamos el uno por el otro. Sigo pensando que hicimos bien.

—Comprendo. Siempre has sido un rebelde. Desde la universidad.

—Y a ti te encantaba enseñar a los rebeldes.

—Pero tú eras un rebelde romántico, lo cual es peor. Ya que has venido a vernos, te confesaré algo: no me importaba tanto que te tiraras a Susana como ese romanticismo jabonoso con que la untabas a solas. Me parecía lógico que follarais. Hombre, yo te la había presentado, yo la había visto antes, por decirlo así, pero ella era una jovencísima actriz y tú un joven licenciado en filología. Ambos erais jóvenes y guapos. También tú, sí. Un ícubo, eres un jodido ícubo, en serio, mírate... Con esos rizos negros y esa barba a lo Che Guevara... Las chicas te ven y pierden la compostura, y lo comprendo. El defecto es tu bondad. No se puede tener esa cara y ser tan bueno como tú, Salomón. Pareces un pecador que hubiese decidido ser asceta. En el fondo, lo reconozco, siempre has sido más poeta que yo. Ambos amamos la poesía, pero la poesía solo te ama a ti... aunque se quede a vivir conmigo. Y no te lo tomes como un perverso juego de palabras.

—¿Por qué no dejamos el tema en paz, César? No he venido a...

—¿Crees que a Susana se la puede dejar en paz en algún momento? Si piensas así, mi

querido alumno Rulfo, es que has cambiado mucho...

—¿Qué es lo que quieres? ¿Que volvamos a pelearnos?

—No, no, no —lo tranquilizó César—. Perdona por haber sacado el tema. En realidad, solo quiero vivir. A veces me muero. Aunque no del todo, y eso es lo peor...

Susana.

El ruido de la puerta de la calle hizo que César sonriera.

Susana. allí

—Porque, ¿ves?... La vida sigue regresando a mi casa —añadió con una risita.

Susana. Allí.

Mirándolo.

—Bueno, ¿no vais a saludaros...? Mira qué cara ha puesto al verte, Salomón. Nunca pone esa cara con nadie, te lo juro... ¡Ja, ja, ja...!

De almuerzo hubo gratinado de verduras, filetes de ternera muy finos, casi tostados, como le gustaban a César, servidos con roquefort, y frutas con queso gruyer. Todo de un *catering*, le explicaron, comían de *catering* desde hacía tiempo, ninguno de los dos tenía ganas de preparar nada, pero Rulfo no estaba muy convencido de que ocurriera así todos los días, porque los vio entregarse a los platos con ilusión inusitada. Brindaron con un vino francés cuyo nombre no le importó, aunque ambos aseguraron que lo habían descorchado por él. Ella tenía un dedo vendado, un accidente doméstico según dijo (él se preguntaba si seguía con su costumbre de morderse las uñas): aquel vendaje le golpeó los nudillos cuando entrechocaron las copas. La comida fue rápida y casi silenciosa, y Rulfo decidió que esperaría a la sobremesa para sacar el tema. Luego, Susana trajo fresas y se sentó en la alfombra, César ocupó su sofá predilecto y Rulfo eligió igualmente el suelo sabiendo que al anfitrión le complacería tenerlos a ambos a sus pies. El violonchelo de Max Reger irrumpió en los altavoces y varios melíferos centímetros cúbicos de Curvoisier fueron servidos en sendas copas, aunque Susana optó por Drambuie. Las fresas dejaban a veces un sello de lacre en su boca.

Había cambiado, y Rulfo podía comprobarlo ahora. Ella sí había cambiado. Se había teñido el pelo de un rubio más claro y ligeras arrugas encerraban su sonrisa entre paréntesis. Seguía siendo muy atractiva, desde luego, con aquellos pantalones esbeltos de firma y el jersey de cuello de tortuga bajo la leonada melena pajiza, pero, para Rulfo, ya pertenecía al pasado, y deseaba que el sentimiento fuera recíproco.

Al principio, la conversación giró en torno a un nuevo e inesperado proyecto de Susana: la producción de obras teatrales.

*La producción de obras teatrales, Dios mío.*

—No es que vaya a dejar la carrera de actriz, pero César me ha animado, y tiene razón... Hay que pensar a largo plazo. Y no creas, si te pones a ver, montar tu propia compañía no es tan difícil.

*Ella y yo, dentro del coche, completamente borrachos, durante aquella escapada... Se*

*desnudó y se puso las muñequeras que yo solía llevar cuando conducía...*

—El problema de las pequeñas compañías es que casi nunca reciben subvenciones, y ahora menos.

—La cultura siempre ha repugnado a los gobiernos, Susana.

—Y que lo digas.

—Ahí tienes a nuestro amigo Salomón. Un profesor titulado que no encuentra trabajo.

—Increíble. —Ella mordió otra fresa.

*Íbamos a reventar las normas. Íbamos a formar una secta. The Hellfire Club en Madrid, dijiste un día...*

César se había ausentado. Un instante de asueto, había dicho, pero bastó para que el silencio los atrapara a ambos. Susana se golpeaba la naricita con el dedo vendado al llevarse el cigarrillo a los labios. Expulsó las palabras con el humo.

—Para el tiempo que hace que no nos vemos, no estás muy hablador, Salomón.

—Me ha sorprendido tu nueva personalidad de empresaria.

La vio encajar el golpe con sonrisa misteriosa, como de «yo sé lo que tú sabes y tú sabes lo que yo sé». Y percibió otro detalle de su fisonomía que también había cambiado: la hendidura de su mentón se había hecho más pronunciada. Mientras la contemplaba, una nube con imágenes tórridas del cuerpo de Raquel bajo los relámpagos desfiló por su mente.

—Todos cambiamos. Tú, por ejemplo, decidiste cortar por lo sano y no volver a vernos...

—No he vivido feliz desde entonces.

—Me dijeron que sí. Tenías novia, ¿no?

—Lo dejamos. —Ni Susana ni César conocían lo ocurrido con Beatriz, y pensó que no era momento de contarlo—. Vendí el piso. Ahora vivo en otro más pequeño.

—Eso sí lo sabía. —Susana no perdió su sonrisa de secreto compartido—. Las cosas terminan dejándose. Pilar se ha casado, ¿te lo ha dicho César...? Y David y Álvaro trabajan para el gobierno. Miras hacia atrás y te das cuenta de que ya nada es como antes. Ya no suceden cosas sorprendentes. Quizá eso sea sinónimo de envejecer... No me estás escuchando... ¿Qué piensas?

—Al contrario, te escuchaba —replicó Rulfo—. Y me han sucedido cosas sorprendentes.

—¿Podemos saberlas?

—He venido a contároslas.

César regresaba con una bandeja de café.

—Lo hubiese podido preparar yo —dijo Susana en un tono excesivamente quejoso.

—Oh, ¿cómo iba a privarte del placer de hablar un rato con nuestro invitado a solas...? Si alguien quiere azúcar o leche, que se sirva. Y ahora, ¿qué es eso que tienes que contarnos, querido alumno Rulfo?

Rulfo sacó ambos objetos y le pasó a César el papel.

—Después te diré dónde y cómo encontré esto. Primero dime si te suena de algo.

Su ex profesor meneaba la cabeza sin responder, pero cuando Rulfo le entregó la fotografía, su expresión mudó por completo. Permaneció largo rato contemplándola, luego retornó al papel y por último alzó la vista y miró a Rulfo como buscando alguna clase de explicación, o de ayuda. Rulfo advirtió en su semblante una emoción, que jamás hubiese podido sospechar que alguna vez contemplaría en un hombre como aquél.

César Saucedo tenía miedo.

## **IV. LAS DAMAS**

Creo que me comprenderéis mejor cuando os cuente esto. Sucedió hace mucho tiempo, pero recuerdo todos los detalles... Además, Salomón nos ha dado su palabra de revelarnos cómo ha encontrado este papel y esta fotografía, así que yo... Es justo que yo os explique de dónde proceden...

Volvió a llevarse la copa a los labios, como buscando fuerzas para proseguir. Cuando habló de nuevo, se había convertido en el profesor que ambos conocían, de voz diáfana, grave, asombrosamente bella.

—Yo tendría unos nueve o diez años y aún vivía en el pueblo donde nací, en Roquedal... De mi pueblo sí creo haberos hablado: de sus leyendas, sus misterios, su mar inagotable... Pero esto no atañe a Roquedal, aunque ocurrió allí, sino a mi abuelo materno, Alejandro Guerín... Mi abuelo Alejandro era carpintero, pero enviudó cuando mi madre nació, y quizá esta tragedia desató en él el repentino deseo de dedicarse a lo que de verdad le gustaba, que era la poesía. La gente que lo conocía afirmaba que llevaba los versos en las venas. Hasta Manuel Guerín, el poeta roquedeño actual, que es hijo de un sobrino de mi abuelo, afirma que heredó su oficio de su tío Alejandro... Esa pasión le llevó a hacer algo poco menos que inconcebible para la época: se marchó del pueblo dejando a su hija recién nacida al cuidado de una hermana que no tenía hijos y que la adoptó encantada. A través de remotas cartas supieron que se había establecido en Madrid y que, al tiempo que ganaba algún dinero con su oficio, intentaba publicar poemas. Luego, siempre incansable, hizo los bártulos y se fue a París. Pero entonces estalló la guerra y dejaron de recibirse noticias suyas. Pasaron los años, Francia fue ocupada y todos en Roquedal pensaron que mi abuelo habría muerto o estaría encarcelado. Cuando terminó la contienda creyeron que jamás volverían a saber de él. Y entonces ocurrió algo aún más increíble que el hecho de que se marchara: regresó. —Hizo una pausa y deslizó el dedo índice por la superficie de la foto, como si fuese ciego y quisiera leer palabras en relieve—. Debéis comprender la sorpresa con que lo acogieron. Mucha gente se marchaba, muchos se quedaban, pero pocos regresaban a aquella España de posguerra. Mi abuelo Alejandro fue la excepción. Un día lo vieron bajarse de un tren en la estación con una maleta, de igual forma que lo habían visto subir a otro años atrás. La excusa era la boda de su hija, que por entonces iba a casarse. Huelga decir que, su retorno no agradó a nadie. Todos pensaban que pondría reparos al matrimonio, pero él les sorprendió otra vez, porque lo único que deseaba, dijo, era establecerse en Roquedal y vivir en paz hasta el fin de sus días. Y traía dinero, detalle no poco importante. Le entregó, una parte a su

hija, otra a la hermana que la había adoptado y se reservó una modesta suma para abrir un pequeño taller de carpintería. Prometió no molestar y cumplió su palabra. La gente volvió a abrirle los brazos. Comprendieron que venía en son de paz. Solo dos detalles parecían extraños: no quería, ni por asomo, hablar de su experiencia en París, y tampoco hablaba de poesía. «No soy poeta», decía «Nunca he sido poeta. Soy carpintero». Y te miraba de una forma tan especial al decirlo que se te quitaban las ganas de volver a preguntar.

»Pasaron los años, nací yo, y crecí maravillado con la historia de mi abuelo Alejandro, “el de París”. Me acostumbré a pasar las tardes en su taller, a la salida del pueblo, y mi abuelo, al principio renuente, terminó aceptándome. Yo tenía ínfulas literarias y le decía que quería hacer lo mismo que él: marcharme de Roquedal para convertirme en escritor. Le enseñaba mis poemas, pero él nunca los leía. Simplemente, me admitía en su soledad. Me llamaba Gurí, y decía cosas bonitas sobre mis ojos y mi figura. En fin, trabamos una fuerte amistad, y gracias a ella pude darme cuenta de algo que los demás ignoraban: mi abuelo no se encontraba desengañado de la “vida bohemia”, o amargado por un giro inesperado de la veleidosa fortuna que le hubiera obligado a regresar. En realidad, mi abuelo vivía *atemorizado*. Era un miedo largo y difuso, como una enfermedad. Se acostumbró a la bebida, a los silencios, a las miradas breves... Era como si esperara que sucediera algo y lo temiese al mismo tiempo...

»Yo tenía, como os he dicho, nueve o diez años cuando ocurrió todo. Era un día de verano y estaba de vacaciones, lo cual me permitía ver a mi abuelo con más frecuencia. Aquella mañana había ido a su taller, como casi todas, y...

Le sorprendió ver la puerta cerrada.

Aunque el viejo no tuviera clientes (podía pasarse días enteros sin tenerlos) nunca cerraba por las mañanas, ni siquiera los festivos. El niño temió que estuviera enfermo. Llamó con los nudillos y aguardó. Luego golpeó el cristal de la ventana.

—¿Abuelo?

Dentro se escucharon ruidos, lo cual le tranquilizó un poco. Quizá el viejo se había quedado dormido. Últimamente bebía mucho y se mostraba renuente a abandonar las sábanas. Por otra parte, no hacía un día propicio para asomarse al exterior. El cielo era gris y el calor, sofocante. El viento arrastraba llamaradas saharianas apenas templadas por la presencia del mar, y los montes, erizados de ladas, temblaban a lo lejos. Un par de heliotropos que el viejo había capturado en un macetero parecían tan sañudos como el día. Probablemente habría tormenta, pensó el niño, uno de esos violentos aguaceros veraniegos que destripan las nubes. Le alegraba tal posibilidad: si llovía, sería maravilloso bajar a la playa por la tarde. El mar torturado por la lluvia siempre se mostraba oscuramente hermoso, con las gaviotas chillando enloquecidas en el espigón. Además, sus amigos aprovecharían la salvaje soledad para disparar a las negretas toscos ojaranzos afilados. Quizá hasta el viejo querría acompañarle.

—¿Gurí? ¿Eres tú?

La puerta se abrió al tiempo que la sonrisa del niño se esfumaba por completo. Pálido y sudoroso como una vela que se derritiera sin llama, el viejo lo miraba con ojos desmesurados. La llamarada de sus palabras le hizo saber que se encontraba borracho.

—Entra, Gurí, vamos.

—¿Qué te pasa, abuelo?

—¡Entra...!

El viejo cerró la puerta y lo precedió hacia el interior. Cruzaron un mundo con olor a astillas habitado por herramientas terribles y madera dulce y silenciosa. Un mundo de muebles sin rostro, como niños que no han acabado de nacer. Al otro lado del taller, la habitación del viejo, su «ermita de cartujo» como él la llamaba, se hallaba invadida por igual de botellas de vino y latas de barniz y creosota. Una garrafa esparcía un denso olor a alcohol, y las huellas en el cristal de un vaso junto a ella delataban que su propietario, probablemente, llevaba bebiendo desde antes del alba.

El viejo iba de un lado a otro, vagaroso, espiando por las ventanas y asegurando las puertas. Luego se agachó y cogió al niño de los brazos.

—Gurí, hazme un favor, un gran favor... Quiero que averigües hoy mismo, ahora mismo, dónde se hospeda la mujer que llegó anoche al pueblo... Atiende, no me interrumpas... Quiero saber su nombre y de dónde viene... Es muy joven y muy bella, así que todo el mundo la habrá visto. Gurí, no me falles... Bonito mío, no me falles...

—¿Una mujer, abuelo?

—Sí, joven, alta y hermosa. Llegó anoche. Quiero que me digas de dónde viene... Y... ¡Espera, no te vayas aún...! Lo más importante de todo. Mejor dicho, las dos cosas más importantes: averigua si lleva un broche colgado del cuello, ya sabes, un adorno dorado... Si es así, asegúrate que te digan *qué forma* tiene. Pero, por lo que más quieras, si en algún momento te tropezaras con ella, óyeme bien, si en algún momento la vieras... Hazme caso, gurí, niño mío... No le hables ni te acerques aunque te llame... *¡Aunque te llame!* ¿Me has entendido?...

—Abuelo, no me aprietes tanto los brazos...

—¿Me has entendido?

—Sí, abuelo.

—Ahora, vete, y vuelve cuanto antes.

No tuvo inconveniente alguno en obedecer la primera mitad de aquella orden. Estaba deseando marcharse. La conducta de su abuelo le atemorizaba. No sabía qué le ocurría, pero solo mirar sus ojos le hacía sentir escalofríos.

Regresó dos horas después. Esta vez el taller estaba abierto. La voz del viejo, desde el fondo, le invitó a pasar. Lo encontró sentado en su mecedora de enea.

—Nadie, abuelo.

—¿Qué?

—Que no ha venido nadie al pueblo, ni ayer ni en toda la semana.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. He preguntado en la pensión, en el hostel... Y fui al bar de la Trocha. Allí lo saben todo. Y no ha venido nadie. Nadie.

No quiso añadir lo que la mayoría le había dicho a continuación, y que él mismo también creía: que el viejo tenía que dejar de beber tanto. Hubiera sido incapaz de decírselo. Amaba con locura a aquel hombre de cerrada barbita cana, calvicie lenta y ennoblecida por la simetría y ojos que parecían, en sus mejores momentos, ventanas abiertas de par en par al mundo que él estaba deseando conocer.

Pensó que su abuelo se alegraría con aquella noticia, pero comprobó que no era así: de hecho,

parecía más desesperado que antes. Pero, de improviso, su semblante cambió. Sonrió, le guiñó un ojo.

—Me da muchísima vergüenza pedirte otro favor. Si no te apetece, me lo dices y en paz, ¿vale...?

—Vale, abuelo.

—Eres un chavalito maravilloso. Lo que me gustaría es... que pidieras permiso a tus padres para venir esta noche a mi casa. Jugaremos a las cartas, o a lo que quieras... Luego, si no tienes que marcharte pronto, te dejaré la cama y yo dormiré en el sofá... No te molestaré, te lo juro...

—Pero, abuelo...

—Sé que es un plan muy aburrido para ti, pero...

—¿Aburrido, dices...? ¡Es estupendo...! ¡Voy a decírselo a mamá!

No tuvo problema alguno, y lo sabía. Su familia, como todo el mundo en Roquedal, había terminado por comprender que el viejo era inofensivo. Es verdad que su madre no quería saber nada de aquel remoto carpintero de quien solo había recibido una sonrisa, un beso y una buena cantidad de dinero, pero no se oponía a que el niño lo visitara con frecuencia.

Sin embargo, al llegar la hora, un acontecimiento estuvo a punto de arruinar el plan. El grumo de calor que el cielo retenía descerrajó una descarga sobre el mar y arrastró arena y polvo por las callejuelas. El niño tuvo la prudencia de salir antes de lo previsto para que sus padres no se lo impidieran más tarde. Aun así, llovía intensamente cuando llegó al taller. Algo parecido al resplandor de una luciérnaga encerrada en un fanal flotaba en la ventana. El viejo le dejó paso.

—Estás empapado, gurí. Entra y sécate.

Lo primero que le llamó la atención fue que su voz había cambiado. Ya no temblaba, ya no manifestaba miedo ni emoción alguna. Su aliento seguía oliendo a alcohol, pero no más que por la mañana. Y sus gestos eran precisos, rígidos, seguros. Dedujo de todo ello que se encontraba completamente sobrio. Después, mucho más tarde, llegaría a darse cuenta de su error. Pero en aquellos días el niño ignoraba la existencia de estados de embriaguez más allá del temblor, el tartamudeo y la burla; borracheras absolutas que eran como la locura, y podían ocultarse tras la mirada.

El viejo cruzó el taller sin tambalearse ni una sola vez, llegó a su «ermita», iluminada por un par de velas colocadas en botellas vacías, y se sentó rígidamente en su mecedora de enea. Sus ojos miraban al vacío.

—Quítate esa camisa y ponla a secar. Tengo algo de queso, por si quieres matar el gusanillo.

—Acabo de cenar, abuelo.

Durante un rato se miraron en completo silencio con el ruido de fondo de la lluvia, y el niño percibió la extrema palidez del rostro del viejo. Era como si, en el intervalo en que habían dejado de verse, toda la sangre que pintaba su cabeza hubiese escapado por algún orificio. Por fin, le oyó hablar de nuevo.

—Te agradezco tanto que hayas venido... Quería hablar contigo, contarte algo... A decir verdad... —Se inclinó hacia él y sonrió—. A decir verdad, quiero contártelo *todo*. —Hizo una pausa, pero la sonrisa no cedió: parecía incrustada en su rostro como esos adornos que colocaba en los muebles del taller—. Muchas veces me has preguntado si he vuelto a escribir poesía, ¿no es cierto...? Pues te confesaré un secreto... —Tendió la mano hacia la estantería que había a su espalda y sacó un cuaderno de tapas arrugadas—. Esto no se lo he enseñado a nadie nunca. En

estas páginas está todo lo que he escrito últimamente... Todo.

El niño estaba a punto de sonreír extasiado cuando se dio cuenta de algo.

Fue una revelación tan violenta, tan adulta, que casi la sintió como una bofetada contra su rostro.

Su abuelo estaba enfermo. Muy enfermo. Y no era que hubiese enfermado de repente, en aquel momento: tan solo había permitido que la densa enfermedad que albergaba se abriese paso, por fin, a través de sus cansados rasgos, sus ojos como torbellinos incomprensibles de luz, sus labios plateados de saliva.

Se quedó paralizado en el asiento. Le pareció que aquel rostro arrugado que estaba contemplando era el de un desconocido, un anciano que hubiese perdido por completo la chaveta, una vieja cabra. *Su abuelo era una vieja cabra, eso era.*

—¿Quieres leer un poema de tu abuelo, gurí, el poema que he estado escribiendo desde hace años...? ¡Oh, venga, no me digas que no, chavalín, siempre has deseado leer un poema de tu famoso abuelo Alejandro...! ¿Quieres leerlo...? —Y de improviso, en medio de dos truenos, aquel grito—: ¡Contesta, puñetero! —El niño dijo «sí» sin que sus propios oídos lo oyesen—. Pues aquí está.

El cuaderno no temblaba, pero empezó a hacerlo cuando el niño lo cogió.

—Léelo. Lee mi poema, chaval.

Con trémula cautela, el niño lo abrió por la primera página. No había palabras sino un dibujo torpe ejecutado con lápices de colores: una flor amarilla. En la segunda, un pájaro azul. En la tercera, una mujer atada a las patas de una cama con las piernas abiertas y

*las damas*

en las siguientes, cabezas humanas con carúnculas rojas emergiendo del cráneo; un rostro de ojos blancos; una niña rubia con las manos amputadas introduciéndose uno de los muñones por

*las damas son trece*

una muchacha de dientes afilados; un palo de escoba hundido hasta el haz en unos genitales

*las damas son trece:  
la número uno Invita*

borrones, manchas, bocas abiertas; un rostro cubierto de gusanos; un hombre ahorcado; una mujer con el vientre abierto; una culebra deslizándose por el ojo de un bebé

*las damas son trece:  
la número uno Invita  
la número dos Vigila*

—¿Te gusta mi poema, chaval?  
El niño no dijo nada.  
—¿Te gusta mi poema? —insistió el viejo.  
—Sí.  
—Sigue leyendo. Lo mejor es el final.

Pasó las páginas con rápido aleteo, como el sonido de su propio corazón. Un mundo de locuras coloreadas le abanicó el rostro. La última hoja no pertenecía al cuaderno y estaba suelta. Era la única que se hallaba escrita. Reconoció la caligrafía de su abuelo. Era un poema muy raro. Parecía más bien una lista de nombres.

*Las damas son trece:*

*La número uno Invita,  
La número dos Vigila,  
La número tres Castiga  
La número cuatro Enloquece  
La número cinco Apasiona  
La número seis Maldice...*

—*La número siete Envenena* —recitaba el viejo, al tiempo que el niño leía, sin un solo tartamudeo, sin un solo error—. *La número ocho Conjura... La número nueve Invoca... La número diez Ejecuta... La número once Adivina... La número doce Conoce.* —Se detuvo y sonrió—. Son las damas. Son trece, siempre son trece, pero solo se citan doce, ¿lo ves...? Solo debes mencionar doce... Nunca, ni en sueños, te atrevas a hablar de la última... ¡Ay de ti, si se te ocurriera mencionar a la *número trece*...! ¿Crees que estoy mintiendo?

*Una vieja cabra. Tu abuelo es una vieja cabra.* Hizo un esfuerzo por contestar mientras contemplaba aquel rostro fracturado por la locura:

—N-no...

El viejo se reclinó en el asiento como si la respuesta le hubiese complacido o, al menos, tranquilizado de alguna forma. Durante un instante no dijo nada. La tormenta era el grito de una muchedumbre. Luego volvió a hablar, en un susurro.

—Yo conocí a una de ellas, en París... Mejor dicho, *ella* quiso conocerme. Siempre son ellas las que te eligen. Se llamaba Leticia Milano. Por supuesto, ése no era su nombre, ni su apariencia ésta. —Con un gesto de mago extrajo de algún sitio una arrugada fotografía y se la entregó al niño—. ¿Me ves ahí...? Esa foto fue tomada hace muchos años, en la costa bretona. Ella es Leticia Milano. Podría hablarte mucho sobre esa mujer, pero no lo haré. Solo te hablaré de su mirada. ¿Sabes lo que había en su mirada, gurí...? Lo que acabas de ver en ese cuaderno. *Todo eso* había.

El niño estaba cada vez más asustado. No entendía nada de lo que su abuelo decía, solo sabía que había cometido un grave error al venir aquella noche a su casa. Algo más inquietante que la palidez vagaba por el interior del rostro del viejo, tensando las facciones, haciendo girar los globos oculares, contrayendo las comisuras en breves muecas mientras hablaba.

—Cada dama puede ser muchas mujeres distintas, pero los que hemos pertenecido a ellas

sabemos reconocerlas. Llevan un símbolo. Un medallón colgado del cuello. ¿Lo ves...? — Señaló la foto—. Ella llevaba el medallón de Akelos, la número once, la que Adivina... Mira la foto. ¿Cuál es la forma de ese medallón, chaval...?

El niño no apartaba los ojos de la foto. Sentía un helor húmedo en su torso desnudo.

—Parece... un bicho.

—Una araña —precisó el viejo. Volvió a reclinarsse en el asiento y emitió una risita—. Tú quieres ser poeta, ¿no...? ¿A que no sabes lo que es la poesía...? Supongo que en el colegio te dirán que consiste en crear frases bonitas que riman... Pero hace muchos, muchísimos años, un sacerdote depositaba a un bebé sobre un altar, abría su pequeño y redondo vientre como una sandía y, mientras tiraba de su intestino como de un gusanito largo, largo, largo, recitaba «bonitos» poemas... La verdadera poesía es horror puro: te lo dice tu abuelo... —De repente el niño comprendió algo: en la vejez, llorar era mirar como en aquel momento su abuelo lo estaba mirando a él—. No sabes... No sabes lo que *ella* me hizo ver... No tienes idea, chaval... ¿Cómo explicártelo...? Hay dos niveles. —Alzó la mano a la altura de los ojos, la palma hacia abajo, sin temblar—. Uno, el de arriba, en el que vivimos. Pero existe otro más profundo, muy profundo... —El niño siguió el trayecto de la mano en descenso con ojos hipnotizados—. Capas y capas de oscuridad, un subterráneo donde un poema es una cosa de ojos rojos que... —De pronto se detuvo y giró la cabeza—. ¿Has oído eso...? —Se levantó y espió a través de los postigos cerrados. Ahora parecía anegado de horror. Un rayo estampó la luz sobre su rostro tenso—. ¡Prometió que vendría a por mí...! Quiere mis versos... ¡Te eligen por alguna razón y te siembran la mente de cosas horribles para... para que produzcas un par de líneas...! —Y de repente, encorvándose con la boca muy abierta, gritó. Los alaridos estremecieron al niño de la cabeza a los pies—. ¡Por eso regresé...! ¿Crees que me importa algo este *piojoso* pueblo...? ¡Pero ella está aquí, la vi ayer por esta misma ventana, te lo juro...! Ahora tiene el cabello rojizo y sus ojos son como la noche de invierno... ¡Y quiere mis versos...! ¡Tengo miedo de lo que pueda hacerme! —Se derrumbó en medio de un llanto sin lágrimas, un llanto que era como una máscara de goma que alguien estirara de las mejillas. De pronto alzó la vista—. ¡Niño *missserable*...! —siseó—. ¡Dices que quieres ser *poeta*...! ¡Estúpido...!

Le pareció que el viejo se abalanzaba hacia él. Sus nervios se quebraron como un junco, soltó el cuaderno, cogió su camisa y echó a correr. Mientras abandonaba el taller en medio de la noche y la lluvia, escuchó de nuevo su voz. Nunca iba a olvidar la sensación que tuvo en ese instante: como si la conversación continuara, como si no fuera él quien se marchaba o no hubiese sido él la persona a quien el viejo había estado hablando durante todo el rato:

—Debes perdonarme... Te lo suplico, perdóname... Debes perdonarme...

—Al día siguiente, el taller no abrió. Ni al siguiente. Ni al otro. Cuatro días después, unas olas verdes y grandes como espinazos de dinosaurios dormidos trajeron su cuerpo a la playa. Mis padres no quisieron darme detalles, solo me dijeron que había muerto. Pero un amigo de mi edad, que estaba presente cuando lo sacaron, me habló de todo lo que los peces le habían hecho: el color de su lengua y su sangre, la forma en que el mar le había despojado de facciones y hombría. Estuve soñando mucho tiempo con ese cuerpo. Luego lo olvidé. La gente decía que la noche de la tormenta mi abuelo se había emborrachado, había caminado hacia el espigón y se

había tirado al mar. No me hacían falta jueces ni guardias civiles para saber que era capaz de haber hecho eso. Más tarde, cuando nos entregaron sus pertenencias, encontré el cuaderno, pero no la fotografía ni el papel suelto con la lista de las damas. Supuse que se había arrojado al mar con ellos. Ahora tú, Salomón, has sido como el mar, y me los has devuelto... Confío en que nos expliques dónde los encontraste...

—Es absurdo —dijo Susana.

Había regresado con un paquete y papel de fumar, pero nadie aceptó su invitación. Entonces se quitó la rebeca, extendió las piernas sobre la alfombra y preparó un cigarrillo de marihuana para ella sola. Fumó en silencio, la cabeza apoyada en un sillón, observando el techo. Las horas de luz se angostaban. Había dejado de llover pero las nubes seguían cercenando el horizonte por encima del parque del Retiro.

—Es completamente absurdo. Seguro que existe alguna explicación racional para lo que le ha pasado a Salomón...

A Rulfo le gustó aquella voz de la cordura. Una hora antes, cuando escuchaba la historia de César, había estado a punto de perder los nervios; pero, al contar su propia aventura (que le parecía más increíble conforme más tiempo pasaba), creyó que el mundo se había vuelto loco de manera irrevocable. ¿Cómo era posible que ambos sucesos, separados por casi cincuenta años de distancia, se relacionaran? Que César hubiese mencionado el medallón con forma de araña y el nombre de Akelos le estremecía, pero no menos aprensión le causaba el hecho de haber encontrado la foto y el papel del abuelo de César en aquella casa desconocida. ¿Qué significaban todas aquellas coincidencias? Agradeció que Susana saliera en defensa del sentido común, aunque estaba seguro de que ni ella misma creía lo que decía.

—Vamos, por favor... ¿Es que pensáis en serio que la tal Lidia Garetti se comunicó en sueños con Salomón y esa otra chica? ¿Y que Leticia Milano y Lidia Garetti tenían algo que ver con la tal «Akelos»...? Excitante, pero absurdo. De acuerdo, la foto y el papel estaban en su casa, pero ¿y qué? Quizá Leticia era una antepasada suya. Además, César, ¿cómo puedes estar tan seguro de que ese papel es el mismo que tu abuelo te enseñó? Hace mucho tiempo de eso...

—Ciertas cosas no se olvidan nunca.

—Y tampoco se comentan, por lo visto. Jamás me hablaste del tema.

Susana había vuelto la cabeza hacia César para decir aquello.

—No le concedí importancia. Siempre pensé que mi abuelo se había vuelto loco... hasta que he escuchado hoy la historia de Salomón.

—La historia de Salomón puede tener muchas explicaciones, igual que la tuya.

—Yo no dudo de su palabra.

—Ni yo. De lo que dudo es de la interpretación que le das. —Se volvió hacia Rulfo y sonrió—. Perdona, pero tiene que haber alguien que diga algo coherente en algún momento de la tarde, ¿no?

—Por supuesto —aceptó Rulfo.

—Creo que tuviste esos sueños y encontraste en esa casa todo lo que dices que encontraste, pero, en primer lugar, la chica que te acompañaba...

—Raquel.

—Exacto. ¿No podría estar ocultando algo? Quizá a estas horas se esté riendo de tu ingenuidad.

—No lo creo. —Rulfo intentó disimular el enojo que le producía aquella opinión. No había querido dar muchos detalles sobre Raquel, se había limitado a presentarla como «testigo»—. Parecía tan afectada como yo. Había soñado lo mismo y estaba allí por el mismo motivo.

—¿Y de repente coincidís los dos la misma noche y, pum, la casa se abre para vosotros...? ¡Vamos, Salomón, por favor...! —Dio una calada al cigarrillo y se mordió una uña—. Todo ha sido... un cúmulo de casualidades que tú has interpretado a tu modo... —Enarboló su sonrisa de secreto compartido—. Te conozco, y sé que siempre has sido un romántico. Estabas deseando que cosas como ésta te pasaran alguna vez, ¿a que sí...?

*Cosas extrañas*, pensó Rulfo. Las que a Ballesteros no le gustaban. Pero Susana se equivocaba: a él tampoco.

—César no es ningún romántico —objetó—. Y ha sido él quien ha confirmado mi historia. De hecho, acudí a ti, César, porque creí recordar algo... ¿Acaso no mencionaste alguna vez el tema de las damas...?

Sauceda asintió con expresión enigmática.

—Cierto, y he aquí el otro extremo de este curioso asunto que ambos desconocéis. Haz memoria: congreso sobre Góngora, hace cinco años, aquí en Madrid... Vino gente de todas partes...

—Ahora recuerdo: el almuerzo con aquel profesor austriaco...

—Herbert Rauschen. Era un tipo singular, el tal Rauschen. En la comida coincidimos en asientos enfrentados y se dedicó a hablarme de la inspiración poética. Su teoría me atraía. Opinaba, como los griegos, que el poeta resultaba «poseído» desde el exterior. No hablaba de demonios, por supuesto, sino de «influencias externas». Entonces, en un momento dado, me preguntó si yo sabía algo sobre la leyenda de las trece damas. Fue casi un *déjà vu*: recordé de golpe la noche con mi abuelo en el taller y quedé... Bueno, decir «aturdido» es poco. Confesé que había oído algo al respecto. Tú estabas a mi lado, Salomón, y preguntaste qué era eso...

—Y ninguno de los dos me respondió.

—En efecto. Rauschen cambió de tema y yo estaba tan desconcertado que no supe qué decir. Pero nunca te conté la continuación. Después de la comida, me invitó a dar un paseo. Acepté, ansioso, esperando grandes revelaciones. Sin embargo, al principio, su conversación me defraudó: me habló de lo bien que se sentía en España, de su deseo de establecerse en nuestro país (vivía en Berlín), de los profesores españoles a los que conocía... En fin, daba vueltas alrededor de varios temas como si no se decidiera a descender en picado sobre el asunto que, estoy seguro, nos interesaba a ambos. Entonces me preguntó qué sabía sobre esa leyenda. Le dije que apenas nada, como así era. Siempre había creído que se trataba de una fantasía de mi abuelo. Me miró de una manera extraña y prometió enviarme un libro. «Es un ensayo irreverente y divertido», afirmó, «pero creo que usted sabrá sacarle provecho». Nos despedimos ese mismo día y una semana después recibí un ejemplar en castellano de *Los poetas y sus damas*, de autor

anónimo, publicado originalmente en inglés y alemán a mediados del siglo XX... Aún lo conservo en alguna parte, luego lo buscaré... Puedo aseguraros que Rauschen no exageraba: se trataba de una obra delirante. La abandoné a la mitad, un poco enfadado. A lo largo de ella se desarrollaba, con supuestos ejemplos históricos, una curiosa teoría: la existencia de una secta dedicada a inspirar en secreto a los grandes poetas. El autor no explicaba el motivo por el cual hacían esto, solo contaba casos. —Hizo una pausa para servirse coñac. Rellenó también la copa de Rulfo, que lo escuchaba con mucha atención—. Sus miembros principales son trece, y se les conoce con el nombre de «damas». Cada dama ocupa un escalafón en la secta y recibe un símbolo y una especie de nombre secreto. Su misión es inspirar a los poetas. ¿Con qué fin?, me preguntaba yo. Pero, repito, creo que el libro no lo aclaraba. Algunas damas habían pasado a la historia: Laura, la que inspiró a Petrarca; la Dama Morena, de Shakespeare; Beatriz, la de Dante; la Diotima de Hölderlin... Leí los primeros capítulos. Recuerdo que Laura, la inspiradora del *Canzonere* de Petrarca, era, según aquel libro, la dama número uno, «la que Invita», cuyo nombre secreto era Baccularia y cuya apariencia era la de una niña de unos once o doce años, de cabellos rubios, muy hermosa, aunque el autor advertía que ésa era solo su *apariciencia*... Porque, si bien no explicaba de dónde procedían, afirmaba que las damas eran criaturas sobrenaturales... En fin, las historias me parecieron burdas fantasías. Una semana después, Rauschen me llamó de nuevo. Estaba muy interesado en conocer mi opinión sobre el libro. Yo preferí mostrarme cauto. Le dije que la teoría de un grupo secreto encargado de inspirar a los poetas del mundo era, cuando menos, curiosa. Entonces insistió en verme otra vez. Me dijo que había algo que el libro no mencionaba, y que era importante que yo supiera. Le pregunté qué era. «La dama número trece», dijo. Recordé lo que mi abuelo me había contado y le pregunté por qué nunca se podía mencionar esa dama y la razón por la que era tan importante. Pero Rauschen deseaba hablar de todo eso con tranquilidad. Le expliqué que estaba muy ocupado, y postergamos nuestra siguiente entrevista.

—¿Y qué pasó? —preguntó Susana.

—Que no me llamó más. Y me olvidé del tema y de Herbert Rauschen. En aquella época estaba intentando abandonar todas mis actividades universitarias, y le perdí la pista por completo. Supongo que seguirá en Berlín. Pero, en cualquier caso, imagino que la explicación de lo que le ha ocurrido a Salomón no tiene que ser sobrenatural... Puede tratarse, por ejemplo, de una secta que ha sobrevivido hasta nuestros días. Los rosacruces, los masones y muchos otros grupos proceden, a su vez, de sociedades más antiguas... Es posible que exista algo parecido en el caso de las damas. Un grupo de trece mujeres, quizá. Y una de ellas puede haber sido Lidia Garetti.

—Esa teoría me parece más admisible —dijo Susana—. Vivimos en el siglo de las sectas.

César se frotó las manos, muy animado.

—Propongo que intentemos reunir toda la información posible sobre este asunto. Yo trataré de encontrar ese libro y averiguar el paradero actual de Rauschen... Susana, creo que conoces a varios periodistas: me pregunto si podrías obtener algunos de esos datos que nunca salen en la prensa acerca de Lidia Garetti. Sea real o no todo esto, lo cierto es que esa mujer tenía una foto y un texto de puño y letra de mi abuelo en su casa... ¡Es increíble...! Nada más que por esa razón me gustaría saber algo sobre ella...

—Hum —rezongó Susana—, de acuerdo, acepto convertirme en investigadora. —Y añadió,

sonriendo hacia Rulfo—: Aunque solo sea por los viejos tiempos...

Se marchó pronto, al anochecer. Durante el trayecto, la historia que César les había contado bullía en su cabeza. Se le había ocurrido algo muy extraño: le parecía como si aquella fotografía y aquel papel hubiesen estado allí, en la casa de Lidia, para que él los encontrase y, de este modo, César recordara todo lo sucedido con su abuelo y con Herbert Rauschen. Como si los acontecimientos que había vivido desde que había empezado a tener pesadillas fuesen piezas dispersas que debía ir encajando para obtener una imagen final.

Llegó a Lomontano en plena noche. Dejó el coche sobre el bordillo y caminó hacia su casa por la calle casi vacía. Se preguntó si llamaría a Raquel nada más llegar, solo para preguntarle si se encontraba bien, o aguardaría al día siguiente. Se sentía extenuado.

Había sacado la llave del portal

arriba, abajo

cuando lo escuchó: un ruido constante, un

arriba, abajo, arriba

golpeteo a su espalda, un sonido trivial entre tantos otros.

Arriba, abajo, arriba, abajo...

Se volvió y vio a la niña de pie en la acera de enfrente. Su pelo era muy rubio y algunos mechones le ocultaban parte de la cara. Vestía como una pordiosera. Hacía rebotar una pelota de color rojo. En su pecho brillaba algo, una especie de medallón dorado.

La niña lo miraba.

Y sonreía.

La pelota seguía rebotando desde su mano a la acera: arriba, abajo, arriba, abajo...

De repente cogió la pelota y echó a caminar.

*Una niña de cabellos rubios, aunque ésa es solo su apariencia.*

No sabía si se estaba volviendo loco, pero decidió seguirla.

Las estrechas calles céntricas de Madrid eran un espejismo de lugares idénticos y distintos. Sin embargo, la niña parecía conocer perfectamente su destino. Salió de Lomontano, tomó una perpendicular y sorteó una moto aparcada en la acera y a un grupo de jóvenes que venía en dirección opuesta.

Rulfo se mantuvo a prudente distancia. En un momento dado, después de verla doblar dos esquinas consecutivas, la perdió. Miró a un lado y a otro y la descubrió junto a una tienda de comestibles cuyo escaparate exhibía orzas de miel. En ese instante ella reanudó la marcha. *Me ha esperado, pensó. No hay duda, quiere que la siga.*

El pelo de la niña brillaba como iridio bajo la luz de las farolas y su imagen se escindía en el níquel de los charcos. Rulfo tuvo la enloquecedora impresión de que se trataba de una figura que solo él podía contemplar, pero de repente una pareja de ancianos se puso a llamarla, sin duda con la intención de preguntarle si se había perdido o necesitaba ayuda. La niña hizo caso omiso y siguió su camino. Así pues, no era ningún producto de su mente, ninguna aparición fantasmal: era una niña, y él la seguía.

Atravesaron una plazuela, se introdujeron en una calle poco concurrida y luego en otra aún más desierta. Entonces la pequeña se escabulló en un destartado edificio de ladrillos verdosos. Rulfo lo examinó y contó cuatro plantas. Entró en el vestíbulo y pulsó un viejo interruptor de plástico, encendiendo la única bombilla. Desde la escalera le llegó un rumor de pies descalzos. Se asomó a tiempo de ver el cabello de la niña por encima del pasamanos. Subió tras ella. Al llegar al tercer piso, y después de tantear un rato en las paredes, volvió a inaugurar la luz. La niña no estaba allí pero sus pasos seguían oyéndose. Subió al cuarto y se paró en seco. También se hallaba vacío. Sin embargo, la escalera y las pisadas continuaban. Quizá había una azotea o una buhardilla.

Recorrió aquel nuevo tramo y alcanzó otro rellano envuelto en tinieblas. Allí no encontró ningún interruptor, pero, con los restos del resplandor amarillo de los pisos inferiores, pudo advertir una puerta al fondo. Abierta.

De pronto ocurrió algo.

Un suceso banal, pero lo sumió en la irracionalidad del miedo.

La pelota saltó desde la negrura de la puerta, rebotó tres veces, golpeó sus piernas como un gato pequeño, dio contra la pared y la baranda de la escalera. Rulfo siguió su trayectoria como un

jugador de billar la de una bola que puede decidir la partida. Cuando la esfera se detuvo, pensó que la niña saldría detrás. Pero no ocurrió así.

El silencio era absoluto.

Sin saber muy bien qué hacer, se inclinó y cogió la pelota.

—¿Me la das? —dijo entonces una voz sin asperezas procedente de las tinieblas más allá de la puerta, una voz con cierta diáfana cualidad de luz audible.

Era, innegablemente, la voz de la niña.

Rulfo escuchó su propia respiración, como si sus oídos estuvieran taponados.

—¿Me la das? —volvió a oír.

—No puedo verte. ¿Dónde estás?

—¿Me la das? —repitió la niña.

El espacio más allá del umbral era de una negrura sin matices. Debía de tratarse de una habitación clausurada, quizá un desván.

—¿Por qué no me dejas verte?

No hubo respuesta esta vez. Dio un paso y penetró en la oscuridad, sintiendo que el centro de su estómago se había convertido en una lengua de glaciar.

Entonces la descubrió, o creyó descubrirla, frente a él: un difuso bulto de pelo a la altura de su pecho. Tendió la mano con que sostenía la pelota y la esfera roja pareció levitar desde sus dedos hacia otras manos más pequeñas.

No podía ver las facciones de la niña, pero distinguía ahora, además de su pelo (una ondulación de luz), algo parecido a una sombra blanca bajo la cabeza —quizá la esclavina del mugriento vestido antiguo que llevaba—, un destello (¿el medallón?) y la redondez de la pelota.

Su silencio era perfecto. Ni siquiera la oía respirar.

—¿A quiénes buscas? —preguntó de repente la niña.

—¿Qué?

—¿A quiénes buscas?

Se detuvo a pensar en la extraña pregunta. ¿Qué buscaba él en realidad? ¿Acaso buscaba algo? ¿Había estado buscando algo desde que todo aquello comenzara?

El plural le hizo sospechar que solo había una respuesta posible.

—A las damas —dijo. Un sudor gélido se derramaba por su espalda.

El bulto de pelo se movió, pasó junto a él, salió al rellano. La escalera volvió a quejarse con las pisadas de unos pies descalzos.

Las luces se habían apagado y Rulfo tuvo que descender al cuarto piso en completa oscuridad. Cuando pulsó el interruptor y se asomó por el hueco de la escalera, vio el bracito desnudo deslizándose sobre el pasamanos.

La niña le llevaba bastante ventaja, por lo que bajó los peldaños de dos en dos, pero al llegar al vestíbulo no la encontró. Maldiciendo entre dientes, salió a la calle. La había perdido, increíblemente.

Confuso, volvió a entrar en el portal. Más allá de la hilera de buzones descubrió otras escaleras que se hundían en una puerta cerrada. Se trataba, sin duda, de un pequeño sótano destinado a albergar los contadores, a juzgar por el ruido de cronómetro que resonaba dentro. Se le ocurrió algo absurdo: ella le había hecho una pregunta en el lugar más alto del edificio, ¿y si ahora le aguardaba allí, en el más bajo?

Arriba, abajo.

Era una idea irracional. La niña no podía haber entrado en aquel sótano sin que él lo hubiese percibido. De hecho, estaba convencido de que la puerta se hallaría cerrada con llave.

*Arriba, abajo.*

Pese a todo, supuso que no perdía nada con probar. Bajó la pequeña escalera e hizo girar el pomo. La puerta no estaba cerrada.

Se trataba, en efecto, del cuarto de los contadores. Un mecanismo repicaba programado para apagar en poco tiempo el alumbrado del vestíbulo. La habitación era minúscula, y, a diferencia del desván, visible en su totalidad debido a la bombilla que colgaba del techo y que Rulfo encendió pulsando una llave en la pared. Un cubo y varios accesorios de limpieza se aglomeraban en una esquina. Olía a lejía y a moho.

La niña no estaba allí.

¿Y a su espalda?

Se volvió, preparado para verla. Pero se había equivocado otra vez. No había nadie. Respiró hondo, empujó la puerta para cerrarla

y descubrió

a la niña de pie

en el cuarto de los contadores, bloqueando con su cuerpecito la visión de las cosas que una fracción de segundo antes había contemplado sin ningún impedimento. Sofocó un grito, como si hubiese sorprendido la presencia de una tarántula en algún rincón familiar. Le pareció que el aire se había coagulado para formar aquella figura menuda.

La niña ya no sonreía.

—¿Por qué las buscas?

La luz de la bombilla le permita contemplarla mejor que nunca. Era algo mayor de lo que había supuesto, unos once o doce años, con el cabello rubio derramándose en apretados mechones sobre sus hombros y los ojos azul aciano, de escleróticas casi vacuas. El vestido, verde oscuro con esclavina blanca, estaba roto en varios lugares, particularmente en la falda, a través de cuyas aberturas se distinguían unas piernecitas rectas y flacas. El medallón dorado tenía la forma de una rama de laurel. La pelota roja que sostenía formaba un curioso contraste con el verde del vestido y con la piel, blanca como nada que Rulfo hubiese visto antes, de una albura de mineral frío, de ácido bórico, donde los hilos de las venas destacaban como las fisuras de una porcelana rota y vuelta a pegar.

Era inmensamente bella.

—¿Por qué las buscas? —repitió la voz bien timbrada, sin énfasis.

—Quiero conocerlas —murmuró.

La niña se movió de nuevo. Avanzó hacia él. Rulfo le dejó paso. Recordó un regalo que sus padres le habían hecho cierta vez: una especie de juego de preguntas básicas con una pequeña figura que señalaba con un puntero las respuestas correctas sobre un papel gracias a la presencia de un imán. Pensó en aquel momento que la niña se comportaba igual. No había emoción alguna en sus gestos: él respondía y ella iba de un lugar a otro. La diferencia era que ahora ignoraba si sus respuestas eran correctas.

*Baccularia. La que Invita.*

La niña salió a la calle y Rulfo la siguió. Hacía frío. La vio detenerse en la acera, abrazando

la pelota roja.

—¿Cómo las buscas? —preguntó cuando él se acercó.

*Son preguntas rituales. Es como si valorara si puedo ser «invitado».*

—Siguiéndote a ti —dijo Rulfo sin asomo de duda.

En ese instante, la niña atravesó la calzada y empujó una doble puerta de gran tamaño situada frente al edificio. A Rulfo le pareció un viejo garaje, pero, al alzar la vista, pudo leer el letrero de bombillas apagadas que colgaba de la entrada: «Teatro».

Se acercó y se asomó al interior. Contempló un vestíbulo polvoriento. Al fondo vio otra puerta batiente de donde provenía cierta luz. La niña había desaparecido. Avanzó hacia allí, abrió la puerta y penetró en una sala de pequeño aforo con un escenario invadido de andamios y pivotes de metal. Las luces del escenario estaban apagadas, solo brillaban tenuemente las del patio de butacas. Había otra persona en el teatro: un hombre sentado en primera fila, en el extremo de la derecha. El silencio casi parecía un presagio. Rulfo caminó por el pasillo y, al llegar a la primera hilera, observó al desconocido. Era de edad madura, pelo cespitoso y grisáceo, gafas de montura dorada y una semibarba favorecedora. Vestía con elegancia: chaqueta de mezclilla azul, camisa a rayas azules y corbata amarilla.

—Siéntese, señor Rulfo —ofreció el hombre sin mirarle, educadamente, indicándole la butaca contigua.

No le intrigó demasiado que conocieran su nombre y se comportaran como si estuvieran esperándolo. Obedeció. Erguido y rígido contra el respaldo, el hombre siguió hablando sin mirarle, en un tono mecánico.

—¿Qué desea de ellas?

Rulfo creyó que empezaba a comprender aquel juego de preguntas y respuestas.

—No sé —contestó—. ¿Quizá conocerlas...?

El hombre sacudió la cabeza.

—Oh, no, no, no. Son ellas las que quieren conocerle a usted. Así funcionan las cosas: siempre son ellas las que quieren y nosotros los que obedecemos... Le advierto que es todo un honor. Nadie accede tan pronto. Pero a usted van a abrirle la puerta. Es un gran honor para un ajeno.

—¿Qué tiene usted que ver con ellas?

—*Todos* tenemos algo que ver con ellas —replicó el hombre—. Mejor dicho, ellas son parte de todo. Pero, en su caso, no se haga muchas ilusiones: usted tiene algo que les pertenece, y ellas desean recuperarlo. Así de fácil.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, aunque sospechaba de qué se trataba.

—La imago.

—¿La figura que sacamos del acuario?

—Claro, qué otra cosa va a ser, me sorprende usted. —Mientras hablaba, el hombre sonreía. Pero, al estudiar mejor su expresión, Rulfo se dio cuenta de que era forzada: como si alguien lo encañonara por la espalda—. ¿Puedo preguntarle qué han hecho usted y esa chica con la imago, señor Rulfo?

Rulfo meditó su respuesta. No quería revelar que la figura se hallaba en casa de Raquel.

—Ya que lo saben todo, ¿por qué no saben también eso?

—La imago debe seguir dentro del saco de tela, bajo el agua —dijo el hombre eludiendo la

respuesta—, en completa anulación. Es muy importante. Devuelva la figura, y todo irá bien... Ellas le dirán cuándo y dónde se reunirán con usted. Pero quieren hacerle una advertencia más — continuó, en el mismo tono impersonal—. A la cita solo podrán acudir usted y esa chica con la figura. ¿Me ha comprendido, señor Rulfo? Deje a sus amigos fuera de esto. Este asunto solo concierne a usted, a esa chica y a ellas. ¿Me he explicado con claridad?

—Sí.

Se estremeció. ¿Cómo sabían que acababa de hablar con César y Susana?

Entonces el hombre se volvió hacia Rulfo por primera vez y lo miró.

—Ellas quieren que le diga que yo las traicioné una vez... y mi hija pagó las consecuencias. Mi nombre es Blas Marcano Andrade, soy empresario teatral.

Como si esas palabras fueran la señal acordada, una fastuosa orquesta de músicos invisibles iluminó de metales el escenario al tiempo que estallaban candilejas cegadoras. Entonces una silueta apareció por un lateral. Era una adolescente de pelo castaño y cuerpo delgado. Vestía una ceñida malla color carne y aparentaba unos quince o dieciséis años. Sus facciones mostraban cierta vaga semejanza con las de Marcano. Adoptando una graciosa postura, se inclinó y saludó como si el teatro se hallara repleto.

—Ésa era mi niña —dijo Marcano en un tono distinto, como si por primera vez se le hubiese permitido mostrar sus emociones.

La muchacha saludaba y repartía besos a la platea, entre bellos cimbrados, al ritmo de un vals estridente, pero, mientras la observaba, la mente de Rulfo se anegó con una inusitada y espantosa certidumbre.

Estaba muerta.

Se inclinaba, sonreía, besaba el aire,  
pero estaba muerta.

Aquella chica había muerto. Lo supo en ese preciso instante.

La joven terminó de saludar e hizo mutis por el mismo lateral por el que había entrado. Entonces la música finalizó con un golpe abrupto de platillos y el escenario volvió a quedar a oscuras.

—Los castigos de ellas son terribles —dijo Marcano en el poderoso silencio que siguió—. Devuelva la figura, señor Rulfo.

Las luces de la sala empezaron a apagarse al tiempo que Marcano quedaba paralizado, como si un mecanismo en su interior hubiese llegado al final.

Rulfo se levantó, buscó la salida y llegó a la calle jadeando.

## **V. LA FIGURA**

La muchacha llegó a casa muy tarde aquella noche, cruzó el patio con un repiqueteo de tacones, introdujo la llave en la cerradura, abrió y sintió que el corazón le daba un vuelco. Había luz en el saloncito. La lámpara de camping estaba encendida. Y olía a tabaco, pero no de la marca que solía fumar Patricio.

Supo quién era antes de oír la voz.

—Ignoraba tus aficiones noctámbulas. Llevo esperándote por lo menos dos horas.

De pie en el umbral, la muchacha tomó aire, apretó los párpados e intentó reunir fuerzas. Aquella visita era cruel después de un día tan agotador, pero sabía que los clientes podían venir cuando les apeteciera. Patricio les había dado copias de su llave a todos los que pagaban bien y ella estaba obligada a atenderlos, fuera la hora que fuese.

Recobró la compostura enseguida, entró, cerró la puerta y avanzó hacia el saloncito.

El hombre estaba sentado en el desvencijado tresillo con las piernas abiertas. Vestía como siempre: traje oscuro, camisa a rayas grises y corbata perla, azul y gris. La camisa y la corbata abultaban debido a la prominencia del vientre. Alzaba una mano con un cigarrillo entre los dedos. Su rostro blando y blancuzco se hallaba atravesado por unas gafas de sol y una sonrisa perennes. Nunca se quitaba aquellas gafas. Nunca dejaba de sonreír. Ella ignoraba su nombre.

Le saludó sin recibir respuesta, dio dos pasos más y se detuvo frente a él.

—¿No vas a disculparte?

—Lo siento.

Sabía que todo formaba parte del juego preferido del hombre de las gafas negras: la humillación. Por supuesto, no se sentía culpable de llegar a esa hora. Los viernes y sábados las citas se acumulaban, y debía, además, acudir al local del club, un antro de paredes rojas en los sótanos de un burdel de carretera, para concertar sus próximas citas. Al terminar deseaba únicamente cerrar los ojos y descansar todo lo posible. Pero su vida no era suya, y lo sabía. Ni su descanso.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir?

De repente ella se había puesto a pensar en otra cosa.

La habitación cerrada.

Aquel tipo afirmaba llevar mucho tiempo esperándola. Pero ¿se había limitado a aguardar allí sentado? No: lo más lógico era que hubiese recorrido su minúscula casa y entrado en aquella habitación. Y si había sido así, ¿qué había hecho?

Se moría de ganas por comprobar que todo estaba bien. Pero no podía hacer eso. Aún no. Una puntera de zapato tocó su pie izquierdo.

—Repito: ¿ésa es tu forma de disculparte...? ¿Decir «lo siento»?

El hombre continuaba tranquilo, cómodamente sentado, sosteniendo el cigarrillo entre sus gruesos dedos con el ampuloso gesto de un pantocrátor de piedra, sonriendo y hablando con suavidad, casi en tono cariñoso. Sin embargo, ella sabía *cómo era* en realidad. Sus maneras no la engañaban. De hecho, era casi el *peor* de todos. Acostumbraba a aparecer de forma imprevista, en medio de la noche, y sus visitas siempre resultaban inolvidables. La mayoría de los clientes solo buscaba diversión, pero el hombre de las gafas negras parecía desear únicamente su sufrimiento. La muchacha le temía más que a Patricio.

Se arrodilló en el suelo e inclinó la cabeza. No tuvo necesidad de apartarse el pelo: en el trabajo siempre se lo ataba en un moño sobre la nuca.

—Lo siento —repitió.

Las gafas, encaramadas sobre la sonrisa como un cuervo, la contemplaban.

—Me decepcionas. Mi perro braco sabe hacerlo mejor que tú...

La muchacha respiró hondo. Sabía lo que él quería y cómo acabaría todo.

Sin incorporarse, se quitó la cazadora, deslizó el jersey por encima de la cabeza y comenzó a desabotonarse la falda. En los cristales de las gafas negras su cuerpo se reflejó como una llamarada. Se despojó también de los zapatos, las medias y las bragas a un ritmo lo bastante rápido como para no impacientar al hombre, pero cuidando de no estropear ninguna prenda. Cuando acabó de desvestirse se tendió en el suelo por completo, con suma sencillez, acostumbrada a hacerlo miles de veces. Sintió la frialdad de las baldosas contra la carne y la dureza metálica de las anillas y el collar de Patricio, de los que nunca podía desprenderse, y buscó con los labios los lujosos zapatos. Olió a cuero nuevo. Sacó la lengua.

El brusco, inesperado tirón de pelo le hizo alzar la cabeza.

—Abre los ojos —dijo el hombre con otro tono de voz.

Lo hizo. La mano tiró de su cabello y ella se incorporó un poco, solo un poco, hasta quedar de rodillas. Vio oscilar frente a su nariz un saquito de tela rígida.

—Dónde está.

Sus ojos se desviaron lentamente del saquito a las gafas de sol. La sonrisa había desaparecido del rostro del hombre.

—Solo he encontrado la filacteria. Dónde está la figura.

El hombre seguía agarrándola del pelo y haciendo oscilar el saquito frente a su rostro con la otra mano. Al pronto, ella no supo de qué podía estar hablando. Entonces lo recordó todo. Fue como si el miedo la hubiese mordido.

—No sé —dijo.

—Claro que lo sabes. —El hombre tiró de su pelo una vez, luego otra—. No se te ocurra mentirme. Ni lo pienses siquiera.

—No miento, no lo sé, de verdad, no lo sé...

Era cierto. Se había olvidado por completo de aquella estúpida figura. Suponía que el tipo barbudo, (*¿cómo se llamaba...? Rulfo. Salomón Rulfo*), se la había llevado junto con el retrato la noche anterior. Pero lo más increíble era comprobar que aquel hombre sabía algo sobre eso. ¿Acaso conocía también las pesadillas que ella había tenido? Había mencionado un extraño

nombre: «filacteria». ¿Qué podía significar?

—Te lo preguntaré una vez más. Una sola, y quiero una respuesta. —El hombre acentuaba cada palabra con un fuerte tirón de pelo, obligándola a arquearse hacia atrás—. Dime, exactamente, *dónde* has escondido la figura...

¿Qué podía hacer? Lo único que conseguiría si se callaba sería que el hombre le hiciera más daño. Y, aunque no le atemorizaba demasiado el dolor que pudiera infligirle, de repente le preocupaba mucho que hubiese descubierto *aquello* y decidiera dañarlo también. En otras circunstancias, quizá no hubiese dicho nada. Odiaba a aquel hombre con todas sus fuerzas y no deseaba implicar a Rulfo, pero ahora ya no había remedio.

—La tiene él... Se llama Salomón Rulfo. No sé dónde vive, pero sé su teléfono...

Por un momento el hombre no reaccionó. Contemplando de cerca los inclementes cristales negros, la muchacha se preguntó, sin excesiva emoción, si la mataría en ese mismo instante. Entonces las gafas retrocedieron.

—Espero por tu bien que sea cierto. —Su pelo quedó libre y el hombre se puso en pie—. Lo espero de verdad. Confío en que no quieras jugármela... —Y, de alguna forma, aunque ella seguía arrodillada y solo veía los zapatos y las perneras del pantalón del hombre, percibió que la sonrisa regresaba a sus rasgos como una luz helada—. Pero no vamos a despedirnos sin un poco de diversión, ¿no te parece...?

la figura

Dentro de ella había una tumba.

Dentro de aquella tumba milenaria, nada ni nadie podía dañarla.

*La patada la arrojó al suelo. Sintió el peso sobre su espalda, separándole las piernas. Apretó los dientes.*

la figura. allí.

De la tumba emergían filosas llamas oscuras. Llamas que eran como la luz de una luna quemada. Como una hoguera elaborada con estrellas. Un incendio frío que, al carbonizar el mundo, lo dejaba convertido en pura noche negra.

*Arañó las baldosas mientras aquel peso se hundía dentro de ella.*

la figura. allí. en una esquina.

En esa tumba, en esa cámara clausurada de su imaginación, se refugiaba para soportar el dolor. En su interior seguía siendo ella, pero se volvía indestructible.

*Abrió los ojos a ras del suelo un instante. Y la vio.*

La figura. Allí. En una esquina.

—Recuerda: si me has mentido, volveré...

*Díselo y que se la lleve. Díselo.*

*No, no se lo digas.*

El hombre había añadido algo. Una amenaza precisa. Comprendió, aturdida, que había descubierto lo que había en la habitación cerrada. *Debo ir y ver. Debo ir y ver.* Escuchó el sonido de la puerta. Luego el silencio. Siguió inmóvil.

*¿Por qué no se lo has dicho? ¿Por qué?*

*Debo ir y ver. Debo.*

La frialdad de las baldosas entumecía su vientre y sus pechos, anestesiándola como un gélido unguento. Sabía que debía levantarse, pero un vértigo de dolor y fatiga la mantenía quieta.

Antes de cerrar de nuevo los ojos volvió a mirar hacia la pared del fondo. No había sido una alucinación: allí estaba, tirada en el suelo.

Parpadeó en medio de una helada y dispersa penumbra, una taxonomía de distintos matices de sombra, y advirtió la presencia de una de sus botas a escasa distancia de su ojo derecho.

Una media. Su ropa por el suelo.

Se incorporó. Un alambre cayó a las baldosas: una horquilla. Se quitó las demás con furiosos ademanes. Su pelo increíblemente negro y largo llovió sobre sus hombros y espalda. Entonces se tambaleó hacia el cuarto de baño, tanteó a oscuras hasta levantar la tapa del retrete y vomitó. Un sabor acre la anegó. El mundo era un carrusel de sombras que daba vueltas a su alrededor.

Se quedó sentada en el suelo, jadeando, hasta recobrar la calma, la estabilidad, la obligación de permanecer tranquila.

Lo único malo era que siempre terminaba recuperándose. Su cuerpo, ese saco muscular de arena firme, nunca cedía, nunca le ofrecía la capitulación final, como ella ansiaba. Estaba diseñado, sin duda, por algún tipo de dios cruel, alguna divinidad sádica y calculadora. Ella lo odiaba. Le repugnaba cada una de sus fibras.

Se puso en pie y abrió el grifo de la ducha. El agua helada terminó de despejarla. Se lavó una y otra vez, intentando desprenderse hasta el último resto de la presencia de aquel tipo. Con todo, el hombre de las gafas negras nunca dejaba otras huellas sobre su piel que los golpes y una sensación de despreciable humillación. Ella sospechaba, incluso, que ni siquiera sentía verdaderos *deseos* de poseerla. Cuando la penetraba, como esa noche, se comportaba como un simple mecanismo, un instrumento que parecía destinado únicamente a vejarla una y otra vez. Pero el agua le hacía creer, al menos, que parte de su nauseabundo recuerdo desaparecía para siempre.

Cayó en la cuenta de que era preciso comprobar algo. Se secó rápidamente con una toalla y salió del baño. El frío la atacó como una punzada imprevista, pero no quiso perder tiempo vistiéndose. Abrió sigilosamente la puerta de la habitación del pasillo y entró. Era un lugar mínimo y oscuro con un camastro en el suelo y algunos objetos diseminados, el más llamativo de los cuales era un plato con restos de comida. Se agachó y observó el bulto cubierto por las mantas. Estuvo contemplándolo largo rato, como si no supiera muy bien qué hacer.

Al fin, levantó un poco las mantas y se cercioró de que nada malo parecía haber ocurrido. *Duerme.* Luego las dejó como estaban y salió.

Se envolvió en una toalla y regresó al saloncito, donde la lámpara aún se esforzaba por iluminar. Se agachó y recogió la figura de cera.

*Akelos.*

No entendía bien por qué no le había dicho al hombre que la figura estaba allí, que, sin duda, se había caído de la mesa la noche anterior, cuando Rulfo y ella se acariciaban (ahora recordaba que también se había caído la lata de comida), y había rodado hasta esa esquina. Si hubiera obrado así, el problema ya estaría resuelto.

*No. Has hecho bien.*

Puso en pie una silla volcada y se sentó. Tenía la figura en la mano.

*Hiciste bien en callarte.*

La contempló. No pesaba nada. Apenas era nada. Sus bordes de cera emitían un ínfimo brillo de lustre. Se preguntó por qué aquella nimiedad, que casi parecía un juguete, podía ser tan importante.

Se quedó quieta, sentada en la silla, observando la figura.

El andrajo de tela que cubría la ventana empezó a clarear. La muchacha seguía inmóvil. De pronto

mediodía

fue como si hubiese tomado una decisión.

mediodía. cenit

Se levantó y se dirigió al dormitorio. En una de las esquinas había un zócalo suelto desde hacía tiempo. Lo desprendió.

Cuando lo dejó en su sitio otra vez, ya no llevaba nada en las manos.

Mediodía. Cenit.

Las lluvias recientes habían lavado el aire dejándolo pleno y puro, de un color azul que parecía simbólico. El sol la hizo parpadear cuando salió a la calle. Llevaba su vestuario de costumbre: cazadora negra, minifalda, botas y medias. Cruzó el patio entre las miradas silenciosas de los vecinos. En aquel edificio nadie conversaba con nadie, salvo con sus respectivas familias. Procedían de distintos países, hablaban diferentes idiomas. No confiaban en los demás, y hacían bien. Vivían hacinados en lugares diminutos y ocultos. Ella era de las que tenían suerte: poseía un apartamento propio. Patricio se lo decía muchas veces.

Entró en una cabina, introdujo unas monedas y marcó un número.

No tenía teléfono en casa. Patricio no lo había considerado necesario, porque las citas se concertaban en el club y porque ella no iba a llamar a nadie salvo a él. El número que le había dado a Rulfo era falso. Ahora, el número de Rulfo era uno de los dos únicos que conocía.

Pero no fue ése el que marcó.

Estaba tan nerviosa que tuvo que volver a pulsar. No sabía lo que hacía. El auricular se le caía de las manos. Mientras escuchaba el remoto timbre intentó calmarse.

Un miedo como jamás había sentido la hacía estremecerse de la cabeza a los pies, pero no a las posibles represalias del hombre de las gafas negras o de Patricio. Ambos le habían hecho creer que el infierno existía y se hallaba en la Tierra, pero no era ése el miedo que ahora experimentaba. Ni siquiera se trataba del que había sentido en la casa de Lidia Garetti o en su

dormitorio a oscuras, sino de un pavor mucho más hondo y antiguo, como si el temor cotidiano se hubiese arrancado la máscara de querubín y la contemplara con ojos sin pupilas y sonrisa rojiza.

En el auricular, por fin, la voz de él:

—Diga.

Se aclaró la garganta. Reunió fuerzas.

—Soy yo, Patricio.

Un silencio.

—¿Tú? ¿Y quién eres tú?

—Raquel.

—Ah. ¿Y qué quieres ahora?

Las pocas veces que ella lo había llamado le había pedido cosas. Patricio le había concedido algunas y otras no. Era impensable que se atreviese a molestarlo para algo que no fuese una verdadera necesidad.

—¿Vas a hablar o qué? ¿Te ha comido la lengua un cliente?

—Hoy no voy a ir al club —dijo con dificultad. Tras aquella primera frase, el resto fue más fácil—. Ni a las citas... Ni mañana tampoco... No voy a ir a nada nunca más... —Imaginaba la cara redonda de Patricio adoptando un color cada vez más oscuro. Decidió soltarlo todo—. Me marchó... Lo dejé...

—¿Que lo dejas...? Oye, espera un momento, bonita... ¿Hay alguien contigo...?

—No. Nadie.

—¿Quieres repetirme lo que has dicho...? Últimamente ando duro de orejas. ¿Que dejas qué...?

Ella se lo repitió. El auricular pareció estallar. Los gritos de Patricio surgían afilados y desagradables.

—No, no te pertenezco, Patricio, no... —musitó varias veces.

El auricular se alzó más, picudo, irritante. Lo dejó hablar. Había esperado cosas mucho peores y se sentía preparada para todo. No quería enzarzarse en una discusión. Sabía que llevaba las de perder. De repente, para su sorpresa, la voz se dulcificó.

—Estás bromeando... De cualquier otra me lo creería, pero de ti... Mira, hablemos en serio. ¿Qué ha pasado...? Anda, dímelo. Algo grave, seguro. Con un cliente, ¿no...? Confía en mí. Todo se puede arreglar...

—No ha pasado nada. Quiero irme.

—¿Así? ¿Sin más?

—Sí.

La cabeza le dolía. Deseaba colgar. Deseaba marcharse ya. Pero no podía hacerlo aún.

—¿Y cuándo quieres marcharte?

—Hoy. Ahora.

—¿Tienes dónde dormir esta noche?

—No. —Titubeó—. Ya veré.

—¿Y ropa? ¿Tienes ropa?

—Sí. —Volvió a titubear—. La que llevo puesta. No me llevaré otra cosa.

—No irás muy lejos sin un céntimo y con eso que tú y yo conocemos, ¿lo sabías?

—Me arreglaré.

—Te arreglarás, te arreglarás... Qué estúpida eres, húngara...

En una plaza cercana jugaban algunos niños. Una niña le llamó repentinamente la atención. Vestía un traje raído de color verde oscuro, pasado de moda, como si lo hubiese robado de la guardarropía de algún teatro, y sostenía una pelota roja en la mano. Pero no jugaba como los demás: permanecía quieta mirando algo. Pese a la distancia que las separaba, la muchacha tuvo la certeza de que la miraba a ella. Y sonreía. En su pecho brillaba un broche, o un medallón.

—En fin, si quieres morirte de hambre, lárgate... No soy de los que retienen a nadie contra su voluntad. Y has despertado mi lado bueno. Te daré algo de pasta... Solo para el viaje, claro, no te entusiasmes...

¿Por qué aquella niña la inquietaba tanto? ¿Es que se estaba volviendo loca? Se trataba solo de una niña, por Dios. Volvió a concentrarse en las palabras de Patricio.

—... Y no me lo agradezcas. Me has hecho una buena trastada, pero has tenido el valor de llamarme y decírmelo... Y el valor es algo que Patricio Florencio sabe agradecer, ¿me oyes...? ¿Raquel...? ¿Sigues ahí o ya te has pirado?

—Sí, pero debo colgar. Dinero se acaba.

—Claro que se acaba, húngara. Siempre se acaba. Por eso te daré un par de billetitos. De paso aprovecharé para despedirme.

Ella quiso decirle que no aceptaría su dinero, pero la conversación se interrumpió. Cuando salió de la cabina y volvió a mirar, la niña ya no estaba.

Empezó a hacer planes. No tenía nada que llevarse, y pensó que quizá sería prudente aceptar lo que le diera Patricio, solo para comprar lo más básico. Luego buscaría refugio. Iba a necesitar un nuevo techo con urgencia.

Sostenía el papel con el número de teléfono de Rulfo.

Sin embargo, titubeaba. ¿Acaso iba a confiar en alguien a quien apenas había conocido? Para el caso, se fiaba mucho más de Patricio. Era un lobo, pero los años pasados a su lado le hacían pensar que lo conocía bastante bien. Sabía que, mientras no lo dejara en desventaja, mientras no se pasara de lista, el lobo no la mordería.

Dobló el papel pero no quiso tirarlo. De algún modo, pensaba que Rulfo era distinto a todos los hombres que había conocido, y quizá más adelante pudiera acudir a él. El futuro no le daba miedo: estaba segura de que no le iba a faltar comida ni un sitio donde vivir.

Su inquietud principal era el pasado.

Existían muchos vacíos en su vida que, de repente, deseaba llenar. Por ejemplo, los lugares donde había estado antes de venir a España. Su país de nacimiento. Su familia. Un eclipse ocultaba aquellos recuerdos. Patricio la llamaba «húngara», pero él mismo reconocía que no sabía dónde había nacido en realidad. Y, dejando aparte aquellos cinco últimos y crueles años, solo imágenes dispersas habitaban su memoria: caras, momentos, anécdotas... Pero ahora todo eso le parecía confuso, como si de repente se hubiese percatado de que no eran verdaderos recuerdos, de que faltaba algo, un hilo conductor que les otorgara cohesión.

Cierta vez le había preguntado a Patricio por qué le costaba tanto recordar. Él le había explicado que su infancia y su primera juventud no habían sido felices, y que por eso las había

olvidado. Ella le había creído. Hasta ahora.

Le interesaba conocer su pasado, pero, sobre todo, en relación con *algo* muy concreto. *Aquello* que había en la habitación cerrada.

Las dudas crecían en ella como una misteriosa infección. Sentía una angustia nueva, inusitada, pero, al mismo tiempo, una energía como jamás había experimentado. Le sorprendía haber cambiado tanto en tan poco tiempo.

Se dirigió al dormitorio. No podía olvidar la figura de cera Tendría que llevársela también, eso estaba claro. No sabía por qué, pero era importante para ella. Mucho. La figura le había producido aquel cambio, le había dado fuerzas. Necesitaba guardarla, ocultarla en algún sitio seguro. Si se apresuraba, el hombre de las gafas negras no la encontraría cuando regresara. Ella ya estaría lejos, y a salvo.

Se agachó junto al zócalo. En ese instante escuchó el ruido de una llave y tuvo un sobresalto imaginando que era aquel hombre. Salió del dormitorio, asustada, y comprobó que era Patricio. Por primera vez desde que lo conocía casi se alegró de verle.

—Vengo a despedirme y a darte lo prometido —dijo Patricio sonriendo.

Alzó el puño y la golpeó.

Le habían hecho una visita, pero no le sorprendió en exceso. Casi lo esperaba.

La puerta de la calle estaba abierta, y una simple presión le permitió acceder al interior. Entró con menos cautela de la razonable. En otras circunstancias se habría preocupado mucho más, pero tras experiencias como la de aquella noche, la invasión de su hogar podía considerarse una mera anécdota. Encendió las luces y avanzó en medio del desorden. Los libros esparcidos por el suelo semejaban pájaros muertos. Sus escasos muebles habían sido destripados de cajones y éstos volcados para descubrir la infinidad de papeles inútiles que se adhieren a la existencia como excrementos. El ordenador parecía indemne.

Rulfo creía saber lo que andaban buscando.

*Les interesa mucho esa figura.*

Sin embargo, más que el motivo exacto del inusitado interés por una figurita de cera, le intrigaba la razón por la cual las damas (si es que se trataba de ellas, y estaba convencido de que era así) se habían visto obligadas a realizar un registro como aquél. Si eran tan poderosas, si podían materializarse en el aire o convertirse en niñas, ¿por qué no eran capaces de recobrar una cosa que les pertenecía? ¿Por qué lo habían amenazado en el teatro y escarbado de esa forma en el basurero de su vida?

Se agachó y empezó a recoger libros. Pensó que era preciso llamar a Raquel y asegurarse de que se encontraba bien. Y tendría que convencer a César de que no siguiera investigando. Se arrepentía de haberle pedido ayuda. Fueran o no una secta, las damas iban en serio, y lo habían demostrado.

De repente, bajo un volumen de Paul Celan, sorprendió unos ojos que lo miraban.

Beatriz, acostada tras un cristal, sonriéndole desde una de las numerosas fotografías que él había enmarcado y guardaba en el altillo del armario. Su repentina aparición le hizo olvidar lo sucedido en el teatro y el estado en que se encontraba todo, incluido él mismo.

Recogió aquel retrato sintiendo que la memoria se encendía en su interior. Los recuerdos nunca desaparecen: tan solo se sumen en la oscuridad; y en ese momento, para Rulfo, volvieron a iluminarse unos ojos húmedos y verdes, las medusas inofensivas de unas manos suaves y una risa como un arpegio de celesta. *Tu hermoso cabello negro, tu dulce mirada verde...*

Beatriz, mirándole desde su tersa eternidad.

Fingía olvidarla, pero el viejo dolor regresaba una y otra vez. ¿Qué más debía hacer? Ya le había llorado, ya se había inmolado del todo ante ella. ¿Qué más? Intuía que el dolor, mucho más poderoso que la pasión, carecía de orgasmo, de clímax, de un fastigio último tras el cual pudiera

sobrevenir el alivio. La vida podía saciarse de placer, pero siempre estaba hambrienta de dolor.

Observó el altillo abierto, trepó a una silla y guardó el retrato con los demás. Deseaba asegurarse de que estaban todos, pero no iba a hacerlo en aquel momento. Encontró intacta la botella de whisky que había comprado. *Muy atentos, gracias*. La sujetó con las dos manos y sintió la frialdad del cristal. Se acostó sin desnudarse. No abrió la botella hasta otorgarle, con las manos, la tibieza de un cuerpo.

Cuando descolgó, no sabía cuántas veces había sonado aquel timbre.

—Salomón, qué coño te pasa... ¡llevo llamando desde hace horas...!

El sábado se derramaba en la habitación repleto de un sol que desmenuzaba cruelmente su dolor de cabeza.

—Es increíble, te lo juro... Encontré el libro que Rauschen me envió, *Los poetas y sus damas*. He pasado toda la noche leyéndolo... Pero no te adelantaré nada: tienes que venir...

*Déjelos fuera.*

—¿Salomón?

*Deje fuera de este asunto a sus amigos.*

—Sigo aquí, César.

—¿Vienes o qué?

—No creo que pueda. Tengo... mucho que hacer... hoy.

Mientras pensaba rápidamente en alguna excusa creíble, escuchó los murmullos de insatisfacción al otro extremo del auricular.

—Pues entonces iremos nosotros... Estaremos en tu casa, aproximadamente, en...

—No, aguarda. Será mejor...

Sabía que un César Saucedo entusiasmado era mucho más difícil de manejar que el de costumbre. Por un momento le horrorizó la idea de que descubrieran el estado de su apartamento. Y conocía de sobra a su ex profesor como para tener la certeza de que, aunque le dijera sin tapujos que no deseaba verlo, haría caso omiso a su grosería y se presentaría en Lomontano con Susana haciendo sonar el claxon. Supuso que lo único que podía hacer (sobre todo en aquel momento, con la cabeza aturdida por la resaca de whisky) era fingir que no sucedía nada.

—Mejor que vaya yo. Dame una hora.

Colgó, se sentó en la cama e inspeccionó el caos de libros esparcidos por el suelo. No iba a ponerse a arreglar nada: se ducharía, tomaría una taza de café caliente e iría a casa de César para intentar convencerle de que no metiera más las narices en aquel estercolero.

Pero antes necesitaba comprobar dos cosas.

Encendió el ordenador, que había instalado en el dormitorio, al igual que la televisión, para dejar más espacio en el comedor para los libros, y entró en la red. Mientras las páginas se cargaban en la pantalla, sacó del bolsillo el papel con el número de teléfono de Raquel y lo marcó desde su móvil. Escuchó la voz en el auricular al tiempo que tecleaba en los buscadores habituales: «Telefónica le informa que el número que ha marcado...». Lo marcó otra vez, con idéntico resultado: Raquel le había dado un número inexistente. ¿Por qué?

De repente, en la pantalla del ordenador apareció un titular.

UN HOMBRE SE QUITA LA VIDA TRAS VIOLAR Y ASESINAR A SU HIJA DE DIECISÉIS  
AÑOS.

Abrió la página, leyó el texto varias veces, vio las fotos.

Sintió que el pánico era una sustancia fría inoculada en su sangre.

—Veamos. En primer lugar, un dato muy simple. Como ya os dije, las historias que se narran aquí no están documentadas. No existe ninguna prueba objetiva de que todo esto sea cierto, y me temo que ningún investigador serio se lo creería. Pero, ya me conocéis, yo nunca he sido serio...

—Y que lo digas —apuntó Susana desde la alfombra. Su conjunto de gargantilla de seda, blusa y pantalones negros contrastaba con el colorido de los dibujos persas sobre los que se hallaba reclinada.

Fiel a su costumbre, César había pospuesto la revelación de secretos hasta la sobremesa. Ahora, tras el café, daba continuos paseos de un lado a otro mirándolos por encima de sus gafas azules. El libro que enarbolaba era un volumen sencillo, encuadernado en negro.

—Aquí se describe el encuentro de varios poetas célebres con los seres que constituyeron sus fuentes de inspiración. Pero la idea que otorga unidad a las diversas narraciones consiste en la convicción de que tales encuentros no fueron casuales ni aislados. Muy al contrario: estaban *preparados* por la secta de las damas. Y los seres con quienes se encontraron los poetas eran sobrenaturales. —Susana hizo un mohín de burla en dirección a Rulfo y se rascó una rodilla. César la miró con divertido reproche—. Oh, no saquemos conclusiones precipitadas antes de saberlo todo, querido público... Esta fantasía está muy elaborada, ya lo veréis. El autor afirma que la leyenda de las damas es muy antigua, y que con ella se han tejido muchas leyendas distintas: la de las Musas, las Gorgonas, Diana y Hécate; Circe, Medea, Enotea y otras brujas de los poetas clásicos; Cibeles y Perséfone; la *völva* escandinava, que cabalga sobre un lobo; la bruja renacentista, que monta sobre una escoba; la Lilitu asiria y la Lilith bíblica; la Dama del Lago del ciclo artúrico, la Serpiente Blanca, las brujas de *Macbeth*; la Venus de Ille, de Mérimée; la Lamia de Keats, la Bruja del Atlas de Shelley; la Reina de la Noche, de Mozart, la Alcina y la Melissa de Handel y la Armida de Haydn... Siempre es lo mismo: figuras femeninas poderosas y perversas, relacionadas de alguna forma con el arte. El poeta y erudito Robert Graves fue uno de los primeros en señalar los vínculos de esta leyenda con la poesía en su libro *La diosa blanca*, pero nunca llegó a afirmar seriamente que los poetas estuvieran inspirados por criaturas *reales*, aunque sobrehumanas... No me preguntéis cómo los inspiran: quedaos con la idea de que las damas son seres con la capacidad de impulsar a los poetas a crear. El libro habla poco sobre ellas. Afirma que son trece, en efecto, y que nunca se menciona la última, tal como me dijeron mi abuelo y Rauschen, aunque no especifica la razón de esto. Reciben un número, un nombre secreto y un símbolo en forma de medallón de oro. Los nombres proceden del latín o del griego y recuerdan los de las brujas de la tradición satanista... —Abrió el volumen por una de las páginas marcadas y leyó—: «Baccularia, Fascinaria, Herberia, Maliarda, Lamia, Maleficiæ, Veneficiæ, Maga, Incantatrix, Strix, Akelos y Saga», que es la número doce, la última que posee nombre...

—Menudos nombrajos —dijo Susana.

—Son nombres clásicos de brujas: la leyenda de las brujas surgió a raíz de las damas, y por

eso recibieron los mismos nombres que ellas. Ya os comenté que Laura, la mujer que inspiró a Petrarca, era en realidad Baccularia, la dama número uno. Fascinaria, la número dos, inspiró a Shakespeare: fue la Dama Morena de sus sonetos. Se narran también el encuentro de Herberia, la número tres, con Milton; de Maliarda, la número cuatro, con Hölderlin; de Lamia, la número cinco, con Keats; de Maleficiae, la número seis, con William Blake... Así, hasta el de Borges con Saga. Sé lo que estáis pensando: que todo esto es un cuento infantil mezclado con teoría literaria. Yo también lo creo, por cierto. Pero, como dice el poeta, «tiene método».

Susana flexionó las piernas sobre la alfombra. Acababa de encender un cigarrillo de marihuana.

—Resumiendo —dijo—: A lo largo de la historia, unos seres misteriosos, en forma de hermosas mujeres...

—O de hombres atractivos —matizó César—, o de viejos o niños... Pueden adoptar cualquier apariencia, ser cualquier persona...

—... se dedican a inspirar a los poetas. Muy bien. ¿Y por qué? ¿Qué interés tienen en hacer eso?

—Ése es el nudo gordiano. El gran secreto. Tened en cuenta que la leyenda de las Musas procede de ellas: diosas que otorgaban a los artistas el necesario hálito creativo... Pero... ¿por qué? —La sonrisa de César se hizo extensiva al resto de su semblante.

—Tú ya lo has averiguado —diagnosticó Susana con los dedos hundidos en el pelo. César hizo un gesto ambiguo—. ¡Tú ya lo sabes, maldita sea! —rió ella y le arrojó un cojín desde el suelo.

*Se toman esto como un juego más, pensó Rulfo, una de esas orgías domésticas que improvisaban los fines de semana con los amigos.*

Él no participaba de la diversión general. Un temor creciente escarchaba su estómago. Comprendía lo que sucedía, sin embargo: gracias a aquella inusitada aventura, César y Susana habían regresado a los viejos tiempos e intercambiaban miradas cómplices, sonrisas, todo el surtido de gestos que configura el lenguaje privado de una pareja que vuelve a sentirse cómoda tras un tiempo de frialdad. Tenía que impedir que se hundieran cada vez más en aquella peligrosa ciénaga.

—Bueno, ¿quieres contárnoslo de una vez? —pidió Susana.

—Calma, no seas impaciente... La clave la hallé en el encuentro de Milton con Herberia, la número tres, «la que Castiga». Os pondré en antecedentes. El poeta inglés John Milton realizó un viaje a Italia en su juventud, entre 1638 y 1639. Eso es rigurosamente histórico. Pero aquí se afirma que, durante su estancia en ese país, entró en contacto con la secta y presencié algunos de sus más extraños rituales. Por cierto que, según este libro, han sido muy pocos los poetas que han conocido la existencia real de la secta. Milton fue uno de ellos. Incluso llegó a contemplar a Herberia bajo la apariencia de una joven toscana llamada Alessandra Dorni. La vio bailar al sol durante uno de aquellos rituales, y esa misma noche

### *las llamas*

asistió a una sesión de castigo en la cueva donde se reunían... Bueno, Susana, ya estás poniendo otra vez cara de incrédula... Te pido tan solo que escuches hasta el final

*las llamas danzando ante sus ojos*

y luego opines... Os leeré los párrafos donde se describe la sesión de castigo... Preparaos para escuchar lo más extraño que habéis oído jamás...

*Las llamas danzando ante sus ojos.*

*Las llamas, hipnóticas, centelleando como látigos. Como aquel cuerpo asombroso que había visto en la despoblada landa de las afueras de Florencia.*

*Lo habían conducido a través de un campo de centeno hasta unas peñas. Allí, bajo un raudal de plata, se hallaba la entrada. Su guía era un ravenés de diecisiete años vestido con un oscuro donfrón, y tenía el miedo escrito en el rostro. Él —un joven caballero inglés, morigerado, de tersas costumbres— no se encontraba más tranquilo. Había imaginado muchas cosas durante el trayecto, algunas absurdas, otras terribles, pero todas convergían en aquel cuerpo, aquella serpiente de piel humana: Alessandra Dorni. Pese al miedo que sentía, estaba deseando volver a verla.*

*Le habían prometido que la vería.*

*Y le habían asegurado, igualmente, que pronto desearía no haberla visto jamás.*

*Bajaron los peldaños de piedra hasta una espaciosa caverna iluminada por la luz de los pebeteros. El suelo de la entrada estaba cubierto de teselas al estilo pompeyano. Dibujos de gigantes centímetros se alzaban por las paredes hasta el techo. El vasto salón se hundía en la roca. En el centro yacía un ara de piedra oculta bajo paramentos negros y rodeada de cimbreantes llamas. Un espejo de cornucopia decoraba el fondo, y, a ambos lados, sendas escalinatas llevaban a cámaras superiores. Individuos enmascarados y silenciosos formaban el coro. Hacía un frío gélido, y el joven Milton se arrebujó aún más en su capa.*

*El ambiente era expectante. Todos aguardaban el castigo.*

*El condenado y Milton eran los únicos que carecían de máscara. El primero permanecía de pie junto al ara vestido con una túnica blanca. No estaba atado, pero parecía incapaz de moverse, o no deseoso de hacerlo. Su expresión era borreguil. Se trataba de un hombre maduro, de barba desgreñada. Milton sabía que había sido sentenciado por hablar de Ellas ante quienes no debía. Y sospechaba que haber sido invitado a presenciar aquella ordalía era, a su modo, una grave advertencia.*

*Mientras contemplaba las refulgentes llamas, recordó la última conversación que había mantenido en Florencia con uno de los sectarios, un hierofante de cierta importancia. Le había contado muchas cosas: el nombre y símbolo de cada una, la antigüedad inconcebible de la secta, las figuritas de cera que elaboraban, llamadas imagos, mediante las cuales podían vivir eternamente... Y su labor, consistente en conocer e inspirar a los poetas. Él lo había interrumpido para preguntarle por qué hacían eso. El hierofante no había respondido: simplemente, le había aconsejado que asistiera esa noche a la sesión de castigo.*

*Estaba allí para conocer aquel último enigma.*

*Un movimiento en una de las escalinatas del fondo llamó su atención.*

*El chiquillo, de largo pelo negro y labios rojizos, no tendría más de doce años. Vestía una ligera túnica bermellón y era conducido del brazo por uno de los hierofantes. Descendieron los*

peldaños entre el denso silencio y avanzaron hacia el ara. El niño abría mucho sus ojos grandes y oscuros. Al advertir al condenado quiso ir hacia él, pero las recias manos que lo sujetaban le disuadieron.

—¿Quién es? —preguntó Milton al enmascarado que tenía más cerca.

—Su hijo menor. El castigo lo recibirá en su hijo. Ellas suelen hacer eso.

Nadie hablaba ni gritaba. El silencio en aquel antro era como si la muerte ocupara más espacio que la vida.

Otro movimiento. Esta vez procedente de las escaleras opuestas.

Milton la reconoció de inmediato. Alessandra Dorni arrastraba una larga túnica negra con arabescos plateados y pisaba los peldaños con suprema indiferencia, la cabeza erguida, el rostro hermoso e impenetrable, el medallón de oro con la forma de una serpiente oscilando entre sus pechos. Al llegar al pie de la escalera y, con la misma mecánica gesticulación, avanzó hacia el ara. Los sectarios se arrodillaron a su paso y el condenado desvió la vista.

Los ojos de Alessandra Dorni despedían los rayos verdes que emite el sol al ponerse sobre el mar. Milton recordaría para siempre aquellos ojos de edad indefinida, y las mejillas pálidas, y la extraña sonrisa que parecía dibujada por un artista que no hubiera conocido la felicidad.

Herberia. La que Castiga.

El niño fue despojado de su ligera túnica. Su cuerpo era un trozo de nieve frente a la negra vestimenta del sectario que lo aferraba. Otro acólito de manto sobermejo presentó a la dama una pequeña vasija cornial. Alessandra hundió los dedos en ella y los extrajo manchados de rojo. Comenzó a escribir algo en el pecho del niño, sobre la flaca arruga de las costillas, al tiempo que su voz suave planeaba por el interior de la cueva formando ecos. El joven Milton jamás había oído pronunciar el italiano de aquella forma. Pese a todo, reconoció el verso que la dama recitaba mientras lo escribía sobre el cuerpo del niño. El enmascarado junto a él también lo había identificado.

—Dante... —susurró, y Milton percibió el ostensible temblor en su voz—. Dante es un castigo muy cruel para cualquier adulto, pero casi obsceno para una criatura como ésa...

Alessandra había terminado. Por un instante pareció que nada ocurría: el niño se revolvía entre las manos que lo sujetaban, con las letras del verso aún húmedas sobre su cuerpo.

—Sugiero que no miréis más, signor Milton... —murmuró el sectario. Pero era demasiado tarde para él. Su curiosidad había sido atrapada por la escena como una mosca por la tela pegajosa.

Repentinamente, el niño abrió la boca y gritó.

Al contemplar lo que a partir de entonces ocurrió, John Milton supo con absoluta certeza que aquello iba a costarle perder la razón.

O la luz de sus ojos.

—Perdió la última: quedó ciego años después. —César sonrió—. Todo esto es pura fantasía, claro, una especie de metáfora para explicar la creación de *El paraíso perdido*, que Milton dictaría, ya completamente ciego, a su hija y a un escritor que colaboraba con él, Andrew Marvell. Es una poesía extraña donde se describe a Satán con cierta benignidad y a Dios como una criatura vengativa. El cuento concluye afirmando que lo único que salvó a Milton de la

locura fue una relativa tiniebla: llegó a olvidar casi todo lo que había visto en aquella cueva, pero sus ojos, con mucha más memoria que él, decidieron morir antes.

Susana lanzó un suspiro como si hubiese estado conteniendo el aliento hasta ese momento.

—Menuda idiotez. ¿Y la tortura de ese pobre crío consistió en que le escribieran en el pecho un verso de Dante?

—Y recitarlo. Es lo que el autor llama «filacterias»: versos que se escriben sobre un objeto o un cuerpo a la vez que se recitan. El efecto, entonces, dura mucho más y es más intenso... Sí, el «efecto», has oído bien, Susana... Pero me estoy anticipando a mi propia explicación. Como digo, esta historia es una fábula, pero en ella se revela metafóricamente ese «secreto» que Milton quería averiguar y que constituye el principal enigma de la leyenda: ¿por qué las damas inspiran a los poetas...? —Con el libro abierto, César hizo un gesto significativo en dirección a ellos—. Tal como yo lo he entendido, este «secreto» es el siguiente: el lenguaje humano no es inofensivo. Lo comprobamos todos los días, hasta en los discursos de los fanáticos y los políticos... Las palabras *alteran* la realidad, producen cosas, pero solo si se recitan de determinada forma y en determinado orden. En tiempos remotos, estas combinaciones de palabras poderosas, a veces sin significado, fueron compiladas en tablillas o pergaminos cuyos fines estaban muy lejos de ser artísticos o estéticos. Pero las personas que controlaban este poder no conocían todas y cada una de las infinitas combinaciones de palabras en *todos* los idiomas posibles. Para descubrirlas, necesitaban ayuda externa. Y decidieron convertir su búsqueda en un arte, en una estética. Así nació la poesía y así nacieron los poetas. —Se detuvo y los miró—. Los poetas, ya lo sabéis, se dedican a componer cadenas de palabras llamadas versos cuyo significado, a veces, ni ellos mismos comprenden muy bien. Las damas (que son los seres que, con el tiempo, han controlado este vasto poder) son capaces de percibir qué poetas poseen mayor potencial creativo. Entonces adoptan la apariencia de hermosas criaturas, los inspiran y luego escarban entre sus creaciones para encontrar aquellas líneas que pueden producir efectos y que se denominan «versos de poder». El autor de este libro compara a los poetas con «varas de zahorí», ya sabéis: esas ramas que supuestamente tiemblan ante la proximidad de un objeto oculto... Es una buena metáfora. Las damas utilizan a los poetas para desenterrar los sonidos más poderosos de todos los lenguajes.

—Ya comprendo... —Susana parecía entusiasmada—. Es una idea fascinante, ¿no crees, Salomón...? A ver si la he entendido: las palabras producen cosas, ¿no...? Imagino que algunas producirán cosas buenas y otras malas... Y los poemas han servido para transmitir ese secreto a lo largo de los siglos... Por ejemplo, en un soneto de Neruda o en un poema de Lorca quizá se oculten palabras que podrían... Qué sé yo... Palabras que, al ser recitadas, nos hicieran volar por el aire, ¿no es eso...? —Se mordió el pulgar mientras reía.

—Observa, Susana, que no todos los versos son poderosos —advirtió César—. La mayor parte de la poesía, según esta teoría, es simplemente estética y sirve, por decirlo así, de «tapadera» para ocultar la verdad. Aun dentro de los poemas que contienen poder, solo unos cuantos versos lo albergan. Pero, claro, no es fácil encontrarlos, y menos aún recitarlos: únicamente las damas pueden hacerlo. —Se volvió hacia Rulfo y sonrió—. Ahora bien, lo más sorprendente son los puntos concomitantes con tu historia, Salomón, ¿no crees...? El objeto que esa chica y tú sacasteis del acuario puede ser una «imago», esa figura con la cual viven «eternamente», y los versos de Virgilio y Dante que encontraste serían «filacterias» y provocaron

que las puertas de la casa se abrieran, que se encendiera el acuario y que hallaras el retrato de mi abuelo y la imago... Una historia curiosa, sí. Completamente irreal, pero no mal pergeñada. De hecho... —La mirada de César se había vuelto soñadora—. ¿Acaso no podría recibir el respaldo de la ciencia? ¿Qué sabemos sobre la materia? ¿Y si las ondas que provocamos al hablar pudieran alterar la órbita de los electrones circundantes hasta el punto de producir grandes cambios en la realidad...? Observad, además, que es tradicional en todos los «hechizos» el componente sonoro, el «abracadabra» y cosas así... ¿Y si fuera justo ese componente la causa *real* del efecto...? Pensad en los rezos, en las oraciones a los santos que, según la creencia popular, pueden producir determinadas cosas... Recordad que Dios es el «Verbo», y crea el mundo con la palabra... Y «poesía» viene de *poiesis*, que en griego significa «creación». ¿No podría tratarse todo esto de vagas metáforas que giran en torno al poder oculto del lenguaje y su transmisión secreta mediante la poesía...? Ah, Susana, veo que ahora tu expresión ha cambiado. Ya no te muestras tan escéptica. —De repente, tras una pausa efectista, César cerró el libro de golpe. El sonido hizo que Rulfo y Susana parpadearan—. Pero, como digo, se trata de la simple fantasía de un autor no demasiado mediocre...

—Herberia, oh bella y terrible diosa, perdona a tu esclava Susana, pero tengo que dejar esta interesantísima reunión, qué lástima. —Estiró sus delgados brazos—. No puedo faltar a la cena de esta noche con los capitostes del teatro... Son los que van a poner la pasta para mi proyecto. Además, es posible que asistan algunos periodistas a los que pienso preguntarles sobre lidia Garetti... Voy a ducharme. ¿Te veré ante de irme, querido alumno Rulfo?

—Quizá —dijo Rulfo.

—Y si no, estoy segura de que, a partir de ahora, nos veremos más a menudo... Tenemos un gran misterio que resolver, ¿no es cierto, César?

César respondió vagamente y Rulfo percibió su repentina incomodidad. *Está usando este asunto como si fuera una golosina, Dios mío. Como si viviera con una niña y le ofreciera un dulce para retenerla.*

—¿Podemos hablar, César? —preguntó cuando Susana subió las escaleras y cerró la puerta del dormitorio.

—Ya estamos hablando.

—¿Qué tal si continuamos en el cuarto? ¿Sigue existiendo todavía?

César pareció comprender. Sus ojos relampaguearon.

—Sí, ven.

El «cuarto» —como lo denominaban los miembros del círculo literario de César— se encontraba junto al salón del comedor. Era una habitación pequeña que su dueño había protegido concienzudamente de miradas ajenas mediante una ventana de cristales ahumados. Allí estaba el gran aparato de televisión y las cintas que había grabado durante fiestas y juegos sociales. La mullida moqueta blanca invitaba a la desnudez, y Rulfo había aceptado aquella invitación más de una vez. Ahora todo eso pertenecía al pasado. En el «cuarto» las conversaciones eran más privadas, y nadie que estuviera en el dormitorio o el salón podría escucharles.

Cuando César cerró la puerta, aislando el ambiente, Rulfo dijo:

—Deja esto, César.

—¿Que deje qué?

—Este tema. Punto y final. Pasa a otra cosa y no calientes más a Susana.

—¿Estás loco?

—Sí —admitió Rulfo—. Puedes pensar eso. Me he vuelto loco. Imaginé cosas que no existían. Nunca estuve en casa de Lidia Garetti. Todo fue una fantasía.

La sonrisa de César se había disuelto mucho antes de que Rulfo acabara de hablar. Lo miraba fijamente a los ojos.

—¿Qué ha ocurrido, Salomón?

Decidió contárselo. No abundó en detalles, pero le suministró las claves de lo ocurrido la noche previa: la niña del vestido roto, el teatro, el registro de su apartamento. Al describir su conversación con Blas Marcano, pensó que iba a vomitar.

—Blas Marcano Andrade, empresario teatral: búscalo en Internet... Violó y asesinó a su hija de dieciséis años, Soraya Marcano, en 1996 y luego se suicidó. Pero yo *hablé con él anoche y vi a su hija...* No me preguntes cómo lo sé, pero estoy seguro de que eran ellos. Quizá Marcano fuera un sectario castigado por cometer una indiscreción, como el condenado que vio Milton. No entiendo cómo, pero...

César se quitó las gafas y se sentó despacio en el enorme sofá que presidía el saloncito, de lustroso respaldo tachonado de botones.

—Es increíble —murmuró—. Nunca pensé que... ¡Oh, por favor...! Incluso... incluso cuando terminé de leer ese libro, seguía creyendo que todo esto eran fábulas, leyendas mezcladas con los recuerdos de mi abuelo y tus propias experiencias... ¡Por favor...! ¿Te das cuenta de lo que significa esto...?

—No he pretendido entusiasmarto, César. Todo lo contrario. Es gente peligrosa.

—No lo dudo. Me consta lo *peligrosa* que es. Pero no te harán daño si les devuelves la figura. Es lo que quieren, ¿no...? En tu lugar, yo la devolvería. Sean cuales sean los medios por los que ha llegado a ti, no es tuya. Es de ellas.

—Si la devuelvo o no, el tema no es éste. El tema es que os olvidéis de este jodido asunto para siempre, y que maldigo la hora en que se me ocurrió...

—Todavía puedo resultarte útil, querido alumno. —César lo detuvo con un ademán—. Para encontrar a Herbert Rauschen, ¿recuerdas...? Es el único que puede contarnos más de lo que ya sabemos, aquello que no viene en el libro, la dama número trece... ¿Por qué me dijo que era tan importante? ¿Por qué el libro no la menciona...?

—Ya se habrán encargado de silenciar a Rauschen. Y harán lo mismo con vosotros si...

—¿Y si no es así...? ¿Y si está escondido...? ¿Y si podemos hablar con él, o con alguien que sepa lo mismo que él...?

—No quiero saber más —zanjó Rulfo—. Solo quiero que todo esto se acabe.

—Salomón. —César alargó el brazo y encendió la lámpara que se alzaba junto al sofá. Bajo aquella luz aterciopelada, su rostro pareció dividirse en dos, como una fase lunar—. La poesía ha sido la razón principal de mi vida. Y de la tuya, reconócelo. Te conozco bien y sé que eres un descreído como yo, aunque no tan sinvergüenza... Un hedonista superficial. Pero la poesía ha sido nuestro sacramento, nuestro único dios, nuestra ética.

—César...

—Déjame terminar, alumno Rulfo. Yo te enseñé a amarla, niégalo si te atreves. Niega que te

fascinaban mis clases, o los recitales que improvisábamos aquí mismo, en esta misma habitación, con Susana, Pilar, Álvaro, David... Todos los que, como tú, han dejado de venir a esta casa hace mucho tiempo... Tú y yo estamos hechos de la misma pasta: la poesía nos desarma, nos derrota. Hoy se ha convertido en un gusto de minorías, pero ambos hemos sabido siempre que dentro de ella hay un abismo... Era lo que mi abuelo llamaba «el horror puro». Y ahora, de repente, ¿qué ha sucedido...?

—César, escúchame...

—¡Déjame hablar! —César se levantó con inusitada rapidez y alzó la voz—. ¿Qué ha sucedido...? Que hemos encontrado por fin ese abismo y nos hemos asomado a él. Lo estamos contemplando. Y sé que tú vas a saltar. Lo sé. Saltarás. La tentación es demasiado fuerte... Entonces, ¿por qué quieres impedirme que yo, más viejo y con menos posibilidades que tú, *salte también*?

—¿Y Susana? —dijo Rulfo suavemente, señalando la puerta—. ¿La llevarás del brazo para que salte contigo? —De pronto Rulfo sintió que estallaba—. ¿Es que no te das cuenta de lo que estás haciendo...? ¡Estás convirtiendo esto en otro tema fascinante al estilo Saucedá...! ¡Pero esto es real, querido profesor! ¡No entiendo cómo ni por qué, pero es *real y peligroso*...! ¡Esta vez no se trata de jugar con espíritus, comer hostias untadas de paté o invocar al diablo con Susana desnuda haciendo de altar y tú vestido de Anton Szandor LaVey...! ¡Esto es *real*! —Notó que sudaba. Bajó la voz para añadir—: Y muy peligroso.

—Entrégales esa figura y no nos harán daño —dijo César al cabo de una pausa, mortalmente serio.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

En ese momento se abrió la puerta. Susana, en bata de baño, les sonrió.

—¿Qué estáis haciendo aquí dentro? ¿Conspirando?

Los dos hombres la miraron y sonrieron casi al mismo tiempo.

—Me voy ya —dijo Rulfo—. Gracias por el almuerzo.

La luz otoñal de la tarde se agotaba cuando salió a la calle. César tenía razón: les daría la figura. Les daría la maldita figura, si eso era lo que querían.

Subió al coche deseando con todas sus fuerzas saber regresar a casa de Raquel.

Patricio Florencio encendió el hornillo y abrió al máximo el gas. Sin embargo, la pequeña llama azul siguió débil. La cafetera cargada que había puesto encima tardaría en calentarse. Maldijo entre dientes: aquella cocina estaba a la altura del resto del mobiliario. Pero, naturalmente, ella no merecía nada mejor.

Mientras esperaba, volvió a servirse otro trago de la botella de ron que la muchacha guardaba para él en el pequeño y casi vacío armario del altillo. Allí también había varias latas de conserva: Patricio se quedó mirándolas y, de repente, las sacó una a una y las arrojó a la basura. *Si quiere comida, que me la pida.*

Bebió el ron y se sirvió más. Hacía frío en aquel antro, y olía a rayos. A partir de ahora ella tendría que limpiar mejor su casa, y él le enseñaría cómo hacerlo. Le enseñaría muchas cosas a la húngara.

Patricio Florencio era corpulento y de baja estatura. Se había afeitado completamente la cabeza pero conservaba un círculo de pelo negro alrededor de la boca: un bigote y una barba tan oscuros como sus gruesas cejas. Por su camisa blanca entreabierta sobresalía un tupido ramaje de vello. Y sudaba. Siempre sudaba. El sudor y él no eran buenos amigos, pero se resignaban a vivir juntos como esos hermanos siameses adosados por una víscera. Incluso de niño había sudado copiosamente. Le parecía que había ido dejando un rastro de sudor como la baba longilínea de un caracol a lo largo de su vida, desde su triste infancia en las calles de una oscura población guatemalteca hasta su madurez en Europa. Su madre, su querida madre, Dios la tenga en la gloria, decía que sudar era bueno porque así se adelgaza. Su dulce y bondadosa madre, de origen español, era la mujer a la que más había amado Patricio en toda su vida. Pero es que mamá era una señora de verdad, de las que ya no quedan, educada y fría, virtuosa como una estatua. Patricio soñaba a veces que le ofrecía rosas rojas. Nunca había podido tener un gesto así con ella, y ahora ya era demasiado tarde para tenerlo. Pero sabía que, desde el cielo, mamá se lo agradecía igualmente. Entre tanta puta como hay en el mundo una mujer digna es un trébol de cuatro hojas, Silvina. Mamá sí que era una mujer, no fastidies, Silvina. Mamá se merecía rosas.

Regresó al saloncito y la contempló. La muchacha seguía acurrucada en el suelo, en una esquina. No había querido darle todo lo que se merecía porque eso hubiera sido perjudicial para él. La mercancía estropeada no vale dinero, es bien sabido. Se había limitado a golpearla una sola vez en la mandíbula y otra en el estómago. La sangre que manaba de su labio no dejaría huellas, y a los clientes les excitaría ver aquella mínima herida. Estaría bien dentro de poco, era una chica resistente.

Se sintió feliz y reconfortado con el ron. Volvió a la cocina, deseoso de café, pero la cafetera seguía fría. Soltó una maldición: aquella llama no calentaba ni a un reprimido. Tendría que esperar. Odiaba hacerlo, siempre había sido muy impaciente, pero otra parte de él (la materna, sin duda) era sensata y le aconsejaba calma.

Gracias a aquella sensatez había sabido conducir un negocio floreciente. No en vano dirigía el mejor club clandestino de prostitución de Madrid. Tenía otros socios, cierto, pero él era el cerebro: los demás solo aportaban dinero. Además, había sido uno de los primeros en emprender la conquista de los países del Este. Sus selectos clientes afirmaban no ser racistas, pero Patricio sabía que, en el fondo, estaban hartos de filipinas y sudacas y deseaban chicas occidentales de piel blanca. Ahora podían tenerlas. Y no solo prostitutas: mujeres que, en sus países de origen, eran licenciadas; mujeres cultas, acostumbradas a cuidar sus cuerpos, casadas o solteras, deseosas de emigrar buscando un futuro mejor. Incluso mujeres que aún no lo eran: proyectos de mujer, chiquillas de corta edad vendidas por sus propias familias. Él no les hacía nada malo: les ofrecía la oportunidad de trabajar en un país que cada vez angostaba más la entrada de extranjeros. Unos cuantos años de sacrificio y podían regresar a sus hogares con cierta cantidad de plata. ¿A quién perjudicaba eso?

Ahora bien, en aquel negocio, como en todos, existían diferencias. Y Patricio tenía que reconocer que Raquel era distinta.

Hacía cinco años que la conocía. Era huérfana y había venido sin documentación. Los que se la vendieron le dijeron únicamente que se llamaba Raquel y que estaba obligada a trabajar sin cobrar un centavo. A él no le importaban tantos secretos: si la mayoría de las chicas que recibía carecía de pasado aunque lo recordasen, ¿qué más daba que aquella lo hubiera olvidado? Nada más verla la había tomado bajo su protección, incluyendo *lo* que traía consigo, y, aunque al principio había pensado que había hecho un mal negocio, la muchacha había terminado saliéndole barata. No se había arrepentido nunca de acogerla. Raquel era única: por eso era suya. Patricio no le regalaba una gargantilla con su nombre a cualquiera, ni siquiera a Silvina, su actual compañera, una zorra lista y agradecida, pero es que Raquel era oro molido, un animal sumiso y hermoso, un bombón, para qué decir más. Estar con ella costaba caro, porque era perfecta. No solo su cuerpo, su silueta de modelo de pasarela pero bien pertrechada en los lugares en que casi todas las de su especie parecían tablas de estantería, también su carácter. Sus compañeras eran unas pervertidas o unas rebeldes, pero ¿quién había como Raquel? Había nacido para obedecer.

*¿Qué te pasa con la húngara, Patricio? No te la quitas de la cabeza.*

Cierto. La muchacha le obsesionaba especialmente. A veces se despertaba a medianoche después de soñar que le hacía cosas terribles. Ignoraba la causa exacta de tales sueños, porque bien sabían su madre y Dios que él, a diferencia de sus selectos clientes, no era ningún sádico. En su juventud había matado con sus propias manos a un hombre que había dejado ciego a un perro. El dolor innecesario no le gustaba, menos aún en los animales y las mujeres. Pero con Raquel todo parecía distinto.

De hecho, le había agradado, en parte, aquel conato de rebelión.

No mucho. Solo en parte. Lo suficiente para que él pudiera marcarle los límites.

Regresó al saloncito y se acercó a ella con el vaso de ron en la mano. La muchacha apartó la cara.

—Eh, qué te pasa... No voy a pegarte más. Ya está. Todo perdonado. —Le acarició la cabeza

—. Esta tarde irás al club, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Luego a las citas. A todas.

—Sí.

—Por cierto, ¿cómo se te pasó por la cabeza esa estupidez de largarte? ¿Alguien te dijo que lo hicieras?

—No.

—No me mientas.

—No.

La cogió del mentón y le levantó el rostro. La muchacha parpadeó, pero no hizo ademán de rechazarlo.

—Entonces, ¿fue idea tuya?

—Sí.

—¿Y por qué...? Mírame... —Ella volvió a parpadear. Aquellos ojos turbios y negros lo enajenaban: eran sus joyas preferidas—. ¿Por qué quieres dejarme? ¿Es que Patricio no te trata como mereces?

La muchacha no contestó. Por un instante, contemplando aquel rostro intachable, él se preguntó si le estaría mintiendo. Pero, no, era imposible. La conocía demasiado bien. Raquel era tan incapaz de mentir como de volar por los aires. Era un animal tímido, apocado, y precisamente aquel rasgo de su carácter era el que más le gustaba. De hecho, seguía intrigándole su modesta rebelión. Se había quedado mudo de asombro aquella mañana, cuando ella se lo dijo por teléfono. Sencillamente, no podía creer que hubiera tomado tal decisión por su cuenta. La confianza que había depositado en ella era absoluta. Casi todas las mujeres del club vivían encerradas o vigiladas de alguna forma, pero a Raquel podías abandonarla en el interior de una jaula de chimpancé y darle la llave, que jamás saldría sin permiso, y él estaba seguro de eso. No en vano la había dejado ocupar aquel apartamento solitario. Y, sin embargo, ahora... ¿Qué había ocurrido? Le parecía... Casi juraría que había *cambiado*. Una mutación apenas perceptible, pero que no pasaba desapercibida para él. ¿Más decidida, quizá? ¿Más voluntariosa? A lo mejor se había hecho de un amigo en aquel barrio de inmigrantes.

Fuera como fuese, era preciso asegurarse de que no se repetiría. Ella sabía lo que le ocurriría si traicionaba las reglas del club, pero, pese a todo, no podía arriesgarse a dejarle las tuercas flojas. *Piensa con sensatez, Patricio*, decía mamá.

De pronto recordó algo.

—Ay, coño, el café.

Pero, en la cocina, la cafetera solo estaba un poco tibia.

*Mierda de llama.*

Volvió a servirse ron. Ya sabía lo que iba a hacer. A ella no le gustaría, pero tendría que aguantarse. Era necesario tomar medidas para que los últimos rescoldos de rebelión quedaran extinguidos.

La muchacha lo vio dirigirse a la cocina y siguió inmóvil, hecha un ovillo en el suelo, silenciosa. Le dolían el labio y el vientre, donde él la había golpeado, pero lo que más la atormentaba era

haber pensado alguna vez que la dejaría marcharse. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?

Naturalmente, no era cuestión de comunicarle sus intenciones en aquel momento. Ahora solo deseaba que su enfado desapareciera. Ella haría todo lo posible por que ocurriera así. Luego, cuando la dejara en paz, seguiría adelante con su plan. Tenía pensado irse muy lejos, vivir escondida en cualquier sitio durante una temporada hasta que él se aburriera de buscarla. Después se iría todavía más lejos. Patricio no volvería a verla nunca.

No había sido tan malo como había temido. Cuando recibió el primer puñetazo, se refugió en la tumba en llamas de su imaginación. No ofreció resistencia: pensó que él la mataría y casi lo deseó. Convertida en la mujer que yacía en la tumba, apenas sentía dolor. Ahora era preciso que él creyera que todo volvía a ser como antes. Estaba dispuesta a obedecerle. Por el momento.

Lo vio regresar al salón con el vaso en la mano. Bajó los ojos.

—Te he enseñado mucho, pero aún tienes mucho que aprender. —Ella no dijo nada. El hombre se acercó—. Eres virtuosa, Raquel. No te creas lo que te dicen los clientes de mierda... Créeme a mí: a diferencia de la mayoría de las chicas, tú eres virtuosa. Pero, para seguir siéndolo, es necesario sufrir. ¿Cómo se dice «virtuosa» en húngaro?

—No sé.

—No me extraña. —Patricio se pasó la mano por la cabeza, apartando oleadas de sudor—. Por lo pronto, te anuncio algo. —Y añadió una sentencia inesperada.

Sintió el impacto de aquella frase como el puño que la había golpeado minutos antes. Sin embargo, supo que ninguna tumba imaginaria podría protegerla de un golpe así. Levantó la cabeza y lo miró con ojos llenos de espanto.

—No pongas esa cara, húngara... ¿Qué pensaste? ¿Que Patricio Florencio era idiota...? No fastidies. Ahora te muestras muy perra, y mañana agarras la maleta y te largas, ¿verdad...? Ni hablar. No tropiezo dos veces en la misma piedra. Ya está decidido.

No, no estaba decidido. No podía estarlo. Tenía que hacer algo, y pronto.

Apoyó las manos en el suelo y habló con suavidad, en un tono lo bastante alto como para que él la oyese desde aquella posición.

—Patricio, por favor... Te juro que me quedo. Te lo juro.

—Claro que te quedas. Pero no como antes.

—Por favor...

—¿De qué te preocupas...? Lo trataré mejor que tú, y lo sabes.

—Patricio, me prometiste que nunca...

—Tú me prometiste que nunca te marcharías.

—Patricio...

Lo vio inclinarse hacia ella y alzar la mano. Aunque temió otro golpe, no apartó la cara. Sin embargo, él no la golpeó: le acarició la cabeza como a un perro mientras le hablaba, tan solo. Pero sus palabras la dañaron más que cualquier otra cosa que le hubiera hecho antes.

—Húngara: cállate. Luego te alegrarás de mi decisión. Ahora, cállate.

La muchacha no lloraba. Su desesperación lo llenaba todo. No se atrevía a hablar de nuevo, pero tampoco podía obedecer. Su cuerpo se negaba a moverse y, sin embargo, no conseguía dejar de temblar.

Vio los pies del hombre alejándose, escuchó sus pasos por el corredor. En algún lugar burbujeaba algo: quizá

la tumba

una cafetera. El ruido de una puerta al abrirse, nuevos pasos, palabras. Percibía todos los sonidos, pese al retumbo creciente de los latidos de su corazón.

la tumba en llamas

Entonces se levantó.

La tumba en llamas. Abriéndose.

De repente hacía frío. Un frío violento y estremecedor, como un seísmo.

Surgió en el umbral, perfectamente recortada por la luz del pasillo, y se adosó a la espalda de Patricio como una capa. Era una silueta de mujer, pero él la sintió como algo helado que le tocara. Se volvió instintivamente y la vio, de pie en la puerta. Hizo una mueca.

—¿Y ahora qué pasa, húngara?

—Patricio —dijo la muchacha dulcemente, acercándose—. Tu café ya está.

Fue entonces cuando él se dio cuenta del objeto que ella sostenía: la cosa de la que escapaban nubes de vapor y siseos de serpiente.

Antes de que pudiera reaccionar, ella le arrojó el contenido de aquel objeto a la cara.

Ahora, todo consistía en no perder tiempo.

El hombre retrocedió, llevándose las manos al rostro y lanzando chillidos de animal en el matadero.

—¡Mis ojos...! ¡Mis ojos...!

Volvió a alzar el brazo y le golpeó en el cráneo con la base de la cafetera. No demasiado fuerte, sin embargo. No quería matarlo, solo dejarlo inconsciente, o, al menos, aturdirlo. Cuando el hombre cayó de bruces, arrojó la cafetera al suelo y lo sacó a rastras de la habitación, tirando de su camisa hasta romperle varios botones. Dentro del cuarto quedaron otros gritos, pero no le importaban de momento.

Arrastró al hombre por el pasillo sin que le costara gran esfuerzo. No se sentía cansada. No se sentía nada. Al llegar al salón lo soltó, dejándolo boca arriba. El vientre del hombre emergía como el dorso de una ballena cubierta de pelo. El golpe lo había conmocionado, pero ahora estaba despierto. Respiraba con dificultad, las manos agarradas a la cara. Y sudaba.

—¡Mis ojos...! ¡Están quemados...!

—Espera.

Se agachó, buscó en los bolsillos del pantalón del hombre y sacó un pañuelo doblado, aunque sucio, con cierto olor a colonia.

—¡Putá, me los quemaste...! ¡Mis ojos...! ¡Los voy a perder...!

—No. No los perderás.

Se dirigió a la cocina y empapó el pañuelo en agua. Hizo una bola con él. Luego abrió el cajón del armario y sacó los objetos que iba a necesitar. Regresó al saloncito.

El hombre seguía en el suelo y había rodado hasta quedar de lado. Mantenía las manos sobre el rostro y las piernas encogidas.

—¡Dios, Virgen santísima...! ¡Me quedaré ciego...! ¡Trae agua...!

—Sí.

Rozó su mejilla con el pañuelo mojado. Agradecido por aquel contacto, el hombre giró buscando a ciegas el húmedo alivio. Ella le aplicó agua en los párpados inflamados, exprimió el pañuelo sobre su rostro y volvió a aplicarlo con suavidad. Estuvo un rato así hasta que las quejas del hombre amainaron. Entonces le separó uno de los párpados cuidadosamente, aunque no pudo evitar que diera un nuevo alarido.

—¡Qué haces, puta...!

—¿Puedes verme?

—Sí —gimió Patricio volviendo a cerrar el ojo con rapidez.

—No te has quedado ciego.

—No... Pero me arden, coño, me siguen ardiendo...

—Mírame.

—¿Qué?

—Mírame, Patricio.

Los párpados, hinchados y rojizos, se entreabrieron con dificultad. De pronto Patricio se olvidó del dolor de las quemaduras.

### *la mujer*

Había cambiado, y él se dio cuenta de inmediato. Su rostro era el mismo de siempre, pero había *cambiado* como cambia, sutilmente, sin instrucciones visibles, un embrión anónimo e indiferenciado, una criatura sin rasgos ni formas que, de repente, se hubiese convertido en algo concreto, definido; algo que había nacido, crecido y madurado hasta hacerse adulto. Y peligroso.

### *la mujer, de pie*

—¿Quién... quién eres? —preguntó Patricio, confundido.

Fue lo último que pudo decir. La muchacha le introdujo el pañuelo aún húmedo en la boca con tanta fuerza que uno de sus incisivos se partió en la encía con un crujido de pistola disparada y lo anegó entre grumos de sangre y náuseas. La bola de tela, rígida como una piedra, le produjo arcadas al rozar la úvula. Creyó que se asfixiaría. De repente se dio cuenta de que ella le había dado la vuelta y estaba atando sus manos a la espalda con un trozo de cuerda. *¿Raquel...? Pero... ¿Era RAQUEL?*

Intentó resistirse: se revolvió, lanzó patadas y

### *la mujer, de pie, fuera de la tumba*

gruñó bajo la mordaza.

Pero guardó un silencio mortal cuando vio el cuchillo de cocina que ella sostenía.

*La mujer, de pie, fuera de la tumba*

*Alzando las manos para recibir palabras. Palabras emigrantes que volaban como palomas de fuego.*

Hundió la afilada punta en el otro ojo.

*A su mente, como a una tierra de verano, regresaban bandadas de palabras.*

Por un instante se detuvo y contempló la sangre. Se limpió en su camisa y dejó diez surcos rojos, diez caminos espesos y húmedos. Volvió a coger el cuchillo.

*Palabras de uñas afiladas, palabras hambrientas que llenaron los cielos, ocultando el sol.*

El hombre musitaba bajo la mordaza, pero ella sabía que no decía nada en realidad: solo profería una divagación inconexa. La humedad de su pantalón y el hedor a letrina olvidada le hicieron saber que había vaciado la vejiga y los intestinos.

*Palabras aferrándose a su recuerdo.*

Dejó el cuchillo un instante para abrirle la cremallera de los pantalones.

Luego volvió a cogerlo.

Rulfo llegó antes del anochecer, cruzó el patio y golpeó la puerta deseando que Raquel se encontrara en casa.

Se encontraba.

Parecía que acabara de salir del baño: llevaba una toalla anudada a los pechos y su cabello se espesaba húmedo sobre los hombros. Pero algo le había ocurrido. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos y sus mejillas exangües. Mostraba un hematoma en el labio inferior.

—¿Qué ha pasado, Raquel?

La muchacha no se movía, no hablaba.

—Tengo mucho miedo —dijo, trémula.

—¿Miedo? ¿De qué?

Escuchó su respuesta mientras la abrazaba.

—De mí.

## **VI. RAQUEL**

Se lo confesó todo. Le dijo que no se había limitado a matarlo: se había ensañado cruelmente y luego había sentido miedo. Le parecía que había hecho algo prohibido, aunque no creía que fueran remordimientos. Sabía que quitarle la vida, sin más, a aquel hombre, era una especie de regalo inmerecido para él. Las cosas que le había hecho, la forma en que la había vejado durante años... Todo aquello reclamaba una venganza apropiada. Sin embargo, pese a repetirse a sí misma que no debía sentirse culpable, había tenido la extraña impresión de que no había sido ella quien había tomado la iniciativa en los peores momentos.

—No sé lo que me pasó. Fue como si me volviera loca. No lo entiendo.

Rulfo sí era capaz de entenderla. No necesitaba más explicaciones que aquel hematoma que veía en su labio. Patricio la había explotado hasta el límite de la resistencia física y mental, y ella había decidido responder. El simple hecho de que ahora se sintiera tan horrorizada demostraba, a sus ojos, que no era ninguna asesina.

—No tuviste la culpa —dictaminó—. Solo te defendiste.

El comedor olía a jabón, como ella. La muchacha lo había limpiado antes de que él llegara, aunque todavía quedaban restos entre las baldosas, los zócalos y las patas de los muebles. Lo que más intrigaba a Rulfo era un grupo de velas casi consumidas adheridas a un plato sobre la mesa. Había detectado el inconfundible olor de la cera quemada nada más llegar, y le pareció que quizá la muchacha había necesitado mucha luz para limpiarlo todo. Sin embargo, a través de la tela estampada de la ventana penetraba aún bastante claridad.

En el suelo, entre ambos, brillaba el collar con el nombre de Patricio grabado en la delgada placa. Ella acababa de arrancárselo.

—¿Dónde está? —preguntó Rulfo.

—En el dormitorio.

Fue hacia allí. El cadáver se encontraba en el suelo, junto a la cama, cubierto con sábanas. Le pareció una imagen escalofriante y casi simbólica, con aquellos espejos multiplicando la horrenda figura por la habitación. Pero, cuando se acercó y levantó un extremo de la sábana, comprendió que aún no lo había visto todo. Aunque para él era un hombre desconocido, tuvo la certeza de que ni su propia madre lo habría podido identificar.

Durante un instante permaneció contemplando aquella cosa y preguntándose qué iban a hacer a continuación. Ni pensar en llamar a la policía, desde luego. Eso solo les traería complicaciones, y quién sabe qué clase de cargos pesarían contra ella cuando se demostrara que había torturado a

su víctima antes de matarla. Otra duda le inquietaba: ¿podía fiarse de Raquel? Lo ignoraba, pero *deseaba* hacerlo. Incluso comprendía el motivo por el cual le había dado un número de teléfono falso: era ella, a fin de cuentas, quien tenía razones más que suficientes para desconfiar de él, a causa de la vida que había llevado.

Tomó la decisión de repente, como acostumbraba, esperando tan solo que fuera lo mejor para ambos. Sacó un pañuelo y limpió todo lo que recordaba haber tocado. No le preocupaban tanto los rastros que hubiese dejado la muchacha: si carecía de papeles, lo más probable era que la policía no tuviera sus huellas. Pero no apostaba a que sucediera lo mismo con las suyas, y era importante que no lo relacionaran en modo alguno con aquel cadáver.

Cuando regresó al comedor, comprobó que ella no se había movido. Permanecía inclinada, contemplándose las rodillas, las abrumadoramente largas y blancas piernas desnudas, el pelo negrísimo desplomado sobre los hombros, la toalla como única prenda. Su belleza seguía pareciéndole turbadora. Necesitaba pensárselo dos veces antes de apartar los ojos del tropismo de su cuerpo.

—¿Crees que los vecinos han podido oír algo? —le preguntó.

—No lo sé.

—Te diré lo que vamos a hacer: vendrás conmigo. Te esconderás en mi casa. No puedes esperar aquí a que alguien eche de menos a Patricio y caiga en la cuenta de que lo último que hizo fue visitarte.

—De acuerdo.

—Y otra cosa. ¿Tienes la figura que sacamos del acuario?

Ella demoró unos segundos en contestar.

—Sí.

—La quieren. Después te lo explicaré todo. Se trata de algún tipo de secta. Han registrado mi apartamento y me han amenazado. Te aseguro que saben hacerlo.

—Lo sé. —Le contó la visita del hombre de las gafas negras la noche anterior y el hallazgo de la figura. Quería ser sincera: le reveló, incluso, que había tenido que mencionar su nombre.

—Hiciste bien —dijo Rulfo—. Estamos metidos en esto los dos. Además, por ahora solo se han limitado a las amenazas. En cualquier caso, dame la figura. Debemos entregársela.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho: la quieren.

—No podemos hacerle eso.

—¿A quién?

La muchacha pareció confundida un instante y buscó algún tipo de respuesta.

—A ella... A Lidia Garetti... No sé... La figura era suya.

—Eso no lo podemos saber.

—Era suya —insistió ella—. Ahora quieren quitársela.

—Eso no es asunto nuestro. Dámela. Es mejor que la tenga yo.

Sus miradas se enfrentaron. Los ojos de la muchacha chispeaban. Por un momento a él le pareció que se negaría. Entonces la vio levantarse de la silla y salir de la habitación. Regresó con algo en la mano y lo dejó caer en la palma extendida de Rulfo. Él contempló la figura sin rasgos con la palabra «Akelos» grabada detrás y la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—No voy a arriesgar nuestras vidas por esto. ¿Vas a llevarte algo más?

—Sí —dijo la muchacha mirándolo fijamente—. Está en la habitación del pasillo.

—Pues cógelo, vístete y vámonos.

Ella seguía mirándolo.

—Voy a vestirme. Cógelo tú, por favor.

—¿Qué es? ¿Una maleta?

—No. Lo verás enseguida, nada más entrar.

Rulfo salió al pasillo y se acercó a la puerta cerrada. Pensó que daba a otro pequeño dormitorio. Hizo girar el pomo con el pañuelo. Lo recibió una inesperada oscuridad. Quiso avanzar, pero un ruido de arañazos lo detuvo, como si dentro se ocultara algún animal. Se quedó en el dintel, sorprendido. Cuando sus pupilas se amoldaron a la tiniebla, distinguió un camastro en el suelo y otros objetos desperdigados.

Pero toda su atención se dirigía hacia lo que había al fondo de la habitación.

El niño le devolvió la mirada con ojos muy fríos.

Pese a que formaban un trío llamativo, pasaban desapercibidos en un barrio como aquél. Con todo, escogieron las horas nocturnas para aparecer.

El hombre fue el primero en salir. Era robusto, de baja estatura, y presentaba cierto aspecto de desaliño, con la descuidada barba negra y el pelo rizado, que, sin embargo, no menguaba su indudable atractivo físico. La camisa que llevaba no parecía apropiada para la temperatura de aquella noche de finales de octubre. Pero los que salieron tras él vestían de manera más extravagante. La muchacha, de larga cabellera negra, muy joven, llevaba cazadora de cuero, minifalda, medias y botas hasta el tobillo, todo con señales de uso frecuente. Caminaba abrazada a un bulto que, sin duda, era un niño en zapatillas abrigado con una chaqueta negra de adulto.

Atravesaron el patio en silencio. La frialdad del ocaso reciente aromaba la atmósfera por encima de los contenedores atestados y el olor a comida procedente de las minúsculas viviendas.

—Lo tuve muy joven. Casi cuando era niña. No sé quién es el padre.

Rulfo distinguía las sombras de Raquel y su hijo por el retrovisor. Las luces dispersas de los coches, que eran como prolongaciones de la ciudad, se reflejaban en los ojos abiertos del chaval.

—Vive conmigo desde siempre. Yo no quería que lo viera nadie porque pensaba que... que la gente que me visitaba podía... hacerle daño. Le había enseñado a no moverse de esa habitación...

A Rulfo le costaba concentrarse en el tráfico. Mientras escuchaba a Raquel, su mente retrocedía una y otra vez a la horrible imagen de aquel niño de apenas seis años encerrado en el miserable cuartucho con varios soldados de plástico repartidos por el suelo y un cubilete con comida y otro con agua. Le parecía espeluznante, como comprobar que el infierno existía. Aunque periódicos y televisiones daban a diario noticias así, comprendió que no era lo mismo contemplarlo a través de la protección de un papel o una pantalla que encontrarlo en la realidad cotidiana de su propia ciudad.

—Patricio era el único que lo sabía, y me hacía obedecer amenazándome con hacerle algo... Hoy quiso llevárselo y no se lo permití. Es la única razón por la que sigo viva. La única. Me

habría matado si él no llega a estar conmigo, te lo juro. No dejaré que nadie me lo quite. Te lo juro.

Se percató de algo. La voz de la muchacha no parecía muy diferente de la que ya conocía, pero sus palabras sí. Se expresaba con más soltura, como si su vocabulario hubiese mejorado. Y su tono denunciaba una firmeza inusitada. Parecía haberse vuelto más fuerte, menos dócil.

Su casa continuaba convertida en un lamedal de objetos. Se disculpó, comenzó a recoger cosas y Raquel lo ayudó en diligente silencio. Luego Rulfo entró en la cocina y preparó una cena ligera a base de tortilla francesa y ensalada. Mientras ponía la mesa, descubrió que madre e hijo continuaban sentados donde él los había dejado, abrazados, silenciosos. Ella no tenía ropa para cambiarse, por lo que Rulfo le había dejado su albornoz de baño. El niño llevaba su propio y sucio pijama rojizo, y una de sus manitas se cerraba sobre el ramillete de soldados de plástico que había traído consigo.

—Bueno, no sé si tenéis apetito, pero yo sí —dijo Rulfo.

Le agradó comer con ellos, los tres sentados a la mesa. Observó al niño. Comía con las manos, parsimoniosamente, sin elevar la vista. Tenía el cabello pajizo y mal cortado, aunque parecía limpio. Sus sugestivos y grandes ojos azules y su fina boca rosada no eran de Raquel. Era muy hermoso, a su modo, pero resultaba obvio que había salido al padre, fuera quien fuese. Y existía otra detalle. Después de que ella le explicara la clase de horrenda vida que había llevado, Rulfo esperaba una expresión vacía, un temperamento apagado de borrego triste. Sin embargo, emanaba de su semblante y sus gestos una callada pero indudable personalidad, una *dignidad* que le sorprendió. El aspecto taciturno de su rostro no lograba socavar aquel aire casi majestuoso que lo rodeaba, incluso cuando, tras terminar en un santiamén los trozos de tortilla, inclinó la cabeza y recorrió el plato con rápidos lametones.

En un momento dado, el niño elevó la vista y sorprendió la mirada de Rulfo. Éste la apartó al instante, pero se dio cuenta de que el pequeño seguía mirándolo. Le sonrió en vano: la seriedad de aquellos labios era exhaustiva. En su carita no había vestigios de timidez o cobardía, pero sí una espantosa soledad y el recuerdo de un sufrimiento denso. Rulfo sintió un nudo en la garganta al pensar en la clase de vida que había generado aquella mirada. Cayó en la cuenta de que no sabía su nombre. Le preguntó a Raquel.

—Laszlo —dijo ella después de un titubeo.

Tras asegurar la puerta con la cadena y colocar delante una cómoda en previsión de visitas tan inesperadas como la de la noche anterior, Rulfo le propuso que durmiera con su hijo en la cama, y añadió que él se las arreglaría con el tresillo. Pero la muchacha se negó.

—No está acostumbrado a dormir con nadie. Dormirá mejor en el tresillo.

Lo decidieron así. Sin embargo, él no quiso dejar al niño solo en el comedor. Sacó unas sábanas, extrajo los cojines del tresillo y confeccionó una pequeña cama a los pies de la suya. El niño aguardó hasta que el lecho estuvo preparado y se acostó con los soldaditos en la mano. Se durmió enseguida. Cuando Raquel regresó del cuarto de baño y se introdujo en la cama, Rulfo apagó las luces.

El silencio se dilató en las tinieblas como una pupila.

Tenía muchas cosas que contarle: su encuentro con la niña, el teatro, las amenazas y el anuncio de aquella cita a la que ambos debían acudir (aunque aún no sabía cuándo ni dónde sería), pero comprendió que no era el momento apropiado para hablar de todo ello. Sin embargo, descubrió muy pronto que no podía dormir. Era imposible hacerlo al lado de *ella*. Aunque no la tocara, la sentía cerca, la oía respirar, percibía el longilíneo calor de aquel cuerpo perfecto. Se preguntó por un instante si lo que pensaba hacer estaría bien, con el niño tendido a los pies de ambos, y si a ella le apetecería. Pero reaccionó ante el impulso. Llevó una mano hacia la piel que yacía a escasos centímetros, una mano titubeante como una pregunta.

La muchacha, que parecía haberlo esperado, respondió girando en un silencio de planeta y le besó.

Todo había cambiado para ella.

Ya no se entregaba como un árbol vivo, las ramas de sus brazos en alto, intentando que los frutos de su cuerpo quedaran al alcance de los dedos que la invadían, consciente de que podía ser usada de muchas maneras, incluso golpeada o azotada. Había liberado su carne de las perdurables anillas que Patricio había engastado sobre ella, al igual que del collar. Ahora solo la dominaba su deseo. Se sentía a gusto acariciando y dejándose acariciar por Rulfo, besándolo y siendo besada. Ignoraba si había algo más en aquel sentimiento de puro placer, pero, por el momento, se contentaba con experimentar la dulce y postergada felicidad de compartir el goce con otro cuerpo.

Se esforzó en ser suave y prudente. Comprendió que ella necesitaba sobre todo su ternura. Tras un lapso de caricias y besos permanecieron abrazados, armonizando sus respiraciones. Rulfo se preguntó entonces si amaba a aquella muchacha. No lo creía así, y no lo deseaba. La experiencia con Beatriz le había enseñado que el amor también era doloroso. Sin embargo, al lado de Raquel se sentía como jamás se había sentido con nadie. Quizá no se trataba de amor, pero tampoco era un deseo ciego, autosatisfecho.

Aún abrazado a ella, bajó la cabeza y se apoyó en las dunas de sus pechos. Escuchó su corazón terrorífico, carnal, como un golpe de piedras contra el oído.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella de repente.

—¿Qué?

—¿No has escuchado algo?

Él se irguió. Todo estaba en silencio.

—Solo tu corazón —dijo.

Pero ella parecía repentinamente alarmada. Se incorporó y rastreó la oscuridad. Rulfo la imitó. La habitación seguía como antes: quieta, sumida en tinieblas.

—¿Qué has oído?

—No sé...

Al abrazarla percibió su carne fría y erizada. Entonces volvió a oír los latidos.

Pero *ahora no procedían del pecho de la muchacha.*

allí

Eran ruidos secos, rítmicos, y sonaban en el comedor. Se quedaron petrificados escuchando cómo aquellos retumbos se acercaban. *Blam, blam...*

De pronto Rulfo creyó ver algo imposible.

allí quieta

El corazón de Raquel, rojo y enorme, penetrando en el dormitorio, saltando y latiendo, estrellándose en la mesilla de noche.

La pelota rebotó tres veces más. Luego se detuvo. Y, silente como la llegada de la muerte,

allí quieta, en las sombras

entró la niña.

Allí quieta, en las sombras.

Con el mismo vestido roto. En sus ojos flotaba una tenue luminiscencia de luciérnagas destrozadas.

—No la mires —dijo Rulfo—. Aleja al niño de ella.

La muchacha obedeció sin hacer preguntas: se deslizó fuera de la cama y envolvió al pequeño, que seguía dormido, en sus brazos. La cabeza de la niña giró un instante hacia ellos y retornó a su posición original.

—Meteos en el cuarto de baño —indicó Rulfo, y tendió la mano hacia el interruptor de la mesilla.

Por fin pudo ver bien lo que tenía delante.

Plantada en el umbral del dormitorio, la niña permanecía rígida con los ojos fijos en los suyos y los labios distendidos. Su sonrisa y su rostro eran pavorosamente bellos, pero Rulfo pensó que hubiera preferido mil veces contemplar un cadáver corrompido que aquella máscara falsa de muñeca muerta. Porque ahora se daba cuenta de algo que en su anterior encuentro no había logrado percibir del todo: *aquello no era una niña*.

Ignoraba qué otra cosa podía ser, pero no era una niña, ni un ser humano, ni nada que se le pareciese. Si no mirabas esos ojos azules, vacíos e impersonales, el disfraz resultaba aceptable, como el que adopta la oruga de la falena sobre una rama.

Los ojos eran el *error*.

—A las doce de la noche del treinta y uno de octubre —dijo la niña cuidadosamente, sin entonación. Luego agregó una dirección concreta: un almacén abandonado situado en una comarcal de las afueras de Madrid—. Tú y la chica, tan solo. Con la imago. Nadie debe saberlo.

Había hablado con exacta tranquilidad, sin dejar de mirarle. A Rulfo le dio la impresión de que sus ojos estaban a punto de desprenderse de las órbitas. Eran como adornos mal colocados. *Se le caerán*, pensó. Imaginó la horrible escena: aquellos globos oculares estrellándose contra el suelo como pequeñas esferas de cristal y dejando dos oquedades detrás, dos aberturas por las que

la noche de su cerebro (si es que aquella *cosa* tenía cerebro) lograría asomarse. Y quizá él sentiría entonces el soplo de esa noche ocular. Quizá percibiría el *mal aliento de su mirada*.

Salió de la cama despacio y se puso en pie, intentando controlar su temblor. La niña lo amedrentaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer, pero la presencia de Raquel y su hijo (al menos, ella le había hecho caso y se había ocultado en el baño) le daba valor.

—Escúchame bien... seas quien seas... Iré yo solo... La chica no vendrá... Y cuando os entregue la maldita figura... nos dejaréis en paz... ¿Me has oído...? —La niña no contestó: seguía mirándole y sonriendo—. *¿Me has oído?*

Se sintió incapaz de contemplar un segundo más aquellos ojos. Soltando una maldición alargó la mano hacia el objeto que tenía más cerca: la lámpara de la mesilla.

Pero no había llegado siquiera a levantarla cuando los labios de la niña se movieron y, sin dejar de sonreír, musitaron algo.

Las palabras emergieron con suavidad de gasa pero sorprendentemente diáfanas, las dos eses acentuadas con una vibración diminuta, el segundo «no» prolongado y una brevísima pausa después.

Rulfo dejó la lámpara y cayó al suelo bruscamente. Se había desplomado en silencio, como atraído por el centro de la Tierra. Quiso moverse, pero sus músculos estaban agarrotados. Todo su cuerpo lo estaba, en realidad, y hasta sus sentidos: sus tímpanos se combaron como ante los cambios bruscos de presión, sus cuerdas vocales enmudecieron yertas, los ojos paralizados le enviaron imágenes quietas de unos pies descalzos e infantiles.

Entonces la pequeña volvió a hablar: otra línea suave, entregada con bruscas pausas.

### *No el torcido taladro de la tierra*

*No el sitio, no, fragoso / no el torcido taladro de la tierra.* Un espacio dentro de su mente horrorizada los reconoció: eran versos de Góngora.

De repente sus manos se movieron sin que interviniera su voluntad. Una se afirmó delante, luego la otra, en un mecánico y doloroso juego de articulaciones, remolcando su cuerpo rígido. Dejó de luchar por levantarse e intentó recuperar el control de sus propios brazos. Pero no parecía que éstos fueran a necesitar de sus órdenes nunca más. Los sentía como si se hubiesen convertido en remos de madera manejados por otra persona. Las baldosas le arañaron el vientre y los genitales mientras se arrastraba sin mover los pies, como un insecto con las extremidades posteriores aplastadas. Los brazos se detuvieron cuando su cabeza quedó situada a medio metro de los pies de la pequeña intrusa, y entonces se alzaron como grúas, abrieron las manos y atraparon mechones de su propio cabello tirando con fuerza salvaje. Rulfo creyó que las vértebras del cuello se le partirían con un crujido de galleta fresca. Sintió un dolor lancinante en la nuca. Sus ojos, inmóviles como pasajeros en un ascensor, fueron elevándose y contemplando, durante una interminable agonía vertical, las espinillas, las rodillas, los pequeños muslos entre jirones de tela, la cintura, el medallón con forma de laurel, la esclavina, y, por último, con un tirón que le hizo creer que se había decapitado a sí mismo,

el rostro de la niña

que lo miraba desde lo alto sin modificar la sonrisa.

—Por si no lo sabías —murmuró aquella voz suave, sin inflexiones—, debemos aclararte algo: eres mierda de perro para nosotras, Rulfo.

De la boca paralizada de Rulfo goteaba la saliva. El dolor de sus vértebras le hacía pensar que alguien había incrustado en su nuca un perno a fuerza de martillazos. Deseaba perder el conocimiento y no podía. Ni siquiera lograba cerrar los ojos: tenía que mirar hacia arriba tirando de su propio pelo, hacia aquel rostro pintado y aquella carita de plástico que le sonreía con dulzura de virgen enloquecida.

—La chica y tú, el treinta y uno de octubre, a las doce de la noche, en el sitio indicado, con la imago —repitió la niña, mecánicamente—. Nadie debe saberlo.

Alzó un pie, pasó por encima del cuerpo de Rulfo, recogió la pelota, dio media vuelta y se alejó por el comedor a oscuras.

Solo entonces sus manos se abrieron, su cabeza golpeó contra el suelo y su conciencia se sumergió en la oscuridad.

Despertó bajo un caparazón de sábanas. La lluvia de fuego que penetraba por la ventana le hizo saber que ya era mediodía. Al intentar incorporarse, un súbito latigazo en el cuello le detuvo. Se sentía como si alguien hubiese exprimido todos y cada uno de sus músculos para extraer un misterioso zumo. Sin embargo, no parecía tener, milagrosamente, nada roto.

Una sombra color piel apareció en su campo visual. La muchacha, aún desnuda, estaba sentada en la cama, mirándole.

—Tengo las peores agujetas de mi vida, pero creo que puedo moverme.

Ella asintió.

—Usaron versos de poder. Quieren que sepas quiénes son las que mandan.

En aquel momento ni siquiera se dio cuenta de lo extrañas que resultaban sus palabras. Lo único que deseaba era levantarse. *Me han torturado con versos de Góngora*, recordó. Le pareció increíble que las *Soledades*, aquel monumento de la poesía barroca que él había leído decenas de veces, hubiesen convertido su cuerpo en un guiñapo manipulado por otra voluntad.

—¿Qué pasó después? No recuerdo nada.

—Se marchó como había venido. Comprobé que solo estabas inconsciente y te llevé a la cama.

—Gracias —dijo Rulfo con sinceridad.

Hizo un esfuerzo y logró sentarse. La muchacha se apartó y caminó hacia la puerta, como si el hecho de que él se levantara fuese la prueba de que su presencia ya no era necesaria. Él le preguntó por su hijo.

—Desayunando —dijo ella.

Rulfo se frotó los ojos y capturó densas legañas. El dolor del cuello empezaba a menguar. Notaba los labios agrietados. Era como si hubiese pasado una noche entera con fiebre alta. Volvió la cabeza y descubrió a la muchacha de espaldas, ocupada en recoger los cojines del suelo y quitar las sábanas donde había dormido el niño. La visión de su cuerpo siempre constituía una felicidad para él, y se dedicó a experimentarla. Observó que la lustrosa melena azabache se había desplazado a un lado y contempló por primera vez, a la luz del día, la línea de sus vértebras y la simetría de sus nalgas color nata.

Y aquel llamativo tatuaje redondo con arabescos en el centro de su rabadilla.

—No debemos ir a esa cita. Es una trampa.

Levantó la vista de su taza de café y la miró, sorprendido de la seguridad con que había hablado.

—Nos quitarán la imago y nos matarán. Pero no lo harán con rapidez. Nos matarán a su manera.

Él ya se lo había contado todo, incluyendo las teorías de César sobre la secta y el poder de la poesía. Entonces recordó lo que ella le había dicho momentos antes, en la cama.

—Hace un rato me hablaste de los versos de poder. ¿Cómo podías saberlo sin que yo te lo dijera?

—Lo he soñado —dijo ella tras titubear un segundo.

—¿Has tenido más sueños?

—Sí.

Se limitó a observarla. Raquel sostuvo su mirada con frialdad. *Ha cambiado*, pensaba Rulfo. *Es casi otra mujer*.

En parte, aquella percepción no era cierta y lo sabía. La muchacha seguía siendo la misma, continuaba hipnotizándolo con su belleza inacabable. Pero era como si se hubiese hecho remota. Estaba allí, y él podía alargar la mano y tocar su piel, pero la persona oculta bajo aquellas formas se había *retirado de la superficie* replegándose en algún lugar interior. En cierto sentido, se parecía mucho más a su hijo que la víspera: ambos poseían ahora casi idéntica expresión de fuerza interior.

Estaban sentados a la mesa del comedor, terminando el desayuno. El niño jugaba con sus soldaditos en el tresillo, si bien no hacía ningún ruido y apenas gesticulaba. La habitación se encontraba en penumbra, iluminada tan solo por la lámpara de pie, pese a que aún era de día. Rulfo había echado las cortinas a petición de Raquel: aunque el niño no había vivido en total oscuridad, sus ojos seguían muy sensibles.

—¿Y si van a matarnos, por qué no lo han hecho ya? Te aseguro que, en lo que a mí respecta, hubieran podido eliminarme anoche: mi cuello es muy frágil, lo he comprobado.

—Quieren la imago.

—Sí, ya lo sé. Pero ¿por qué no nos la quitan?

—No pueden —repuso ella—. *Algo* ocurrió cuando la sacamos del agua. Ahora solo la tendrán si nosotros se la entregamos voluntariamente.

—¿También has soñado eso?

—Sí.

—Pues ahí te equivocas. Registraron mi apartamento. Quieren robarla.

La muchacha sacudió la cabeza.

—*No pueden* robarla. Registraron tu apartamento porque yo les dije que tú la tenías. En aquel momento creía eso. Pero lo único que deseaban era asegurarse de que *uno* de los dos la tenía. Ahora ya lo saben. Por eso les interesa que acudamos a esa cita y se la entreguemos. Si no vamos, no podrán recuperarla. Si la encontraran por casualidad, ni siquiera podrían cogerla. — De repente suavizó el tono de voz—. Estoy segura de lo que digo. No me preguntes por qué, pero es así... No pueden coger la imago, por eso nos han dejado con vida. En cuanto se la entreguemos, nos matarán.

Lo que ella decía podía sonar ilógico, pero Rulfo supo que era la verdad. Ni por un momento se le ocurrió dudar de sus palabras, y pensó que aquella confianza se debía, en parte, al tono de

sinceridad con que las había pronunciado. Sin embargo, la conclusión a extraer no era la que la muchacha suponía, y decidió explicárselo.

—Estoy de acuerdo con que tú no acudas a esa cita: tienes que huir, ocultarte, aunque solo sea por él. —Cabeceó señalando al niño—. Si nos encuentran juntos, ninguno de los dos tendrá la menor posibilidad. Pero, si voy solo y les doy lo que quieren, quizá... quizá lleguen a olvidarte...

—No me olvidarán —replicó la muchacha con inmensa seguridad—. Han insistido en eso, ¿no te das cuenta? Quieren que vayamos los dos. No piensan dejarme con vida.

—En cualquier caso, puedes tener la posibilidad de...

—¿Y tú?

—*¿Acaso le importo?*, se preguntó él.

—Estoy seguro de que, si les doy a elegir entre mi vida o la figura, optarán por recuperarla y dejarme en paz.

La muchacha lo miraba con sus quietos y extraños ojos oscuros.

—Es absurdo. Si les sigues el juego, te matarán, Salomón. Y lo sabes.

—Dime cuál es la otra opción, Raquel.

—Huir juntos —replicó ella en un susurro tan leve que, por un instante, él creyó que era un beso—. A cualquier sitio. Ocultarnos. Quizá terminen encontrándonos, pero no les resultará fácil... Y, con la figura en nuestro poder, no se atreverán a hacernos daño...

—Raquel... —Rulfo tomó aliento y midió con cuidado lo que iba a decir. No deseaba dejarse llevar por sentimentalismos, por absurdas ideas de sacrificio. Sabía, además, que ella no lo aceptaría. Decidió mostrarse natural, implacablemente lógico—. ¿Hasta cuándo podríamos vivir así? —Volvió a señalar al niño y se dio cuenta de que también parecía pendiente de sus palabras—. ¿Hasta cuándo podría *él* vivir así...? Tanto si vamos los dos a la cita como si huimos, estaremos en el punto de mira para ellas. Nuestra única posibilidad estriba en separarnos. —De repente, mientras hablaba, comprendió algo: estaba pronunciando otro discurso de despedida. Recordó el instante en que había mirado a Ballesteros al salir de su coche, casi pudo verlo sentado tras el volante, oyéndole decir que, a partir de entonces, caminaría solo, *descendería* solo, entraría solo en el mundo de las cosas extrañas. Pero ahora existía una gran diferencia que le hacía pensar que tomaba la decisión correcta: ya no se trataba únicamente de su propia vida—. Debes esconderte durante un tiempo —prosiguió—. No olvidemos lo ocurrido con Patricio. Quizá la policía no haya encontrado su cadáver todavía, pero cuando lo hagan, te buscarán. Mi casa no es el lugar idóneo, y tampoco sería seguro que te quedaras en Madrid, de modo que ya veremos... —Contempló la oscuridad estelar de los ojos de la muchacha. Apretó su mano, fría, tersa—. Falta una semana para el treinta y uno de octubre: con un poco de suerte, saldré con vida y me reuniré con vosotros cuando pase todo.

Ella no contestó, y Rulfo agradeció su silencio. La vio levantarse y dirigirse al dormitorio, vestida aún con aquel impropio albornoz. Se levantó y fue tras ella. La halló acostada en la cama.

—Quiero dormir —dijo la muchacha.

—Muy bien.

Rulfo cogió la chaqueta del respaldo de la silla y salió cerrando la puerta. Se cercioró de que la imago seguía en el bolsillo. Pensó que, a partir de entonces, tendría que custodiar bien aquella figura.

Hasta el día de la cita.

Mientras Raquel dormía, Rulfo se acercó al niño y le acarició el pelo. El pequeño no se dio por enterado: mantenía las flacas piernas flexionadas sobre el tresillo mientras contemplaba, en la penumbra del comedor, sus soldaditos esparcidos sobre el cojín.

—No hablas mucho, que digamos.

—No —convino el niño.

Su voz, sorprendentemente diáfana, revelaba la misma seguridad de su mirada. No había alzado la cabeza para contestar. Seguía concentrado en sus figuritas. Al contemplar su pálido semblante de cerca, Rulfo pensó que podía tener anemia. Se sentó a su lado y sonrió.

—¿Sabes? Creo que eres un niño muy listo...

Su pequeño interlocutor hizo caso omiso al comentario. Apenas reaccionó con un leve parpadeo, como si Rulfo, en vez de hablar, le hubiera echado un poco de humo al rostro. Siguió alineando los soldados encima del tresillo. Luego deslizó el dedo por encima de sus cabezas, como si los contara, aunque Rulfo no creyó que supiera contar. La manita, de uñas demasiado largas y sucias, se detuvo en el último. Lo cogió y se volvió hacia Rulfo.

—Ésta es la peor —dijo.

—¿La peor?

El niño asintió.

—La peor de todas.

Su rostro infinitamente triste contenía, ahora, un matiz de aprensión. Al principio, Rulfo no entendió qué quería decir. Entonces contó los soldados: eran doce. El niño sostenía entre sus dedos el último. *¿Saga? ¿La que Conoce?*

—¿Quieres decir que ésta es la más malvada?

Nuevo asentimiento de la cabecita.

—¿Te refieres a las damas?

El niño no respondió.

—¿Las conoces, Laszlo? ¿Conoces a las damas?

Tampoco esta vez recibió respuesta.

—Falta una —dijo el niño entonces.

Rulfo sintió un escalofrío. *La número trece.*

Recordó a aquel profesor austriaco del que les había hablado César, y cómo había insistido en informarle sobre esa dama. «La más importante, la que nunca se menciona». Ignoraba si se estaba dejando llevar por una absurda fantasía causada por el anárquico lenguaje del niño, pero sospechaba que ése era justo el camino (las fantasías absurdas) para alcanzar la verdad. Decidió atreverse a hacerle la pregunta que le inquietaba.

—¿Dónde está, Laszlo? ¿Dónde está la número trece?

El niño volvió a observar sus soldados.

—No sé —dijo.

El motel se hallaba en una desviación de la carretera principal, en la provincia de Toledo. Lo

eligió sin saber exactamente el motivo, quizá porque no estaba ni demasiado cerca ni demasiado lejos de Madrid. Era un edificio de ladrillo rojo de dos plantas con ventanas de marcos blancos, y parecía bastante moderno. Contaba con un pequeño restaurante en la planta baja, un modesto aparcamiento y lo más importante de todo: el número apropiado de huéspedes, ni excesivo ni escaso, a juzgar por los coches estacionados. Rulfo se inscribió con su nombre y dejó el carnet de identidad a una mujer gruesa de llamativo traje azul. Le dieron una habitación espaciosa con una cama de matrimonio y otra plegable. Se aseguró de que el lugar era cómodo y limpio, y luego se volvió hacia ellos.

—Aquí estaréis bien.

Se hallaban casi irreconocibles con la nueva ropa que les había comprado por la mañana. Él mismo había decidido prescindir de su atuendo de costumbre para vestir una cazadora y una camisa vaquera. Quería dar la impresión de una familia que, en el curso de un viaje, se detiene a reponer fuerzas. Por ese motivo había esperado al anochecer para llegar.

Pasaron la noche juntos y, pese a que lo creía improbable (porque sabía que al día siguiente se despedirían, quizá definitivamente, y eso le producía una vaga amargura), logró improvisar un sueño reparador. Se despertó al alba, aguardó a que la muchacha se levantara y le entregó un sobre con dinero en efectivo. Se trataba de casi todo el que guardaba en casa y gran parte del que había en su cuenta corriente. Era un dispendio mortal para sus exiguos ahorros de parado, pero sabía que a Raquel le resultaría imprescindible para sobrevivir.

—Procura comportarte con naturalidad —le aconsejó—. Da paseos por el exterior, no te encierres todo el día en la habitación... Puedes pedir que te suban la comida. Intentaré venir a veros a lo largo de la semana, pero creo que casi sería mejor que nos mantuviéramos separados. Tienes mi teléfono: llámame si lo necesitas.

—Lo haré —murmuró ella. Entonces esbozó una sonrisa que se apagó casi enseguida, como si unos labios pudieran parpadear—. Gracias por todo.

Rulfo se acercó a besarla, pero se detuvo a medio camino y observó por un instante las sombras difusas, las oscuridades recientes que merodeaban en su mirada: cada día cambiaba un poco más, se alejaba de la Raquel que había conocido. Le resultó imposible determinar si aquella transformación era afortunada. Por una parte, parecía más fuerte; por otra, mostraba más temor que nunca: como si hubiese canjeado su tranquilidad por una personalidad férrea y definida.

Al comprobar que el niño ya estaba despierto se agachó a su lado.

—Cuida de tu mamá. Estoy seguro de que eres muy valiente.

La respuesta le dejó paralizado:

—Ella no es mamá.

Se quedó mirando aquellos ojos livianos que lo escrutaban en la sombra.

—¿Qué?

—No es mamá —repitió el niño.

Instintivamente, Rulfo se volvió hacia Raquel. Se encontraba en el otro extremo de la habitación, agachada, guardando el dinero en la bolsa donde llevaba parte de la ropa. No parecía haberlos oído.

—¿No es tu mamá? —susurró Rulfo.

El niño negó con la cabeza. Entonces agregó:

—Es algo mamá, pero no toda.

Rulfo frunció el ceño y volvió a mirar a la muchacha, que seguía en la misma postura. Se había recogido el pelo y el tatuaje del cóccix era claramente visible. Él cayó en la cuenta de que se había olvidado por completo de aquel tatuaje. De repente percibió algo. Se acercó sin que ella lo advirtiera y se inclinó. Comprobó que lo que había tomado al principio por un círculo lleno de arabescos eran palabras dispuestas en forma geométrica. Estaban en inglés, muy apretadas, pero pudo descifrarlas antes de que ella se volviera. *A sepal, petal and a thorn*. «Un sépalo, un pétalo y una espina».

*No toda.*

—¿Cuándo te tatuaste eso? —preguntó.

—¿Qué?

—El tatuaje de la espalda. ¿Cuándo te lo hiciste?

La muchacha se incorporó, sorprendida. Su rostro mostró extrañeza.

—No recuerdo. —Era cierto. Ni siquiera sabía que llevaba un tatuaje en el cuerpo. Supuso que, al igual que el resto de las cosas que empezaba a conocer sobre ella misma, aquello también era un enigma—. Fue hace muchos años...

Se despidieron. Rulfo salió del motel tras cerciorarse de que la recepcionista era distinta de la que los había atendido por la noche. Durante el trayecto hacia Madrid no hizo otra cosa que darle vueltas a lo que el niño había dicho y a aquel tatuaje. Al llegar a su casa le bastaron unos cuantos minutos para comprobar la procedencia de las palabras.

Se trataba del primer verso de un poema de Emily Dickinson.

Llegó el viernes sin que hubiera novedades. Había comprado los periódicos y visto los informativos de la cadena autonómica todos los días, y cada vez que lo hacía, pensaba que, en esa ocasión, darían la noticia. Pero no había nada. Por un lado le alegraba aquel sorprendente vacío, por otro no le gustaba. Razonó que, teniendo en cuenta que Patricio dirigía un negocio ilegal, era lógico que sus compinches no se presentaran alegremente en la policía para denunciar su desaparición, pero ¿era posible que nadie hubiese percibido su ausencia después de cuatro días? ¿Y que nadie hubiese encontrado su cadáver aún?

El viernes se quedó un instante sentado en el comedor, sin saber muy bien qué hacer. Faltaban cuatro días para el treinta y uno de octubre, y aquella espera le alteraba mucho más que todo lo que había vivido durante el último fin de semana. Pensaba que no había empleado bien el tiempo: se había limitado a vegetar y asegurarse mediante llamadas telefónicas, de que Raquel y el niño seguían bien. Pero el día de la cita se aproximaba, y aún no sabía qué iba a hacer. Sintió un repentino acceso de ira y golpeó la mesa con ambas manos. Entonces decidió volver a llamar al motel, solo para hablar otra vez con ella. Casi en connivencia con su deseo, sonó el teléfono.

—¿Salomón...? ¿Estás libre hoy...? —Rulfo cerró los ojos, contrariado, pero en ese momento César agregó—: Si puedes, reúnete conmigo cuanto antes: he localizado a Rauschen.

*Rauschen*. El profesor austriaco, la única fuente de información de la que disponían para saber más sobre la secta.

Era preciso hablar con Rauschen.

## **VII. RAUSCHEN**

**H**ubo un descenso hacia la negrura. Debido a un misterioso paralaje, la tierra — voluminosa, apelmazada— parecía encontrarse muy próxima. Sin embargo, el avión la atravesó sin ruido, ya que solo se trataba de un suelo de nubes de tormenta.

—Si alguna vez te propones desaparecer sin dejar rastro —continuó César—, te aconsejo que no trabajes de profesor en una universidad... Los profesores somos los mejores espías de la historia, al menos en lo que a nuestros colegas se refiere: lo sabemos casi todo sobre ellos, y lo que no sabemos lo imaginamos.

Como era costumbre en él, las informaciones más importantes quedaban reservadas para el final. A lo largo del apresurado puente aéreo que habían tomado aquel viernes al mediodía, Rulfo había ido obteniendo a cuentagotas todos los detalles de su búsqueda. Coincidiendo con la llegada a Barcelona, su viejo amigo levantó el telón de las últimas sorpresas.

—Los compañeros de Rauschen sabían bastantes cosas e imaginaban muchas más... Desgraciadamente, algunos puntos permanecen oscuros. Te haré un resumen. Rauschen dejó el trabajo universitario hace doce años y desde entonces se ha dedicado a... ¿A qué? A asistir a congresos como el de Madrid. A ir de un lado a otro. Por lo visto, estaba acostumbrado a romper con el pasado y empezar desde el principio: hasta los treinta años trabajó de profesor titular en la facultad de Humanidades de la Universidad de Viena, pero lo dejó y se marchó seis años a París. Luego se trasladó a Berlín y volvió a obtener una plaza de profesor. De repente cayó en una profunda depresión, o algo semejante, fue dado de baja y dejó definitivamente la enseñanza. Así comenzó su periplo de congresos por toda Europa, al tiempo que... fíjate bien... se interesaba por el paradero de alumnos y profesores de distintas universidades alemanas, y pedía informes sobre ellos. Sí, informes: direcciones, un breve currículum... Nadie sabe por qué. Hace cinco años vino a Madrid y habló conmigo. ¿Recuerdas que me dijo que quería vivir en nuestro país? Bueno, pues mintió: ya estaba viviendo aquí. Había comprado una casa en Barcelona, en Sarriá, y se dedicaba... Adivínalo. —Se volvió hacia Rulfo y lo miró por encima de las gafas azules—. A recabar información en varias facultades españolas, particularmente la nuestra.

—¿Qué clase de información?

—La misma que en las universidades alemanas: currículos de profesores y alumnos... Su actividad, por supuesto, era clandestina, pero tuve la fortuna de contar con la inefable ayuda de mi ex secretaria Montse, para la cual no existe nada clandestino sobre la tierra. Es prodigiosa la capacidad de esa buena señora para el chismorreo. Recordaba bien el apellido de Rauschen, y

ella misma había despachado varios informes para él. Rauschen utilizaba la excusa de unas supuestas becas, totalmente inexistentes. ¡Incluso llegó a investigarme a mí...! Tenía un contacto en la Complutense, un viejo amigo mío. Supuse quién podía ser, lo presioné, y fue él quien me dio su dirección actual, aunque ignoraba el porqué de ese interés de Rauschen por profesores y alumnos. Era como si quisiera encontrar a alguien. Dedicó varios meses a esa curiosa tarea.

—¿Y después?

—Después vino el congreso sobre Góngora, habló conmigo..., y ya no hizo más nada. — César suspiró con aire de mago que guarda en la chistera el último truco—. Herbert Rauschen entró en coma hace cinco años, por eso no volvió a llamarme. Está atendido en su propio domicilio por un equipo paramédico.

La casa era grande, de paredes blancas y tejados llovedizos, pero, evidentemente, su propietario no había sido proclive a la espectacularidad: una simple valla metálica daba paso a la puerta, con un llamador dorado y un timbre que, al ser pulsado, produjo un dulce campanilleo y convocó la presencia de un asistente corpulento con uniforme blanco de celador. Los visitantes adujeron una remota amistad: pedían ver al enfermo. Tras mirarlos intensamente, el tipo se alejó. Regresó después de un rato, quizá, demasiado largo.

—Pueden pasar.

Penetraron en un interior minimalista donde los adornos, por excepcionales, parecían estrepitosos: fucsias sobre un jarrón chino, cristales de blenda encerrados en una quesera y cuadros de figuras desnudas y enmascaradas. La habitación de Rauschen se encontraba en la planta baja, en mitad de un pasillo. Una joven enfermera con el blanco uniforme en perfecto estado quitó los pies calzados con zapatillas deportivas del asiento cuando ellos entraron. Estaba leyendo una revista. Era rubia y atractiva, pero su mirada, en cierto modo, no dejaba de ser tan penetrante como la del celador.

—El señor Rauschen no se mueve ni habla desde hace años —indicó con fuerte acento extranjero. Rulfo pensó que había dicho aquello para dar a entender que, aunque no se oponía a que recibiera visitas, no le veía demasiado sentido a las mismas.

—Estaremos poco tiempo —aseguró César y se acercó a la cama.

Estatuario, Herbert Rauschen se mostraba a las miradas con esa terrible docilidad que solo poseen perros y moribundos. Una sábana lo cubría hasta el pecho. Su piel, hundida y apergaminada, había adquirido la inaudita blancura del vientre de las lagartijas, pero sus rasgos denunciaban el recuerdo de un individuo fuerte, de magnética personalidad. Un yelmo de cables adosado a su frente terminaba en un aparato que parecía desconectado.

—Pobre hombre. —César rodeó la cama y se inclinó—. Lo cuida alguien por las noches, supongo...

—Viene otra compañera —dijo la enfermera.

Sauceda tomó a Rauschen de la mano —delgada, rígida— y declamó un breve y emocionante discurso sembrado de palabras amistosas. Luego sacó un pañuelo y se sonó, pidió disculpas y explicó que las necesidades eran las necesidades y no había dispuesto de tiempo para detenerse en el aeropuerto. ¿Sería mucha molestia...? La enfermera se dirigió al celador.

—Indícale el cuarto de baño.

—Muchas gracias. —César se ruborizaba.

Cuando el celador regresó a la habitación, Rulfo señaló el aparato al que estaban conectados los cables.

—Oiga, perdonen, esto ha hecho un zumbido. ¿Lo han oído ustedes?

La enfermera y el celador intercambiaron una mirada.

—Esa pantalla solo avisaría si se produjera un cambio en el estado del señor Rauschen —dijo la primera.

—Pues yo acabo de oír una especie de zumbido...

—No es posible.

—Quizá me he equivocado, disculpe.

No se le ocurría qué otra cosa podía hacer. Incluso teniendo en cuenta que se trataba de un hombre mayor, su amigo estaba demorando demasiado. Se percató de que el celador empezaba a mirar hacia la puerta.

Pero un instante después, para su alivio, regresó César. Venía limpiándose los cristales de las gafas.

—Ya los hemos molestado bastante. Creo que ha llegado la hora de marcharnos.

Había dejado de llover cuando salieron de la casa. Su ex profesor parecía feliz. Habían planeado aquel número del cuarto de baño antes de llegar, y, por lo visto, los resultados eran favorables.

—Tuve tiempo de encontrar la puerta trasera. Da a un pequeño jardín al que se accede por la calle, y solo estaba cerrada con pestillo. Lo quité. Si nuestros amigos no son muy cuidadosos, no creo que lo noten. Podremos entrar en la casa por ahí. ¿Te arriesgarías a ser sorprendido esta noche mientras exploramos la biblioteca del señor Rauschen?

—Para eso hemos venido —dijo Rulfo.

—Si te parece, vamos a comer algo. Luego aguardaremos al cambio de turno: es probable que el celador no tenga sustituto, con lo cual solo tendríamos que preocuparnos de la nueva enfermera...

Permanecieron a la intemperie durante horas. Por fortuna, ya no llovía. César se mostraba quejoso y no paraba de moverse de un sitio a otro. Rulfo prefirió reposar: encontró una cornisa baja en la que pudo sentarse y apoyó la espalda en el muro de una casa. Coches y transeúntes desfilaban sin fijarse en ellos. Al anochecer, todo quedó más desierto, pero la temperatura no se hizo demasiado incómoda. Se turnaban para vigilar. Durante uno de sus descansos, Rulfo escuchó la voz de César.

—Salomón.

*Antes era solo un juego para él; ahora es una aventura emocionante*, pensó al ver a su antiguo profesor haciéndole señas para que se asomara. Frente a la casa aguardaba un automóvil oscuro. La puerta principal se abrió y aparecieron dos sombras. Estallaron carcajadas. A la luz de las farolas se distinguían los uniformes de la enfermera y el celador bajo los abrigos.

—¡Pero, bueno...! ¿Y la sustituta? —susurró César.

Las dos figuras subieron al coche. A juzgar por cómo se reían, parecían borrachos. A Rulfo no le gustó aquello. Recordó de repente la mirada de la enfermera, fría como un líquido

encerrado en dos pequeñas peceras de hielo, y la del celador, tan similar, ambas clavadas sobre él. No le gustó.

El coche arrancó. La casa quedó a oscuras. Un viento con olor a mar peinó las hojas de la entrada.

—Pues no ha venido —dijo César—. Eso nos facilita las cosas.

Rulfo no estaba tan seguro, pero no dijo nada.

El plan, sin embargo, funcionó a la perfección. Dieron un rodeo, y el ex alumno aprovechó las ramas de un árbol bajo para trepar a la valla y tirar del ex profesor. Todos los años de sedentarismo parecieron desplomarse sobre Saucedo en aquel momento, pero su entusiasmo resolvió la pequeña parte del trance que los fuertes músculos de Rulfo dejaban sin solucionar. Cuando saltó al jardín casi se echó a reír al comprobar que seguía ileso. Alcanzaron la puerta trasera.

—Eureka —dijo César, abriéndola con un leve clic.

Penetraron en la oscuridad. César recordaba bien las direcciones, y propuso no encender las luces a menos que fuera estrictamente necesario.

—Antes de nada, vamos a comprobar algo en el cuerpo de Rauschen. —Rulfo lo miró extrañado. César agregó—: ¿Recuerdas la tortura del niño que contempló Milton?

De repente Rulfo comprendió lo que quería decir. Le sorprendía, incluso, no haber caído en la cuenta. Su viejo profesor podía encontrarse en pésima forma, pero hubo de reconocer que su cerebro funcionaba con la brillantez de costumbre.

Recorrieron un largo pasillo y desembocaron en el corredor donde se hallaba el cuarto del enfermo. César, sin embargo, se detuvo en una puerta previa.

—Espera. Quiero enseñarte algo.

La abrió con una leve presión, sin un solo ruido, al tiempo que unos plafones en el techo lanzaban parpadeos. Era una habitación muy pequeña, sin ventanas, de paredes desnudas y bien encaladas. Rulfo recordó la habitación azul de Lidia Garetto, pero ésta carecía de cortinajes y moqueta, y una especie de piscina o bañera redonda ocupaba casi todo el suelo. Parecía un jacuzzi, aunque no tenía grifos, el borde quedaba a baja altura y poseía un amplio tragante de rejilla en el centro. La temperatura era gélida.

—¿Qué te parece? Lo descubrí por casualidad, esta mañana. Es una construcción relativamente nueva.

Rulfo se mostró de acuerdo. Parecía un añadido superfluo y posterior, como si hubieran echado abajo el tabique quebrando la simetría de la casa solo para diseñar aquella cámara destinada a Dios sabía qué. La enorme rejilla del suelo, con sus orificios abiertos a la oscuridad, se le antojaba inquietante. César volvió a cerrar la puerta y, conforme lo hacía, las luces se apagaron.

Antes de entrar en el cuarto de Rauschen se asomaron por el dintel, asegurándose de que no había nadie aparte del enfermo. Todo parecía encontrarse igual que por la mañana. Hasta el silencio, que era hondo, de cementerio, no resultaba muy distinto del que habían percibido en la visita anterior. Pero, cuando César encendió la única luz (el flexo de la mesilla), comprobaron con estupor que estaban equivocados.

No había *nada* igual.

—Dios mío —murmuró Rulfo.

Por un instante ninguno de los dos se acercó. Se limitaron a mirar con ojos abiertos y espantados, como intentando descifrar qué era todo aquello.

El cuerpo de Rauschen estaba descubierto y su camisón se hallaba enrollado a la altura del pubis. El delgado tubo del suero había sido arrancado de su brazo, así como los cables y ventosas de la cabeza.

Pero, si bien había objetos que ya no estaban unidos a él, muchos más habían sido *agregados*.

Tijeras y lancetas de distintas formas y tamaños mordían la magra carne de sus piernas. Sus espinillas habían sido horadadas varias veces. El agresor había utilizado, sin duda, un pequeño berbiquí que ahora yacía en el suelo. Quien había cometido tal atrocidad, había hundido varios clavos en aquellos orificios y taladrado, igualmente, las rótulas por diversos lugares. Pero lo peor se hallaba en su entrepierna: un sorprendente amasijo de instrumentos quirúrgicos introducidos a presión por la uretra y el ano asomaba como un ramillete de acero de los esfínteres monstruosamente hinchados y desgarrados. Lo que no había sido mutilado estaba quemado. Restos de cerillas y cigarrillos yacían, como verdugos silenciosos, esparcidos por la cama. Todo daba la impresión de haber ocurrido con siniestra lentitud, casi con paciencia: no eran heridas repentinas sino un juego moroso y sádico, un puzzle a la inversa ejecutado sobre un cuerpo indefenso.

*La enfermera. El celador. Sus miradas fijas. Las risas.*

Rulfo, que se había acercado al rostro del anciano, se apartó haciendo una mueca. Sintió que su estómago se erigía la víscera más importante de todas; mucho más, desde luego, que su cerebro, que se negaba a pensar.

—Creo que... le han cortado la lengua.

De pronto sintió que iba a vomitar. Tuvo frío, las palmas de las manos le sudaron. Miró a César y comprobó que su estado no era mejor.

—Salgamos un momento —dijo Saucedo con el rostro convertido en cera. En el pasillo, aconsejó—: Vamos a respirar hondo varias veces. En ocasiones surte efecto.

Lo hicieron. Privado de la visión de Rauschen, en medio del aire relativamente «distinto» del pasillo, Rulfo sintió que sus náuseas menguaban. La cabeza le daba vueltas. Experimentaba la necesidad de beber, aunque solo fuese agua, pero hubiese dado cualquier cosa por tener a su disposición una botella de whisky.

—Aún debemos comprobar algo. —César tomó aliento y lo expelió lentamente como si siguiera las precisas instrucciones de un profesor de gimnasio.

Volvieron a enfrentarse a la horrenda visión de Rauschen. César desplazó el camisón hasta descubrir el vientre. Más allá del pubis desaparecían las huellas de las vejaciones, pero había otra cosa.

—Aquí está —dijo con un tono de voz extraño.

El verso se agazapaba alrededor del ombligo dando dos vueltas casi completas en espiral. Estaba escrito en versalitas pequeñas, con caligrafía torpe pero legible, en tinta negra aún húmeda.

## MIXT WITH TARTAREAN SULPHUR AND STRANGE FIRE

—Milton —dijo César—. *El paraíso perdido*, la obra que Herberia le inspiró. Terrible ironía. Lo reescribirían periódicamente, la tinta está fresca... Sin duda, esta filacteria era lo que le producía el estado de coma... —Se inclinó y apoyó una oreja en el pecho—. Nada. Está muerto... Todo era una patraña: los cuidados paramédicos, la «compañera» de las noches... Son sectarios, sin duda... Pero hoy han querido eliminarlo, y antes se han divertido de lo lindo con él... —Lanzó un suspiro y se apartó del cadáver—. Por lo menos, ha llegado, al fin, la paz para el pobre Rauschen... si es que existe algo que pueda denominarse «paz» en un mundo donde la poesía se ha convertido en una forma de tortura —agregó sombríamente.

Rulfo contempló el cuerpo mil veces vejado del profesor austriaco y se volvió hacia César.

—Vamos a buscar esa biblioteca.

Era preciso encontrar alguna forma de detenerlas, pensaba. Algún modo de acabar con la secta de las damas. Y estaba convencido de que Rauschen lo había descubierto y había pagado caro por ello.

La hallaron en la segunda planta. La habitación hacía las veces de despacho. Se aseguraron de que las cortinas estaban echadas y encendieron la luz del escritorio. Estanterías repletas, un ordenador y un busto de Rauschen constituían los objetos más llamativos. César se sentó frente al primero, lo puso en marcha y sacó el disco compacto virgen que había traído consigo.

—Perfecto —dijo examinando la máquina—. Tiene grabador. —Empezó a teclear—. No espero encontrar grandes cosas, porque habrán hecho desaparecer todo lo importante, pero me gustaría disponer de algún tiempo para comprobarlo...

Rulfo, mientras tanto, echó un vistazo a los libros. Eran, sobre todo, obras de grandes poetas, como en casa de Lidia Garetti. También había ensayos de teoría de la literatura. Nada extraño, nada que oliese ni de lejos a brujería. *Pero es que la brujería es esto*, pensó de repente al leer los nombres de Goethe, Hölderlin, Valéry, Mallarmé, Alberti, Propercio, Machado... Tropezó con una versión de las *Soledades* y sintió como si recibiera un impacto en el rostro. Siguió buscando. No encontró ni un solo ejemplar de *Los poetas y sus damas*.

Dejó a César pendiente del ordenador y registró el resto de la planta superior: un dormitorio, un cuarto de aseo, un cuarto de huéspedes... Apenas había ropa u otros objetos personales, como si Rauschen hubiera decidido trasladarse allí casi exclusivamente con sus libros y lo que llevaba puesto. Luego regresó a las escaleras y descendió a la planta baja. Quería terminar de recorrer toda la casa. Atravesó el silencioso comedor y enfiló el pasillo donde se encontraba la habitación de Rauschen. Pero, antes de llegar a ella, se paró en seco, aturdido.

La luz del flexo seguía encendida. Sin embargo, creía recordar que César la había apagado antes de salir. Estaba casi seguro.

No. Se equivocaba. Lo pensó mejor y recordó que habían olvidado apagarla. La luz estaba encendida porque ellos mismos la habían dejado así. Lo que le ocurría era que la visión de aquel cuerpo torturado le había puesto muy nervioso. Jamás había contemplado un cadáver, menos en ese estado. Se obligó a tranquilizarse. *Es solo un hombre muerto. Además, no vas a entrar ahí: vas a registrar el resto de las habitaciones*. Respiró hondo, continuó avanzando, pasó frente al

cuarto y echó un vistazo fugaz.

Herbert Rauschen estaba sentado en la cama con las piernas colgando por fuera.

Rulfo sofocó un grito y retrocedió hasta que la pared del pasillo le detuvo. El espanto lo petrificó frente a la entrada de la habitación, incapaz de hacer otra cosa que mirar.

Lo más horrible de todo era que le parecía evidente que Rauschen seguía estando muerto: las tijeras, lancetas y clavos continuaban incrustados en sus piernas y genitales; su boca seguía abierta y vacía; los ojos se hallaban cerrados. En la flaca garganta, pudo distinguir, incluso, el abultamiento de la lengua a medio tragar. De sus horrendas heridas no manaba sangre. Estaba muerto.

Pero alargó un brazo flaco como un alambre, se apoyó en la mesilla de noche y se levantó.

Por un momento pareció como si fuera un niño pequeño que aún no hubiese aprendido del todo el juego de las articulaciones. Dio un paso, luego otro, en línea recta, en dirección a la salida, como si avanzara a la fuerza arrastrado por una voluntad más poderosa. Sus ojos seguían cerrados y su cabeza se bamboleaba sobre un hombro como la de un muñeco roto. Los instrumentos clavados en sus piernas producían extraños sonidos de adorno colgante.

Rulfo, que permanecía quieto en el umbral como una puerta de carne, se sintió incapaz de apartarse cuando el cuerpo del anciano llegó hasta él. Entonces Rauschen abrió los ojos

la puerta

y lo miró.

—¡Déjalo pasar! —balbució una voz desde el infinito. Era César. Acababa de bajar en aquel momento y asistía horrorizado a la escena—. *¡No lo toques! ¡Déjalo...!*

Rulfo se apartó mecánicamente, casi sin proponérselo, comprendiendo que ya estaba condenado para siempre. Porque la mirada que le había dirigido aquel rostro clausurado constituiría —lo supo en ese mismo instante— uno de esos secretos prohibidos por la lógica y el lenguaje (*está vivo*) que se encierran inútilmente en la memoria durante toda una existencia (*está vivo, está vivo, Dios mío*) y jamás son revelados, ni expresados, ni tan siquiera recordados conscientemente.

Ya estaba condenado, y lo supo: ya poseía un secreto.

El cuerpo de Rauschen pasó junto a él con lentitud de niño que nace, giró en el pasillo y continuó su horrible peregrinaje.

De repente comprendieron adónde se dirigía.

la puerta se cerró

Lo siguieron como acólitos de un extraño ritual en el que Rauschen fuera el único sacerdote. Por fin lo vieron detenerse frente a la puerta del misterioso cuarto y empujarla. Las luces del techo se encendieron. Rauschen entró.

La puerta se cerró en silencio.

Aquel silencio les pareció mucho peor que todo cuanto habían experimentado hasta entonces. Pálido como la nieve sobre un cementerio, César dio dos pasos hacia la puerta. Pero Rulfo lo detuvo.

*Sugiero que*

—Espera, no...

*no miréis más, signor Milton.*

Su ex profesor replicó algo ininteligible; algo que, por extraño que fuese, nada tenía que ver con Rauschen sino con la poesía. Luego, con un gesto violento, apartó a Rulfo de su camino, se acercó a la puerta y la empujó. Rulfo sospechó que ya no era el destino de Rauschen lo que importaba a César: quería seguir *descendiendo*, deseaba contemplar el abismo desde el borde, ese abismo del que le había hablado, y, quizá, arrojarse de cabeza a él.

vacío

Entonces lo vio detenerse y mirar hacia el interior de la habitación iluminada al tiempo que se llevaba la mano a la boca para reprimir un grito o un vómito, y supo con total certeza que contemplar lo que había más allá, lo que estaba sucediéndole a Herbert Rauschen (cuyo denso silencio se le antojaba casi más insoportable que la visión de su cadáver animado) era otra forma de morir. Sin embargo, también se dio cuenta de que cualquier intento por su parte de evitar mirar sería fútil.

Estaba condenado

vacío, oscuridad

para siempre, al igual que César.

Vacío. Oscuridad.

—Escucha: a Susana debemos protegerla. Tú tenías razón. Debemos protegerla. Ya inventaré algo... Le diré algo que le afecte. La obligaré a dejarme.

El interior de la cabina del avión que los llevaba a Madrid al amanecer estaba casi a oscuras. Los pasajeros aprovechaban para dormir antes de enfrentarse a la ciudad, pero ellos se sentían incapaces de cerrar los ojos.

No podían hacerlo, porque sabían que dentro de sus párpados aguardaba Herbert Rauschen.

Rulfo sospechaba que se quedaría para siempre allí, en la oscuridad orgánica de sus pupilas, en las esquinas y pliegues de sus cerebros, esperando cada noche el definitivo instante en que el sueño los venciera para volver a brotar, con sus tristes gemidos y su dolor de réprobo, de condenado eterno.

—Tenías razón... —repitió César—. Debemos apartarla de esto.

Sentado junto a Rulfo había un hombre desconocido.

El ex profesor, ex amigo, ex diablo.

El César que representaba a Sade; que jugaba a blasfemar en ceremonias de drogas y parejas intercambiables en la oscuridad; que sonreía con llamas en los ojos sintiéndose «elegido». El César de los misterios y prodigios, del ateísmo fácil, del sadismo de alcoba. Aquel individuo había desaparecido de repente. El hombre que ahora se sentaba junto a él tenía la expresión exangüe y asombrada de las víctimas que fallecen en momentos imprevistos: durante un acto de amor, en plena calle, al entrar en casa. Sobre su cabello y su rostro el tiempo había arrojado, de golpe, la arrugada nieve de diez años más.

—¿Y tú, qué harás? —preguntó Rulfo.

César lo miró como si la pregunta le pareciera inexplicable.

—¿Yo? Supongo que lo mismo que tú: intentar defenderme... Me he llevado de casa de Rauschen un CD grabado con todos los archivos que he podido extraer de su disco duro. El castigo al que le han condenado... Ese *terrible* castigo, es la prueba, tiene que *serlo*, de que se convirtió en un *peligro* para ellas... ¿Por qué? Intentaré descubrirlo. Quizá halle la forma de... No sé... Trataré de ser una espina difícil de tragar, aunque no creo que eso les importe demasiado... —Su voz se hizo débil, casi un susurro—. No son seres humanos, Salomón. Ignoro si lo fueron alguna vez, pero han perdido esa cualidad. Podrán ser muy hermosas y bailar bajo el sol de la Toscana, pero no son mujeres, ni hombres, ni cosas vivas...

—¿Qué son?

César pareció considerar gravemente aquella pregunta.

—Brujas —murmuró—. Quizá podamos llamarlas así. No tienen nada que ver con el culto al diablo, pero puede que ese nombre las defina con exactitud. «Musas» me parece más espantoso. No, no... —Sacudió la cabeza de un lado a otro, con fuerza—. No puedo pensar en ellas como «musas»... Y, a pesar de todo... ahora estoy seguro de que la poesía nos ha engañado...

La voz de la sobrecarga anunció que estaban aproximándose a Madrid, pero ni César ni Rulfo la creyeron. Para ellos, aquella información era falsa. No estaban aproximándose a ninguna parte: continuaban en la oscuridad, en el espacio irrespirable.

Seguían contemplando a Rauschen de pie en aquella piscina de azulejos. Y veían cómo las tijeras y bisturíes se desprendían como tallos de sus piernas y los hematomas y heridas se angostaban hasta desaparecer. Y sus huesos escupían los clavos que los penetraban y los orificios se cerraban tras ellos. Y su corazón volvía a latir, y la sangre se derramaba y desaparecía por el tragante, y la piel se cerraba sobre la sangre como una escotilla sobre el oleaje. Y la lengua cortada regresaba a su raíz dentro de la boca con gestos de culebra. Y los pulmones, con un soplo de hojarasca removida, respiraban otra vez. Y Herbert Rauschen, tras el impenetrable *silencio* de su enésima muerte, recobraba la voz y podía, al fin,

gemir

y regresaba a la cama y se tendía boca arriba antes de sumergirse en la rigidez del nuevo día.

No era la primera vez que lo torturaban, lo habían comprendido de repente. No era la primera vez que lo *mataban*.

Sumido en la desesperación, Rulfo había intentado hacer algo, pero César había impedido que colocara la almohada sobre el rostro del anciano. «No podrás matarlo», le había dicho. «Es decir, sí, lo asfixiarás... y el verso de Milton lo revivirá una y otra vez, ¿es que no lo entiendes?».

Una y otra vez. Incluyendo la conciencia. Incluyendo la cordura. La sensibilidad de cada una de las células. Listas para ser devoradas de nuevo.

Qué se siente cuando un verso te destroza sin límite.

—La poesía nos ha engañado —continuó César con su voz átona—. Piensa en unos niños que jugaran con un misil sin saber para lo que sirve. Dirían, por ejemplo: «Qué bellos colores tiene». A partir de entonces construirían objetos parecidos. Seguirían sin conocer su peligro real, pero no les importaría. Todo lo contrario, les parecería maravilloso jugar con artefactos tan bonitos. —Hizo una pausa. El avión inició el descenso—. Los niños se llamaron, entre otros, Virgilio, Dante, Shakespeare, Milton, Hölderlin, Keats... *Ellas* los veían jugar y los animaron a seguir jugando... porque, de repente, uno de esos artefactos *funcionaba*... Y el niño que lo había fabricado no lo sabía... Sí, hasta mi abuelo les interesó, sin duda... ¿Acaso los versos de poder han de ser los más estéticos, los mejores...? No. Trabajamos con la muerte cada vez que hacemos poesía. Coqueteamos con el horror cada vez que hablamos... Palabras y palabras dichas al azar. Imagina cuántas: las de un loco, las de un niño, las de un actor en el teatro, las de un criminal, las de su víctima... Palabras formando la realidad... Sonidos que pueden destruir o crear. Un suelo de sonidos, un mundo de sonidos donde la poesía es el máximo poder... ¿Qué ocurriría si tú o yo fuéramos capaces de controlar ese mundo tan frágil, Salomón...? Es casi lo mismo que preguntarnos qué sucedería si nos convirtiéramos en dioses. Y eso es lo que son *ellas*. —Un leve golpe les indicó que habían aterrizado. La voz de César, sin embargo, siguió en el aire un instante más—. ¿Sabes...? Tenían razón los que creían que la poesía era un regalo de los dioses...

La cita sería dentro de tres días, pero no se lo había dicho. Incluso le había dado a entender, al separarse de él en el aeropuerto, que quizá no volvieran a interesarse por ellos. Pero sabía que César no le había creído.

Pasó el resto del sábado encerrado en su apartamento. Por la tarde se acostó en la cama con la botella de whisky en la mano, aunque se levantó varias veces, tambaleante, para revisar el bolsillo de su chaqueta y cerciorarse de que la figura seguía allí. Nunca se separaba de ella: pensaba que era lo único que podía salvarle.

*Solo podrán recuperarla si se la entregamos.*

¿Y si no lo hacía? ¿Y si la usaba como moneda de canje para conseguir que aquellas criaturas lo dejaran en paz? Más aún: ¿y si no acudía a la cita?

*Nos matarán. Pero no lo harán con rapidez*

*Qué se siente cuando un verso te destroza sin límite.*

¿Y si se reunía con Raquel y huían juntos llevándose la imago con ellos? ¿Y si las

amenazaba con destruir la figura? Pero ¿cuánto tiempo podría resistir de ese modo...?

*No son seres humanos. Son brujas.*

Volvió a llevarse la botella a los labios. El mundo se estaba volviendo de un agradable color ámbar.

*Si acudes a esa cita, te matarán.*

¿Y si luchaba? ¿Y si les oponía resistencia? ¿Y si se enfrentaba a ellas? Pero, por Dios, ¿de qué forma? Un verso cualquiera podría dejarlo indefenso. ¿Por qué Lidia Garetti no lo ayudaba ahora?

Rauschen. Sus investigaciones. Aquello que, quizá, había descubierto, la razón por la que había sido condenado a aquel tormento... César se lo había dicho: la única oportunidad que tenían era hallar lo mismo que Rauschen, pero *usarlo mejor*. Ahora todo dependía de que su viejo profesor pudiera encontrar una pista en aquellos archivos.

Cerró los ojos con esa esperanza.

Se trataba, sin duda, de una clínica privada. Sus puertas de cristal estaban flanqueadas por dos pequeños abetos de aspecto navideño, y se abrían ante la silenciosa orden de una célula fotoeléctrica. Rulfo las cruzó y entró en el vestíbulo. Otra figura entró con él. Miró en esa dirección y se vio a sí mismo reflejado en un gran espejo. Comprobó que se hallaba completamente desnudo, pero no le extrañó en absoluto. *Estoy soñando*, se dijo.

Llegó al fondo del vestíbulo y escogió un pasillo. Se detuvo ante la puerta de la habitación número trece (tenía el número escrito sobre ella). La abrió.

Era un cuarto pequeño. Su luz procedía de algún lugar indeterminado del cielorraso. No había muebles ni decoración alguna. Hacía frío. Un frío extraño: una gelidez que se incrementó cuando dio algunos pasos por el interior. ¿Por qué aquella habitación, desnuda como él mismo, le provocaba tanta aprensión? Sospechó que no era solo por la baja temperatura, pero no pudo advertir otra causa evidente. Se hallaba vacía y no parecía amenazadora.

Otro espejo en la pared del fondo duplicaba su figura. Se frotó los brazos, y el Rulfo del azogue lo imitó. Nubes gemelas de vapor manaron de sus bocas.

Se aproximó al espejo y se situó tan cerca del cristal que, en un momento dado, su aliento borró sus propios rasgos con un vaho de platino puro. Contuvo la respiración, y la mancha de niebla fue empequeñeciéndose, pero, tras ella, no volvió a aparecer su rostro sino el de Lidia Garetti. Vestía el traje de noche tubular de solapas fucsias de su retrato y la araña dorada brillaba entre la suave ondulación de sus senos menudos.

—El paciente de la habitación número trece lo sabe —dijo, mirando a Rulfo con fijeza. Sus ojos azules despedían tanta luz que parecían formar parte del cristal.

—Lidia... —Rulfo tendió una mano, pero sus dedos no palparon piel sino el obstáculo impenetrable de una superficie vidriada.

—El paciente de la habitación número trece —repitió ella, retrocediendo—. Búscalo.

—¡Espera...! ¿Qué quieres decir...?

Lidia Garetti se alejaba en la oscuridad, al fondo del reflejo.

De repente Rulfo comprendió que ella hubiera deseado quedarse y explicarle más cosas, pero algo se lo había impedido. Otra presencia que se encontraba allí, *a su espalda*, dentro de la

habitación.

El temor se aferró a sus músculos. Tenía tanto miedo que no podía volver la cabeza. Se sentía incapaz de mirar atrás. *Hay alguien. El paciente de la habitación número trece. Detrás de mí.*

un sollozo

Entonces sintió como si una mano le tocara el hombro con dedos helados.

un sollozo violento

Se volvió y vio lo que había tras él.

Un sollozo violento.

Se encontraba en su habitación. La botella de whisky medio vacía había rodado por el suelo.

No albergó duda alguna acerca de que aquello no había sido solo un sueño, de la misma forma que no lo habían sido los de la casa del peristilo.

Lidia Garetti le había enviado un nuevo mensaje.

Se vistió frente al espejo. La ropa que habían comprado le sentaba muy bien. Esa mañana se puso un jersey de lana violeta y unos vaqueros. Para el niño eligió un polo marrón oscuro y pantalones de pana. Luego se peinó el largo pelo negro. No se lo recogería: eso le recordaba malos momentos. Ahora todo había cambiado.

El espejo le devolvía la imagen de una muchacha alta y hermosa. La imagen de siempre. Pero ella ya no vivía encerrada en esa apariencia.

Asomaba a los ojos.

En ellos podía contemplar su verdadero aspecto. Nada ni nadie volvería a hacerle daño, a humillarla. Patricio estaba muerto. Su hijo y ella se hallaban libres.

Contempló al niño. Jugaba con las figuritas de plástico en el suelo de la habitación, de espaldas a la aún incierta luz de la ventana. Nunca sonreía, pero ella no necesitaba que lo hiciera. A su modo, él era otro espejo: en aquella mirada azul y aquellas facciones que no se parecían en nada a las suyas podía verse reflejada. Y se percataba de que el pequeño también la veía así. Ya no se limitaba a mirarla en silencio como si fuera una extraña. A ratos, le hablaba con ternura. Parecía haber percibido su transformación con la misma intensidad que ella.

Ahora lo que más le preocupaba era que Lidia le dijera, a través de los sueños, qué otra cosa debía hacer. Estaba segura de que formaba parte de un plan, y quería saber cuál era. Había mentido al hombre para evitar su interrogatorio: en realidad, no había soñado nada más. Sin embargo, tenía la convicción de que sus intuiciones eran ciertas, de igual forma que la habría tenido de poseer un rostro aunque hubiese carecido de espejos que se lo confirmaran. Y había mentido también en otra cosa, más importante. Esperaba que su arriesgado engaño surtiera efecto.

Se contempló una vez más, cerciorándose de que no parecía distinta a cualquier otra chica. No quería resultar llamativa. Tras ella, reflejados en el cristal, podía distinguir la ventana abierta, el aparcamiento y la carretera a la luz del amanecer, con la silueta de un pequeño pueblo subrayando el horizonte. La habitación se hallaba en la primera planta del motel y era muy modesta, pero a ella le parecía palaciega en comparación con el lugar donde habían vivido hasta entonces. Llevaban allí cinco días y aún no se habían atrevido a salir. O casi. Siguiendo el consejo de Rulfo, ella siempre daba un breve paseo antes del anochecer, aunque regresaba pronto. Sin embargo, esa mañana pensó que quizá saldría con el niño. Los ojos del pequeño se estaban habituando cada vez más a la claridad, y las horas tenues del alba serían ideales. Sí, disfrutaría paseando con su hijo mientras el sol despuntaba sobre los campos. Sin duda,

constituiría para ambos una maravillosa experiencia.

Estaba a punto de sugerírselo cuando

no pudo

sorprendió la figura tras ella, en el espejo.

Se quedó inmóvil, rígida. El niño pareció percibir también que algo extraño sucedía, porque volvió la cabeza y observó a la muchacha.

no pudo volver

Sintiendo que habitaba en una pesadilla, giró lentamente hacia la ventana y se asomó. El aparcamiento estaba vacío.

Sus latidos fueron apaciguándose. Pero, por un momento (aunque solo lo había visto reflejado en el espejo del armario durante una fracción de segundo), por un horrible instante, había creído ver a un hombre que...

No. Se equivocaba. Era imposible.

*Está muerto. No pienses más en él. Está muerto.*

Terminó de vestirse, cogió al niño de la mano,

no pudo volver a dormir

dieron un breve paseo alrededor del motel. No vio nada extraño: el lugar parecía casi desierto. Pronto concluyó que sus nervios le habían jugado una mala pasada. Seguramente, se había confundido con alguien que físicamente se le parecía mucho. *Está muerto. Tú misma lo mataste.*

Pero seguía inquieta cuando regresó a la habitación.

No pudo volver a dormir.

Se duchó, se vistió con ropa limpia, cogió la chaqueta y comprobó que la figura seguía en su sitio. Era domingo. Faltaban dos días. El martes acabaría todo por fin, para bien o para mal, y saber eso le tranquilizaba.

Intentó reflexionar sobre el sueño que acababa de tener, pero el teléfono le interrumpió. Escuchó la voz de César como una luz en medio de la noche.

—Esto es fantástico, Salomón... Informes de detectives, biografías de alumnos y profesores de distintas universidades... En eso consisten casi todos los archivos que he revisado. Y, aquí y allá, comentarios muy reveladores del propio Rauschen... He atado algunos cabos. ¿Tienes tiempo para escuchar a tu querido profesor una vez más...? Te situaré. Estamos en Viena, a principios de los setenta. Un inocente y bastante común licenciado en literatura llamado Herbert Rauschen ingresa en un grupo de vivencia poética: *Die Sphinx*. Se dedicaban a recitar y comentar versos de autores alemanes, pero, sin duda, era una tapadera para reclutar adeptos. Lo cierto es que a partir de entonces la vida de nuestro amigo cambia por completo: deja el trabajo, se marcha a París y su cuenta corriente empieza a engordar en unos años en que la economía de toda

Europa estaba en crisis. Publicó artículos, viajó... Luego emigró a Berlín. Coincidiendo con su traslado a esta ciudad, una imprenta alemana sacó a la luz los primeros ejemplares de *Los poetas y sus damas*, de autor anónimo... ¿Primera hipótesis, alumno Rulfo...?

—Rauschen es el autor de *Los poetas y sus damas* —dijo Rulfo.

César emitió una risita sofocada.

—Mi querido alumno, siempre has sido muy intuitivo. Yo llegué a la misma conclusión por la vía del razonamiento. En mi opinión, entró en la secta en París, pero no le gustó lo que vio y decidió hablar de ellas. Escribió ese libro, lo hizo imprimir y fue por el mundo regalándolo a cuantas personas encontraba, casi todos expertos en poesía como él. Yo diría que al principio se limitó a informar a la gente de lo que ocurría bajo la excusa de una «leyenda». Pero, en 1996, después de caer en una extraña depresión, pasó a la acción: comenzó a investigar en varias universidades europeas, se convirtió en un sabueso... Seguía un rastro concreto. ¿Cuál?

—Esta vez me rindo.

—La última dama. Quería encontrar a la número trece. —Hubo un silencio. Rulfo escuchaba con mucha atención—. Aquí está la explicación de su espantoso castigo... Escucha esto. La última dama se oculta mejor que ninguna otra, pero no porque sea la más poderosa sino, precisamente, porque es *la más vulnerable*... El talón de Aquiles de la secta, Salomón. La que otorga unidad al grupo. Sin ella, las demás solo serían un conjunto de criaturas dispersas. «Quien encuentre a la dama número trece puede *destruir* al grupo entero», el propio Rauschen lo dice. Él inició su búsqueda con el fin, sin duda, de acabar con la secta. ¿Y qué le hizo desear esto?, te preguntarás. ¿Qué ocurrió hace seis años para que un antiguo sectario, conociendo el terrible riesgo que asumía, decidiera enfrentarse a *ellas*? He aquí la parte más confusa de la historia. — Se escuchó un revuelo de hojas. César continuó—: A principios de 1996 hubo una especie de movida en el *coven*... Así se llama el grupo de las trece damas, el núcleo de la secta: *coven*. Es el mismo término con que, en inglés, se designaba a los conventículos de brujas del Renacimiento. De hecho, la leyenda del *coven* de brujas viene de *ellas*... —De pronto se interrumpió y emitió una risa sofocada—. ¿Sabes lo más terrible de todo, Salomón...? Que son como nosotros: mediocres, oportunistas, ambiciosas y cobardes... Son brujas, en efecto, pero de las modernas. Les interesa subir en el escalafón, aumentar su poder, controlar a sus súbditos... Y todas andan muy suspicaces unas con otras, como los *yuppies* de las grandes empresas. Pero prosigo. Como te decía, en esa época hubo un escándalo en el *coven*: Saga, la número doce, la líder del grupo, fue acusada de algo, sentenciada y expulsada, y otra Saga ocupó su lugar. Rauschen no especifica la falta que cometió la antigua jefa y su destino final, pero, en lo que respecta a su sucesora, no ahorra epítetos: la define como «lo peor que ha ocurrido con la secta desde hace siglos...».

*La peor de todas*. Rulfo veía otra vez al niño sosteniendo el duodécimo soldadito de plástico. Apretó con fuerza el auricular mientras la voz de César proseguía, casi en tono cantarín.

—La llegada al poder de la nueva Saga fue lo que hizo que nuestro amigo dedicara el resto de su vida a intentar destruirlas. Según él, esta criatura es una amenaza impredecible. Estaba deseando convertirse en líder, y ahora que lo ha conseguido disfruta volcando su furia sobre todo bicho viviente... ¿Te das cuenta...? ¡Siglos enteros de poesía reducidos a esta simpleza: la ascensión de una advenediza! Una especie de «quiero ser el jefe en lugar del jefe»... Pero, bueno, ¿de qué me sorprende? ¿Acaso no viene ocurriendo lo mismo desde Zeus y Satán? Hasta

el idiota de Hitler es un buen ejemplo... —Volvió a reírse en falsete, como si una máquina se riera por él. De repente Rulfo se horrorizó. *Se está volviendo loco*, pensó. La voz de César continuó, un tono más aguda—: Debo decirte, querido alumno, por si no lo sabías, que las damas son seres humanos de carne y hueso, o al menos eso parecen... Señoritas solteras, bellas y riquísimas que se rodean de lujo y soledad, como tu famosa Lidia Garetti. Solo se reúnen para celebrar sus, llamémoslas, ceremonias, en una, llamémosla, sede central, una mansión al sur de Francia, en Provenza, en medio de ese paraje tan hermoso que se conoce con el nombre de las «Gargantas» del río Ardèche... Buen lugar para las diosas de los versos, ¿eh...? Provenza, los trovadores, la cuna de la poesía lírica, el monte Ventoux que Petrarca escaló... Y las «Gargantas»... ¡Mejor sitio, imposible, para quienes nos controlan con la voz! —La carcajada hizo que Rulfo tuviera que apartar el auricular un instante—. Por lo visto, Rauschen estuvo presente en algunas de esas ceremonias. Se celebran en días especiales del año, porque el poder conjunto del *coven* es superior a la suma de sus partes, pero, para que ocurra así, deben *reunirse* en determinadas fechas, como dictan las leyendas de brujas y aquelarres: solsticios, equinoccios y vísperas de festividades tan antiguas como el hombre... como la noche del treinta y uno de octubre, Halloween, víspera de Todos los Santos, es decir, pasado mañana. —César hizo una pausa significativa—. A propósito, te han citado esa noche, ¿me equivoco?... —Rulfo pensó que mentir ya no tenía sentido. Entonces escuchó otra carcajada—. ¡Ja, ja...! ¡Quizá te pidan caramelos...! Te agradezco el cuidado que has puesto en ocultármelo, Salomón, y sé por qué lo has hecho, pero no te preocupes: después de ver la lengua de Rauschen regresando a su boca como quien eructa una trucha viva, no te acompañaría a esa cita ni atado de pies y manos... —Carcajada—. Vuelvo a aconsejarte que les des la figura y en paz. Solo quieren eso. Insisto: no te mezcles en sus problemas de «promoción interna»... —Nueva carcajada—. Te lo ruego: dales la figura, por lo que más quieras, y que se las compongan...

—¿Dice Rauschen algo sobre Akelos?

—Ya se me olvidaba. La dama número once, Akelos, traicionó al *coven* ayudando a la antigua Saga. Rauschen no especifica cómo ni añade nada más, pero... ¿Última hipótesis, querido alumno...?

—La nueva Saga ordenó que Akelos fuera expulsada también —dijo Rulfo, comprendiendo.

—Exacto. Y no solo eso: que fuera eliminada para siempre. Incluyendo su imago, que es la figura que les permite vivir para siempre pasando de un cuerpo a otro. ¿Sabes por qué estaba hundida en aquel acuario? Rauschen lo menciona de pasada, hablando de las clases de ceremonias: existe un ritual llamado «Anulación» por el cual la dama en cuestión queda desprovista de poder si su imago es hundida en agua con la filacteria apropiada... Pero éste es el primer paso. Para destruir la imago necesitan realizar otro ritual más complejo... y, naturalmente, para realizarlo necesitan la imago... —Volvió a reír con suavidad—. Sin duda, Miguel Robledo, el asesino de Lidia Garetti, no era de la secta, pero fue manipulado por *ellas* para entrar en la casa, cargarse a las criadas y torturar a la señora refinadamente... tras hundir su figura en el acuario.

*Y nosotros la hemos recuperado impulsados por esos sueños*, pensó Rulfo.

—¿Qué hay acerca de la dama número trece, César? ¿Qué averiguó Rauschen sobre ella?

Se escuchó un tintineo, un golpe de cristales. *Está bebiendo*, pensó.

—Ah, esa pregunta es para nota, querido alumno... Aún no sabemos lo bastante como para

contestarla. De hecho, creo que nadie podría contestar a *eso*. Rauschen solo dejó informes sobre profesores y alumnos... Es obvio que sospechaba que la misteriosa dama estaba relacionada con alguien de la universidad... Pero ¿quién? ¿Dónde? Quizá en España, ¿no? Recuerda que se trasladó a vivir aquí... Pero esto es tan solo una hipótesis... Lo que más me atemoriza de todo, ¿sabes qué es? Que le permitieran conservar *tantos archivos*. Sospecho que las damas se sienten mucho más seguras que los corruptos... —Hizo una pausa y prosiguió en otro tono—. Sé que soy un maldito cobarde por no acompañarte el martes por la noche, pero... Bueno, digamos que prefiero arriesgar la vida de una manera más cómoda... Lo de Susana ya está arreglado. Ayer tuvimos una bonita discusión, pero conseguí lo que me proponía: se ha ido fuera de Madrid, creo que a casa de sus padres. La distancia no nos vendrá mal a ninguno de los dos. Por supuesto, no recibí la noticia con la mejor de las sonrisas, pero jamás me perdonaría a mí mismo si...

—Comprendo —dijo Rulfo.

—Salomón, en serio: no juegues a hacerte el héroe y devuélveles la figura. Si quieren fastidiar a Akelos, es cosa suya... Pero, en cualquier caso, te deseo buena suerte, querido alumno. Fue un placer y un honor para mí haber sido tu profesor y tu amigo, pese a nuestras diferencias... Y no nos compadezcamos demasiado, oye: después de todo, ambos opinábamos que valía la pena morir por la poesía, ¿recuerdas...?

—No vamos a morir, César —dijo Rulfo sin acompañar a César en su risotada, sintiendo los ojos húmedos y un escozor en la garganta.

—Ellas no dejarán testigos —jadeó de repente la voz del ex profesor, lenta, oscura. Rulfo recordó que era el tono con que solía concluir sus clases—. Ahora comprendo el terror que dominaba a mi pobre abuelo... Ruego por que, al menos, no alcancen a Susana... Apenas sabe nada... Quizá ella pueda escapar... Adiós, querido mío... Cuídate mucho.

La conversación se interrumpió en la línea, no en la mente de Rulfo. *No dejarán testigos*. Sintió un nudo en la garganta, pero comprendió que no era su propio destino lo que más le apenaba, sino el de César Saucedo, su viejo profesor, el hombre que había creído que la vida era poesía.

Y ahora todos iban a morir porque tenía razón.

Pasó el resto del domingo y el lunes de forma similar: dando incontables vueltas por los alrededores de Lomontano. Escogía, alternativamente, las estrechas callejuelas del centro o la amplitud anónima de Gran Vía, y contemplaba a los apesurados transeúntes. En aquellas caras concentradas y aquel ir y venir de personas tan diversas enfrentándose a un Madrid taquicárdico, no pudo encontrar ni rastro del extraño mundo de las damas. Era como si se hubieran hecho irreales, como si nunca hubiesen existido. Incluso empezó a pensar que todo aquello no era sino una fantasía forjada por desequilibrados como César o él. Pero la presencia de la figura de cera en el bolsillo le devolvía una y otra vez a la realidad. *No, no a la realidad*, matizaba: *A la verdad*.

El lunes por la tarde, al regresar a su casa, los ojos preocupados de la portera lo detuvieron en el vestíbulo.

—Una joven ha venido a verle. Acaba de subir.

Creyó saber de quién se trataba. *¿Por qué habrá venido?*, se preguntó mientras subía las escaleras con rapidez. *¿Le habrá ocurrido algo en el motel?* Pero, al llegar a su piso, comprobó

que se había equivocado por completo.

—Menuda cara has puesto —sonrió Susana—. ¿A quién esperabas?

Se mordía las uñas. Era su vicio secreto, pero se hacía inevitablemente público cuando estaba nerviosa. Como ahora.

—Me ha dicho que mi trabajo de puta ha terminado... Bueno, no me lo ha dicho así, claro... Él lo llama: «Necesidad de replantearse la vida». Y me ha despedido sin derecho a indemnización. «Vete con tus padres una temporada». Hijo de puta. Puedo asegurarte que el día que he pasado ayer no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Por supuesto, me marché sin rechistar; no hubiera sido capaz de rebajarme a rogarle nada... Pero no he ido a casa de mis padres, estoy hospedada con una amiga...

Llevaba un conjunto de dos piezas castaño oscuro, medias color almendra, sandalias altas y una cinta de gasa al cuello. Olía a perfumería y alcohol. Rulfo se dio cuenta de que había estado bebiendo antes de presentarse allí.

—Oh, claro que le insulté, le dije muchas tonterías, pero se limitó a repetir que no era una separación definitiva sino un «replanteamiento». O lo que es lo mismo: quiere estar solo. Yo le distraigo. La verdad, todo eso me deprimió bastante. Pero hoy lunes me he despertado más tranquila y lo he visto desde otra óptica. Creo conocer bien a César, y pienso en dos posibilidades: o le gusta otra o le ocurre algo grave. —Sus ojos chispearon burlones mientras sonreía—. Sinceramente, me quedo con lo segundo. ¿Y tú? —Rulfo no dijo nada. Bebió un sorbo de whisky. Susana le imitó—. De repente recordé que en los últimos días andaba muy atareado contigo y tus aventuras... Tramáis cosas juntos, os encerráis en las habitaciones a cuchichear como viejas... En fin, se me ha ocurrido pensar, tonta de mí, que todo esto tiene que ver con el viaje relámpago que hicisteis el viernes a Barcelona, y del cual César no ha querido darme detalles. Por eso estoy aquí, para preguntártelo. No te preocupes, no voy a pedirte alojamiento... Solo quiero que me digas si me equivoco.

—No sé lo que le ocurre a César. Deberías preguntarle a él, no a mí.

La reacción de ella fue imprevista. Había terminado de vaciar el segundo vaso cuando, de repente, lo dejó sobre la mesa con un sonoro golpe. Por un momento Rulfo pensó que el cristal se había destrozado entre sus dedos.

—¿Qué coño os creéis que soy...? ¿Una pelota de tenis? ¿Ahora estoy en tu campo y tú me largas al suyo...? —Se inclinaba hacia delante, los ojos azules fijos en él, el costoso peinado flotando sobre su cabeza. Entonces suavizó la voz—. Voy a confesarte algo: antes, eso me gustaba. Me encantaba que os pelearais por mí. En serio... Y te puedo asegurar que no era por satisfacer mi ego. Bueno, no *solo* por eso. Quería veros sacar las uñas porque sabía... Sabía que cuando firmarais el tratado de paz, me miraríais y diríais: «Ah, pero ¿sigues ahí, Susana...?». Hace tiempo que me he dado cuenta de que solo me necesitáis cuando sois enemigos... —Rulfo bajó la vista hacia su copa. Ella seguía hablando, cada vez más alterada—. Y ahora, ¿qué ha pasado...? Pues que has venido tú con tu maravillosa aventura, y él ha dicho: «¡Fantástico! ¡El consuelo de mi jubilación...!»». Y de nuevo os dais la mano y yo sobro, ¿no...? Bien, pues he aquí la gran noticia: no voy a permitir que sigáis jugando conmigo. En el fondo, César cree que soy esa clase de mujer que se acuesta con el que más dinero tiene. Pero le enseñaré que su dinero

me importa una mierda, y su casa y sus aventuras, otra —guardó silencio un instante, o, más exactamente, dejó de hablar sin guardar silencio: sorbía por la nariz, respiraba con fuerza. Rulfo recordó que César llamaba a esos gestos «los neumas del dolor»—. Ahora dime sinceramente si todo esto tiene algo que ver con vuestro maravilloso viaje por el túnel del terror. Eso me tranquilizaría bastante.

Rulfo optó por responder a una pregunta distinta, que ella no había formulado.

—César no ha dejado de quererte, Susana. Estoy seguro de que solo desea mantener la distancia una temporada.

Ella lo miraba con ojos dilatados. Súbitamente, Rulfo se vio asaltado por un recuerdo: el día en que habían hecho el amor en el suelo del ático, aprovechando una ausencia de César, y él la había abrazado por detrás presionando sus senos mientras la besaba en el cuello.

—¿Tiene relación con vuestro asunto? —insistió ella.

—No, que yo sepa. En Barcelona lo único que hicimos fue visitar a un hombre enfermo. No encontramos nada. Creo que César se ha olvidado del tema.

—Entonces, ¿qué crees que le pasa?

—No lo sé, pero, sinceramente, no creo que te oculte nada.

Rulfo no la miraba al hablar. Confiaba en que se tragaría sus palabras, igual que se había tragado las de César. *Debemos protegerla los dos*. Pero, tras un silencio, ella dijo algo inesperado:

—He averiguado cosas sobre Lidia Garetti. —Lo miraba fijamente. Rulfo se esforzó por mostrar indiferencia—. Te van a parecer muy reveladoras. Hablé con una de mis amigas periodistas. Me aclaró que la pobre Lidia era una jovencita millonaria que cumplía todos los requisitos para ser la típica hija de papá: solitaria, rica, heredera de una fortuna fabulosa que no sabía cómo gastar, aficionada a las drogas y las crisis de nervios, en tratamiento psicológico... ¿Te imaginas a una bruja neurótica...? Por favor, Salomón, Lidia no era ningún ser sobrenatural sino una soltera millonaria que vivía esperando a su príncipe azul. Desgraciadamente, la visitó el príncipe negro. Pero las burradas que le hizo ese psicópata drogadicto son similares a cualquier otra burrada de la historia. No hay más misterios. No hay nada más... Te juro que... —De repente fue como si dejara caer una máscara: sus cejas se hicieron arrugas, los labios se convirtieron en mucosas trémulas—. Salomón, tengo miedo... —Tendió los brazos como si deseara ser aferrada antes de caer a un abismo. Rulfo la acogió sin aspereza—. ¡Tengo mucho miedo...! Siento... No sé muy bien qué... pero te juro que, en el fondo, no me río de lo que está ocurriendo... lo que nos está ocurriendo a *todos*... ¡No quisiera que le pasara nada malo a César! ¡Ni a ti...! ¡Ni a ti...!

—Susana, cálmate... —Le apartó la cara y la miró a los ojos—. No va a ocurrirle nada malo a nadie.

De repente, sin transición,

cruzó

vio sus labios aproximarse.

cruzó las puertas

—No, Susana... —murmuró dentro de su boca.  
Pero comprendió cuánto necesitaba extinguir su propio miedo  
cruzó las puertas de cristal  
con el temblor de otro cuerpo.

Cruzó las puertas de cristal, flanqueadas por pequeños abetos, atravesó el vestíbulo, avanzó por oscuros pasillos y llegó hasta la puerta con el número trece escrito sobre ella. De repente comprendió algo. Si aquello era una clínica, como así creía, entonces ésa era la habitación del paciente del acertijo de Lidia.

Se apresuró a abrirla y entrar.

Pero quien allí le aguardaba era la misma (*hermosa*) criatura (*horrible*) con aspecto de niña que ya conocía. Esta vez estaba desnuda, con el símbolo de la hoja de laurel lanzando destellos sobre su pulcro y asexuado torso.

—Bienvenido, señor Rulfo.

Pensó que habría podido escribir cien versos contemplando aquel rostro. Pero, con idéntica certidumbre, supo que los habría arrojado al fuego después de escribirlos si se hubiera percatado, como en aquel momento estaba haciendo, de la espantosa *ausencia de sentido* que evocaba aquella belleza. Era como despertar un día y descubrir que la persona que duerme a tu lado tiene la piel de madera, o que el semblante mil veces soñado es una máscara de cartón.

—Mañana por la noche iré a esa cita —dijo Rulfo con desprecio—. Os entregaré la imago y nos dejaréis en paz. —La dama continuaba mirándolo sin modificar la sonrisa—. Pero, si nos hacéis daño... Si le hacéis daño a Raquel o a su hijo, a César o a Susana, os destruiré. Puedes comunicarle eso a tu encantadora jefa.

—Somos coeternas, señor Rulfo —susurró la niña. Su voz evocaba el eco de las piedras removidas por las olas—. Existíamos *ab initio*. Esto es un sueño, pero ni en sueños se le ocurra destruirnos.

—Haré algo más que soñar: encontraré a la número trece, vuestro punto débil. La encontraré, y acabaré con vosotras.

—Es muy fácil encontrarla. Está *aquí*.

De repente había ocurrido algo. La niña había desaparecido. En el espejo volvía a alzarse la imagen de Lidia Garetti. Su cuerpo aparecía mutilado.

—Aquí —repitió Lidia, y sus ojos gotearon sangre—. El paciente de la habitación número trece. Búscalo.

Y de improviso, Rulfo sintió que había alguien más dentro de la habitación. Lo sintió como hubiese podido sentir el frío al introducir la mano en un congelador. *El paciente de la habitación número trece*. Se dio la vuelta lentamente, incapaz de recordar cómo se respiraba, qué debía hacerse para pensar. La mera posibilidad de contemplar aquella nueva presencia, fuera lo que fuese, le aterrorizaba más que todo lo vivido hasta entonces.

Pero quien había a su espalda era, otra vez, la niña. Ahora se hallaba de pie en el techo como una lámpara suave. Su cabello semejaba una escultura de oro vertical. Lo observaba desde allí

con ojos como dos lunas con halo o un planisferio iluminado desde dentro. Entonces abrió la boca (él pudo atisbar su úvula negra, bodocal).

*No falte a la cita, señor Rufo. Le esperamos.*

y todo su cuerpo se transformó en otra cosa.

Rulfo no recordó jamás aquella nueva imagen, pero tan solo contemplarla le produjo una fugaz ablación de la cordura. Despertó gritando, creyéndose loco e incapaz de comprobar que no lo estaba.

Se encontraba a solas en el dormitorio. Susana se había ido ya, aunque la cama aún conservaba un rastro de su perfume. Estaba amaneciendo.

Faltaban menos de veinticuatro horas.

## **VIII. LA CITA**

**E**l lunes, la muchacha no quiso salir de la habitación. La tarde la sorprendió aún en la cama, con la cara oculta entre las manos. Había pedido que le subieran la cena y se había negado a que limpiaran el cuarto. Sabía que los empleados del motel empezaban a preguntarse cosas pero no le importaba. Su angustia era excesiva.

La simple, fantástica posibilidad de que siguiera vivo le resultaba insufrible. Solo pensar en su odioso semblante le provocaba náuseas y erizaba su piel. Comprendía, sin embargo, que estaba dejándose llevar por un temor absurdo: la persona que había visto a través del espejo el día anterior se le parecía, sí, pero *no podía* ser él. Aquel hombre estaba muerto. Ella misma lo había matado.

No obstante, ahora sabía que había algo peor que Patricio.

Los recuerdos se habían abierto paso en su interior con la fuerza del sol en una habitación polvorienta. Al principio había creído que eran sueños, como los de Lidia, pero comenzaba a relacionarlos con experiencias de una vida remota, aunque cierta. Su propia vida.

Patricio no había sido el único responsable: alguien lo había manipulado para dañarla a ella, alguien que se hallaba tan pendiente de que sufriera como un amante lo hubiese estado de complacerla. Era un *titiritero* que manejaba los hilos desde la oscuridad y se había propuesto no dejarla nunca en paz, perseguirla y atormentarla dondequiera que se ocultase. Su principal entretenimiento durante los últimos años había consistido en verla en manos de «clientes» sin nombre que gozaban humillándola. Eso había sido, para aquel que lo controlaba todo, puro juego.

*Pero ya es hora de jugar a cosas más interesantes, ¿no crees, Raquel?*

Ignoraba quién (*o qué*) era su verdadero torturador, pero le temía. El niño se recostó a su lado. La muchacha tomó su pequeña mano y la mantuvo apretada largo rato, en silencio, sintiendo que el calor y la fuerza de su hijo penetraban en ella como inoculados en su sangre. Levantó la cabeza y sonrió. El niño le devolvió la sonrisa haciéndola parpadear como si hubiera recibido una luz.

Por un instante permanecieron inmóviles unidos por aquel débil vínculo de sus manos entrelazadas, y la muchacha sintió que no estaba sola. Contemplando la carita triste y pálida que la miraba, supo que lucharía con todas sus fuerzas, fuera cual fuese la amenaza. Había llegado hasta allí con su pequeño, y así seguiría. Decidió que resistirían. Nadie volvería a hacerles daño.

En ese instante llamaron a la puerta. Pensó que sería la cena. Se incorporó, se apartó el pelo

de la cara.

—¿Sí?

Volvieron a llamar.

—¿Quién es?

Los golpes cesaron, pero nadie respondió.

*No abras.*

Había anochecido. El frío y la oscuridad se habían hecho más amplios. La muchacha se levantó de la cama sin dejar de mirar hacia la puerta. El niño, tenso como un arco, se abrazó a su cintura.

Lo que más temor le producía era aquel silencio. Pensó en cualquier posibilidad, incluso que fuera la policía. Pero, fuera quien fuese, ¿por qué no respondían?

—¿Quién es, por favor? —exclamó, a punto de llorar.

*No abras. No abras.*

Entonces, la puerta

la noche

se abrió.

Lenta y limpiamente, sin un ruido, como si se tratase de una hoja de papel. La muchacha y el niño contemplaron con ojos dilatados el oscuro umbral.

No había nadie.

*Quiere asustarnos.*

Tragó saliva. El tiempo se hizo eterno. Por fin encontró valor para moverse. Sin dejar de abrazar a su hijo, se acercó al umbral. Su corazón latía con fuerza. Contempló el pasillo, las escaleras, las puertas de las demás habitaciones.

Nadie. Todo estaba a oscuras.

la noche era completa

Pensó que quizá podía tratarse de un error: alguien había llamado a la habitación equivocada y luego se había marchado al darse cuenta. Y la puerta, probablemente, había estado abierta desde el principio y, con los golpes, se había desplazado. Volvió a cerrarla y encajó el pestillo. El niño seguía tenso. Intentó calmarlo abrazándolo con fuerza.

—Todo está bien —le susurró—. Todo está bien.

La noche era completa. Solo las luces del coche la interrumpían pintando paredes recubiertas de hollín, ventanas de cristales rotos y una verja metálica. Era un viejo almacén textil abandonado en una comarcal del sur, sin duda destinado a la demolición, quizá porque, tiempo atrás, había sufrido un incendio. No había tardado en encontrarlo. Estacionó junto a la verja y salió del coche.

Una oscuridad de borracho llenaba el mundo, una tiniebla torpe y adormecedora atravesada por la ña plateada de una débil tajada de luna. No había rastro de luces o construcciones en las proximidades. Un solo automóvil desfiló por la carretera cuando él bajó del suyo, como si

hubiese venido siguiéndolo. Rulfo lo miró, pero el vehículo continuó su camino cegándolo momentáneamente.

La verja estaba cerrada con una cadena. Un cartel proclamaba prohibiciones, pero a él ya no le preocupaba infringir la ley. Regresó al coche, lo acercó a la verja todo lo que pudo, trepó al capó, maniobró para pasar por encima sin apoyarse demasiado en los alambres, buscó asidero con el pie y descendió por el otro lado agarrándose a los rombos de metal.

Había estado bebiendo durante un buen rato antes de salir de casa. Se había servido dosis crecientes de whisky mezclándolo con cantidades paralelas de agua, con el fin de trasegarlo deprisa sin sentirse frenado por el inevitable ardor. Ahora se encontraba lo bastante borracho para admitir que sentía bastante miedo. Sus borracheras, como sus miedos, habían sido modestas a lo largo de su vida: esa noche, sin embargo, se alzaban juntos hacia la cumbre. No obstante, se hallaba lúcido, despejado. Era como si en vez de whisky hubiera bebido un anestésico. Se sentía entumecido, no mareado.

La amplia puerta del almacén era metálica y corredera, y produjo un estrépito infernal cuando comenzó a desplazarla.

*La última entrada. El último paso. Lasciate.*

Por un momento, mientras se esforzaba en abrirla, casi soltó una carcajada. Se había acordado de repente de su madre, luego de Ballesteros. Es decir, el hilo de sus pensamientos había sido: su madre, sus hermanas, la necesidad de que alguien lo protegiera y Ballesteros. Se había educado con mujeres, le gustaban las mujeres, a las mujeres les gustaba él y siempre había mantenido una relación intensa con el sexo femenino. Durante su adolescencia, las citas con chicas habían sido innumerables. Ahora acudía a otra. Pero en este caso no se trataba de una sola sino de trece.

Y pensar en todo eso le había hecho acordarse de Ballesteros. Se preguntó qué diría el bueno y racionalista del médico acerca de lo que le estaba ocurriendo. Qué clase de explicaciones inventaría para esas *trece cosas extrañas*.

Cuando los ecos oxidados de la puerta terminaron de disiparse, se limpió las manos con un par de palmadas y se detuvo a examinar el lugar a la escasa luz que llegaba del exterior.

Era una nave amplia, polvorienta, dividida en varias secciones por tabiques derruidos, repleta de un inefable olor a ceniza. El sitio menos adecuado para una cita de amor. *Pero tampoco muy apropiado para los aquelarres*, hubo de admitir.

Empezó a recorrerla sirviéndose de la pared de su derecha como guía. Además de ceniza, flotaba en el aire un hedor a excremento viejo. El sonido de sus pisadas sobre los oscuros escombros le hacía pensar en algo grotesco, surrealista: como si caminara por encima de las camas de una residencia de ancianos pisando pechos de jubilados que se quejaban con estertores. Aunque ni siquiera esto le importó demasiado. El whisky también ayudaba a enfrentarse a los jubilados invisibles.

Decidió detenerse en un punto intermedio. El sitio era grande, y ellas no le habían dicho *dónde* debía aguardar exactamente. Pensó que cualquier lugar serviría.

Sus pies iniciaron un cuidadoso inventario, delimitando un cuadrilátero apropiado para su trasero: sentarse sobre un excremento no le importaba, pero, pese al whisky, intuyó que finalizar el aquelarre en un centro de urgencias recibiendo puntos en el culo por el corte con un cristal o un alambre sería demasiado. Por fin, se deslizó de espaldas a la pared, se posó en el suelo

cuidadosamente y se recostó en el muro. Enseguida le entró pánico pensando que iba a quedarse dormido. Pero no: no se dormiría, pese a su ebriedad. Se encontraba demasiado alerta, demasiado asustado, demasiado niño en la noche de reyes del horror.

Echó un vistazo a la pantalla fosforescente de su reloj. Dentro de treinta y cinco minutos serían las doce. Y habría trece.

La sombra llegó caminando sigilosamente. Observó el coche de Rulfo aparcado junto a la verja y dedujo la forma en que había entrado.

Se acercó al coche y subió al capó.

*¿Cómo aparecerán? ¿En escobas? ¿En limusinas? ¿Como gatos? ¿Como ratas?*

Con la mano izquierda palpó la imago en el bolsillo de su sucia chaqueta. Repasó el plan que había esbozado antes de salir: les entregaría la figura a cambio de una especie de pacto para que respetaran su vida y la de sus amigos. Si era cierto que no podían quitársela, entonces disponía de una baza importante que no pensaba desperdiciar.

En ese instante oyó algo. A su izquierda.

Contuvo la respiración y se volvió. La escasa luz lunar que entraba por los ventanales no le permitió distinguir nada extraño. Quizá se trataba de una forma de vida más pequeña. O quizá eran ellas. Pero aún faltaban más de veinte minutos para la hora. Se puso en pie y esperó sin que sucediera otra cosa.

No, no iba a dormirse.

Cuando se recostó de nuevo escuchó los pasos, ya inequívocos, y la sombra se irguió frente a él como una columna de noche sólida.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Hablaste en sueños. Anoche, en tu puta casa, en tu puto sueño... Yo estaba despierta y te escuché. Quise despertarte, pero no pude. Jamás en mi vida había visto a nadie tener una pesadilla así, te lo juro. Al verte temblar, gritar, y todo eso, pensé... Bueno, pensé que te mearías en la cama, o que me mearía yo. Entonces te oí decir que esta noche acudirías a una cita... No sé con quién coño hablabas o creías hablar, pero no te molestes en decírmelo... Me entró el canguelo y me marché pitando. —Albergó la punta del índice entre los dientes y capturó un pellejo en un gesto típico. Rulfo comprendió que tenía dentro del cuerpo más miedo y alcohol que él. La debilísima telaraña de claridad trazaba líneas sobre su abrigo rojizo—. Pero luego quise saber qué pensabas hacer... Regresé a tu casa y te espí desde una esquina... —Sonrió nerviosa en la oscuridad—. Me sentí como en uno de esos juegos que practicábamos antes con César... Te vi salir furtivamente, cogí el coche y te seguí. Cuando aparcaste aquí, continué por la carretera para que no sospecharas nada. —Rulfo recordó el vehículo solitario que había visto pasar tras él—. Estacioné más lejos y regresé caminando... Y mientras tanto, pensaba... Y recordé lo que habíamos hecho ayer y descubrí el motivo por el que lo habías hecho, por el que habías *respondido* a mis besos y me habías llevado a la cama... —En su voz se percibía ahora

una helada furia—. Querías que me olvidara de vuestro *asunto*, ¿verdad? Querías que siguiera creyendo que se trataba de una simple discusión de pareja. Pero el alcohol, como dice César, es... ¿hagiográfico...? Creo que se dice así. El alcohol inventa historias milagrosas y revelaciones. Y a mí, esta tarde, los gin-tonics me han revelado vuestro magnífico plan... Y ahora sé que lo único que habéis estado haciendo desde que regresasteis de Barcelona es intentar *protegerme*. —Pronunció aquella última palabra con calculado desprecio, en medio de vaharadas de ginebra, y escupió un trocito de piel—. Qué gilipollas, Dios mío. Qué grandes gilipollas sois todos los hombres...

—No debiste venir. No debiste seguirme hasta aquí.

—¿Es que crees que me importa un pimiento lo que os traéis entre manos? —estalló Susana. Sus palabras despertaban ecos difusos en el interior de la nave—. ¡Esto es un almacén vacío, Salomón...! ¿Qué coño esperas encontrar en este puto lugar? ¿Os habéis vuelto locos los dos?

De pronto, Rulfo se sintió ridículo discutiendo en aquel sitio oscuro y polvoriento con olor a excrementos de rata. No era ésa la idea que se había hecho del encuentro decisivo de su vida. La sensación de irrealidad que llevaba experimentando en los últimos días le invadió. Susana, con su abrigo rojo y su olor a perfume, parecía la voz de la lógica, de la prosa cotidiana: no había bruja capaz de enfrentarse a eso. ¿Qué era, verdaderamente, lo que él esperaba que sucediera cuando dieran las doce?

Entonces recordó a Rauschen torturado en la habitación vacía.

Algo le decía que lo imposible podía ocurrir en cualquier momento, y que ella no debía encontrarse allí cuando sucediera.

En su reloj, los números destellaban con terrible claridad: 11.57...

—Escúchame: ahora mismo cogerás el coche y regresarás a Madrid. ¿Me has oído...? Vas a marcharte ya. ¡Vete a casa de César, si quieres, haz las paces con él, pero lárgate...!

—Me das miedo —afirmó ella.

—Es lo que pretendo.

11.58... Miró hacia la oscuridad que los rodeaba. Nada parecía haber cambiado.

—Salomón... —La voz de Susana se había suavizado—. ¿Sabes una cosa? No me importa haber peleado con César... Sé que se ha dejado influir por tus extravagancias, pero no voy a abandonarte ahora. Anoche... cuando hicimos... todo lo que hicimos... tuviste una pesadilla horrible... No creo en brujas, pero sé que te ocurre algo grave, y no voy a dejarte solo... Te contaré una cosa que no sabes: varios amigos me han hablado de ti estos últimos años... Esa novia que tuviste... —Rulfo se quedó muy quieto, mirándola—. Pasó algo con ella, ¿verdad...? Algo muy doloroso, que te afectó. Y eso te hizo cambiar. De modo que no voy a dejarte solo. Ya puedes buscar una excusa para cuando comprobemos que el fantasma no aparece.

—Susana...

La abrazó casi sin pensar en lo que hacía. Apretó su cuerpo contra el suyo mientras la sentía sollozar. Se preguntó si sería cierto lo que ella decía. ¿Acaso la muerte de Beatriz lo había vuelto propenso a dejarse llevar por absurdas fantasías sobre brujas?

—No te dejaré... —decía ella—. Ya no te dejaré nunca...

Un débil pitido procedente de su reloj le anunció que la hora había llegado. Aún abrazado a Susana, miró a su alrededor con el miedo en el rostro. Pero todo seguía a oscuras y en silencio. Solo se escuchaba la respiración de ambos. Si las damas rondaban cerca, eran tan tenues como

los rayos de la luna. Tomó la cara de Susana entre las manos y le sonrió. Ella, con los ojos brillantes, le devolvió la sonrisa.

—De acuerdo. Te diré lo que vamos a hacer. Nos marcharemos juntos... Iremos a casa de César, hablaremos con él y... —De pronto, el rostro de Susana quedó rígido bajo sus manos, su sonrisa se esfumó, los ojos se perdieron en los párpados hasta mostrar el blanco de las escleróticas—. ¿Susana...?

—Señor Rulfo —dijo entonces ella, con otra voz.

Rulfo sintió una brusca andanada de escalofríos y retrocedió. Había reconocido aquel tono: era el oleaje repleto de infinitos ecos con que la niña le hablaba.

—Sígueme, señor Rulfo.

El cuerpo de Susana dio media vuelta, tembloroso, los ojos aleteando sin pupilas, y comenzó a caminar tambaleante como si no fuera más que una muñeca a la que una niña gigantesca hubiese cogido para trasladar de un sitio a otro. A Rulfo le recordó la forma de andar del cadáver de Rauschen.

—Sígueme —repitió la voz.

Avanzó detrás de aquella figura hasta el fondo del almacén. Fue un trayecto terrible y enloquecedor que realizó como si estuviera inmerso en una pesadilla. Entonces las vio. Tan sencillo como eso.

Un círculo de mujeres desnudas de pie sobre la desolación de los escombros, cogidas de la mano, inmóviles en la oscuridad.

El hecho de contemplarlas por fin en la realidad no le alivió. Por el contrario, le produjo una sensación de impotencia, de indefensión, como si de repente hubiese comprendido que ya no servía ninguna excusa: ni la locura, ni la pesadilla, ni el engaño. Allí estaban, frente a él. Las damas. Eran *reales*, como los versos. No había remedio.

Entonces, al acercarse más, se dio cuenta de que carecían de rostro y de pelo, y sus articulaciones se hallaban segmentadas por hendiduras tajantes. Comprendió que eran maniqués, muñecas de tamaño natural, figuras de escaparate sin ropa ni peluca colocadas en círculo en el interior de aquel almacén. Desconcertado, se volvió hacia Susana.

—¿Dónde estáis?

—En realidad, estamos aquí —dijo la voz, tan carente de expresión como el rostro del que emergía—. Pero la realidad es grande, señor Rulfo. Entréguenos la imago.

—¿Cómo sé que después nos dejaréis marchar?

—Entréguenos la imago —repitió la cosa, y extendió la mano con la palma hacia arriba.

—No —dijo Rulfo—. No hasta que abandones el cuerpo de Susana y la dejes irse.

Escuchó un aleteo de palabras. Un suavísimo verso (quizá Mallarmé, no logró identificarlo) se deslizó hacia él como una serpiente áspid, hermoso, francés, culebreante. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, la figura de cera salió disparada de su bolsillo y cayó en la mano de Susana, que cerró el puño. Rulfo dio un paso adelante, confuso.

—No puedes quitármela... ¡No puedes tener la imago si yo no te la doy!

—Cierto. —La cosa que hablaba por la boca de Susana abrió la mano: una pequeña llama incendiaba la figura—. Pero esto *no es la imago*.

A la luz de aquella llama Rulfo pudo distinguir la cera derritiéndose.

Y, mientras el mundo perdía por completo las dimensiones para él, contempló la figurita que

apareció debajo, tan semejante a un soldado de plástico.

## **IX. LA MANSIÓN**

**E**l ruido la despertó enseguida. Un rumor leve pero inequívoco, como si alguien hubiera entrado en la habitación.

Recordó que la puerta y la ventana se hallaban bloqueadas: después de lo ocurrido el día anterior, ella misma las había reforzado con las sillas y el pequeño escritorio. Nadie hubiese podido penetrar por sorpresa en el reducido espacio de aquel cuarto de motel, de eso estaba segura.

Sin embargo, alzó la cabeza y miró hacia la oscuridad. Antaño, Raquel no se habría preocupado más y hubiera intentado conciliar el sueño, pero ella ya no era Raquel del todo: ahora era alguien que sabía que los ruidos en la oscuridad son peligrosos.

Rastreó con la mirada todo lo que le permitían las tinieblas. No quería encender la luz para no despertar al niño, que dormía a su lado. No vio nada extraño y pensó que el ruido podía proceder de otra habitación. En ese instante sintió que el pequeño se incorporaba, tenso. Su sueño era tan tenue como el de ella.

—Sssh —murmuró, acariciándolo—. No pasa nada.

No deseaba asustarlo innecesariamente. Además, lo más probable era que, en efecto, se tratara de una falsa alarma. Pero prefería cerciorarse del todo.

Con cuidado, sin dejar de abrazar al niño, tanteó con la otra mano en la mesilla hasta dar con el interruptor de la luz. La repentina claridad la hizo parpadear.

Patricio se encontraba de pie frente a ellos, con los brazos cruzados. Vestía como siempre: cazadora y vaqueros, todo muy nuevo y relativamente limpio. Entre el bigote y la perilla se curvaba como una navaja su amplia sonrisa.

Paradójicamente, tras el horror inicial, verlo allí, saludable e íntegro, casi le devolvió la tranquilidad. *Estoy soñando*, fue lo primero que pensó. Intentó incorporarse, pero, fuera un sueño o no, la aparición alargó la mano, atrapó su tobillo con fuerza desconocida y brutal y tiró de ella sacándola de la cama y arrojándola al suelo. El golpe contra la moqueta fue muy real, y durante un segundo la muchacha no reaccionó.

Entonces oyó el grito del niño.

Se incorporó y vio que Patricio lo había cogido del cuello como se cogen las serpientes y lo alzaba en vilo, dejándolo forcejear en el aire.

La muchacha ignoraba si aquello seguía siendo una pesadilla, pero no titubeó más: se levantó, cogió la lámpara de la mesilla y, por un instante, la luz entre sus manos se convirtió en

un relámpago mudo y rebotó en las paredes. El hombre repelió su ataque con inmensa facilidad y la pantalla saltó por los aires.

—Buen golpe —dijo Patricio sonriendo.

Descargó el puño a su vez, y la muchacha recibió en el pecho un impacto que le cortó la respiración. Boqueando, retrocedió hasta dar contra la pared y cayó al suelo. Entonces Patricio se acercó, sujetando al niño todavía, y se inclinó sobre ella. La luz volcada de la lámpara otorgaba a su semblante un teatral aspecto de diablo.

—Has intentado engañarnos, Raquel. Le diste a ese estúpido una figura falsa y has escondido la verdadera. No es buen momento para jugar.

La muchacha lo miraba con ojos desorbitados, buscando en vano algún tipo de máscara, de disfraz.

—¿Te sorprende verme...? Bueno, la verdad es que no me dejaste en buen estado, lo confieso. Pero todo tiene solución en esta vida: un amigo me visitó cuando tú te marchaste y me devolvió... la estabilidad. Lo cual no significa que *no me doliera* lo que me hiciste... —En ese instante su rostro adoptó el color rubí de un buen vino y se cubrió de ampollas de quemadura reciente—. Me dolió más de lo que supones... —Sus ojos reventaron simultáneamente, como globos en una fiesta, anegando de sangre las cuencas y derramándose sobre ella. En su pantalón estalló un clavel líquido—. ¿Por qué apartas la cara? Fuiste tú la que me hiciste todo esto... —El voluminoso cuello se abrió como una segunda sonrisa bajo la primera y brotaron arterias, nervios y músculos. La sangre se coaguló, la piel se hinchó y adoptó otra tonalidad. Empezó a heder—. Pero ¿sabes qué? —El cadáver de Patricio se descomponía ahora ante sus ojos a ritmo acelerado. La lengua, azul e inflamada, apenas podía moverse en el interior de la boca—. *Algg-gguien me ayudó a regg-gresar...* —Con una mano se abrió la cazadora. La muchacha pudo ver las palabras escritas en su torso: *Los novios sean novios en eternidad.*

Junto a Patricio, en la habitación, había aparecido otra persona. Unas gafas negras y una sonrisa segmentaban su rostro. Cuando tendió la mano hacia ella, la muchacha lanzó un último grito.

Hubo un momento en que creyó que estaba de pie. Le pareció muy extraño ver, por tanto, sillas en las paredes. Luego despertó del todo y giró en el océano sólido de una cama. Escuchaba los latidos de su corazón y el cristal rítmico de un piano remoto.

No sentía dolor ni malestar. Vestía su ropa de siempre. Se hallaba en una habitación grande y decrepita. El último lugar donde recordaba haber estado era un sucio y oscuro almacén de las afueras de Madrid, e ignoraba dónde podía encontrarse ahora y cómo había llegado hasta allí. Se levantó y se acercó a la ventana. Una tupida red de árboles se abría paso a lo largo de un jardín otoñal. Más allá lucía el sol.

Pensó que la puerta estaría cerrada, pero no lo estaba. Al abrirla, Chopin invadió sus oídos. Advirtió unas escaleras que descendían. Las bajó y desembocó en un salón. Una muchacha, de espaldas a él, se enfrentaba a la dificultad de un teclado clásico. Su pelo era una cascada rubia que llegaba a ocultar el taburete donde se sentaba. La otra persona era una señora madura y corpulenta, con gafas de montura metálica, jersey crema y falda lisa, que animaba una vieja mecedora. Al ver a Rulfo se levantó presurosa.

—¡Señor Rulfo, qué alegría conocerle!

Le tendió la mano. Él se la estrechó y notó vello en el dorso. Parecía un hombre travestido. Su maquillaje de albayalde espeso rozaba lo ridículo, con labios muy rojos y pestañas derrochando rimel. La peluca, de color castaño oscuro, ondulaba en pequeños bucles. Sobre sus orondos pechos brillaba una especie de broche: la cabeza de una cabra, quizá. Hablaba en perfecto castellano con cierto deje francés y timbre chirriante, afeminado.

—¿Me concedería parte de su tiempo para enseñarle la casa? Venga conmigo... Cuidado con esa silla...

La muchacha del piano había dejado de tocar y lo miraba en silencio. Rulfo, aún confuso, siguió los rápidos pasitos de la mujer obesa. Atravesaron el salón y accedieron a una especie de porche de piedra con techo de artesonado lacunar. Daba a un espléndido jardín. Un sinfín de mariposas lo visitaba en un silencio excelso. Eran un verdadero enjambre. El sol cenital denunciaba el mediodía.

—Todavía está un poco mareado, ¿no...? Es comprensible... Pero apresúrese... ¡Hay tanto por ver...! Esta mansión es enorme... Yo soy la encargada de atender, de recibir, de orientar... Soy la adoratriz, podríamos decir. Mire, en esa zona —señaló mientras caminaban— hay naranjos. Tenemos buenas naranjas. También piedra labrada. Ninfes y fuentes secas. Lápidas. Y un obelisco a la entrada, al otro lado, con relieves en egipcio copto. Los paisajes que nos rodean son los más bellos de Provenza...

*Provenza*, pensó Rulfo. *La sede de Provenza, la mansión donde se reúnen*. Ignoraba cómo lo habían llevado hasta allí y cuántos días habían transcurrido.

—El jardín tiene un *topiary* de boj que desde aquí no puede verse. Está cerca del obelisco. También hay una estatua sedente de una diosa de largo cabello con un verso de Rosetti grabado en la base... Ah, y un templete bastante antiguo... En esta ala se encuentran los rapsodomas. ¿Ha visto cuántas mariposas...? En los sótanos hay cámaras destinadas a uso particular, pero en las festividades solemos reunirnos en el jardín, alrededor de un cenador precioso... Por cierto, esta noche habrá fiesta. La verdad es que venimos muy poco. En caso contrario, lo tendríamos todo mejor cuidado.

—¿Dónde está Susana? —preguntó Rulfo, luchando por aclarar sus pensamientos.

La mujer se detuvo y lo miró con expresión azorada, casi cómica.

—No diga esas cosas, por favor. Seamos discretos. Esta noche podremos hablar con calma. Mientras tanto... —Se puso un dedo en los labios. La uña tenía color de fresa—. Chitón. Lo mejor es reservarse. Aquí, las paredes oyen. De hecho, a veces hasta responden. —Rió mostrando una dentadura teñida de carmín—. ¿Puedo apoyarme en su brazo...? Gracias. Me duelen los pies una barbaridad. Estos zapatos me están matando... Ah, mire, un rapsodomo. —Indicó el interior de una cámara sin ventanas cuya única puerta se abría a la galería. Dentro había oscuridad, pero podían distinguirse densos cortinajes y suelo alfombrado. Rulfo pensó que era una réplica bastante fiel de la habitación azul de Lidia Garetti. Las mariposas entraban y salían de ella como confeti policromo—. En el interior de los rapsodomas el recitado sale mucho mejor, porque el sonido es más puro... Esta casa es un panal de habitaciones vacías... ¿Sabe que me gusta su barba, caballero...? A mí me habría encantado tener una barba así, pero también unas tetas más pequeñas. Lamentablemente, lo único que he conseguido es un trasero más o menos digno. Es bonito pasear con usted. Deberá prepararse para la fiesta. Y espero que me pida

el primer baile, ¿prometido...?

—¿Qué fiesta?

—¿No se lo dije ya? —La mujer parecía repentinamente irritada—. ¿O es que no me escucha...? ¡Odio que no me escuchen...! ¡La fiesta de esta noche...!

—¿Raquel también está aquí?

—Es usted un burro. Muy guapo, pero muy burro. Le suplico que no insista más.

La mujer dobló la esquina en el recodo final tirando del brazo de Rulfo. El jardín y la galería proseguían, pero su guía se detuvo ante una puerta cerrada, sacó una llave y la abrió, revelando una reducida cámara con hedor a aseo público. Parecía, en verdad, un cuarto de baño que no hubiera sido limpiado durante meses. En las tinieblas del fondo se removía una sombra.

Era Susana.

Rulfo se apartó de la extravagante mujer obesa, entró en la cámara y se arrodilló junto a ella.

—¿Te han hecho daño?

Susana negó con la cabeza. Se mordía las uñas. Su ropa estaba sucia y el abrigo rojo había sido arrojado a un lado, pero ella parecía indemne.

—Me sabe mal tener que abandonarles —dijo la mujer en tono cantarín, de pie en el umbral—, pero... ah, el deber es el deber. Y yo soy la encargada de prepararlo todo. Qué calor dan estas enaguas... Les veré por la noche, en la fiesta. Recuerde que me ha prometido el primer baile —agregó, y se marchó cerrando la puerta con dos vueltas de llave.

Existían hendijas en las paredes que dejaban pasar la luz, de modo que la oscuridad no era completa, pero el aire viciado de la reducida cámara resultaba agobiante. Rulfo se quitó la chaqueta y se sentó en el suelo, junto a Susana.

—¡Es asquerosa...! —murmuró ella, mordiéndose los dedos—. ¡Me... Me da náuseas esa tía...!

—Y a mí.

—¡Es una babosa! ¡Es repulsiva! ¡Es...! —Cambió de dedo y eligió el meñique. Mordió desesperadamente.

—No van a hacernos nada, Susana, tranquilízate. Solo quieren la figura... Esa figura que sacamos del acuario, ¿recuerdas lo que os conté...? Solo quieren eso. Luego nos dejarán libres.

Se preguntaba por qué Raquel le había mentado. Estaba seguro de que había sido ella la que había fabricado la imago falsa con uno de los muñequitos de plástico de su hijo y cera derretida. Recordó las velas consumidas que había visto en su casa y la frase del niño refiriéndose a sus figuritas: *Falta una*. Pero ¿por qué lo había hecho? ¿Y por qué no le había dicho nada?

Se volvió hacia Susana pensando que en aquel momento lo que importaba era tranquilizarla.

—No te muerdas más los dedos, te vas a hacer daño...

—Nnnno...

—¡Tienes que controlarte! —Se enfadó Rulfo, quitándole la mano de la boca.

La reacción de ella le sorprendió: se soltó con un violento tirón y llevó de nuevo los dedos de la mano derecha a los dientes, como un depredador hambriento al que hubiesen intentado apartar de la comida.

—Me han hechhhho algggggo —masculló mientras mordía, señalando su vientre con la otra mano.

Rulfo sintió un golpe de hielo en las entrañas. Alzó el borde inferior del jersey de Susana y se

inclinó. Pese a la relativa oscuridad, la alimaña del verso, negra y brillante, aferrada a la piel blanca, era legible.

*O rose thou art sick*

William Blake. A César le apasionaba Blake, el misterioso poeta y grabador inglés. ¿No había sido inspirado por Maleficiae, la número seis, la dama andrógina del símbolo del macho cabrío? ¿Era ése el símbolo que había visto colgando del cuello de la mujer pintarrajeada? Pero en aquel momento tales datos no le preocuparon.

—¿Cuándo te lo escribieron?

Ella contestó entre gañidos, clavando los dientes en las uñas de los dos dedos centrales.

—... despertarmmmme... Aquí...

—¿Y, desde entonces, no puedes... parar... de morderte? —Rulfo le palpó el resto de los dedos de aquella mano y se estremeció: el pulpejo bajo las uñas, hinchado y carnoso, estaba casi descubierto y sangraba; los dedos se agitaban como pequeños animales ciegos.

Intentó pensar con rapidez. Solo Dios sabía hasta dónde podía llegar el poder de aquella filacteria. Solo Dios sabía cuándo *cesaría*. Un reguero de sudor helado le corría por la espalda.

—Escúchame atentamente, Susana... Tranquilízate y escúchame. —Ella asintió con la cabeza sin abandonar su minuciosa tarea—. Los versos producen cosas. ¿Recuerdas lo que César nos contó sobre el poder de la poesía...? Te han escrito un verso y eso te obliga a... a que hagas lo que estás haciendo. ¿Me has entendido...? —Ignoraba si lo estaba explicando bien y tampoco sabía por qué debía explicarlo. Pero le parecía vital que ella razonara lo que le sucedía. Susana asintió de nuevo—. Bien, entonces vamos a hacer algo: te ataré las manos a la espalda, ¿de acuerdo...? No te haré daño, te lo juro.

Mientras hablaba, Rulfo cogió su chaqueta. Pero las mangas no eran muy largas. Entonces observó el abrigo de ella en el suelo. Tenía cinturón. Eso serviría. Se volvió hacia ella.

—Vamos, dame las manos... Susana, ¿me oyes...? Dame las manos...

Ella asentía sin obedecerle. Comprendió que tendría que emplear la fuerza. Le apartó a duras penas los dedos de los dientes. La escasa luz de la celda bastó para mostrarle que los destrozos habían llegado ya hasta la piel de las falanges. Susana debía de estar sintiendo un dolor atroz, pero, pese a todo, se opuso desesperadamente a su intento. Forcejeó, persiguiendo la mano con la boca abierta. Él le sujetó los brazos y la hizo girar hasta colocarla bocabajo. Entonces cogió el cinturón y le ató las muñecas a la espalda apretando bien el nudo, aunque se aseguró de que no le impedía la circulación de la sangre. Cuando todo terminó, le acarició el rostro sudoroso y despejó el cabello de su frente.

—¿Estás mejor?

—Suéltame.

—Susana...

—¡Suéltame suéltame suéltame suéltame *suéltame suéltame suéltame*...!

Un repentino llanto la interrumpió.

—Susana, escúchame: vamos a hablar, hablemos un rato, ¿de acuerdo? —Volvió a subirle el jersey, empapó la mano en saliva y la frotó sobre el verso. Sabía que era un intento inútil, pero

no se le ocurría otra cosa—. Vamos, hámblame, dime algo...

—No quiero mordeeeeerme... —sollozó ella.

—Claro que no. Y no lo harás. Confía en mí.

—Salomón, eres el mejor hombre del mundo —la oyó murmurar—. El mejor de todos. Eres... ¡Por Dios, Salomón, déjame una sola mano libre! ¡Por favor, *voy a volverme loca!* ¡Una sola mano...!

—Sssh, calma. Sigamos hablando. No estoy de acuerdo contigo: soy un egoísta... —El verso estaba casi borrado, pero seguía sin creer que ello sirviera de algo. Supuso que lo importante a partir de aquel momento era distraerla—. Y tú ni siquiera eres egoísta. Te lo demostraré. ¿Sabes por qué estás aquí? Porque te preocupaste por mí. Escuchaste lo que dije en aquella pesadilla y decidiste... —La voz se le quebró en mitad de una palabra. Reprimió un sollozo—. Decidiste seguirme... Estabas preocupada por mí...

—Te amo... —dijo Susana con un hilo de voz, temblando como una drogadicta en abstinencia—. He vivido con César todos estos años, pero nunca he podido olvidarte... Lo que ocurre es que... él podía darme la vida que yo quería... ¿Comprendes...? ¿Es tan malo eso...?

—No es malo, no es malo. En absoluto.

—Debía elegir, y lo elegí a él... ¡Pero te juro que, desde entonces... pienso... todos los días... que no he sido sincera...! Ahora quiero serlo y que tú me comprendas... ¡Sobre todo, que tú me comprendas...! —De repente alzó la cabeza y habló con furiosa rapidez—. Salomón: suéltame o te mataré. No puedo aguantar más. Lo necesito. ¿Me oyes...? ¡¡*Son mis putos dedos y puedo hacer lo que quiera con ellos...!*

—Son tus dedos, pero no eres tú —repuso Rulfo con calma.

—¡¡*Suéltame, jodido cabrón...!* ¡¡*Suéltame, cabrón cabrón hijo de puta suéltameee...!*

Los gritos lo ensordecían. La vio dar varias vueltas en el suelo lanzando dentelladas al aire. Parecía un perro rabioso, una fiera de las que cazan los científicos para colocarles alguna placa en la pata. Hacía desesperados esfuerzos por desatarse, y Rulfo estaba seguro de que acabaría consiguiéndolo tarde o temprano. Por fin dejó de luchar y quedó tendida boca arriba, jadeando. Sus ojos relampaguearon hacia él.

—Solo un dedo... Uno solo... ¡*Por piedad, de-de-de-de-déjame unno...!*

—De acuerdo —dijo Rulfo agachándose—. Un dedo, ¿de acuerdo? Uno solo.

Sin previo aviso estrelló su puño contra la mandíbula de ella.

luz

Había calculado la fuerza del golpe. No creía haberle hecho mucho daño. Ahora estaba inconsciente. Mientras la contemplaba, se echó a llorar.

Luz.

Cegadora.

La puerta se había abierto sin ruido, como sus ojos. A su lado, Susana seguía durmiendo con las manos atadas. Un rectángulo de claridad troquelado por una sombra se abrió paso desde el umbral. Entornó los párpados para poder ver.

Era la muchacha que había estado tocando al piano. Llevaba un simple vestido blanco y estaba descalza. Sobre su pecho brillaba una rosa dorada con espinas. Su pelo denso y lacio parecía similar; su mirada era tan hermosa que le hizo sentir pena; su rostro y su cuerpo eran tales que le pareció que se quedaría ciego si ella se marchaba. «Necesitamos la imago para que Akelos sea destruida definitivamente», escuchó la música de su voz.

—No la tengo —dijo él, deseando llorar—. Lo siento de veras... No la tengo... Creí que la tenía, pero me engañaron...

Odiaba a Raquel. Era obvio que aquella zorra astuta lo había traicionado. Gracias a sus artimañas, ahora no podía complacer a la única persona del mundo que lo merecía.

La joven lo miraba con expresión melancólica. Nada que él hubiese conocido o imaginado — el primer recuerdo de su madre, ni siquiera Beatriz Dagger— podía compararse al óvalo del rostro que ahora contemplaba. Hubiera dado su vida por hacerla sonreír. Su sangre. Lo que ella le pidiera. Cualquier cosa, con tal de que aquellos labios se distendieran. Pero no lo hicieron. La puerta de la celda se cerró.

Se encontró de nuevo sumido en la oscuridad. Susana se había liberado del cinturón. Ahora masticaba la mano izquierda. Los dedos de la derecha, incluso a la escasa luz que penetraba por los orificios de las paredes, resultaban visiblemente más cortos. Todo su jersey estaba manchado de sangre.

—Dios mío —gimió Rulfo.

Su intento de separar la presa de los incisivos fue infructuoso esta vez, así como los golpes. Desesperado, gritó su nombre en distintos tonos, suplicante, autoritario, hasta descubrir que nada en ella respondía a aquella palabra. Y cuando observó

de cerca su rostro

comprendió que todo lo que dijera o hiciera sería inútil.

La humanidad había sido desterrada por completo de los ojos y la expresión de Susana Blasco. Rulfo contemplaba, tan solo, una boca trituradora.

*Ouroboros, la serpiente que se muerde la cola.*

Se levantó y pateó la puerta varias veces hasta hacerse daño en el pie. Gritó. Insultó. Descubrió que, si hacía suficiente ruido, no escuchaba la crepitación masticatoria, aquel roer enloquecedor...

Se agotó al cabo del tiempo. Tuvo que acurrucarse en el suelo jadeando, con las manos en los oídos y los ojos cerrados. Intentó evadirse, pensar en algo distinto.

*O Rose*

Recordó la visita de la joven del medallón de rosa. ¿Era Lamia, la número cinco, «la que Apasiona», inspiradora de Keats y de Bécquer? No estaba seguro, pero creía comprender que lo había hipnotizado para que hablase. Lo estaban interrogando, y por eso torturaban a Susana. Pero ¿qué podía él contarles? Ni siquiera sabía lo que había hecho Raquel con la figura.

*thou art sick.*

*Ouroboros.*

*No pienses en eso. Pensemos en cómo salir de aquí, cómo hacer para...*

Escuchó un chasquido distinto. Tuvo que abrir los ojos. Lamentó instantáneamente haberlo hecho.

fiesta

Susana se había despellejado el antebrazo izquierdo y ahora arrancaba la piel cercana al codo. Pero, clavado en el centro de la extremidad desollada, Rulfo atisbó un brillo singular. Un pequeño diamante.

Un diente.

*o rose thou art sick o rose thou art sick sick sick sick sick sick sick sick*

El mundo, de repente, se oscureció para él.

Fiesta.

Habría fiesta esa noche.

Era una habitación lujosamente amueblada. Un dormitorio. Estaba desnudo y aseado, de pie sobre una alfombra. No sabía cómo había llegado hasta allí: lo último que recordaba era aquella nauseabunda celda y... Pero pensó que lo ocurrido con Susana tenía que haber sido una horrible pesadilla. Había dejado de asombrarse de lo vívidos que parecían sus sueños en comparación con la realidad desde que se hallaba en aquella mansión.

En la cama, doblada cuidadosamente como un mantel de gala, reposaba una camisa blanca. Una pajarita negra dormía sobre ella como una inefable mariposa. En una percha, un traje de esmoquin. Estaba seguro de que deseaban que se vistiera con eso. Lo hizo. La ropa le sentaba a la perfección.

Cuando abrió la puerta, un oleaje de viejas melodías, conversaciones, carcajadas y pianos de cola llegó a sus oídos. Bajó las escaleras, y, conforme lo hacía, atisbó un teatro de sombras: cabezas de hombres y mujeres proyectadas por los candelabros. El salón era el mismo donde horas o días antes (no estaba seguro acerca del tiempo transcurrido) lo había recibido la mujer obesa. Ahora se hallaba atestado. Los señores llevaban esmoquin y las señoras vestido largo. Camareros de ambos sexos portaban bandejas. El ambiente era el de una recepción de lujo.

Terminó de bajar las escaleras y se incorporó a la muchedumbre. Distinguió al fondo una puerta de cristal de dos hojas que se abría a una noche reciente donde la luna comenzaba a incorporarse. Una noche poética. Tras la puerta había una terraza con balcón. Un hombre charlaba de espaldas con una mujer cuyo vertiginoso escote posterior convergía en la diminuta uve del cóccix. Cuando Rulfo se acercó, el hombre dio la vuelta y lo miró.

Era César.

—Estoy aquí *ad honorem*, querido alumno. No les pedí venir, claro, pero me incluyeron en la lista.

La explicación le pareció absurda, pero había decidido no sorprenderse por nada y aguardar los acontecimientos. De repente le apetecía fumar. También beber y comer algo. Vio una bandeja de sándwiches cortados en triángulos orbitando frente a él y cogió dos de una pasta que podía ser sobrasada. Luego resultó que no, pero estaba bueno de cualquier forma. César le procuró una copa de champán y él mismo engulló una bayonesa entera, sin morderla, de un solo bocado.

—Quería verte —dijo con fantasmagórica rapidez, como si la bayonesa hubiese desaparecido de su boca por un tragante ancho y oscuro—. Necesitamos hablar, Salomón, ¿no crees? Hacer un resumen de lo sucedido. Recapitular. Volver al principio. Todo esto merece una seria reflexión. ¿Damos un paseo?

Una vereda custodiada por buganvillas invitaba a conocer la oscuridad. Vestidos de esmoquin y con sendas copa de oro burbujeante en la mano, parecían dos empresarios celebrando el éxito de sus negocios.

—¿Conoces el lugar? —César hizo un gesto ampuloso abarcando el jardín—. Es enorme. Yo he estado brujuleando por aquí y por allá. Incontables salones, rapsodomas... Los invitados acuden de todas partes del mundo. Cada uno ocupa su puesto dentro del grupo, pero me han dicho que hay posibilidades de ascenso...

—¿Debo tomármelo como una oferta de trabajo? —inquirió Rulfo.

Por un instante César lo miró. Luego soltó una carcajada.

—¡Oh, no, no, solo son detalles...! ¡Detalles...! —Recuperó una seriedad defectuosa, como si por dentro continuara riéndose—. Por cierto, ¿cómo está Susana?

A Rulfo le costó beber el sorbo de champán que en aquel momento se llevaba a los labios.

—Mal. Muy mal. ¿Acaso no lo sabes?

—¿Saber...? Oh, solo sé lo que me han contado. —César apartó de una patada unos matorrales que estorbaban el paso. El lomo de su zapato soltó chispas de charol—. Sé que está encerrada en algún sitio, por tonta. Sé que no se encuentra en su mejor momento. Sé que no debió acudir a esa cita contigo. Eso es todo lo que sé. Pero, te lo digo *ad pedem litterae*, algunos tienen que pagar y otros pasar factura. No obstante, es posible que la perdonen. A fin de cuentas no es culpable de nada. Depende de nosotros. Toda palabra pronunciada es importante.

La frase trajo consigo el silencio. Continuaron avanzando más allá de los radios de sombra que convergían en la casa. Otros dos invitados (dos pecheras blancas y flotantes en la oscuridad)

se cruzaron con ellos en dirección contraria, casi como si se tratara del reflejo de ambos en un espejo móvil.

—Ellas aún no han venido —comentó César—, pero vendrán. Siempre hacen acto de presencia al final.

—Creo que ya he tenido el gusto de conocer a algunas.

—Yo también. Son las más amables, te lo advierto. Las otras tienen peor humor. Pero es comprensible. Están algo nerviosas. Han sufrido muchos percances. A mí me han hecho un resumen y apenas podía creérmelo. Me alegro de no ser una de ellas, puedo asegurártelo. ¡Oh, ser una de ellas debe de ser terrible...! Ahora se enfrentan a una grave crisis. —Se acercó al oído de Rulfo. Su aliento era un aerosol de champán—. Sospechan traiciones... Líos de ese tipo, ya sabes. No pueden fiarse de nadie... —Volvió a apartarse y le guiñó un ojo. Rulfo se preguntó qué quería dar a entender con aquel gesto—. Pero hay algo que podemos hacer tú y yo para aclarar las cosas. Cuando las cosas se aclaren, todos nos iremos a casa y lo celebraremos. O, si prefieres, nos quedamos y aceptamos «la oferta de trabajo», *ad libitum*... —Volvió a reír como si el recuerdo de aquella frase obrara en su cuerpo a modo de inevitables cosquillas—. Cabe pensar, incluso, que podríamos regresar a nuestras modestas vidas de antes. Incluyendo a Susana, claro. Todos saludables y alegres. Ellas nos dejarían. Pero necesitan un poco de colaboración por nuestra parte.

Recordar a Susana hacía que a Rulfo se le revolviese el estómago. Ahora empezaba a comprender que lo que había visto en la celda no había sido un sueño.

*Ouroboros.*

*No pienses en eso.*

—Yo he colaborado ya, dentro de mis modestas posibilidades —continuó César—. Les he hablado de todo lo que encontramos en casa de Rauschen, ese farsante, ese traidor, ese invertido... —Sus ojos chispeaban de alegría, incluso su tono era divertido, como si no estuviera insultando a Rauschen sino burlándose de él con epítetos cariñosos—. He puesto mi granito de arena. Ahora es tu turno. Entre todos, podremos mejorar la situación. De modo que, si te parece, vamos a recapitular. —Se detuvo y Rulfo lo imitó. Los setos a su alrededor eran como áreas de irrealidad, densos agujeros negros bonsáis, singularidades de jardinería—. Tuvisteis un sueño absurdo, fuisteis a esa casa guiados por él, encontrasteis la figura, y luego la chica la sustituyó por otra que ella misma había fabricado y te dio gato por liebre... ¿Fue así?

Rulfo asintió. Hablar de Raquel se le antojaba despreciable, pero de repente había comprendido que ellas ya *conocían* las respuestas. Intuyó que lo que pretendían con aquellas preguntas era probar su grado de *colaboración*.

—¿Te pareció que la chica había cambiado de un día para otro? ¿La encontraste *distinta*?

—Sí. La segunda vez que la vi me pareció diferente.

—¿Más alta? ¿Más baja? ¿Más gorda?

—Su mirada. Era distinta. Y su actitud. Más... más decidida.

—Eso es importante —lo animó César—. ¿Y después?

Rulfo contó la muerte de Patricio y el deseo que ella tenía de huir.

—¿Volvisteis a soñar con Lidia Garrett?

—No —probó a contestar, y le pareció que César (o quienquiera que fuese el que se ocultaba detrás de César) no advertía la mentira.

—¿Viste a Raquel *usar* en algún momento la poesía?

—Nunca.

—¿Sabes a lo que me refiero? A los versos de poder.

—Sé a lo que te refieres, pero ella parecía ignorarlo todo acerca de eso.

—Entonces, ¿cómo es que sabía tantas cosas sobre la figura?

—No lo sé. No he dicho que supiera nada sobre la figura.

De repente César abrió mucho los ojos. Parecían recién bruñidos: dos bolas de marfil pintado que a Rulfo le recordaron los ojos de la niña.

—Ni siquiera pienses en mentir —dijo con suavidad—. Oh, no, no, no. Eso sería un grave error, Salomón. Ellas leen en ti. Te descomponen en palabras y te leen. Cada uno de nosotros es un verso para ellas.

—¿Y por qué no pueden averiguar lo que más les interesa? —preguntó Rulfo sosteniendo su mirada.

—Porque no son adivinas. Es decir, sí lo son, pero en cierto modesto sentido. Existen lagunas que no pueden llenar, trozos de silencio a los que no pueden acceder...

—No son tan poderosas como yo pensaba, entonces.

—Verás, querido, son más poderosas de lo que podrías imaginar, pero parten de un punto de vista completamente distinto del nuestro. La visión de ellas es lógica, la tuya es emocional. Tú sientes y ellas comprenden. Tú solo ves los ladrillos: ellas diseñan la casa y la habitan. El *logos* del universo les da la razón, porque el universo son palabras. Como un poema.

Un remoto estallido de risas que tuvo la misma cualidad que una sorpresa pirotécnica desvió por un segundo la atención de los dos hombres. Entre la alegre botánica de luces de la casa se removía un cúmulo de trajes de seda, cabellos densos y piernas desnudas. El campanilleo de una voz masculina lideraba las carcajadas.

—El *logos* del universo les da la razón —repitió Rulfo, sarcástico—. Lástima que no puedan encontrar una figurita de cera escondida.

—Ya te lo expliqué: existen islas de silencio... Además, bajo el *logos*, ¿sabes qué hay? Azar. Las palabras producen cosas, en efecto, pero no debido a su significado. Lo que verdaderamente importa es el orden azaroso. Como un juego de dominó entre jugadores ciegos: lo más probable es que la cadena de fichas no esté correctamente colocada, pero, aun así, formará una imagen. He ahí lo que nos preocupa... O sea, lo que les preocupa a ellas. Porque cualquier frase dicha al azar puede ser terrible. No se han pronunciado suficientes palabras en el mundo como para conocer todo lo que pueden producir las palabras. El esfuerzo por jerarquizar ha sido considerable, pero es imposible, im-po-si-ble, controlarlo todo. No solo la sintaxis, también la fonética, la prosodia... —César reanudó la marcha mientras hablaba—. El mundo es una escarcha de versos, y ellas saben que cada paso puede costarles caer al vacío. ¿Pensabas, acaso, que eran verdugos? ¡Son víctimas...! ¡Víctimas, como tú o como yo...!

Habían llegado a un claro adornado por una fuente. En el centro se alzaba, como un herma mutilado, una vieja figura de sátiro. Su semblante de granito era un entresijo de tinieblas.

—Víctimas... —repitió César—. Lo demás es banal. Existe un solo verso en todo Cavafis que puede producir ampollas de pus y fiebre alta, una estrofa de Keats que confecciona serpientes, un breve Neruda que estalla como una planta nuclear y una línea de Safo que provoca el imperioso e insoslayable deseo de violar a una niña pequeña. Pero ¿qué significan todas esas

menudencias frente a esa *escarcha*? —Golpeó el borde de la fuente, como si se refiriera a ella—. ¿Qué significa todo eso en comparación con ese lago helado y frágil donde puedes hundirte cuando menos te lo esperas...? La realidad es leña, la poesía son llamas y ellas han descubierto cómo hacer fuego. Bien. Pero ¿y qué...? ¡Están en la prehistoria...! Debes abandonar la idea de un dios omnipotente. Son frágiles. Tan débiles como tú, pero con más miedo que tú. Han visto *de cerca* la cara de la realidad... ¿Y sabes *cómo* es la cara de la realidad?

César, ahora, hablaba entre gesticulaciones diversas: abría y cerraba las manos, alzaba los brazos, se encorbaba. Las muecas deformaban su rostro como si se tratase de una bolsa de plástico que albergara una rata dentro.

—Sospecho que no como la tuya —insinuó Rulfo.

—Es un cangrejo —dijo César pasando la burla por alto—. La cara de la realidad es un cangrejo: te atrapa, te hace trizas con las pinzas al tiempo que... que tú intentas... desesperadamente... entender qué significa, dónde diablos tiene la boca, los ojos... Solo ves una cosa tetralobulada que se abre y se cierra, pero lo mismo podría ser el ano. ¿Cómo vas a defenderte si ni siquiera sabes por dónde te tragará? ¿Recuerdas el chiste del perro y el ciego? Un ciego le ofrece una golosina a su perro y luego le da una patada en el culo. Un hombre que lo ve, le pregunta: «Oiga, ¿por qué le da usted una golosina al chucho y luego una patada en el culo?». Y el ciego responde: «Si no le diera una golosina, ¿cómo voy a saber dónde tiene el culo...?». ¡Ah, ah, ah, nadie sabe dónde tiene el culo la realidad, y *ellas* lo único que pueden hacer es ofrecerle golosinas...! Pensamos que son muy poderosas, pero ¿sabes qué es lo peor de todo...? ¡Lo peor de todo es que no hay nadie que sea realmente *poderoso*! —Su voz se había elevado varios semitonos hasta convertirse en un desagradable chillido de cochinito en el matarife. De repente se llevó las manos al rostro y pareció sollozar—. ¡No sabes...! ¡Ignoras por completo lo que significa vivir así...! ¡Es preciso acostumbrarse...! ¡Se necesita una jerarquía estricta...! ¡Un orden rígido...! ¡Son como vestales...! ¡No pueden relacionarse con los ajenos, salvo por motivos de inspiración poética! ¡No pueden tener hijos! ¡No puede haber dos con el mismo cargo, pues prevalece la más antigua...! ¡Todo son reglas, reglas, reglas...! ¡O te vuelves completamente idiota o...! —De repente apartó las manos de la cara y se acercó a Rulfo. Sus labios brillaban con un extraño carmín y sus pupilas habían adelgazado hasta hacerse gatunas—. ¿Sabes lo que hizo Akelos...? ¿Sabes cuál fue su *traición*...? ¡Intentar ocultar a la criatura de esa descastada, de esa meretriz, de esa *miserable*...!

De repente Rulfo creyó comprender.

—La antigua Saga tuvo un hijo... —murmuró—. Por eso la expulsasteis, ¿no es cierto? Ésa fue la falta que cometió. Y Akelos la ayudó...

*Un hijo. Las piezas encajaban. Raquel. El tatuaje.*

César había dejado de hablar y permanecía inmóvil mirando a Rulfo, los labios pintados y deformados. Una espumosa columna de baba brotó por sus comisuras.

—¿No tienes nada más que decir? —balbució.

—Sí, tengo otra cosa que decir. —Rulfo inhaló profundamente—. Quítate esa máscara de una vez, payaso. No te pareces a César ni por asomo.

De repente, de forma tan inmediata que su cerebro apenas lo consignó como un parpadeo, se dio cuenta de que, en lugar de César, tenía enfrente a la mujer obesa que lo había recibido al llegar, con su maquillaje histriónico, sus gafas, su jersey y su falda. Los ojos de la mujer eran dos

puntos de luz buriel hendiendo la oscuridad.

—¡Burro...! ¡Burro y maleducado! ¡No he terminado todavía...! ¡Abandonar a un caballero en mitad de una conversación es malo, pero abandonar a una dama es peor...! ¡Y yo soy ambos...! ¡Doble peor...! ¡Peorísimo...!

—Cuánto lo siento, señora.

Rulfo ya tenía pensada una estrategia y la mutación no le cogió por sorpresa. Arrojó el resto de la copa de champán a la cara de la mujer y se abalanzó sobre ella cerrando las manos en su garganta... Pero entonces escuchó un diminuto y veloz gusano de suaves palabras francesas deslizándose como un soplo por entre los labios pintados.

Súbitamente, un dolor como jamás había sentido, erizado, cristalino, purísimo, tajante como un rayo, traspasó su estómago haciéndolo caer de rodillas en el césped, incapaz siquiera de gritar.

—Baudelaire —escuchó la lejana voz de la mujer—. Primer verso de «L'albatros».

La punzada cesó tan rápido como había aparecido y Rulfo pensó —supo con certeza— que, si volvía a repetirse, moriría.

Pero se repitió.

No una, sino dos y tres veces más.

*Y ascendió.* Comenzó a subir por su esófago azotando los lugares por los que pasaba con chispazos álgicos tan increíblemente intensos que el eco alcanzaba su cabeza y sus piernas, se reflejaba en el interior de sus muelas y sus rodillas, en las oquedades óseas de la frente y la nuca, y le pintaba estallidos de luz en las retinas.

Se retorció sobre la hierba gimiendo. Nunca había experimentado con tanta certidumbre la sensación de que iba a morir. Sus poros se habían abierto y soltaban el sudor a chorros. Pero, más que el dolor, lo que realmente le aterraba era lo otro.

Aquella horripilante percepción  
de que algo vivo  
subía por su tubo digestivo.

Quiso vomitarlo y no lo logró.

—¿Conoce el poema, caballero...? Compuesto en 1856, isla Mauricio, inspirado por la hermana Veneficiae... Recitado como acabo de hacerlo produce un efecto divertido, pero, si se recitara como un bustrófedon, al derecho y al revés, ¡entonces sí que íbamos a reírnos...! *¿Me está escuchando, caballero...? ¡A estas alturas ya debería saber que odio que no me escuchen...!*

Rulfo recibió la patada sin apenas enterarse. Algo mucho peor atraía completamente su interés. La cosa que le provocaba las espantosas punzadas estaba cruzando su faringe. Dejó de respirar. Se atoró. Por un instante creyó que se asfixiaría. Un enloquecedor segundo después, la sintió saltar como una bola áspera sobre la lengua acompañada de una amarga oleada de bilis y otra campanada de dolor, esta vez en la úvula. Supo de inmediato de qué se trataba: un bicho enorme. Lo arrojó fuera, abriendo la boca todo lo que pudo.

Un escorpión negro, absurdamente grande, cayó a tierra panza arriba, se enderezó y siguió su camino perdiéndose en la hierba. Tras escupir varias veces y lograr un breve vómito, Rulfo empezó a encontrarse mejor. Aún le dolían las picaduras pero intentaba pensar que todo había sido una alucinación. Se repetía una y otra vez que era imposible que un engendro así hubiese caminado por su tubo digestivo.

Un zapato de tacón tamborileaba cerca de su nariz.

—Estoy impaciente por ser escuchada. Reclamo *mi derecho* a ser escuchada.

Levantó la cabeza. Una montaña de pechos y falda se inclinaba sobre él con semblante indignado, el símbolo del macho cabrío balanceándose del enorme cuello.

—Primero: *no vuelva* a intentar lo que intentó antes. Segundo, y más importante: *escúcheme* siempre con atención, con pasión, con deleite... —De repente el rostro de la mujer se distendió. Los labios de carmín sonrieron y los ojos untados en rimel se abrieron desmesuradamente—. Baudelaire dijo una vez que, al beber aguardiente, sentía como si un escorpión le paseara por las entrañas. ¡Pues resulta que era cierto...! —Lanzó una risita cristalina—. ¿Quiere apoyarse en mi brazo...? ¡Qué pálido está...! ¿Un poco de ponche, quizá...? ¿Le apetece...? Vamos, acompañeme...

Trastabillando, Rulfo se puso en pie apoyándose en el voluminoso y velludo brazo. Se dirigieron a la casa por otra vereda.

—Supongo que nos ha dicho la *verdad* —comentó la mujer mientras caminaba con rápidos pasitos tirando de Rulfo—. Es más: estoy *segura* de que nos ha dicho la verdad. Ahora debemos interrogar a la reina de las furcias. Tengo curiosidad por saber lo que nos va a contar...

Entre nubes de dolor, Rulfo vislumbró el lugar adonde se dirigían: un pequeño cenador al aire libre iluminado con candelabros y flanqueado por arcos de metal envueltos en hiedra. Guirnaldas de flores formaban el techo. Alrededor jugaban las polillas.

En el centro estaba Raquel.

## **X. EL INTERROGATORIO**

**L**as mariposas estorban su mirada, se posan en su rostro, en su pelo. Puede espantarlas moviendo la cabeza, pero no lo hace. Sus manos están atadas a la espalda con una guirnalda de flores entre las que predominan caléndulas y pensamientos. Aunque las ligaduras son muy débiles, una línea de Verlaine le impide siquiera flexionar los dedos. Antes de llevarla al cenador la han desnudado y vestido con una simple túnica rojo oscuro hasta los pies. Su cabello suelto descende en densas oleadas negras por la espalda. Permanece inalterable, silenciosa, firme. Parpadea solo cuando el soplo de un ala de mariposa sacude sus largas pestañas.

*Ha llegado la hora, piensa.*

Lo único que le preocupa es su hijo. No ha vuelto a verlo desde que Patricio (aunque no era Patricio ya, y ahora lo sabe) y el hombre de las gafas negras los encontraran en el motel. Comprende que el niño es su punto débil, y que ellas intentarán utilizarlo. Ignora si está preparada para soportar eso. Sin embargo, algo le dice que no se atreverán a hacerle daño. Ahora que lo recuerda todo, sabe que ellas tomaron una decisión, y que la unión del grupo exige que se respeten las decisiones de la mayoría. Su hijo será usado para amenazarla, para obligarla a hablar, pero no lo tocarán. Está segura. El problema consiste en resistir.

Dos figuras se acercan. Las reconoce. Maleficiae trae del brazo al hombre que la ha estado ayudando desde que todo comenzara. El hombre tiene el semblante pálido y se tambalea al caminar. También él deberá sufrir su particular tormento. Ella ignora por qué se ha visto involucrado, ya que es un simple ajeno. Intentó disuadirle de acudir a la cita, pero, de todas formas, comprende que las cosas no habrían sido muy diferentes si él le hubiera hecho caso. Siente compasión, pero ya no puede hacer nada.

Solo desea que se presenten *todas* cuanto antes.

Y, con ellas, aquella a quien está deseando volver a contemplar aunque sea lo último que haga: la que ha convertido su vida en un infierno.

Quiere verla otra vez, cara a cara, pese a que, al mismo tiempo, la mera idea de hacerlo le produzca un intenso pavor.

Rulfo decidió no ofrecer resistencia. Los individuos vestidos con libreas de mayordomo llevaron sus manos a la espalda y uno de ellos recitó una línea en francés, paralizando sus muñecas. Entonces las rodearon con una ringlera de flores.

La muchacha, junto a él, se encontraba igualmente atada. No le sorprendió demasiado verla allí; supuso que habían enviado a cualquier sectario para traerla. Percibió la indomable, fría voluntad que manaba de aquellos ojos oscuros: era la prisionera, pero parecía la reina. Él se hubiese contentado con poseer la mitad de su valor. Se preguntó vagamente dónde estaría el niño.

Iban a matarlos. Sobre eso no albergaba dudas. Lo que le obsesionaba era *la forma*.

Nunca había sido un hombre valiente, y ahora lo comprobaba. Su aparente coraje consistía, más bien, en rabia o indiferencia. Pero ya no iba a poder seguir dándole la espalda al miedo. A partir de aquel momento —comprendió— ya no podría dejar de ser cobarde hasta el final.

Y quizá ese final se demorase. Quizá no llegase nunca.

*Ouroboros. Rauschen.*

*No pienses en eso.*

Miró a su alrededor. El cenador estaba casi vacío: aparte de la muchacha y él, solo quedaban dos mayordomos. Sin embargo, en la amplia terraza, que podía divisar perfectamente desde donde se encontraba, se aglomeraba un bullicioso y festivo grupo de trajes de noche. Ignoraba dónde se había metido la mujer obesa.

De pronto parpadeó

*una*

y las vio frente a él. Supuso que ahora sí ahora eran ellas, no maniqués. Se encontraban de pie, en fila, con trajes de fiesta de distintos colores y tamaños, zapatos de tacón, peinados de peluquería,

*una, dos, tres, cuatro, cinco*

maquillaje, medias satinadas, toda la parafernalia de la feminidad occidental. Los símbolos de oro brillaban sobre sus pechos.

*una, dos tres, cuatro, cinco, seis, siete*

Un pelotón de fusilamiento. Un tribunal inquisidor.

*Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete.*

Podían ser brujas, pero no había nada extraño en sus apariencias: ni pupilas rojizas, ni narices ganchudas, ni excrecencias cómicas, ni rabos terminados en punta.

*Ocho, nueve.*

Salvo la mujer obesa, todas eran extraordinariamente hermosas, o así se lo parecieron. Sin embargo, a su modo, también anodinas, patéticas, impersonales (la elección de Miss Uni-Versos, pensó, y le entraron ganas de reír ante su propio juego de palabras). Si se trataba realmente de las damas, los poetas de todo el mundo habían amado tan solo espejismos inexistentes.

*Diez, once.*

Cierto que algunas mostraban detalles peculiares. La niña seguía siendo especialmente bella.

Los ojos de la muchacha que se hallaba junto a ella estaban llenos de sombras. El rostro de la joven del símbolo de la rosa despedía cierta luminiscencia. La mujer obesa recordaba a un cincuentón aficionado a usar la ropa de su esposa en la intimidad. La número once, que portaba el medallón con forma de araña, debía de ser la nueva Akelos, la sustituta de Lidia Garetti, de pelo rojizo y ceñido traje corto.

Once. Faltaban dos.

Se había desatado un hondo silencio: no se oían risas, ni músicas, ni conversaciones. Era como si nunca hubiese habido fiesta. La casa parecía vacía y estaba a oscuras. Los candelabros del cenador formaban una única isla de claridad en medio de la noche. Y en el borde de esa isla, la hilera de las damas.

Faltaban dos.

Un revuelo mudo de mariposas, una agitación del aire, y otra figura apareció de pie frente a las demás. Era una chica muy joven, de baja estatura, pelo oscuro y corto, breve vestido de terciopelo negro y zapatos planos. Tenía el aspecto de un director de orquesta novato, con una sonrisa bobalicona en su carita agradable y huesuda, como si esperase aplausos.

—Bienvenida, Raquel... —Hablaba castellano con acento francés, como la mujer obesa—. Señor Rulfo, encantada. Me llamo Jacqueline. Deseo que se encuentre a gusto en nuestra casa. —Ni Rulfo ni la muchacha contestaron. La joven pareció algo cortada ante el silencio que había obtenido tras su amable saludo. Por un instante fue como si no se le ocurriera qué otra cosa decir. Las mangas del vestido le quedaban largas, casi hasta los dedos: las agitó, y una flor de mariposas se deshizo en el aire—. Uf, cada año hay más. Pero ¿a quién pueden molestar...? Seres inofensivos y encantadores... —Pareció aguardar de nuevo alguna reacción. Entonces se dirigió a la muchacha—. Has recuperado tus recuerdos, ¿verdad? Sabes quién fuiste. No entendemos muy bien esto. Hay muchas cosas que no entendemos sobre ti. Quizá puedas explicárnoslas. —Hizo un gesto amistoso, como animándola a hablar—. Dime, has recuperado los recuerdos, ¿no?

—Sí. He recuperado los recuerdos.

Raquel la miraba entornando los párpados, las cejas unidas en el ceño. En su actitud, Rulfo no solo percibió un intenso desprecio: también repugnancia, como si estuviese contemplando un insecto repulsivo a escasa distancia de su rostro.

—Lástima... A veces, lo más hermoso es el misterio de olvidar.

—En efecto. Particularmente, todo lo que me hiciste.

Quedaron mirándose en silencio, la joven sin perder su sonrisa ni Raquel aquella expresión de su ceño, como dos adolescentes que se guardaran rencor por algún tipo de trastada inolvidable. Entonces Rulfo se fijó en el medallón en forma de espejito redondo que brillaba sobre el escote de la joven: era el símbolo de Saga, la número doce, según *Los poetas y sus damas*. Ella era, pues, «*la peor de todas*». Pero no lo parecía ni de lejos. Se mostraba incluso algo tímida, como una aspirante a actriz que tuviera la oportunidad de interpretar un gran papel debido a enfermedad de la protagonista.

—Si te parece, hablemos del presente —propuso la joven—. ¿Por qué no consigo ver la imago, Raquel?

Hubo una pausa. La muchacha no contestó.

—Explícame por qué no consigo verla y te dejaré libre.

Nueva pausa. Nuevo silencio. En el cenador nadie se movía. Las damas parecían piezas de un juego incomprensible. Solo la joven gesticulaba discretamente al hablar.

—No imaginas lo que nos desconcierta esto. Sabemos que la has ocultado, pero no quiero que me digas *por qué*, ni siquiera *dónde* está... Solo quiero que me *expliques* eso de que no logremos verla... Un gran... ¿Cómo decirlo...? Un gran vacío, una mancha ciega la rodea, los versos no la alcanzan. ¿Qué ocurre?

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Raquel a su vez.

—Oh, ahora duerme, pero vendrá enseguida. Estaba muy cansado.

—Déjalo libre.

—No te preocupes por él. No vamos a hacerle nada: ya lo decidimos en su momento, ¿recuerdas?

—Entonces, déjalo libre.

—*Está* libre. Pero tú aún sigues aquí. ¿Quieres que se marche solo? Cuando te vayas tú, se irá él. Es lo correcto, ¿no?

—Quiero verlo, por favor...

—Lo verás. Ahora está descansando en una habitación apartada para que no lo molesten los ruidos de la fiesta.

—Te diré dónde escondí la imago si me aseguras que mi hijo...

—¿Es que no has entendido *nada*? —cortó la joven. Por primera vez, Rulfo percibió en sus palabras algo semejante a una fría irritación, tan ligera como el aleteo de las mariposas que embarazaban el aire—. Por supuesto que queremos saber *dónde está*, pero no es eso lo que más importa... Por favor, sé que estás nerviosa, Raquel, pero concéntrate: queremos averiguar *por qué no podemos verla*. Dicho de otra forma: ¿*quién* está haciendo que no la veamos...?

—No lo sé.

—¿Quién te ayuda?

—Nadie. Estoy sola.

—¿Y Lidia?

De repente las palabras se aglomeraron en la boca de la muchacha. Las soltó con fría rapidez, como si le resultara insoportable retenerlas.

—No me preguntes por ella. Sabes bien lo que le hiciste. Te introdujiste en un ajeno cualquiera, lo manejaste y entraste en su casa, la obligaste a entregarte la imago, la hundiste en ese acuario con una filacteria de Anulación, llevaste el acuario al desván y la torturaste hasta matarla... Ya sé que esos juegos son tus preferidos, Jacqueline... Has estado impulsando a ese ajeno, Patricio, para que me humillara todo lo posible... Y has adoptado otras formas, ¿verdad...? Has sido el hombre de las gafas negras... ¿Cuántos más, Saga...? ¿Con cuántos has disfrutado personalmente de mí...?

—Olvida los detalles, por favor...

—Ciertas cosas no se olvidan nunca.

—Las sentencias deben ser ejecutadas.

—Es una tarea que te encanta.

La joven ignoró el comentario y siguió hablando sin perder la sonrisa.

—Luego tuviste esos sueños... Lidia te los inspiró con varias filacterias que se activaron después de su muerte... Fuiste a su casa, sacaste la imago del agua, donde debía permanecer

hasta esta reunión para ser destruida, y la ocultaste. Sus versos nos impedían recobrarla a menos que tú nos la entregaras... Nada de eso nos sorprendió: era el típico intento de supervivencia de una vieja araña. Pero aquí empiezan los problemas. ¿Por qué has recobrado tus recuerdos? ¿Por qué no podemos ver la imago? ¿Cómo lograste salir de este cuerpo prosaico al que te condenamos y matar a Patricio?

—A quien tú reviviste después —replicó Raquel.

—Oh, no, solo lo moví. Quería darte una sorpresa. Te negabas a acudir a nuestra cita, y teníamos que traerte de las orejas... Además, no queríamos que los ajenos te implicaran en un crimen. Pero olvida por un momento los *detalles*, Raquel. Concéntrate en lo que importa. ¿Quién te ha ayudado a ocultar la imago? ¿Quién ha depositado versos sobre ella...? Tú no puedes ser: has recobrado la memoria pero sigues Anulada. Lidia está Anulada y muerta. ¿Quién, entonces...?

—¿Es que no ves en mi mente que no lo sé?

La joven negó con la cabeza.

—Solo veo silencio. No puedo acceder al silencio con versos. Ninguna de nosotras puede. Todo lo que se relaciona con la imago de la antigua Akelos es un silencio de *agua*, impenetrable. Dentro puede estar tu respuesta, pero también otras muchas cosas. —La joven hablaba en un murmullo. Rulfo tenía que hacer un esfuerzo para escucharla—. Quizá traición. Quizá engaño. Quizá una trampa...

—No, te lo juro.

La joven se echó a reír con suavidad.

—¿Me lo juras...? —Parecía encontrar algo muy divertido en aquellas palabras—. Supongo, entonces, que habrá que creerte, porque *me lo juras*. —Desafió con fijeza burlona los ojos de Raquel—. La vida con los prosaicos te ha vuelto prosaica.

—Algo a lo que tú has contribuido decisivamente.

—¿Dónde quedó la poderosa Saga de antaño?

—No importa dónde haya quedado. No me cambiaría por ti jamás.

—Estás mintiendo como una ajena —susurró Saga, cariñosamente—. Pero no negaré que me agrada oírte decir: si algún verso te hiciera volver, yo tendría que marcharme. No puede haber dos damas de la misma jerarquía...

—... porque la más antigua prevalece, lo sé.

—Lamentablemente, ni siquiera yo podría hacerte regresar. Los versos fueron recitados en su tiempo y has sido expulsada para siempre.

—¿Quién habla de hacer regresar a esa zorra? —saltó la mujer obesa desde su sitio en la hilera.

—*Petrus in cunctis* —murmuró la dama a su izquierda, de enorme melena rubia, provocando risas.

—Oh, bien, si nadie tiene la *bondad* de escucharme... —La mujer obesa se puso a jugar con su símbolo.

—Seamos prudentes —dijo la joven en voz alta—. La situación es delicada, pero lo primero de todo es la fiesta. Qué van a pensar nuestros invitados... Hoy celebramos la Noche de la Fortuna: es preciso estar alegres, bailar, reír... Tenemos mucho tiempo por delante. Sugiero calma. Lo primero es divertirnos.

El ambiente parecía repentinamente distendido. La música surgió de las ventanas con la elegancia de un ofidio: una de esas melodías de salón que sirven de fondo en muchas recepciones. La mansión se encendió, pareció repoblarse de presencias. Las damas se dirigieron a la terraza. La última en marcharse fue Saga.

Más allá de todo lo que acababa de presenciar, Rulfo aún seguía preguntándose algo. Quizá era un detalle sin demasiada importancia.

Solo había contado doce.

¿Dónde estaba la número trece?

*A, noir corset velu des mouches éclatantes!*

Coreadas a pleno pulmón desde el interior de la casa, aquellas palabras dieron paso a otra atmósfera. La música se atenuó: quedó un fondo de violines, una base móvil y zumbante cuya intensidad se acompasó con los ruidos de la fiesta; cuando se escuchaba, resonaban también las carcajadas; luego todo se perdía para regresar poco después. La impresión total era extraña, y a ello se unieron las luces y el viento. Era como si la mansión fuese un tren que alternara el paso frente a alegres estaciones con túneles de oscuridad y silencio. Algunas velas del cenador se apagaron bajo aquellos soplos variables. Todo se asemejó a un corazón bombeante: luces, risas, vales y ráfagas de aire centelleaban como un vertiginoso ciclorama, luego venía un lapso de mudas tinieblas y otra vez la sístole festiva. A través de las ventanas se atisbaba un remolino de siluetas, rostros, manos alzando copas.

El coro volvió a resonar

*E, frissons d'ombelles!*

y hubo una silenciosa explosión de claridad. Rulfo tuvo que desviar la vista.

—Se están divirtiendo —dijo Raquel.

Ambos apartaban la cara de aquel resplandor brutal. Era un brillo casi sólido, como la fotografía de un incendio. Las risas proseguían, pero diminutas, al igual que la música. Todo permanecía sumergido en un flash interminable que alargaba las sombras de los arcos del cenador, de los mayordomos, de Rulfo y Raquel, asemejándolas a caminos de terciopelo negro. La temperatura había descendido, y el frío parecía tener el mismo origen que la luz: como si la mansión se hubiera convertido en un carámbano inmenso. «Vocales», de Arthur Rimbaud, identificó Rulfo.

No era momento, y lo sabía, para reprocharle nada a ella, pero no podía evitar pedirle algún tipo de explicación antes de que todo acabase. Sus palabras se condensaron en niebla bajo aquella luz antártica.

—¿Por qué me diste una figura falsa?

Aunque el semblante de la muchacha estaba prohibido para sus ojos, la voz le llegó diáfana, dotada de absoluta firmeza.

—Porque me habrías obligado a entregarte la verdadera y te habrían matado ya. Además, sentí que debíamos ocultar la figura real, aunque no sé explicarte por qué...

—¿Akelos te lo dijo en sueños?

—No. Te mentí. No he tenido más sueños. Es un presentimiento.

Él la entendía, pero le dolía que ella hubiese desconfiado.

—Nuestra única oportunidad de salir con vida es no entregarles la figura —agregó Raquel—. Cuando la tengan, nos matarán.

—Te creo.

Desde la casa se escucharon gritos. Parecían infantiles, pero Rulfo no pudo decidir si eran de alegría o terror. Se mezclaban con estallidos de carcajadas adultas.

*Se están divirtiendo.*

—Pero tienen a mi hijo —continuó ella—. No se atreverán a hacerle nada porque decidieron dejarlo con vida, pero lo usarán para presionarme. Y yo no voy a poder soportar esa presión. He pasado por todo, pero no pasaré por *eso*.

Los gritos habían cesado. Solo se percibía cierto ruido crepitante de hojarasca quemada. La luz continuaba tiranizando el aire, omnímoda, absoluta. Bajo aquel fastuoso resplandor nevaban copos negros, sombras poliédricas: un enjambre de mariposas aturcidas que, tras la cautela inicial, regresaban en masa y se sumergían en el mayestático fulgor.

—Yo me llamaba Raquel —prosiguió su voz desde la helada luminosidad—, igual que Saga es Jacqueline y la antigua Akelos era Lidia, pero mi apariencia no era ésta. Mi hijo se parece a mí tal como *soy realmente*: tengo el cabello de ese color y los ojos azules. La filacteria en mi espalda me convirtió en esto. —*En esto*. Su tono denunciaba repugnancia. Rulfo creyó comprenderla. De hecho, ¿no solía decir César que, deformado por la poesía, el recuerdo de ciertas personas se hacía falsamente hermoso?—. Jacqueline era una de mis adeptas cuando yo era Saga —continuó Raquel—. Me servía. Luego me sucedió.

*I, sang craché!*

La luz blanca había desaparecido devorada por un rojo voluptuoso, monárquico, aturridor, que pintó todas las ventanas como si alguien hubiese corrido cortinas carmesíes en cada habitación. La silueta de la muchacha quedó orlada de sangre.

Su tono era pausado, casi titubeante. Al tiempo que hablaba, desandaba por el laberinto de su memoria.

Pero no se lo contó todo.

Le dijo que no lo había hecho por amor. Hubiese podido hacerlo de manera «aceptada» por el grupo, porque existen versos —le dijo— que logran hacerte sentir lo que deseas, versos que reproducen tus sueños con exactitud pero que, a su vez, no son otra cosa que nuevos sueños. Sin embargo, ella había querido sentir *sin palabras*. Nunca una dama había deseado algo parecido, porque sentir sin palabras era casi imposible: equivalía al silencio bajo el mar.

Le dijo que había creído que podía hacerlo porque, aunque sabía que estaba prohibido, ella era Saga y nadie cuestionaba sus decisiones. Vivir millares de años, conocer épocas y tierras, contemplar distintos techos de estrellas: todo eso acrecienta la curiosidad, no la extingue. Los

paisajes habían mudado de piel como serpientes y el planeta cambiado de rostro mientras ella perduraba habitando cuerpos fugaces. Se propuso dar vida a una nueva vida, única forma posible de enlentecer aquella fugacidad. Ella era Saga, y nada de lo que decía, hacía o deseaba podía estar prohibido. No hubo amor, le repitió.

*Sin embargo, no le dijo que, cuando aquella cosa que era vida sin serlo, porque carecía de palabras (o que lo era por completo, precisamente por carecer de ellas), creció en su vientre, tuvo miedo y experimentó la tentación de destruirla, pero no lo hizo. Y tampoco quiso contarle que, cuando nació, ella permaneció largo rato en silencio, mirándola. Siempre había creído que el silencio era malo. El silencio era el vacío, ausencia de belleza y eternidad. Pero, al ver su imagen escindida y exacta en aquellos ojos que tanto se le parecían,*

*estalló un silencio*

*en sus labios.*

*Supo que estaba cometiendo un grave error, una falta imperdonable. Sin embargo, al mismo tiempo sentía más allá de todo verso, de una forma que no podía expresar con palabras, que nunca podría separarse de eso. Ella y aquella cosa nacida de ella afrontarían juntas la condena, fuera cual fuese.*

—Akelos me ayudó a esconder al niño durante un tiempo... Aún no sé por qué lo hizo... No por compasión, estoy segura. A veces sus planes tenían objetivos lejanos. Ella era «la que Adivina», conocía bien el futuro... En cualquier caso, su ayuda fue inútil. El grupo me descubrió y decidió expulsarme: hundieron mi imago en una urna con agua, dentro de una filacteria, Anulándome. Pero a Jacqueline, que ya era la nueva Saga, le pareció un castigo muy leve y decidió *refinarlo*. —Hizo una pausa. Se sentía anegada de náuseas, como si los recuerdos se hubiesen convertido en materia corrompida—. Me obligó a matar al hombre con el que había yacido, un simple ajeno... Luego quiso destruir también al niño. Entonces Akelos intervino de nuevo y su voto fue decisivo a la hora de permitir que mi hijo viviera. Jacqueline se enfureció. Se aseguró de que viviría en condiciones inhumanas. Me tatuó una filacteria y creó a la Raquel que conociste: un cuerpo tentador de ajena, pero ignorante y cobarde... Me borró la memoria, me entregó a los sectarios... A mis propios adeptos. —Rulfo percibió el dolor que le provocaba este recuerdo recién llegado—. Ellos me vendieron a Patricio. Durante todos estos años el principal placer de Saga ha consistido en verme humillada cada vez más...

Espesas capas rojas seguían ocultando los cristales de las ventanas como estores líquidos. En medio de aquella pleamar, con las mariposas atormentando la luz, el coro volvió a oírse, musical, remoto.

*U, vibrement divines des mers virides!*

Luces verdes sustituyeron a las rojas.

—Pero Saga también odiaba a Akelos por haberme ayudado... No cesó hasta conseguir que

el grupo la acusara de traición, y presionó para que la sentencia fuera aún más severa que en mi caso: la condenaron a ser destruida del todo, no solo su cuerpo, también su espíritu inmortal... Por eso buscan la imago. Pero te juro que no la he ocultado para devolverle el favor a Akelos: tan solo sé que debo hacerlo... Aún no entiendo...

El coro volvió a oírse, interrumpiéndola,

*O, l'Oméga...*

y la luz verde se desvaneció. En la oscuridad, brillaron dos ojos.

*... rayon violet de Ses Yeux...*

Eran los de Saga. A su espalda, en fila, otra vez mudas, quietas e imprevistas, el resto de las damas.

La fiesta parecía haber concluido.

Ahora estaban desnudas y cubiertas de sangre.

No.

Vestidos rojos. Llevaban vestidos de rejilla casi transparentes, muy cortos y ceñidos, en color rojo brillante, como telarañas ensangrentadas. Sus ojos eran blancos, sin pupilas. Tampoco. Se trataba de los párpados: estaban pintados de blanco y ellas los mantenían entornados. Y no era cierto que los dientes fueran amenazadores: dos pequeñas líneas color marfil dibujadas en las comisuras ofrecían la falsa impresión de colmillos, pero de nuevo se trataba de maquillaje. Eran doce mujeres extravagantes. O eso parecían.

Otra vez el silencio y la oscuridad. Solo el viento, al agitar la vegetación circundante, producía ruidos como de cuerpo avanzando por un cañaveral.

—Hay algo que siempre me sorprendió de ti. Ese espíritu tuyo, tenaz y altivo al mismo tiempo, como encaramado en un árbol solitario, elevado por encima de todos... Esa voluntad que nada ni nadie ha podido quebrantar... Cuando te expulsamos lo comprobé. Los hombres profanaban tu cuerpo, el látigo quemaba tu carne, pero tú seguías siendo majestuosa. Quisiera saber cómo funciona eso... —La joven miraba los ojos de Raquel con tal fijeza que a Rulfo le pareció que, en efecto, deseaba comprender algún tipo de mecanismo—. Cuando mataste al ajeno, *eso* afloró por un segundo... Me atemoriza, te lo confieso: me da miedo lo que eres *por dentro*, y sospecho que también te lo da a *ti*. Porque es silencio. No he descubierto aún versos que lo arranquen. Quizá existan, quizá ahora mismo estén creándose. En algún momento, una combinación de palabras te hará saltar, y eso estallará. Ahora estás Anulada y podría matarte de forma prosaica, pero, si lo hiciera... ¿qué quedaría de lo que estoy viendo...? Si no puedo obtenerlo, ¿qué gano arrojándolo al barro...? —Se detuvo y despejó casi con ternura el cabello de la frente de Raquel. La muchacha apartó la cara—. Lo intentaré de nuevo. Una y otra vez. Descubriré de qué estás hecha. Tiraré de ti hasta que bajes del trono. No puedo permitir que eso que tienes no me consuma también a mí... Quiero quemarme con eso. —Deslizó una mano por la mejilla de la muchacha—. Puedo comprender que Akelos te admirara y quisiera ayudarte, porque... Bueno, durante el tiempo que pasé con ella en su casa... ¿Sabes...? Llegó a perder su... ¿diríamos entereza? Se convirtió en una rata chillona... A fin de cuentas, solo el *dolor* la separaba de la humanidad. En el dolor, dioses y hombres son iguales.

La muchacha giró hacia ella. Su voz sonó muy débil.

—Saga, te lo ruego... Sé lo que pretendes... Por favor, te ruego que... que no le hagas daño...

La joven retrocedió con expresión ofendida. Su cuerpo menudo y blanco era completamente visible para Rulfo bajo la leve malla del vestido. Los senos apenas estaban desarrollados. El sexo era una mancha de vello.

—Jamás. Ya tomamos esa decisión. ¿Es que no me crees...? Dime. ¿No me crees?

—Sí.

—Tu hijo queda fuera de esto. No entra en nuestro debate.

—¿Dónde está? ¡Quiero verlo, por favor...!

—Aún duerme. Pronto lo verás.

—¡No es propio de él dormir así! ¡Me estás mintiendo...!

De repente Rulfo casi pudo notar el cambio: una variación ligera pero repentina, como si alguien, en pleno invierno, hubiese abierto la ventana de una habitación caldeada para dejar paso a una bocanada gélida del exterior.

—Tu hijo está bien y ahora duerme —pronunció la joven lentamente cada palabra—. Pronto lo verás. No... sigas... con... eso.

Raquel había bajado los ojos y sus labios temblaban.

—¿Puedo seguir hablando? —pidió Saga.

—Sí.

—No me interrumpas otra vez.

—No, no lo haré...

—Perfecto.

El semblante de la joven retornó a la placidez.

—Nos enfrentamos a un problema ciertamente grave. Te confesaré algo. —Bajó la voz hasta convertirla en un murmullo. Rulfo apenas la escuchaba—. Todo esto es demasiado para mí. Me supera... Cuando *ellas* me convirtieron en Saga, no sabían... Soy una tonta inexperta, cariño. Míralas. —Señalaba hacia las damas, inmóviles y en fila, casi desnudas, como bailarinas de cabaret saludando desde el escenario—. Todas viejas, todas inmensamente listas, esperando el momento preciso... Llevo solo un lustro al frente de este carro de once yeguas... Y te compadezco. Es tan difícil, tan extraño... Existen tensiones, alianzas... A unas les caigo bien y a otras... Algunas se están haciendo demasiado *poderosas*... Maga utiliza a Lorca de una forma que me pone los pelos de punta. Strix tiene en la boca a Poe..., aunque por ahora sus designios quedan a mi alcance. Yo uso todo el Eliot, el Cernuda y el Borges que tú... Sus versos siguen estables. Pero ya sabes lo que es esto: un mundo que crece sin control... En algún lugar, ahora mismo, alguien está escribiendo un poema que, sin saberlo, puede arrojarme del pedestal... Una frase, en un idioma cualquiera... Tengo miedo. Me aterroriza este cáncer infinito. Eliot, Cernuda y Borges bastan *por ahora*. Pero ¿y mañana...? ¿Y dentro de cinco minutos...? Estamos a merced de la *imaginación*. Un verso puede crearnos y otro destruirnos. Somos muy débiles. Somos lo que los poetas consiguen...

Un movimiento en la fila de las damas. Una de las más jóvenes se había separado del grupo y avanzaba con lenta languidez, como si desfilara por una pasarela. Era la número nueve, contando desde la niña: Rulfo recordó que recibía el nombre de Incantátrix. Observó con inquietud que venía hacia él.

—Por eso ese silencio de tu mente me desespera, me da pánico —prosiguió Saga—. Akelos y tú nos traicionasteis una vez...

—Yo no traicioné a nadie.

—Bien, tú quisiste engañarnos, si lo prefieres, y Akelos nos traicionó al ayudarte. Ahora podría ocurrir lo mismo. Si, al menos, fueras capaz de revelarme algo...

Se detuvo a unos pasos de Rulfo. Era una muchacha de pelo castaño oscuro, rostro anguloso y cuerpo atractivo que el ligero vestido revelaba hasta en sus más pequeños detalles. Dos gruesos pendientes adornaban sus lóbulos. Sus labios abultaban como rosas. Los movió para sonreír. Entre sus juveniles pechos respiraba una pequeña arpa de oro. ¿No decían *Los poetas y sus damas* que había inspirado a Lautréamont y a los surrealistas? Rulfo no lo recordaba. En aquel momento solo le importaba averiguar sus intenciones.

La vio inclinarse frente a él. Fue un gesto armónico, casi de ballet. Por un instante le pareció que quería hacer una reverencia, pero entonces vio cómo llevaba el esbelto brazo derecho al suelo, tendía la mano, frotaba la tierra con el índice.

—... un nombre, Raquel. Uno solo. El de una de ellas. Te protegeré de posibles represalias.

—No sé ningún nombre, Jacqueline... No sé...

—Entonces ¿qué hay dentro de ese silencio de tu mente?

—No sé, no sé...

—¿Por qué has recuperado la memoria?

—Tampoco lo sé... ¡Créeme!

—Sí, sé que «lo juras»...

—Quiero colaborar, Saga, por favor...

Rulfo escuchaba retazos del interrogatorio, pero sus ojos seguían fijos en la dama del símbolo del arpa. La vio incorporarse con el dedo índice manchado de tierra y acercarlo a su rostro. Intentó apartarse, pero la chica aferró su mandíbula con la otra mano. Tenía la fuerza de una zarpa de oso. Su dedo índice empezó a deslizarse por la mejilla derecha de Rulfo. Ahora no podía ver lo que sucedía a su alrededor, solo escucharlo.

—De acuerdo... —La voz de Saga hablando en francés—. El problema sigue como antes, hermanas. Deliberemos.

—No le hagáis nada al hombre... —La voz de la muchacha—. Es un ajeno. Tuvo los mismos sueños que yo, pero no sabe nada...

La dama seguía escribiendo en su rostro. Rulfo percibía el ceño helado de sus dedos, la aspereza de la tierra con que pintaba sus mejillas, el perfume a flor marchita de su aliento. El rostro (a un palmo de distancia del suyo) era el de una joven hermosa, pero su expresión desagradaba: parecía sonámbula o drogada. Entonces separó los gruesos labios y recitó algo mientras escribía.

*Beaux... dés... pipés...*

Pronunció las tres palabras de manera muy diferente, apenas sin relación con el idioma del que procedían. La última fue emitida como un silbido.

—¡No sabe nada...! —repitió la voz de Raquel—. ¡No tiene nada que, ver en...!

La dama terminó de escribir y soltó la cara de Rulfo. Se limpió el dedo en su esmoquin, dio media vuelta y se dirigió de nuevo a su puesto.

Rulfo estaba aterrado.

*Es una filacteria, Dios mío, me ha escrito una filacteria en la cara.*

Recordó el verso de Blake en el vientre de Susana. No estaba seguro del autor del suyo: quizá un Lautréamont. Sentía tanto miedo que no podía hablar y apenas respirar. Se había quedado helado, no solo las extremidades, como si se hubiese convertido en un tembloroso témpano. Sabía que iba a sucederle algo terrible. Acababan de sentenciarlo —no le cabía duda sobre eso—, aunque ignoraba a qué. Por un momento casi había soñado con la posibilidad de que lo dejaran libre, pero ahora comprobaba hasta qué punto se había dejado llevar por una esperanza absurda. Y lo peor era que la sentencia había sido ejecutada con cruel tranquilidad. Aquella chica semidesnuda que ahora se alejaba de él contoneando las estrechas caderas ni siquiera le había hablado: nadie le había hablado después de que la mujer obesa lo interrogara. Sin duda, lo consideraban peor que a un animal. Lo iban a torturar y ejecutar en un silencio despectivo, con más calma que la empleada en aplastar a un insecto.

Desde algún lugar remoto de su audición le llegaba la discusión de las damas en un francés rápido y susurrante: *¿Y si volviéramos a azotarla con un látigo de manatí...? Pian, piano... Ne quid nimis... No costaría nada llevara la yegua al picadero... Error garrafal. Hagámoslo con palabras... Las puertas no deben abrirse a la fuerza... Seamos prudentes... Lo conocemos todo, o casi todo, sobre ella: falta el pequeño detalle del porqué... Pero apenas las escuchaba. Permanecía temblando, los ojos cerrados y la piel bañada en sudor, aguardando los efectos del verso. Imaginaba cosas espantosas: que el rostro se le caería a pedazos y, aun así, seguiría vivo; que dentro de su cuerpo crecería una riada de cucarachas que buscarían la salida asfixiándolo; que sus órganos se devorarían a sí mismos. Todo le parecía posible. Sentía tanto miedo como un niño pequeño.*

Pero no sucedía nada.

Sabía que estaba perdido: era cuestión de esperar. Sin embargo, esa misma certeza le llevó a arrancarse del pecho la losa de aquel terror profundo. Volvió a llenar de aire los pulmones y una imprevista ráfaga de coraje le hizo despegar los labios.

—¡Callaos ya!

Todas las miradas giraron hacia él. Pensó en una manada de lobos olisqueando sangre fresca. Pero ya no podía detenerse.

—¡Panda de viejas brujas, callaos de una vez...! ¡Dejadla marcharse, a ella y a su hijo...! ¡Ya la habéis torturado bastante...! ¡No sabe nada! ¡La han utilizado...! ¡Alguien nos ha utilizado a los dos...! ¡Ahora lo único que hacéis es fingir...! ¡Estáis ahí, discutiendo, fingiendo discutir entre vosotras...! ¡Esta chica no sabe nada, ya os lo ha dicho...! ¡Y Susana tampoco sabía nada...! ¡Dejadnos libres o matadnos...! ¡Pero, sobre todo, callaos! —Estaba frenético. Tiraba de sus brazos atados con flores, pero algo más que las frágiles ataduras los mantenía quietos e inservibles—. ¡Callaos, cobardes! ¡Cobardes...!

De pronto se interrumpió.

Estaba completamente seguro de que, un instante antes, las damas llevaban vestidos rojos transparentes.

Ahora todas vestían de negro hasta los pies y sus semblantes mostraban una palidez de

alabastro, de cadáver amortajado. Incluso sus peinados eran diferentes. Solo sus medallones eran los mismos. La transformación se había producido con la limpia suavidad con que las manecillas de un reloj cambian de posición.

Raquel también lo había notado. Se volvió hacia Rulfo.

—Cálmate, deja que sea yo quien hable...

—No les tengo miedo —mintió Rulfo.

Entonces Saga avanzó hacia él. Parecía haber reparado en su presencia por primera vez. Lo miraba con curiosidad, casi con un punto de diversión, pero en sus ojos Rulfo creyó advertir un vacío turbio y anodino habitado por sombras difusas: como un cielo gris donde se removieran barnaclas. Sintió que su cerebro era un dibujo agujereado y que los ojos de la joven lo manchaban obteniendo un calco perfecto, un estarcido de sus pensamientos íntimos.

Creó que iba a morir. Deseó que así fuera.

Entonces Saga alzó la mano y acarició cariñosamente su mejilla en un gesto de lentísima bofetada. Luego dio media vuelta

un giro

y dejó de prestarle atención. Se dirigió a las damas.

—Seguimos en el mismo sitio, hermanas. Solo hacemos dar vueltas, vueltas... Cómo te burlas de nosotras, Raquel...

—No me burlo, te lo ase...

—¡Oh, cuando llegue el día en que dejes de reírte! —La interrumpió Saga alzando la voz—.

un giro veloz

¡Oh, cuando podamos ver ese día...! ¡Cuando podamos contemplar el día en que, por fin, dejes... DE... REÍRTE...!

El alarido, insospechado, produjo el silencio.

Al mismo tiempo que gritaba, giraba sobre sus pies como una bailarina. El vestido negro giró con ella descubriendo sus piernas menudas pero esbeltas.

Un giro veloz.

Y bajo su falda apareció el niño.

## **XI. EL NIÑO**

Vestía una túnica negra hasta los pies y parpadeaba como si realmente acabara de despertar de un sueño profundo. Al ver a la muchacha corrió todo lo rápido que le permitía la longitud de la prenda y se abrazó a sus piernas. Se extrañó de que ella no lo abrazara. Alzó los ojos y la vio llorar.

—Se ha pasado durmiendo toda la tarde —comentó Saga en tono alegre.

—Saga —murmuró Raquel—, por favor... —El llanto le impidió continuar. Apartó el rostro de la mirada de su hijo. Deseaba abrazarlo; hubiera dado cualquier cosa por tener las manos libres y envolver con ellas aquel cuerpo menudo y frágil.

—¿Has visto lo nerviosa que está tu mamá? —Saga se agachó junto al niño—. Vamos a tranquilizarla. Dile si te hemos hecho daño desde que estás con nosotras. Vamos, díselo... Lamento haberte despertado, pero, ya sabes... A tu madre le iba a dar un patatús si no te veía... Creía que habíamos... ¡Yo qué sé, que nos habíamos comido tu cabeza...! Ahora que ha comprobado que estás bien... En fin, supongo que podremos reanudar nuestra charla. Déjanos un momento, ¿de acuerdo...? No te estoy pidiendo que te marches, hombrecito, sino que te retires unos cuantos pasos para que mamá y yo podamos seguir hablando...

—Obedécela —pidió Raquel.

El niño la miraba como intentando leer sus pensamientos. Una tristeza madura flotaba en sus pequeños rasgos. Entonces dio media vuelta y se alejó hacia el centro del cenador arrastrando la larga túnica negra. Sus movimientos asustaron a las mariposas.

—Saga —Raquel habló con rapidez—: Voy a colaborar... Yo misma te llevaré a donde está la figura y te la daré para que destruyáis lo que queda de Akelos...

Había improvisado una estrategia desesperada. Más que estrategia era casi un convencimiento. Le había dicho la verdad: ignoraba por qué había hecho todo lo que había hecho. Pero ya no le quedaban fuerzas para seguir obedeciendo sus impulsos. Ahora solo deseaba pensar por sí misma e intentar salvar la vida del niño, y eso era justo lo que se proponía hacer. Se aliaría con ella, se entregaría por completo a su torturadora. Le resultaba repugnante, pero no veía otro remedio.

—Haré todo lo que quieras —agregó.

—Magnífico.

—Podemos ir ahora mismo. O envía a alguien a comprobarlo. La imago está escondida en un zócalo del dormitorio de mi apartamento... Se me ocurrió dejarla allí, tenía miedo de que me la

quitaran...

—Perfecto.

De repente Raquel se quedó mirándola.

*Ni siquiera me escucha. Tan solo me observa.*

—Compruébalo cuando quieras. ¡Por favor, compruébalo...! Soy tu aliada... Me someto a tu voluntad, soy tuya...

—Es una decisión afortunada.

—No te burles de mí, por favor...

—¿Burlarme...? ¿Quién se está burlando de quién...?

—Te he dicho que me someto a tu voluntad...

—Y yo he dicho: «Es una decisión afortunada». —Saga se volvió hacia las damas como exigiendo algún tipo de respaldo—. ¿Quién de vosotras cree que me burlo...? ¡Cómo puedes pensar semejante cosa, Raquel...! ¡De qué forma tan perversa lo entiendes todo...! ¿Dónde, en qué parte de mi cara o mis palabras, has percibido una burla? —La expresión de Saga era de suave reproche—. ¿Acaso quieres acusarme de tus propias culpas...? Te dije que tu hijo se encontraba bien, y aquí lo tienes. Te dije que no le haríamos daño, y no se lo haremos. A diferencia de ti, yo cumplo mi palabra. No me considero tan importante como para decidir por encima del grupo. No convierto mis juramentos en humo, como tú hiciste cuando te atreviste a procrear...

Raquel se había desmoronado. Solo las ataduras de flores impedían que cayese al suelo. Sus rodillas no la sostenían. Intentó, pese a todo, pensar con frialdad. El niño, de pie en el centro del cenador, inmensamente triste dentro de su túnica negra, la miraba.

*No pierdas los nervios. No se atreverán a hacerle daño.*

—¿Quién se ha creído siempre más importante, más fuerte que ninguna? ¿Quién nos ha despreciado hasta el punto de intentar ocultarnos su traición...?

*no lo tocarán. Lo decidieron. Lo decidieron.*

—¿Y ahora dices que me burlo...?

*A él no. No se atreverán. No.*

Temblaba y lloraba sin control. El mundo que contemplaba era una lluvia de candelabros y bellas mariposas.

—No voy a caer en la trampa de enfadarme... —agregó Saga—. No, no voy a enfadarme por esto, como tú desearías. No voy a darte la excusa que necesitas para alimentar tu odio...

La música volvió a nacer en el interior de la casa: suaves valsos. Como si ésa fuera la señal que esperaban, las damas comenzaron a retirarse. Saga se acercó a la muchacha y sonrió.

—Ya está todo dicho, todo hablado... Ya sabemos lo que podemos esperar de ti. Ahora debemos terminar. Confío en que por fin hayas comprendido que no tienes nada que temer de nosotras... —Por un instante ambas se miraron—. Ea, despedámonos con un beso... —A la muchacha aquella orden no le pareció más ni menos cruel que otras muchas. Incluyó el rostro (era bastante más alta que Saga) y acercó los labios. No sintió nada especial—. Oh, bésame mejor —pidió la joven, sonriendo. Raquel introdujo la lengua y permaneció un instante acorralando la tibia y quieta mucosa, acariciándola y aspirando su aliento. Luego Saga se apartó y habló en otro tono—. Cuánto daría por obtener de tus ojos lo que obtengo de tus labios. Pero tus ojos te superan con creces: no son cobardes, no besan nunca. Están ahí, invencibles, aferrados

a sí mismos... Cuánto daría por quebrar esa dureza. O por poseerla. Pero ¿qué puedo hacer...?  
—Sonrió, casi como invitándola a responder a aquella ardua pregunta—. Te he oído decir: «Soy tuya». ¿Qué otra cosa puedo hacer...?

De improviso ocurrió algo.

Una sombra. Una certidumbre  
abatiéndose sobre ella  
como un halcón sobre la presa.

Fue como si los ojos de Saga se abrieran como dos cortinas y le permitieran vislumbrar durante una fracción de segundo lo que yacía detrás.

Y lo que creyó ver allí la derrotó.

*Quiere darme el último golpe, y todo lo que yo pueda hacer o decir es inútil.* Aquel pensamiento oscureció su mente. *No servirá de nada. Aunque me arrastre y le suplique. No hay remedio.*

—He perdido la esperanza —dijo Saga con un suspiro—. No hay remedio.

Movió la cabeza tristemente. Raquel seguía mirándola con ojos aterrados.

*Es inútil.*

—Es inútil —dijo Saga y dio media vuelta.

De pronto el pánico la dominó. Tiró de las ataduras, desesperada.

—¡Saga, mátame! ¡Mátame ahora mismo, por favor...! ¡Jacqueline...!

Casi todas las damas habían desaparecido ya. Saga las siguió y entró en la casa.

Solo la mujer obesa se había quedado rezagada. Se inclinaba hacia el niño con el medallón de macho cabrío colgando entre sus pechos.

—¡Cada vez que me acerco, tú te alejas...! ¡Quédate quieto en algún sitio, que solo quiero hablar contigo, mocososo...! ¿Quién podría frenar a este potrillo...? ¡Ay, miras como una vaca frisona! ¡Qué ojos más grandotes...! ¿Sabes a quién te pareces...? A tu mamá, cuando nos miraba fijamente... Sí, igual que tu madre... No la de ahora, claro, esta estúpida llorona, sino la antigua, la verdadera... ¿La recuerdas?

—No —dijo el niño.

—¡Pues tendrías que haber visto qué mirada...! Tú has salido a ella, te lo aseguro. Vas a ser un jovencito enloquecedor, ya verás. Las chicas no te dejarán en paz... Bueno, tu madre era muy mandona también, hay que reconocerlo... Ahí donde la ves, llorando como una idiota, y era de cuidado tu mamá...

—Mi madre no es idiota —dijo el niño.

—Es una forma cariñosa de expresarme... —De repente la mujer se incorporó de un salto y giró hacia la casa—. ¿Queréis hacer el favor de bajar la música...? ¡Así no se puede hablar...! —Resopló, se ajustó las gafas en el puente de la nariz, retornó al niño y sonrió con dientes manchados de carmín—. Se creen que a todas nos gusta bailar, y no es así. Algunas preferimos conversar, ¿no es cierto...? Lo único puro son las palabras. Solo los versos merecen la pena.

—Maleficiae... —gimoteó Raquel.

Deseaba que todo pasara lo más pronto posible, pero sabía que ni siquiera eso le sería concedido.

*Todo pasaría muy lento.*

—Maleficiae, por favor...

—¿Quieres callarte y dejarme charlar un rato con el pequeño...? Qué pesada es tu madre... ¿Puedes soportarla...? Bah, no le hagamos caso, a ver si así se calla. ¿Sabías que existe un país llamado México? ¿Y sabías que en ese país vive una serpiente que tiene cuatro narices...?

—Es mentira —dijo el niño.

—Es más verdad que el mundo. Que se me rompan las bragas si miento. Cuatro narices. Me pregunto para qué querrá cuatro: ¿olerá cuatro cosas diferentes a la vez...? Se llama nauyaca, y es capaz de comerse a sí misma...

—*Ma-male-ficiaeee... No...*

—Te haré una pregunta... —Cogió la carita del niño entre sus manos de uñas pintadas—. ¿Quieres dejar de mirar a tu mamá...? Odio que no me escuchan cuando hablo, guapo... Voy a hacerte una pregunta, presta atención: ¿qué es lo único que jamás podría comerse una serpiente que se comiera a sí misma?

—La cabeza —respondió el niño.

—¡Eso es! ¡Qué listo eres...!

—*Por fa-fa-vor... Por...*

—*¡Cállate de una vez!* —chilló la dama en dirección a la muchacha y susurró unas cuantas palabras inglesas. De repente Raquel sintió que seguía moviendo la boca, la lengua y la garganta, pero no lograba hablar. No emitía sonido alguno. Su llanto también había enmudecido—. Esto es otra cosa. Qué tranquilidad, qué silencio... ¡Oh, no pongas esa cara, pequeño, no le he hecho nada a mamá...! Solo le he quitado el sonido... Conocía un viejo verso sasánida en lengua pelvi que hubiera logrado lo mismo en menos tiempo, pero ya soy vieja y no lo recuerdo. No obstante, mejor esto que nada... ¡Pero, mírala...! Ahora que no puede gritar, no quiere cuentas con nosotros, ¿te has fijado...? ¡Qué falta de consideración, cerrar los ojos...! —Recitó otro verso, esta vez en francés, y los párpados superiores de Raquel se abrieron y tensaron con la fuerza de muelles de acero, como amarrados a los balcones de las cejas. Sus ojos emergieron grandes, empavorecidos y quietos como gemas de ónice.

No podía cerrarlos.

No podía dejar de mirar.

No podía gritar.

—Así está mejor —dijo la mujer, y se volvió otra vez hacia el niño.

Rulfo movía la cabeza, asintiendo. Todo le parecía correcto. Se encontraba en un estado no demasiado feliz pero sí adormecedor, esa clase de letargo que sucede al orgasmo. Le hubiese gustado sentarse, ya que llevaba mucho tiempo atado y de pie, pero hasta eso parecía a punto de tener remedio: los gentiles mayordomos habían anunciado que le quitarían las ligaduras.

Por otro lado, era satisfactorio comprobar que Raquel había dejado de gritar y llorar. Una «tranquilidad», como decía la mujer obesa de las gafas. Ahora todo transcurría con placidez: la infinita variedad de polillas y mariposas nocturnas hechizaba la vista, la temperatura era excelente, se escuchaban valsos, conversaciones y carcajadas provenientes de la casa y canto de cigarras en el jardín. Por si fuera poco, los mayordomos habían empezado a desatarle. ¿Qué más podía pedir?

Agachada junta a él, la señora de las gafas dibujaba o escribía algo en el pecho del niño desnudo. Rulfo los contempló con divertida curiosidad.

—Estás delgaducho. —Al tiempo que hablaba, la señora se aplicaba en trazar las pequeñas letras con una caligrafía sorprendentemente buena mediante la uña de su dedo índice—. Te aseguro que si vivieras conmigo no ibas a estar así... Hago una *bouillabaise* que te chuparías los dedos. Pero los buñuelos de viento son mi especialidad...

Rulfo reconoció el verso incluso antes de que estuviera completo y lo aprobó con un movimiento de cabeza. Era uno de los poemas más hermosos que conocía.

### *Amada en el amado transfor*

—Qué piel más blanca, qué fácil escribir sobre ti... ¿Sabes qué es esto...? Una bellísima línea de san Juan de la Cruz... ¿Te suena ese nombre...? Oh, era un señor muy bueno y muy santo que componía poemas entre delirios místicos... Te contaré un secreto: cuando se inspiraba, sus ojos se convertían en rombos, en losanges negras, y se sentía arrebatado como por las garras de un neblí... ¿Puedes creerlo? Fue muy santo, desde luego, pero también algo pendón, aunque solo en su juventud...

Los amables mayordomos habían terminado de desatarlo. No sentía ni el más leve hormigueo, lo cual le resultaba sorprendente, ya que recordaba haber permanecido inmóvil varias horas seguidas. Lo cogieron de los brazos y se dejó llevar: sabía que se dirigían a la casa y estaba deseando participar en la fiesta. Solo se detuvo para invitar a Raquel a acompañarle, pero cuando se volvió hacia ella quedó asombrado: la muchacha tenía los ojos desmesuradamente abiertos y

miraba al niño con extraña y perturbadora expresión. Pese a su estado de absoluto bienestar, Rulfo se sintió un poco inquieto.

—Perdddón —murmuró con lengua pastosa, e hizo amago de acercarse a ella, pero los mayordomos se lo impidieron entre sonrisas.

—Venga con nosotros y veremos qué se puede hacer —sugirió uno de ellos.

Le pareció buena idea buscar ayuda en el interior de la casa. Se dejó conducir. A su espalda escuchó la voz de la señora declamando: *Amada en el amado transformada*. Quiso volverse para indicarle que así no se acentuaban esas palabras, pero ya habían llegado a la luminosa terraza.

La fiesta se encontraba en todo su apogeo. Rulfo cogió una fina copa de champán y deambuló con parsimonia de un salón a otro. Nunca había presenciado un acontecimiento de aquellas características, y lo más sorprendente era que nunca había deseado hacerlo. Pero, ahora que por fin participaba en uno, lo encontraba muy agradable, incluso sensual. Todo, desde los dibujos de las alfombras hasta el brillo satinado de los vestidos de las mujeres, le atraía. Temió al principio que alguien se burlara de él o adivinara que no estaba a la altura de las circunstancias, pero no sucedió nada de eso. Pronto se dio cuenta de que no solo lo admitían sino que, por sus expresiones y gestos, cabía deducir, incluso, que se preocupaban de su comodidad.

En uno de los salones sonaban vales en un piano de pared aporreado hábilmente por un tipo cuyo esmoquin resultaba algo grande. Los invitados dejaban las copas donde podían para lograr aplaudir. Otro hombre contaba chistes en francés coreado por carcajadas de placer. Rulfo se detuvo a escuchar, y de repente alguien se le acercó. Era una adolescente de pelo caoba ondulado y vestido de lentejuelas abierto por un costado. Sostenía una copa.

—¿Se divierte?

Contempló aquellos ojos alegres, aquellos parpadeos aleteantes, aquel pequeño busto respirando en el borde del escote. Sonrió.

—Muchhho. —Aún se sentía un poco torpe, y eso le hizo enrojecer.

Pero a la adolescente no parecía importarle un rábano su forma de hablar. Se acercó más y, para su sorpresa, hundió los carnosos labios en los suyos. El beso fue más que agradable: despertó en él un inmediato deseo sexual. Le devolvió el juego de lenguas y de repente le pareció que podía hacerle el amor allí mismo, sobre la alfombra, delante de los invitados. La cogió del talle, pero la muchacha se alejó riéndose en un tono cantarín, ligeramente burlón, haciendo oscilar su delicada pedrería. A él no le ofendió aquel comportamiento. Pensó que era el más adecuado, teniendo en cuenta las circunstancias. Se trataba de una fiesta, no una bacanal. La gente se divertía pero no hacía nada incorrecto. Sin embargo, el contacto con la chica le había excitado. Decidió seguirla.

Se deslizó por la puerta y accedió a otro salón con mesas de bufé. Pero había demasiada gente y no lograba ver a la joven. Paseó junto a las mesas. Le ardían las mejillas. Le escocían. Recordó vagamente que alguien había dibujado o escrito algo sobre ellas, pero no recordaba qué. Le pareció gracioso.

De improviso descubrió a la adolescente al otro lado de las mesas, tras un zigurat de canapés. Ella le sonreía. Decidió que era muy bella. Algo estrábica, quizá, pero sus ojos destellaban como luceros y sus labios parecían peonías de sangre. Estaba llevándose a estos últimos una especie de

bayonesa donde la cidra se derramaba por el borde. Mientras masticaba se alejó sin dejar de mirar a Rulfo, tamborileando sobre la mesa con sus pequeños dedos, como si estuviera dudando acerca de qué otra vianda elegir, y desapareció por una puerta remota. *Esta vez no irá muy lejos*, pensó él, divertido.

Alguien había empezado a recitar algo en el salón: *La elipse de un grito /va de monte /a monte*. Creyó reconocer un poema de Lorca pero no le prestó atención. Llegó a la puerta y descubrió un pasillo alfombrado. Al fondo, otra puerta se cerraba con un centelleo de lentejuelas. Sonrió y se dirigió hacia allí. Al abrirla encontró algo inesperado.

Oscuridad absoluta, densa, impenetrable.

Balbució algunas palabras, pero no obtuvo respuesta. Sin embargo, desde algún lugar le llegó un ajeteo de sedas arrojadas al suelo. Aquella simple percepción le hizo jadear. Sin importarle la enorme tiniebla, entró y cerró la puerta. Estaba casi seguro de que se trataba de una habitación pequeña. No descubrió interruptores. Dio un paso, luego otro. Tuvo la certeza de que la muchacha lo aguardaba allí dentro, desnuda. Sintió moverse algo a sus pies. Acercó la punta del zapato y tropezó con un objeto recio. Se agachó y lo tocó: textura de ropaje, dureza de lentejuelas. Sin embargo, la muchacha no se lo había quitado, obviamente, porque el vestido se movía. Pensó que podía ser la zona de la cintura, pero resultaba demasiado estrecha, larga y fría, y se deslizaba bajo la palma de sus manos.

Todo aquello le inquietó. Se levantó y retrocedió buscando la salida. A su espalda escuchó, inesperadamente, la voz de la chica, al tiempo que una risita:

—¿Adónde vas...?

Pero él ya había abierto la puerta y salía, tambaleante, a la claridad. No comprendía lo que había ocurrido y no le importaba. Deseaba vivir otras experiencias. Aquella fiesta resultaba, en conjunto, ciertamente inusual, pero muy agradable.

Cuando regresó al salón se detuvo. Una mujer de pelo completamente blanco, anciana pero todavía hermosa, de ojos como topacios, vestida con un anacrónico modelo del XIX, se había sentado al piano. Recibió aplausos cuando sus delgadísimos dedos escalaron las teclas, iniciando una tonada muy suave que él reconoció enseguida —«Tenderly»—, al tiempo que cantaba con la voz humosa de una buena imitadora de Billie Holiday.

*The evening breeze caressed the trees... tenderly.*

*The trembling trees embraced the breeze... tenderly.*

*Then you and I came wondering by  
and lost in a sigh... were we.*

Su forma de cantar fascinaba a Rulfo. Se quedó allí parado, deseando únicamente escucharla. La anciana pareció percatarse de su fervor, porque durante la pausa entre las estrofas le regaló el guiño de uno de sus densos y brillantes topacios.

*The shore was kissed by sea and mist... tenderly...*

Aquella música lo sumía en una ondulación de placer, un ensueño tan delicado como una

filigrana de plata. Sin embargo, pese a que estaba pendiente de cada gesto de la intérprete, percibió algo con el rabillo del ojo. Se volvió y comprobó que, por casualidad, se encontraba de pie junto a una ventana. Lo que le había distraído era un movimiento en el cenador del jardín.

La escena que contempló allí retuvo su atención durante más tiempo del que había pretendido en un principio.

En el cenador se celebraba otra especie de fiesta, al parecer más interesante, a juzgar por las mujeres desnudas de nalgas lunadas y blancas como cruasanes sin cocer que se aglomeraban bajo las guirnaldas. Por alguna razón, le pareció importante contarlas: doce. Estaban tan juntas unas con otras que resultaba difícil saber qué hacían. Entre los resquicios de sus cuerpos vislumbró a una chica de vestido rojo y pelo negro. Creyó conocerla, pero no pudo recordar su nombre.

Y frente a ellas vio

*Your arms open wide*

algo más.

*and close me inside...*

Se esforzó en averiguar qué era. Parecía una estaca enterrada en el césped. Y sobre ella, como clavado en la punta... Aguzó la vista. ¿Qué había?

*You took my lips, you took my love*

¿Qué era aquello, por Dios? ¿*Un muñeco roto?*

*so tenderly...*

La canción acabó con un arpegio cristalino y estalló una salva de aplausos que hicieron que Rulfo girara la cabeza. La anciana se inclinó y le envió un beso aéreo que él devolvió encantado. Cuando retornó a la ventana, alguien había corrido las cortinas.

Una pregunta, sin embargo, comenzó a asediarse. Una duda largamente postergada. Tenía mucha relación con lo que acababa de contemplar.

Deseoso de saber la respuesta, buscó a su alrededor y vio a un hombre gordo de cabellos blancos bebiendo champán. Se acercó a él, abrió la boca y emitió algunos sonidos desarticulados. El tipo lo miró con cierto desprecio y se apartó. Rulfo se maldijo a sí mismo por olvidar que había perdido la capacidad de hablar.

Alguien en el salón había empezado a recitar «El gusano conquistador» de Poe. En ese momento se sintió muy mareado. La luz comenzaba a ser derogada de sus ojos. Anduvo algunos pasos trastabillando hasta tropezar con otro hombre que no vestía de esmoquin sino una especie de largo caftán. El hombre le dijo algo y Rulfo intentó pedir disculpas, pero descubrió que ni siquiera sabía cómo hacerlo. Cayó al suelo de rodillas, entre una nubada de palabras inglesas.

Mientras cerraba los ojos pensó en la pregunta que no había podido hacer.

Cada vez le parecía más urgente responderla, como si fuera vital, como si de eso dependiera su felicidad y su futuro y la felicidad y el futuro de muchos como él.

Siempre eran doce.

Doce.

Faltaba una.

Quería que alguien le dijera dónde estaba la que faltaba.

## **XII. EL DESPERTAR**

Ballesteros alzó la cabeza tras auscultar la respiración del anciano.

—No está usted tan mal como cree, abuelo, así que no ponga esa cara.

El paciente esbozó una sonrisa, y su esposa, una viejecita menuda con gafas y rostro afilado, miró al techo y susurró algo en dirección a Dios. Pero Ballesteros pensó que Dios sí sabía la verdad: la insuficiencia respiratoria de aquel hombre había empeorado un poco, aunque no de forma preocupante. Además, lo mismo había ocurrido con el clima. Noviembre había comenzado con semblante hosco: gruesos nubarrones grises que no terminaban de cuajar en lluvia desfilaban por la ventana removidos por un viento helado. Tal circunstancia empeoraba invariablemente los bronquios de todos sus ancianos. Supuso que con una ligera modificación del tratamiento su estado mejoraría. A él no le ocurría lo mismo. *Necesito algo más que una ligera modificación de tratamiento*, pensó.

Devolvió la sonrisa que el matrimonio le dedicó al despedirse. Entonces sintió que los aceitunados y hermosos ojos de Ana lo contemplaban.

—Hoy trae usted mala cara —le dijo la enfermera cuando los ancianos se marcharon—. A ver, qué ha estado haciendo el fin de semana, confiese...

Lo deslumbraba con aquella semiluna de marfil sonriente enmarcada en su rostro moreno. Intentó bromear, como siempre hacía cuando hablaban a solas.

—Los lunes los he llevado mal toda la vida. En esto se nota que no he envejecido.

—Pero, no estará usted malo, ¿no?

Le quitó importancia al tema. Y lo hizo de manera muy simple, con un leve gesto y una sonrisa de confianza. Comprendió de repente que le resultaba muy fácil engañar. Todo el mundo le creía. Para evitar que supieran la verdad, para impedir que descubrieran las tinieblas que albergaba, solo tenía que sonreír y sacudir la cabeza. Eran los privilegios de la soledad y la profesión.

Se alegró de que la conversación y la entrada del siguiente enfermo quedaran interrumpidos a la vez por el teléfono. Su enfermera contestó, y él dispuso de cierto tiempo para cerrar los ojos. Aunque sabía que, si lo hacía,

el bosque

todo se repetiría de nuevo.

—Doctor.

—Qué.

Volvería a *verla*, como en los últimos días. Y todo sería espantoso.

—Es de parte del doctor Tejera, del Provincial. Quiere hablar con usted sobre un paciente ingresado.

el bosque era el sueño

Asintió y cogió el auricular. No era infrecuente que lo llamaran desde un centro clínico para comentarle el caso de alguno de sus enfermos, hospitalizado por cualquier motivo. Fuera como fuese, agradecía a Tejera aquel descanso: le serviría para dejar de pensar en la oscuridad que lo rodeaba.

Pero momentos después supo que estaba completamente equivocado.

Aquella era la voz de la oscuridad.

El bosque era el sueño.

El mar, la vigilia.

Esta curiosa, doble certidumbre le asedió durante un tiempo impreciso. Si se dormía, si se hundía en la inconsciencia, todo quedaba quieto y sombrío. Era como encontrarse en medio de un bosque impenetrable. Pero al despertar se sentía flotando en un mar que cumplía casi todos los requisitos para serlo salvo la presencia de agua: respiración de olas, luz, balanceos, ausencia de peso. Entonces, en un momento dado, la luz se le convirtió en memoria.

Y lo traspasó.

Irónicamente, fue en ese instante cuando Caparrós (el nombre que aparecía en una de las muchas Tarjetas rectangulares que flotaban sobre él) le dijo a Tejera (otro de los nombres) algo parecido a: «Está mejor». Casi se echó a reír al oírlo, porque aquél era el primer día en que se sentía realmente *mal*.

—Díganos lo último que recuerda.

—Este hospital.

—¿Y antes de venir aquí?

—Mi casa.

—¿Dónde vive usted?

—Calle Lomontano, número cuatro, tercero izquierda.

Está bien, le decían, está muy bien. Luego descubrió que todo se desarrollaba de la misma forma absurda: al día siguiente se sintió mucho *peor*, y Caparrós y Tejera le dijeron que le iban a dar el alta; al otro, su estado había «mejorado del todo» pero él se encontraba sumido en una horrenda pesadilla de recuerdos. Se dio cuenta de que Caparrós y Tejera —que ya no eran Tarjetas sino Rostros, o, mejor dicho, Médicos— veían la llama, y la llama hablaba y respondía preguntas, y eso les hacía pensar que nada malo ocurría. Pero no advertían al hombre que se *quemaba dentro*.

Se defendió de las preguntas haciendo otras. Le contestaron que se encontraba en un hospital público de Madrid. Le dijeron que era domingo cuatro de noviembre, y que había estado casi setenta y dos horas en coma. Le explicaron quién lo había hallado —un camionero regresando de

un reparto—, cómo había visto su cuerpo tirado en la cuneta de una comarcal cerca de aquel almacén abandonado y llamado a la policía, y éstos a una ambulancia. Diagnóstico provisional: coma etílico.

Le dijeron todo eso, salvo lo que más le importaba. Tuvo que preguntarlo también.

Tejera, que era quien estaba de guardia aquel domingo, asintió con la cabeza. Era un médico joven, moreno, de espeso pelo rizado. Tenía cierta tendencia a convertir la boca en un punto rosado cuando asentía.

—Sí, había otra persona junto a usted, también desmayada. Una mujer. Ignoramos su identidad. Carece de documentación y aún se encuentra en coma.

la miró

—¿Puede describírmela?

—Lo siento, pero no la he visto. Está en la UVI y la llevan otros compañeros. Pensábamos que usted sabría decirnos...

—Necesito verla —dijo él, tragando saliva.

—La verá.

Pensó que existían dos opciones. Le habían asegurado que no estaba herida, pero eso no probaba nada. Quizá todo lo que él creía que le había sucedido a Susana era falso (rogaba por que fuera así). La otra posibilidad se le antojaba más increíble. ¿Por qué iban a dejar a Raquel con vida, si era obvio que deseaban hacerla pedazos?

No, no podía ser Raquel. Era absurdo. Y cruel. Sería mejor que estuviese muerta.

La miró.

Se hallaba inmóvil, clavada con sondas, sueros y cables a la cama. Tenía los ojos cerrados. La reconoció de inmediato.

—¿La conoce? —preguntó Tejera.

—No.

Y le pareció que, después de todo, no estaba mintiendo.

La mañana del lunes, Merche, la enfermera de largas pestañas (sabía el nombre de pila de todas las enfermeras pero solo el apellido de los médicos), le anunció que iban a trasladarlo a un sitio más tranquilo que la sala de observación. Un celador fornido de rostro plano y redondo como la luna llena manipuló su silla de ruedas con parsimonia de chofer. Su nueva habitación, situada en otra planta, era todo lo agradable que podía ser un lugar de aquellas características, con una pequeña cama, una mesilla y una ventana basculante donde el cielo aparecía enmarcado como un cuadro de tormenta. El cambio de silencio le hizo caer de inmediato en un profundo sopor del que despertó casi gritando, tras haber soñado con una serpiente que escribía con su lengua un verso de Juan de la Cruz sobre su rostro y desplegab sus anillos aceitosos para deslizarse por la órbita vacía de

*Basta. Pedos mentales.*

Aquel súbito recuerdo trajo a su memoria un nombre. Habló con el doctor Tejera y le pidió que le telefonara.

Recibió la visita por sorpresa, esa misma noche. Creyó que volvía a soñar, porque, de improviso, en la oscuridad dorada de su habitación (solo la lámpara de la cama encendida) vio aparecer el blanco cabello, la barbita bien recortada, el rostro amplio y la corpulencia del médico, que lo miraba con misteriosa tranquilidad.

—¿Entró, por fin?

Comprendió de inmediato a qué se refería, pero no quiso contestar. Ballesteros acercó una silla y acomodó su anatomía con un suspiro de cansancio.

—¿Por qué ha venido tan pronto? —inquirió Rulfo—. Creí que ni siquiera se acordaría de mí...

—Hoy no tengo nada que hacer, y no suelo dejar para mañana lo que puedo hacer hoy. ¿Cómo se siente?

—He tenido épocas mejores. Pero ahora no me encuentro demasiado mal —mintió—. Lo único que necesito es volver a fumar.

Ballesteros alzó las cejas y sacudió su cabeza nevada.

—Usted y sus vicios —rezongó—. Ya sabe que esto es un hospital. Y, aunque no fuera así, ¿cómo se atreve a decirle eso a un médico...?

—Me alegro de que haya venido —sonrió Rulfo—. De veras. Se lo agradezco, doctor.

—No se haga el tierno y cuénteme lo que ha pasado.

Rulfo quedó un momento en silencio rumiando aquella petición. Entonces se echó a reír. Pero su ronca carcajada no contagió a Ballesteros.

—La verdad, no sabría explicárselo.

Ballesteros se encogió de hombros.

—Si piensa que así será más fácil, le haré preguntas. El doctor Tejera me dijo que un buen samaritano lo había encontrado desmayado en la cuneta de una comarcal, junto a un almacén cerrado por incendio. ¿Cómo llegó hasta allí?

Hubo una pausa. Rulfo volvió a apoyar la cabeza en la almohada y miró al techo.

Había comprendido de repente el grave error que había cometido.

*No dejarán testigos.*

Aquella tarde había experimentado la necesidad de compartir con alguien su estado de ánimo, y había recordado el nombre del médico que lo había atendido al principio de todo. Pero ahora se daba cuenta de que había sido una metedura de pata, y no precisamente por la razón que aducía (la imposibilidad de explicarse) sino por otra, mucho más importante, más ominosa.

Contempló los cansados y leales ojos grises de Ballesteros rodeados por un rostro enorme de Papá Noel de incógnito, y sintió rencor contra sí mismo. No podía brindarle ni la más leve información, porque, en caso contrario, aquel pobre médico sufriría las consecuencias: como Marcano, como Rauschen..., quizá también como César, que no respondía a sus repetidas llamadas telefónicas...

*No dejarán testigos.*

A él mismo le sorprendía seguir conservando la vida y la memoria, pero el motivo de aquella excepción —sospechó— debía de ser que aún lo necesitaban: quizá para seguir interrogándolo. Saga lo había dicho: *Tenemos mucho tiempo por delante.*

No, no podía hablar. Ya había implicado a demasiados inocentes.

—¿Y bien? —exigió Ballesteros.

—Le diré lo que recuerdo... Me temo que esa noche bebí más de la cuenta. Luego cogí el coche, salí de Madrid y aparqué en algún sitio para dormir la mona. Entonces desperté en este hospital.

Ballesteros lo escrutaba como si fueran los ojos de Rulfo los que dijeran cosas.

—Eso no es tan difícil de explicar —comentó—. Y puedo creerlo perfectamente. De hecho, tenía usted altos niveles de alcohol en sangre cuando lo trajeron. He estado revisando su historia antes de entrar a verle.

—Pues entonces, todo aclarado. Fue una borrachera estúpida.

—¿Y la mujer?

Rulfo se le quedó mirando.

—Ya veo que ha hecho bien los deberes.

—Siempre los hago —replicó Ballesteros, ojeroso—. Ahora, dígame: ¿quién es la mujer que apareció junto a usted, también inconsciente...? ¿Otra borracha...?

—No la conozco. No la había visto en mi vida.

—Pues es una suerte, porque se encuentra muy grave. Casi en estado de muerte cerebral. El doctor Tejera me ha asegurado que no pasará de esta noche.

Toda la sangre se retiró del rostro de Rulfo.

—¿Qué?

Ballesteros lo miró con calma.

—Que esa mujer desconocida la va a palmar esta noche —dijo tranquilamente—. Pero ¿por qué me mira así...? ¿No dice que no la conoce...? Claro que a lo mejor sobrevive. Quizá no esté tan grave. Todo depende de si usted la conoce o no.

—Hijo de puta —masculló Rulfo entre dientes.

Ballesteros esbozó la única sonrisa sincera que había logrado producir en aquellos últimos y largos días.

—Por lo visto, le afecta mucho el destino de la gente desconocida. Siempre supe que era usted buena persona.

—Y yo siempre supe que usted era...

—Un cabrón, sí. No se preocupe, dígalo. Lo tengo merecido. No está bien bromear con la salud de la gente. La verdad es que el estado clínico de esa señorita apenas ha variado en las últimas horas... Si acaso, ha experimentado una ligera mejoría: ya parece reaccionar a los estímulos. Y ahora, si me permite, este cabrón le va a hacer otra vez la pregunta: ¿quién es esa mujer y de qué la conoce?

—Ya le he dicho que...

—De acuerdo. Veo que he estado perdiendo el tiempo.

Ballesteros se levantó como un resorte, sorprendentemente ágil para su inmenso cuerpo, y salió de la habitación sin decir palabra. Rulfo respiró aliviado. Le dolía irritarle, pero al menos había logrado evitar las preguntas. Prefería un millón de veces soportar su indignación que ser responsable de todo lo que podía ocurrirle si hablaba.

—Adiós, doctor —dijo—. Un placer haberlo conocido.

Sintió un denso nudo en la garganta. De nuevo se encontraba solo, pero ahora no cometería el

error de implicar a otros. Recostó la cabeza en la almohada sabiendo con certeza que esa noche no lograría dormir. Entonces, apenas un minuto después de haber salido, Ballesteros entró de nuevo, cerró la puerta y se acercó a la cama. Parecía nervioso.

—Me he asegurado de que nos van a dejar tranquilos. Y ahora dígame de una vez la verdad... ¿Esa mujer es Saga?

Rulfo se quedó mirándolo completamente desconcertado.

No existía la muerte. Existía la tumba.

Todos los que la atendían, los que iban y venían registrando datos, anotando cifras, palpando su cuerpo con instrumentos delicados o simplemente abriendo sus párpados para iluminar su pupila, pensaban que no escuchaba, que no podía sentir. Hablaban de estado de coma y conmoción cerebral; la sometían a ese sinfín de torturas que, en nombre de la piedad, comete la medicina: introducían tubos en su garganta, rozaban sus córneas con gasas, golpeaban sus articulaciones con martillos de goma.

No eran culpables. ¿Cómo iban a saber que estaba viva, consciente y alerta dentro de aquella lápida de carne? Eran simples seres humanos: médicos, enfermeros, ayudantes... Personas que creían lo que creen las personas corrientes: que, si el infierno existe, es necesario morir para conocerlo.

No, no podía culparles, pese a que, ciertas veces (muchas más de las que deseaba) se sentía capaz de estrangularlos con sus propias manos. Su rabia impotente y remota se volcaba contra ellos, y contra la máquina que contaba sus latidos, y contra aquella luz inclemente que traspasaba sus párpados, y contra el aire y la vida que la rodeaban como una burla cruel.

Ni siquiera enloquecía: se hallaba perfectamente cuerda bajo la locura, los ojos bien abiertos bajo los ojos cerrados, gritando en completo silencio, retorciéndose entre músculos quietos, absurdamente viva dentro de un cadáver.

—Veo un hospital. Me veo caminando por sus pasillos. Pero parece vacío. Entonces oigo algo: un eco, un murmullo lejano. Me doy la vuelta y distingo a una enfermera de espaldas...

En aquel punto se detuvo. No quería contar (porque no le parecía que tuviera importancia en aquel contexto) que la enfermera estaba desnuda, y que él creía reconocer la estilizada y morena figura de Ana, y que aquello le excitaba terriblemente, pero que, de improviso, la enfermera se volvía y él comprobaba que no era Ana, que se había equivocado cruelmente, porque, en realidad,

—Me doy cuenta de que es mi esposa. Me mira.

Su mirada le recuerda la que ella le dirigió durante aquellos horribles segundos, dentro del coche retorcido. Sin embargo, en el sueño no la ve malherida. Lleva el pelo lacio y suelto de color castaño rojizo, como solía llevarlo en vida. Pero es algo más que su mirada o su pelo: es la sensación casi física de que Julia está allí, de pie frente a él, y que nada malo ha pasado. Ella no ha muerto y él puede tocarla y besarla, estrecharla contra su pecho. Entonces Julia le habla.

—«Cuidado con Saga», me dice... Yo le pregunto qué o quién es Saga, pero no me responde. La veo alzar el brazo y señalar algo. Cuando me vuelvo, ustedes están siempre allí.

—¿Ustedes?

—Sí. Usted y... y esa chica.

Los ve a ambos en la oscuridad. La muchacha es muy hermosa, mucho más que Julia o Ana: Ballesteros cree que nunca en su vida ha visto un cuerpo tan armónico, una figura tan deseable. Pero todo eso desaparece cuando mira sus ojos. En sus ojos no hay juventud; tampoco belleza ni tersura: solo un cúmulo de millares de años, una luz tan antigua como la de las estrellas. Sus ojos son tristes y terribles.

—«Ayúdales», me dice Julia. Y vuelve a repetirlo: «Ayúdales. Ayúdales». «¿Por qué?», le pregunto yo. «Hazlo por mí», dice ella. Entonces desaparece, y ustedes también. Me quedo solo. Los pasillos están oscuros, pero veo luces muy raras al fondo. Y vuelvo a escuchar ese eco, o ese murmullo, mucho más cerca: es como una jauría de perros, y comprendo que me persiguen. Echo a correr, pero los ladridos se acercan cada vez más. Entonces me doy cuenta de algo. No son perros sino mujeres. Y gritan palabras. Me llaman. Ladran mi nombre al tiempo que corren hacia mí. Sé lo que quieren hacerme: despedazarme... Y me despierto gritando. Llevo soñando lo mismo desde la noche del treinta y uno de octubre. Intenté localizarte. Te llamé por teléfono varias veces, pero no estabas. Quise olvidar el asunto, pensé que se trataba de un recuerdo de Julia... Ahora comprenderás por qué vine de inmediato cuando me dijeron que estabas ingresado en este hospital y querías verme... Pero lo que me decidió del todo fue enterarme de que, junto a ti, habían encontrado a una mujer. Acabo de verla. Fui a verla antes de entrar en esta habitación. Te juro que jamás en mi vida, ni en mis tiempos de estudiante, me he sentido tan nervioso al ir a ver a un paciente... —Miró a Rulfo con fijeza—. Es ella. La muchacha que veo en sueños. Pero ignoraba si era ella la persona a la que mi mujer se refería con el nombre de «Saga». Por eso te lo he preguntado, así, a bocajarro. Estaba seguro desde el principio de que me estabas mintiendo...

Rulfo parpadeó. Desvió la vista del semblante sombrío de Ballesteros y guardó silencio durante un buen rato. Ballesteros no lo interrumpió. Por fin, Rulfo dijo:

—Escuche, dejemos esto aquí. Márchese y cierre la puerta. ¿No recuerda lo que usted mismo dijo...? Cosas extrañas en las que no se debe entrar... Pues no entre. Déjelo ahora que está a tiempo.

—No quiero —repuso Ballesteros, impresionado por las palabras de Rulfo, pero con absoluta firmeza—. Estoy metido en esto tanto como tú... Ellas... ellas *ladran mi nombre*. ¿Lo has olvidado...?

Estuvieron mirándose durante un instante, escrutando el terror en los ojos del otro.

—Ni siquiera creará la mínima parte de lo que le cuente —dijo Rulfo.

—¿Por qué estás tan seguro de eso? —Ballesteros hurgó en el bolsillo de su cazadora y sacó un paquete de tabaco. Se lo arrojó a Rulfo a las manos, así como un encendedor—. Quizá te llesves una sorpresa. No imaginas lo que ha llegado a cambiar últimamente el doctor Ballesteros...

Cuando a él le dieron el alta, ella ya estaba despierta. Ballesteros había afirmado que eran viejos conocidos de su consulta que abusaban del alcohol y las drogas, y había presentado sendos informes. Ella era una inmigrante húngara, les dijo, pero sus papeles estaban tramitándose convenientemente. Ahora todo consistía en esperar a que se recuperara también.

El médico estuvo muy pendiente de su estado y avisó a Rulfo cuando la trasladaron desde la UVI a la sala de observación. Rulfo la encontró acostada en la cama y completamente inmóvil, como en la ocasión anterior. La única diferencia era que ahora tenía los ojos abiertos. El silencio la rodeaba como el aura que nimba a los santos. Se acercó, la miró a los ojos y descubrió que ni siquiera ellos hablaban: permanecían negros y mudos como cadáveres de sí mismos, fijos en algún punto del techo. Una botella de suero goteaba lentamente hacia su sangre. La medicina mantenía su vida bajo arresto domiciliario.

—Raquel —susurró.

El nombre le dolió en la boca como el agua helada en un diente cariado. Ella no dio a entender que lo hubiese oído.

—No quiere comer, ni beber, ni hablar —dijo la enfermera.

Pidió quedarse junto a ella. Los acompañantes no estaban permitidos en aquella sala, pero Ballesteros intervino de nuevo y le dejaron ocupar una butaca día y noche. Lo que más deseaba era cuidarla: ayudaba a lavarla, insistía una y otra vez en que probase la comida, permanecía despierto hasta que comprobaba que ella se dormía. Dos días después, la vio sonreír por primera vez. Las enfermeras que la atendían se alegraron y le dijeron que quizá se debiera «a los desvelos de este señor». Cuando se quedaron a solas, ella se volvió hacia Rulfo sin perder aquella sonrisa.

—Mátame —dijo.

Por toda respuesta, Rulfo se inclinó y la besó ligeramente en los labios resecaos. Ella le miró. En su mirada había un yermo de odio tan abismal que él se sintió desamparado. Comprendió que la Raquel de antaño había desaparecido para siempre.

Ballesteros los visitaba casi a diario. Supervisaba personalmente la evolución clínica de la muchacha y siempre encontraba unos cuantos minutos para charlar con ambos. Sabían que no podían hablar con libertad en aquellos momentos, pero Rulfo ya le había explicado a ella que Ballesteros «lo sabía todo» y solo pretendía «ayudarles». A ella no parecía importarle tal circunstancia. Seguía negándose a comer, se movía como un muñeco, respondía con monosílabos.

Cuatro días después del alta de Rulfo, Ballesteros le habló en privado.

—Los psiquiatras dicen que si su situación no mejora para la semana que viene se están planteando un tratamiento más radical. —Rulfo no entendía—. Electroshock —aclaró.

—Jamás les dejaré que hagan eso.

—Está perfectamente indicado en estos casos —le tranquilizó Ballesteros—. Plantéatelo de esta forma: lo peor que le puede ocurrir es que se quede como está.

—Pues que le den el alta. Vamos a llevárnosla de aquí.

—Eso es una tontería. Si no mejora, ¿dónde vamos a llevarla? ¿Dónde la cuidarán mejor que en un hospital...? Lo que hay que conseguir por todos los medios es que mejore. No puede seguir así. La miro y me dan escalofríos, pobrecilla... Es como si no soportara ni el aire que la rodea. Da la impresión de que, si pudiera, hasta dejaría de respirar. Está viviendo un infierno.

—Tiene motivos —replicó Rulfo mirando al médico fijamente.

—No me importan ahora esos motivos —repuso Ballesteros, pálido—. Sea quien sea y le hayan hecho lo que le hayan hecho, es una persona hundida en un pozo del que no quiere salir. Nuestro deber es sacarla de ahí. Luego podremos sentarnos tranquilamente a hablar de los motivos de cada cual...

Rulfo terminó asintiendo. La voz de Ballesteros era lo único racional que había escuchado en aquellos días de caos. Esa misma noche, mientras se dormía contemplándola en la penumbra de la sala entre siseos de oxígeno, respiraciones y toses de enfermos, tuvo un sueño. Vio a la muchacha y al niño de pie bajo un arco con dovelas en una ciudad desconocida. Estaban cogidos de la mano y las sombras los enmascaraban a ambos. Entonces escuchó la voz de ella: *Acércate y mira lo que le hicieron.*

*Mira*

*lo que le hicieron a mi hijo.*

Era lo que menos deseaba, pero comprendió que tenía que hacerlo, porque no era justo que ella sobrellevase sola aquella verdad espantosa. Se aproximó, temblando. Sentía tanto miedo que creía que iba a enloquecer. A la muchacha la veía muy bien, pero el niño seguía siendo un bulto bajo las sombras. O no exactamente: empezaba a distinguir una estaca clavada en el suelo y, sobre ella... *Acércate y mira. Mira lo que le hicieron.* Despertó con un hondo escalofrío de terror segundos antes de contemplar lo que ocultaban aquellas sombras y pensando que Raquel se había levantado de la cama.

Pero la muchacha seguía inmóvil en medio de la oscuridad.

Aquella mañana se permitió un descanso. Bajó a la cafetería y pidió un desayuno un poco más abundante del usual, que no era otro que el que le servían a ella, ya que la muchacha rechazaba toda la comida y al personal que la cuidaba no le importaba que Rulfo la aprovechara. Pero empezaba a sentirse exhausto. Necesita moverse, salir de aquella sala inclemente. Además, deseaba telefonar a César. Ignoraba lo que había ocurrido con Susana y él. Había leído todos los periódicos que habían caído en sus manos pero no había encontrado nada, aunque tampoco sabía muy bien qué esperaba encontrar. Lo llamó. César seguía sin coger el teléfono. Debo ir a su casa, pensó con enorme preocupación.

Pero al regresar a la sala le aguardaba una sorpresa.

—¿Qué le parece? —dijo la auxiliar muy contenta—. ¡No ha dejado ni las migas!

Le mostraba la bandeja del desayuno con el vaso de café con leche vacío y un plato limpio que antes había contenido una tostada.

—Y no la ha tirado ni la ha escondido, ¿eh? —advirtió la mujer llevándose un dedo al ojo—. ¡Que nosotras hemos estado bien pendientes!

Sentada en la cama, sonriente, rodeada de enfermeras y auxiliares, la muchacha parecía una niña buena que hubiera logrado, tras cierta dificultad, superar todos los exámenes.

—Buenos días —dijo. En sus ojos aún flotaba la tristeza, pero el cambio había sido espectacular.

En connivencia con su alta, la mañana nació soleada, azul y quieta, alejada por completo de los rigores grises de los días previos. Pese a todo, los árboles desnudos y la presencia de abrigos anunciaban que el otoño estaba despidiéndose de Madrid. Ballesteros se tomó el día libre y los llevó en su coche. Había insistido en que se alojaran en su casa. Allí había sitio de sobra para los tres, dijo, y ahora que él también sabía la verdad, creía conveniente que estuvieran juntos. Ni

Rulfo ni Raquel pusieron objeciones a su ofrecimiento. No obstante, durante el trayecto (con Raquel dormida en el asiento posterior), Rulfo se vio obligado a decir algo.

—Hospedarnos en tu casa implica un grave riesgo para ti, Eugenio. Supongo que lo sabes.

—Estoy dispuesto a asumirlo. —Ballesteros frenó ante un semáforo en amarillo con cautela de conductor precavido—. Ya te dije en su momento que estamos metidos en esto los tres, nos guste o no. Por otra parte —agregó, clavando sus ojos grises en Rulfo—, aún no me habéis convencido del todo. He soñado algo extraño, sí, pero no me he vuelto brujo, o exorcista por ello... No aceptaré que me habléis de poemas que producen cosas al ser recitados y absurdos de ese estilo... Admito que nos ha ocurrido algo fuera de lo común... Incluso estoy dispuesto a creer que existe un... un grupo de... Bueno, llamémoslo una secta. Pero solo llego hasta ahí. No es que ponga en duda lo que me has contado: te creo, creo que *habéis* vivido todos esos horrores, pero estoy seguro de que si te preguntara ahora cuántas de esas cosas piensas que han sido reales, tan reales como estos árboles, la calle Serrano o las aceras, dudarías antes de responder...

Rulfo le daba la razón, en parte. Dos semanas después de su supuesta «visita» a la mansión de Provenza aún se mostraba incrédulo respecto de muchas de las cosas que recordaba.

—Esta clase de sectas tienen un arma muy poderosa —continuó Ballesteros—: la sugestión. Peores cosas han ocurrido en algunos lavados de cerebro y síndromes de Estocolmo. De modo que no intentéis convencerme de que leyendo a Juan Ramón Jiménez voy a hacerme invisible o me saldrán cuernos y rabo, porque no lo aceptaré. Soy un hombre racional, un médico. Y siempre he creído que el primer médico de la historia fue santo Tomás, que solo diagnosticó después de examinar las llagas. Y ya estamos en casa.

El automóvil descendió hacia la oscuridad del garaje. Allí estaba su sitio de siempre, esperándole.

El piso de Ballesteros, situado en la séptima planta de un edificio del barrio de Salamanca, era tal como Rulfo había imaginado: confortable, clásico, repleto de fotografías y diplomas. Pensó en la notoria diferencia con que el médico y él habían reaccionado ante la muerte de la persona a la que amaban: él escondía todos los retratos de Beatriz, Ballesteros llenaba cada rincón con los de Julia. La esposa de Ballesteros había sido muy hermosa y alegre. Aparecía en las fotos derrochando esa felicidad inacabable de las instantáneas tomadas en los mejores momentos. También había retratos de sus tres hijos: la hija había salido a la madre y el hijo mayor era una réplica larga y delgada del padre.

—Ésta puede ser tu habitación —le dijo el médico a Raquel. Era un cuarto espacioso y muy iluminado mediante una amplia ventana, con baño individual.

—Es maravillosa.

—La mala noticia es que el pesado de Salomón dormirá en una cama mueble junto a ti, al menos durante las primeras noches. No quiere dejarte sola.

En realidad, había sido Ballesteros quien había insistido en aquel punto. Los psiquiatras con los que había hablado no se mostraban especialmente preocupados por una recaída, pero él tenía la suficiente experiencia como para no olvidar las medidas elementales.

La muchacha miró a Rulfo, luego a Ballesteros, y volvió a sonreír. No parecía molestarle tal precaución. El médico propuso preparar el almuerzo y se dirigió a la cocina, pero Raquel lo detuvo.

—No, no, yo prepararé algo —se ofreció.

—No es necesario. Yo puedo...

—No, no, de verdad. Además, me apetece realizar alguna actividad.

—¿Te encuentras bien de veras?

—Todo lo bien que puedo estar. —Esbozó una tímida sonrisa—. Gracias a vosotros.

Para Rulfo, aquella sonrisa fue casi una luz.

Ballesteros, que casi nunca almorzaba en casa (desde la muerte de su esposa le resultaba insoportable la ancha soledad del apartamento), insistió en revisar qué había en la despensa y se alejó. Raquel entró en su habitación. Rulfo se disponía a seguirla cuando percibió que una sombra se cernía sobre él: la puerta se estaba cerrando.

—¿Raquel?

Cogió el pomo. En ese momento escuchó algo. Un sonido mínimo y vulgar, pero le heló la sangre.

Un pestillo.

—¡Raquel! —Probó a abrir infructuosamente.

Recordó la gran ventana de la habitación: iluminada, amplia, en un séptimo. Sintió que la boca se le secaba.

Ballesteros acudió de inmediato. Se maldecía por no haber recordado a tiempo aquel pestillo (la habitación había pertenecido a su hija, que se preocupaba por la intimidad). Arrojó su enorme corpachón contra la puerta en vano. Entonces los dos hombres tomaron impulso a la vez y realizaron un nuevo intento. La abrazadera del pestillo saltó por los aires y ambos se precipitaron dentro de la habitación. *Ha fingido*, pensaba Ballesteros. *Dios mío, ha estado fingiendo justo para*

abajo

*poder quedarse un segundo a solas... Es increíble...*

abajo, a siete pisos de distancia

*¿Qué clase de... de persona puede tener esa... frialdad...? ¿Cómo se puede fingir...?*

—¡Raquel...!

La ventana estaba abierta y los visillos blancos se agitaban como pañuelos diciendo adiós.

Abajo, a siete pisos de distancia, la muchacha yacía sobre la acera como una muñeca rota.

—Debo bajar —murmuró Ballesteros por fin, apartándose de la ventana. Quiso añadir: «Quizá pueda hacer algo», pero le pareció demasiado ridículo.

En la calle, la gente empezaba a rodear el cuerpo. Venían corriendo de todas partes. Miraban hacia arriba, señalaban. Podía distinguirse el uniforme azul de un municipal.

Mucho más tarde, al recordar aquellos momentos, Rulfo apenas obtenía otra cosa que una llovizna de sensaciones dispersas (el aire frío de la mañana, el cielo índigo, la dureza del antepecho en que se apoyaba, la acera como una larga lápida de granito, un transeúnte vestido de rojo) y, en medio de todo, la nítida imagen de Beatriz, ahora destrozada sobre la calle, pero siempre ella, la mujer que lo había amado, la única a la que había amado de verdad.

En ese instante comprendió que había estado intentando resucitar a Beatriz mediante Raquel y Susana. Ésa era la auténtica razón de sus «buenas» acciones. Aquellos últimos y agobiantes días de hospital habían formado parte de esa voluntad de saldar cuentas. No se había enamorado de Raquel, y lo supo de repente, la certeza centelleó ante sus ojos como una luz. Había gozado con ella más que con ninguna otra mujer y la compadecía hasta el infinito, pero nada de eso era amor. El diablo sabe lo que es, pero no es nada de eso. Y con Susana le había ocurrido otro tanto. Solo había amado a Beatriz Dagger. Beatriz también había muerto, pero en la distancia, invisible e inalcanzable, y él había pretendido expiar la culpa de esa lejanía intentando amparar a aquellas dos mujeres. Su primer fracaso había sido Susana.

Ahora contemplaba sobre la acera su segunda y última derrota.

Para Ballesteros, aquel recorrido de siete pisos en ascensor fue como bajar al infierno.

Una voz interior le repetía que no era culpable de nada, pero hasta aquella voz sabía que sus palabras no eran sino un pobre consuelo. ¿Culpable? No, no la había asesinado. Sin embargo, en cierto modo, sí lo era, de igual forma que lo había sido de la muerte de Julia. Y allí estaba otra vez, dentro de un coche humeante y retorcido con olor a sangre, contemplando a su víctima. Pensó que toda su vida no era sino un cúmulo de delitos secretos. Traicionaba a sus pacientes, engañándolos con falsas esperanzas. Traicionaba el recuerdo de Julia cada vez que miraba a Ana. Y ahora había traicionado mortalmente la confianza de aquel hombre (que, pese a todo, había decidido compartir con él su sufrimiento), por no mencionar la de aquella muchacha desconocida.

*Culpable. Claro que sí. ¿Acaso esperabas otra cosa?*

Sin embargo, el trayecto también le permitió recobrar la serenidad y volver a adoptar la máscara de médico abnegado. Cuando salió al portal, y de allí al día luminoso y frío, ya no quedaban vestigios del hombre atormentado por los recuerdos. Era, de nuevo, la herramienta siempre dispuesta a servir de ayuda.

En la acera el público había ido apiñándose hasta formar un corro nutrido y compacto de espaldas inclinadas. Los últimos en llegar se alzaban de puntillas. Ballesteros detestaba especialmente a esos individuos morbosos que, más allá de la compasión o las razones humanitarias, actuaban como coleccionistas visuales de entrañas, cerebros y rostros taladrados por disparos o golpes. Con aquellos tipos carecía de paciencia. Pensaba que era debido a que, por su profesión, no veía otra cosa en el estropicio de las muertes que el horrendo sufrimiento de las vidas.

—Apártense, por favor, soy médico.

Entonces se dio cuenta del inmenso silencio.

Aquello era completamente anormal. En ese tipo de sucesos, él bien lo sabía, ningún testigo dejaba de expresar al menos una opinión a la persona de al lado, un comentario, unas cuantas palabras que atenuaran el nerviosismo. Pero aquel grupo de mirones era un bosque de personas petrificadas.

¿Qué podía ocurrir? ¿Qué estaban contemplando? ¿Y por qué el policía que había visto desde la ventana no los dispersaba? Se disponía a abrirse paso por la fuerza cuando observó que el individuo que tenía delante, en lugar de alejarse de él para seguir conquistando posiciones cada vez más próximas al centro, se acercaba caminando hacia atrás.

Y, con la geometría perfecta de una flor que se abre, el corro de curiosos se dilató despejando un área central.

ella

Tras un instante de sorpresa, avanzó a empujones y divisó por fin al policía: un chico joven, una pequeña cabeza casi completamente afeitada bajo una gorra azul. Sus ojos dilatados estaban fijos en un punto a sus pies que Ballesteros aún no podía distinguir. Sintiendo un brutal escalofrío, llegó a la primera fila.

ella miraba

Comprendió en ese momento por qué el policía no había apartado a los transeúntes. Su estómago se convirtió en un pedazo de hielo.

La muchacha estaba allí, sentada en la acera, jadeando. Sin heridas, sin una sola gota de sangre. Nada. Era una chica sentada en la acera.

Pero eso no era lo peor.

ella miraba al suelo

Lo peor era aquel desgarró en su muñeca izquierda que acababa de provocarse con los dientes. Aquella profunda mordedura que ahora, ante los ojos de Ballesteros, se cerraba con suavidad de anémona y pulcritud de hoja de libro, sin dejar huellas, como el retroceso de una

absurda moviola orgánica que devolviera a su piel y a sus músculos toda la integridad perdida...

Ella miraba al suelo.

—No puedo matarme. No he podido nunca, pero no lo he sabido hasta hoy. La filacteria que llevo tatuada me lo impide. —Volvió a mirar a los dos hombres, impasible, implacable—. Debí pensar que *ella* también tendría en cuenta esta posibilidad. El suicidio es un alivio que no desea concederme...

Guardó silencio y se pasó la lengua por los labios. Rulfo pensó en un símil: una fiera en medio de una pausa durante el terrible combate que mantiene contra otra.

Se encontraban en el salón del piso de Ballesteros. Había anochecido ya, y los rostros mostraban las huellas de aquel día extenuante. Sin embargo, el médico se hallaba extrañamente feliz. Era, con mucho, el más feliz de los tres. Alzó una de sus grandes manos en aquel silencio.

—Antes de que se me olvide, quiero decirles que aquí tenéis a un nuevo santo Tomás. Ignoro si me canonizarán o no, pero soy el santo Tomás más convencido de toda la religión... No es para menos: el de la Biblia tocó las llagas, pero yo las he visto esfumarse... Coño, os juro que esta noche me emborracho. ¿Alguien quiere beber algo?

No obtuvo ninguna sonrisa, pero tampoco lo esperaba. Rulfo optó por whisky y él decidió acompañarle. Apenas bebía (la botella de Chivas, regalo de un paciente, estaba intacta), mucho menos después de la muerte de Julia, pero aquella noche era especial. ¿Qué importancia pueden tener unos cuantos gramos de alcohol aferrados a tu hígado cuando acabas de comprobar que las heridas desaparecen sin rastro, los hechizos son efectivos, las brujas existen y la poesía, después de todo, resulta mucho más eficaz que la medicina?

Mientras se dirigía a la cocina a por la botella y unos vasos no pudo evitar sonreír al rememorar los acontecimientos de aquel día inolvidable.

Tras intentar tranquilizar a los testigos del accidente, incluyendo al policía, y avisar a Rulfo, había llevado a Raquel (indiferente, aletargada) a un centro de urgencias donde certificaron con análisis lo que él ya había comprobado al examinarla superficialmente: se encontraba ilesa. Sus colegas se negaban a creer que hubiera caído desde siete pisos de altura, ya que su piel no presentaba la menor contusión. Ballesteros prefirió no mencionar el desgarró de la muñeca, del que no quedaba ni rastro. Afortunadamente, pocos la habían visto morderse la muñeca después de caer, y nadie se había percatado en toda su magnitud de la regeneración veloz y pavorosa de sus tejidos.

Pero al regreso a casa le aguardaba lo peor.

No menos de dos cadenas de televisión y tres periódicos lo esperaban para entrevistarle, y, a poder ser, hablar con la protagonista. Supo actuar con rapidez. Al ver a los periodistas apostados en la acera, siguió adelante, estacionó en el garaje y llevó a la muchacha a su piso por el ascensor interior, dejándola al cuidado de Rulfo. Luego bajó al portal y habló con ellos. Salió del trance con su acostumbrada y respetable labia. Siempre le había resultado fácil engañar a los demás aun sin proponérselo, y ahora que sí se lo proponía no iba a ser menos. Explicó que era paciente suya y que todavía se hallaba impresionada por lo ocurrido. Citó varias caídas gatunas célebres, incluyendo la de la niña que salió despedida de un avión de pasajeros en pleno vuelo y sobrevivió. Por supuesto, no agregó que en casi todos aquellos casos lo milagroso era la

supervivencia, y que la ausencia de lesiones era como otro milagro más añadido al primero. A esas horas de la tarde aún le quedaban dos citas telefónicas con radios nocturnas, pero se podía decir que lo peor había pasado y la curiosidad de los medios de comunicación también. Ballesteros deducía, no sin disgusto, que la tragedia que acababa milagrosamente interesaba mucho menos a la prensa que el milagro que acababa en tragedia.

Tras pensarlo un instante, decidió no añadir hielo. Trajo la botella de Chivas y los dos vasos a la mesa y sirvió cantidades generosas para Rulfo y él. La muchacha repitió que no deseaba beber nada. Él podía comprender su horrible dolor pero, por desgracia, seguía sintiendo una pizca de felicidad. Pensó que al día siguiente todo volvería a su cauce, pero en aquel momento necesitaba más que nunca sumergirse en la algarabía de sus emociones: se daba la circunstancia de que su Razón, en activo durante los últimos cincuenta años, se había marchado de vacaciones (*mejor dicho, Eugenio: ha pedido una excedencia indefinida*). ¿Acaso no había motivos para celebrarlo?

Rulfo miraba a Raquel.

—Deberíamos decidir qué vamos a hacer.

—A mí se me ocurre algo. —Ella le devolvió la mirada—. Yo no *puedo* matarme, pero estoy segura de que no soy *inmortal*.

—Ése no es el camino. Sé lo que estás pensando, pero ése no es el camino...

—Entonces os mataré yo. Os obligaré a matarme: tendréis que hacerlo para conservar la vida.

—Oye —intervino Ballesteros sin impresionarse, animado por las dos porciones de licor que había bebido—, por mí, ya puedes tirarte desde esa ventana cincuenta veces, rebotar y volver a probar. Pero no nos amenes. Sabemos lo que has sufrido, pero Salomón y yo somos los únicos aliados que te quedan. Métete eso en la cabeza...

—No vamos a hacerte daño, Raquel —añadió Rulfo—. Nunca. En cuanto a ti, puedes hacer lo que quieras. Pero te advierto que mi vida ha dejado de importarme hace mucho.

—Vaya grupito de gente feliz —rezongó Ballesteros—. ¿Qué os parece si, en vez de alegrarnos tanto, hablamos sobre algo práctico...?

Rulfo asintió.

—De hecho, hay un asunto muy importante sobre el que debemos hablar. Los tres hemos tenido sueños que han logrado unirnos. ¿Quién los ha producido y por qué?

Los miró, buscando que participaran. La muchacha, arrellanada en el tresillo, tenía la vista fija en el techo y se mostraba completamente indiferente, como si no estuviera escuchando. Ballesteros, atrapado en mitad de un sorbo —ya era su tercer vaso— asintió con su voluminosa cabeza varias veces.

—Cierto, ése es un punto importante.

—Admitamos que ha sido Lidia... Es decir, Akelos. Es lo más probable. Ella era la número once, «la que Adivina», ¿no es cierto...? Sabía que iba a ser sentenciada por ayudarte y lo organizó todo para lograr nuestra colaboración después de que el grupo la anulara... Lo cual significa que quizá todavía podamos *hacer* algo. No se habría tomado la molestia de advertirnos tantas cosas si no hubiese sabido desde el principio que podíamos resultar útiles...

—Pero, según me dijiste —interrumpió Ballesteros—, *erais* realmente útiles. Fuisteis los

encargados de sacar esa figura de la pecera y ocultarla...

Rulfo se quedó pensando. Miró a la muchacha otra vez, pero le pareció evidente que no iban a poder contar con su opinión. Debía sacar sus propias conclusiones.

Los sueños. La casa. La figura. ¿Estaba todo hecho, tal como sugería Ballesteros? No. En aquella secuencia había algo que se le escapaba, una pieza importante que no lograba encajar, una tarea aún pendiente. Movi6 la cabeza, irritado con su propia incapacidad para concentrarse. Los acontecimientos del día habían sido excesivos, se encontraba al borde del agotamiento. Se llevó los dedos a los párpados y se los frotó. Entonces, en medio de aquella breve oscuridad, oyó su voz.

—¿Sabes lo que le hicieron?

La pregunta.

La que tanto había temido. La que soñaba que ella le hacía una y otra vez. Abrió los ojos: la muchacha lo contemplaba con abrumadora frialdad.

—¿Sabes lo que ese verso le *hizo*?

*Acércate y mira.*

No contestó. Se limitó a desviar la vista.

Recordaba vagos fragmentos de aquella horrible noche, lo cual —pensaba— era una manera como cualquier otra de mantener la cordura. Pero, a ratos, relámpagos a todo color cruzaban su memoria y veía de nuevo el cenador al aire libre, las mariposas, Raquel atada a las flores... *Ouroboros... La adolescente del vestido de lentejuelas...*

*... La estaca clavada en el césped...*

*... y otras imágenes probablemente irreales, como un mal viaje producido por alucinógenos.*

*Oh, sí. El peor de los viajes.*

—Sé que te escribieron una filacteria en el rostro para drogarte, Salomón... Saga ha preferido mantenerte con vida, igual que a mí, sin duda para averiguar lo que aún no sabe: si alguien más nos ayuda... Pero fuimos la única *excepción*. —Sus labios no temblaban al hablar. Su semblante desordenado y salvaje brillaba de sudor, pero su tono era sereno—. ¿Quieres que te lo cuente todo, y luego decides si me quitas de en medio o no...? ¿Sabes *cuánto tiempo* me obligó a mirar...? ¿Puedes comprender, siquiera, *todo lo que le hizo*...?

El silencio casi se convirtió en oscuridad. Fue un silencio muy largo y muy hondo, como si el mundo hubiese dejado de existir.

un objeto

Las lágrimas fluyeron una a una, como renuentes, mientras ella hablaba.

un objeto, otro

—¿Lo sabes?

un objeto, otro, todos

—¿Sabes *todo lo que le hizo a mi pequeño*...?

Un objeto, otro, todos los que veía.

Sentía el impulso irrefrenable de destrozar cosas. Detrás de su vaso de whisky arrojó otro. Luego tiró un soporte de servilletas de papel.

Su dolor no amainaba.

Apenas se percató de que Ballesteros entraba como una exhalación en la cocina y lo sujetaba de los brazos.

—¿Te has vuelto loco?

Se había hecho de noche en algún momento. La casa y todo el vecindario se encontraban sumidos en el silencio, lo cual incrementaba aún más la sensación de estrépito de su reacción. Él mismo comprendía que era un desahogo inútil, pero tenía que hacerlo, no podía parar. Había estado aguardando hasta comprobar que ella se dormía, pero ya no podía soportar más aquella rabia.

—No te preocupes —jadeó—, los he contado: te debo dos vasos y un adorno de metal. —Se apropió de uno de los platos del fregadero y lo arrojó al suelo—. A lo que hay que sumar ahora...

—¡Estás borracho...!

Rulfo quiso replicar, pero de pronto se dobló sobre sí mismo, presa de un llanto que casi le pareció una hemorragia de agua salobre.

—¡Vas a despertarla, estúpido! —exclamó Ballesteros, intentando no alzar la voz—. Se ha dormido por fin, y vas a despertarla... ¡Cálmate de una vez...! ¡Estás completamente borracho...! —Era cierto que él no había bebido mucho menos y también sentía que todo daba vueltas a su alrededor. Y no era menos cierto que, después de las últimas revelaciones, la actitud de Rulfo le parecía comprensible. Sin embargo, consideraba que era preciso hacer todo lo posible para reducir la situación a términos muy simples, o de lo contrario ellos también enloquecerían—. ¡Escúchame de una puñetera vez! —Lo cogió de los brazos, obligándolo a mirarle—. ¿Qué vas a conseguir con esto...? Así no vamos a poder ayudarla... Y yo quiero ayudar... ¡Quiero ayudaros...! No estoy seguro de si fue mi mujer o no quien se me apareció en sueños y me ordenó que os ayudara... A estas alturas, lo mismo podría ser Julia que la bruja de Hansel y Gretel... Pero algo sí que sé: no voy a desobedecer esa orden. ¡Os quiero ayudar, coño...! De modo que trata de calmarte y déjame pensar qué es lo que podemos hacer...

*Descender.*

Obedeció. De repente se calmó por completo. No recordaba haber llorado tanto desde la muerte de Beatriz, pero no le avergonzaba que Ballesteros lo hubiese visto. De hecho, agradecía aquel llanto: había horadado un espacio muy profundo en su interior.

*Descender. Descendamos más.*

Se asomaba a ese agujero en el fondo de sí mismo y sentía vértigo.

—Ante todo, debemos pensar en ella —decía Ballesteros—. Es una... una pobre mujer que ha sido torturada por medio de su hijo... Veámoslo de esta forma... Así lo entenderemos mejor... El problema es que no podemos...

*Descendamos por ahí.*

A fin de cuentas, ¿no les había dicho eso? Por supuesto. Ahora lo recordaba. Les había dicho lo que iba a sucederles, lo que él iba a hacerles si ellas dañaban a sus amigos. Y ellas se habían

limitado a ponerle una mano en la cabeza y acariciarle la pelambre sonriendo con triste condescendencia, como si dijeran: «Solo eres un pobre cachorro, de modo que no abuses de tu suerte».

—... no podemos acudir a la policía, porque ni siquiera sabemos quiénes, o qué, son las culpables... Pero, para mí, eso es secundario...

Comprendió algo mientras Ballesteros hablaba: ciertas cosas no pueden medirse, carecen de explicación, de meta, de sentido, pero son las más importantes de todas. Un ciclón. Un poema. Un amor repentino. Una venganza.

*Descendamos del todo.*

—¡Me da igual que sea brujería, poesía o psicopatía...! Lo más importante, lo prioritario ahora, es intentar que Raquel...

—Acabemos con ellas.

—... pueda... ¿Qué has dicho?

—Acabemos con ellas, Eugenio —repitió Rulfo. Se volvió hacia el grifo del fregadero, lo abrió y se lavó la cara. Luego arrancó un papel del rollo de la pared y se secó.

Ballesteros lo miraba fijamente.

—¿Con... ellas?

—Con esas brujas. Con su jefa, sobre todo. Vamos a darles lo que merecen.

Ballesteros abrió la boca y la cerró. Luego volvió a abrirla.

—Eso... Eso es lo más tonto que he oído jamás... Es más tonto que tu conducta de hace un momento. ¿Qué te parece si te ayudo a romper platos? Prefiero eso a...

—Yo conocí a ese niño —interrumpió Rulfo—. No era ningún poema, ninguna invención imaginaria. Era un chaval de seis años. Tenía el pelo rubio y los ojos grandes y azules. Nunca sonreía. —Ballesteros, de repente, parecía haber descolgado todos los músculos que mantenían viva la expresión de su rostro. Escuchaba a Rulfo con los ojos entrecerrados—. Susana era una buena chica. Fue mi novia y mi mejor amiga durante un tiempo. Luego, solo mi amiga. A ella la obligaron a comerse a sí misma únicamente porque me siguió hasta ese almacén, preocupada por mí... Cosas extrañas, ¿verdad, doctor...? Cosas que hay que dejar fuera, tú lo decías... Pero ¿sabes...? De vez en cuando esas cosas *entran* en ti, y no puedes eludirlas. Son tan incomprensibles como la poesía, pero ahí están. Suceden todos los días, a nuestro alrededor, en todos los lugares del mundo. Quizá las producen ellas o quizá no, quién sabe, quizá ellas también son víctimas y las únicas culpables son las palabras, las cadenas de versos... Pero yo he presenciado dos de esas cosas, mejor dicho, tres, contando con Herbert Rauschen. —Elevó tres dedos de la mano izquierda frente a Ballesteros—. Y voy a devolverles la experiencia adquirida.

Cuando Rulfo calló, Ballesteros pareció despertar de un trance.

—Ya te voy conociendo... Salomón Rulfo, el impulsivo. El apasionado Rulfo. El caballero vengador... ¡Escúchame, zoquete! —Se plantó frente a él—. ¡Todo esto nos supera, a ti y a mí, y puede que a esa pobre chica también...! Bueno, quizá a ella no. Quizá ella esté muy acostumbrada a ver cómo los tejidos orgánicos se vuelven indestructibles, pero yo no, y tú tampoco... Llámalo poesía, brujería o física cuántica, todo esto supera mi modesto entender de médico general... De modo que, incluso admitiendo que tuvieras razón... Y no creas que te reprocho ese sentimiento... Si alguno de mis hijos... —Se detuvo, sin saber muy bien cómo continuar. *He bebido más de la cuenta*, pensaba—. En fin, comprendo y, en cierto modo,

comparto tu... Pero, incluso si pudieras remediar algo con eso, ¿qué ibas a hacer...? ¿Comprar una pistola y marcharte a esa mansión de Provenza...? ¿Qué íbamos a hacer...?

—Hay una posibilidad. Acabo de recordarla.

Ballesteros lo miró.

—¿A qué te refieres?

Rulfo iba a decir algo cuando escucharon el grito.

Sabía que necesitaba dormir. Sin embargo, al igual que la muerte, el sueño también parecía estarle vedado.

La habitación se hallaba a oscuras y apenas podía distinguirse la forma de los muebles. Aquella pequeña tiniebla le trajo a la memoria recuerdos insoportables: lo vio de nuevo encerrado en el cuarto y llevando una vida inhumana, pero al menos vivo, al menos junto a ella, al menos...

*No pienses más en él. Intenta olvidarle. Ha muerto.*

Por un momento se preguntó de dónde procedía aquel odio feroz, abismal, que Saga le demostraba. Intentaba adentrarse en la oscuridad de su pasado, pero solo hallaba vacío. Era incapaz, por supuesto, de resumir sus vidas anteriores. La dama número doce ocupaba ahora el cuerpo menudo de una mujer de pelo corto llamada Jacqueline, pero antes había sido otras muchas, igual que las demás. Ella no creía haberle dado motivos para aquella espantosa furia. La recordaba sonriente, inclinándose con humildad en su presencia durante las ceremonias...

Un ruido. Muy cerca. Dentro de la habitación.

Alzó la cabeza, alarmada, pero no vio otra cosa que las difusas siluetas de los objetos reveladas por la débil claridad que llegaba de la persiana: una puerta, un armario, una silla.

*Tranquilízate. Intenta descansar.*

Creía recordar que Akelos sí había sabido lo que la nueva Saga ocultaba.

Akelos y ella habían hablado mucho y «la que Adivina» la había prevenido en varias ocasiones contra su subalterna. En verdad, nunca había llegado a decirle claramente lo que iba a suceder, pero ahora se preguntaba si lo había sabido y había preferido callar. De ser así, ¿por qué había *callado*?

Se removió inquieta. Como procedentes de otro mundo, llegaron a sus oídos un clamor de objetos rompiéndose y los retazos de una discusión entre los dos hombres. Estaban peleándose. Sospechó que el motivo era ella, y no le gustó. Sabía que intentaban ayudarla de buena fe, pero pensaba que era como si, hallándose en el fondo de un pozo que llegara al centro de la Tierra, ellos le mostraran unos trozos de cuerda asegurándole, esperanzados, que con un esfuerzo lograrían salir. Se mostraban muy preocupados, siempre pendientes de todo lo que podía necesitar: había tenido que fingir que dormía para que el hombre de cabello blanco, el médico, decidiera dejarla sola después de ayudarla a trasladarse a la cama.

Eran buenos hombres, hombres fuertes, hombres inteligentes.

Lástima que solo fueran hombres.

Otro ruido extraño. Volvió a mirar a su alrededor. Se engañaba: nada parecía haber cambiado en la habitación. Sin embargo, estaba casi segura de haber percibido el roce de unos pequeños pies descalzos contra el suelo.

*No pienses. No recuerdes. Resistir. Debes resistir.*

Una de las cosas que Rulfo había dicho aquella tarde había quedado grabada en su mente: los sueños que Akelos les había provocado. ¿Qué era lo que había pretendido conseguir con...?

—Raquel.

Esta vez no se equivocaba. La voz había sonado junto a ella.

Abrió los ojos y la vio, de pie en la oscuridad. Era la niña rubia. Baccularia. La persiana dibujaba líneas de luz sobre su cuerpo y el símbolo de hojas de laurel destellaba en su pecho.

—Ya tenemos la imago. Estaba donde tú habías dicho. Te lo agradecemos. Ahora falta lo más importante. ¿Quién te ha ayudado...? ¿Por qué has recobrado la memoria...? ¿Quién más te ayuda dentro del grupo...?

—¡No lo sé! ¡Déjame...!

Se tapó los oídos, dio la vuelta en la cama y apretó los dientes. La pequeña y cantarina voz, sin embargo, atravesó todos los obstáculos como si le hablara directamente en el cerebro.

—Tienes de plazo hasta la próxima reunión para decírnoslo, Raquel. Cuando destruyamos la imago de Akelos, tú también serás destruida si no has abierto tu silencio para nosotras... Y, contigo, todos los que te ayudan, sean ajenos o no.

Silencio.

Continuó recostada de cara a la pared con las manos en los oídos. Tras un tiempo indeterminado, inhaló profundamente, reunió valor, giró y miró hacia la oscuridad. La niña parecía haberse esfumado. Cerró los ojos un instante, intentando calmarse, y en ese momento oyó la otra voz.

—Mamá.

Ya no era Baccularia quien estaba frente a ella.

Se encontraba tal como lo recordaba la última vez, retorciéndose vivo bajo los efectos del verso de Juan de la Cruz y ensartado en aquella estaca como un animal recién cazado. Pero ahora la miraba y sonreía. Su sonrisa era como si la locura tuviera rostro de niño.

—*Ellas quieren que te diga que será mucho peor con vosotros que conmigo, mamá...*

Sabía que se trataba de una alucinación (estaba muerto), pero no podía evitar el horror.

—*Mucho peor, mamá. Ya verás...*

Entonces todo estalló.

rojiza

Ballesteros acudió antes que Rulfo. Aunque sospechaba que solo era una pesadilla, creía estar preparado para cualquier cosa.

No lo estaba para lo que vio al encender la luz.

Julia se hallaba de pie junto a la cama vestida con el conjunto que llevaba durante aquel último y definitivo trayecto en coche. Su cabeza hasta el comienzo de las cejas era un socavón arrasado.

—Eugenio. —La voz, delgada, grave, lo ensordeció como si fuese un grito—. ¿Sabes cuánto

tiempo tardé en morir...? ¿Sabes cuánto puede tardar alguien en morir cuando su cerebro ha estallado...? *Ellas* te aseguran que no tardarás en saberlo. Lo comprobarás por ti mismo. No te lo imaginas, es una sensación muy extraña... No puedes ver. No puedes oír. Nada te funciona. Eres incapaz de moverte. Pero estás *lleno* de dolor. Eres *solo* dolor. —Se acercó sonriente a Ballesteros, y al hacerlo derramó sangre de su cráneo descubierto como si fuera el borde de una copa—. No necesitas el cerebro para sentir dolor, ¿lo sabías...? La experiencia será muy instructiva para ti, como médico. Te apuesto cualquier cosa a que vivirás más que yo. Y más que nuestros hijos...

Entonces todo estalló.

rojiza, la luz

Rulfo quedó petrificado. Los gritos de la muchacha le habían hecho pensar que contemplaría algo horrible, pero no esperaba ver a Susana en aquella habitación, de pie frente a él, con los brazos devorados hasta los hombros.

—Hay algo que no sabes, Salomón —dijo la joven en voz baja, como si le resultara imposible hablar de otra manera—. César y yo ya lo sabemos: la vida no termina con la muerte. Las únicas cosas que terminan al llegar la muerte son la felicidad y la cordura. Los muertos son seres vivos que han enloquecido bajo tierra. Ése es el gran secreto. Han enloquecido de dolor. Pronto serás uno de ellos y sabrás por qué.

—Lárgate —dijo Rulfo débilmente.

—Lo sabrás, Salomón —repitió el cadáver de la muchacha—. Más pronto de lo que piensas. Y César y yo nos alegraremos cuando lo sepas. Cuando sepas la verdad sobre los muertos...

Entonces todo estalló.

rojiza, la luz del alba

Era como si un cuerpo hubiese reventado allí dentro: paredes, suelo y techo se hallaban cubiertos de manchurriones de sangre fresca. La muchacha gritaba desde la cama con el rostro y los cabellos formando grumos de color rojo. La explosión de sangre había alcanzado a Ballesteros y Rulfo, salpicándoles el rostro y la ropa. El médico ya no veía a Julia: en su lugar, había otra criatura, una niña rubia, la más hermosa que había contemplado jamás. Estaba desnuda, llevaba un pequeño adorno de oro colgado del cuello y permanecía erguida en el centro de la habitación como un soldado satisfecho de su trabajo. Sus muslos y espinillas relucían de sangre. Miraba a Ballesteros con ojos tan azules y abiertos como el cielo sobre el océano.

Y sonreía.

—¡No te acerques! —exclamó Rulfo sujetándolo—. ¡No te acerques a ella...!

Pero Ballesteros le desobedeció. No sabía bien qué era lo que pretendía hacer, quizá nada, porque tampoco deseaba dañar a una niña, pero empezó a manotear desesperadamente como si se enfrentara a un insecto repulsivo.

Entonces la oyó decir algo, una frase suave y rápida similar a «Beber muerte copa rubí», y se encontró atenazando el aire. Miró a sus pies justo a tiempo de ver escurrirse bajo la cama, como sabandijas rosadas, dos delgadas piernas.

Rojiza, la luz del alba penetraba por los cristales de la terraza.

Ninguno de los tres había descansado aquella noche. Sentían una fatiga extrema, pero también esa clase de ansiedad que concede un amplio crédito de fuerzas a los cuerpos extenuados.

—El mensaje ha sido claro: nos han dejado con vida porque siguen pensando que hay otra traidora. Cuando destruyan la imago de Akelos, se encargarán de nosotros. Tenemos de plazo hasta entonces.

Ballesteros intentaba escuchar a Rulfo, aunque, de vez en cuando, los ojos se le cerraban y daba una cabezada imprevista. Su cuerpo le pedía dormir, pero él no estaba dispuesto a complacerlo todavía. Y, desde luego, cuando lo hiciera, no iba a acostarse en ninguna cama. Se echaría en el tresillo y le dejaría la cama a Rulfo.

Después de haber visto a aquella *cosa* desaparecer bajo una de ellas, las camas de su apartamento le producían náuseas.

Recordó una vez, de niño, en que su padre había perseguido a una rata por los rincones de la vieja casa familiar hasta acorralarla bajo un lecho, y cómo había tomado aliento antes de agacharse enarbolando el atizador de la chimenea. Él había hecho lo mismo ahora: había tomado aliento antes de agacharse y mirar.

La única diferencia: su padre había matado a la rata; él, no.

Pero había logrado ver, antes de que desaparecieran, una fina columna vertebral, apretadas y pequeñas nalgas y un par de piernecitas como látigos brillantes.

No era una rata, era una *niña* sin ropa. Y había desaparecido dejando tras de sí una habitación chorreante de sangre.

Rulfo le había explicado que no debía darle demasiada importancia a lo que habían visto, o creído ver: se trataba de imágenes que las damas elaboraban con versos, falsas proyecciones creadas para atemorizarles. Sin embargo, no *todo* había sido una alucinación: la sangre era muy real, aunque, por fortuna, no pertenecía a Raquel, que no estaba herida, solo cubierta de cabeza a pies por aquella sustancia y sumida en una crisis de nervios. Una ducha tibia había arreglado a medias ambos problemas. Ballesteros y Rulfo también se habían lavado y cambiado de ropa. Ahora, la muchacha vestía un albornoz de Ballesteros (que le quedaba como un desmesurado abrigo de piel) y encogía las largas piernas sobre un sofá. Estaba pálida y, por supuesto, extenuada, pero parecía más pendiente de las palabras de Rulfo que nunca.

—Lo recordé hace un momento. Solo había doce damas en la mansión. Estuve pensando en eso todo el tiempo. La número trece permanece oculta, pero no porque sea la más fuerte sino por todo lo contrario. Quien la encuentre, puede destruir al grupo entero. Propongo que lo intentemos. Es la única posibilidad que tenemos de luchar.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Ballesteros de inmediato—. No sé qué es todo esto, pero sé que han usado... la imagen de mi mujer para amenazar a mis hijos... —Se detuvo. Sentía escalofríos al recordarlo—. Quiero hacerles daño.

Rulfo miró a Raquel. Su colaboración le parecía imprescindible. Si la muchacha no los ayudaba, estaba seguro de que no iban a conseguir nada.

—Es absurdo —dijo ella por fin. Hablaba con lentitud. Parecía esforzarse en pronunciar cada frase—. Os oigo decir cosas... No sabéis... —Movi6 la cabeza, como harta de constatar aquella

profunda ignorancia—. Es un *coven*... No tenemos la menor posibilidad contra un *coven*. Ni siquiera la tendríamos contra una *sola* de ellas... Sois... Somos simples humanos, ellas no.

—¿Qué son? —preguntó Ballesteros—. ¿Qué diablos era esa niña? ¿Qué son todas?

—Brujas —replicó la muchacha.

El médico sonrió tras una pausa, pero sus ojos habían perdido cualquier rastro de humor.

—¿Mujeres montadas en escobas que bailan en aquelarres...? Eso no existe.

—Tienes razón. *Eso* no existe. Pero las brujas *sí*. No montan en escobas ni bailan en aquelarres: recitan versos. Son las damas. Su poder es la poesía, el mayor de todos. Nada ni nadie puede hacerles nada. Nada ni nadie puede enfrentarse a ellas.

Rulfo se estremeció al percibir el orgullo soterrado pero evidente que revelaba aquel tono de voz.

—En cualquier caso —intervino con renovado énfasis—, nada de esto nos hubiera ocurrido de no haber sido por los sueños. Seguiríamos llevando nuestra vida normal y probablemente habríamos muerto ignorando la existencia de las damas, como la mayoría de las personas... Ellas nunca se mezclan *directamente* en las cosas. Inspiran a los poetas y luego usan sus versos, pero están acostumbradas a hacerlo tras los bastidores desde hace siglos. Lo que nos ha ocurrido es, simplemente, que nos hemos cruzado en su camino. Y lo hemos hecho porque una de ellas, Akelos, *nos ha llamado*, nos ha pedido ayuda. Ahora estoy seguro de que los planes de Akelos fueron largos y complejos: Leticia Milano, el abuelo de César, el retrato y el papel con la lista de las damas que encontré en casa de Lidia Garetti... Creo que Akelos ha ido dejándonos pistas en el pasado para que llegáramos a este punto. Eso significa que aún podemos hacer más. Podemos dañarlas encontrando a la dama número trece...

—Es imposible hallarla, Salomón. —La muchacha sacudió la cabeza—. Imposible.

—¿Por qué estás tan segura?

—Lo estoy.

—Entonces —dijo Rulfo con fría rabia—, la solución es más fácil. Sigamos aguardando con los brazos cruzados a que Saga envíe a Baccularia para torturarnos otra vez con imágenes de nuestros seres queridos. Quizá ocurra esta tarde, esta noche, mañana, la semana que viene o dentro de un mes... Y cuando se harte, esperaremos a que acabe con nosotros como hizo con tu hijo...

—No lo menciones.

La advertencia, pronunciada con idéntica suavidad a todo lo que ella había dicho hasta entonces, tenía cierta cualidad de amenaza que hizo que Rulfo se envarara. Por un instante contempló sus fríos ojos tras la espesura del cabello húmedo. *Presiónala. Hazla reaccionar*. Tomó aire y prosiguió, alzando la voz.

—¿Sabes qué me gustaría, Raquel...? Me gustaría que miraras de esa forma a la verdadera culpable. Pero, claro, Saga es demasiado poderosa, ¿no...? ¿En qué te ha convertido, a base de darte latigazos...? —Vio que sus gruesos labios temblaban. Pero solo sus labios. Los ojos lo miraban con terrible y negra dureza—. ¿Qué ha hecho de la poderosa Saga que fuiste...? Después de pisotearte, hundirte en el fango, hacerte vivir en completa humillación... ¿Qué más te ha hecho...? Voy a decírtelo. Te ha despojado de lo único que amabas, de lo único que *has amado de verdad*...

—Cállate.

—... lo ha torturado y asesinado delante de tus ojos, y ahora se ríe de tu sufrimiento mientras tú te arrodillas ante ella y gimes: «¡No podemos hacer nada, es imposible, es imposible...!».

De repente sucedió algo. Ambos hombres lo sintieron a la vez. Fue como si la temperatura de la habitación descendiera varios grados. Rulfo, que se disponía a hablar de nuevo, se interrumpió bruscamente.

—Sea —dijo ella. Su voz no sonaba distinta: era la de una mujer joven, la de Raquel. Pero ambos hombres se estremecieron al oírla—. Sea —repitió, en un tono más bajo.

—¿Nos ayudarás? —preguntó Rulfo, casi implorante.

La muchacha asintió con la cabeza una sola vez. Ni Rulfo ni Ballesteros albergaron dudas sobre la sinceridad de sus intenciones.

—La última dama es la que otorga cohesión al *coven*, y por eso mismo es la más débil... Nunca aparece con las otras: permanece oculta en algún lugar y, desde él, interviene uniendo al grupo. Su identidad y el lugar donde se esconde son las primeras informaciones que te borran cuando te expulsan.

—¿Tiene también una imago?

—Su imago es, justamente, el lugar donde se oculta. Se llama receptáculo. No es necesariamente una figura de cera, como en el caso de las otras: puede ser cualquier cosa, incluso un ser vivo. Hallarlo es casi imposible.

—Pero, si diéramos con eso y lo destruyéramos...

—El receptáculo no puede ser destruido... Sin embargo, el solo hecho de encontrarlo y hacerla salir, pondría en peligro al *coven*. Pero eso solo sería el primer punto a nuestro favor: luego tendríamos que enfrentarnos al *coven*.

La muchacha calló, aguardando una nueva pregunta. Mientras valoraba aquella información, Rulfo recordó sus últimos sueños: las puertas de cristal adornadas con abetos, la habitación con el número trece en la puerta y la enigmática frase de Akelos: «El paciente de la habitación número trece lo sabe». Pero ¿qué significaba eso? ¿Era una pista para hallar el receptáculo...? Y, si era así, ¿cómo interpretarla? ¿Se trataba, acaso, de un lugar real? Ballesteros no había sabido relacionar su descripción con ninguna clínica que él conociera.

Entonces recordó otra cosa.

—Esperad: las investigaciones de Herbert Rauschen... César sospechaba que sus informes sobre alumnos y profesores tenían como objeto hallar a esa dama. Me pregunto si estaba buscando el receptáculo, y si llegó a encontrarlo...

—Pero ellas eliminaron a Rauschen —objetó Ballesteros—. Tú mismo me lo dijiste.

—Sí, pero César se llevó sus archivos y los estuvo examinando... No responde al teléfono, pero intentaré entrar en su casa sea como sea y encontrar esos archivos. Es nuestra única posibilidad.

—Es buena idea —admitió Ballesteros—. ¿Y nosotros?

—Mejor que permanezcáis juntos hasta que regrese.

Se volvieron hacia ella. La muchacha parecía pensativa, con las piernas flexionadas sobre el sofá bajo el albornoz de Ballesteros, las rodillas ribeteadas por la luz del amanecer. Su cabello negro le pintaba sombras en el rostro. Era increíblemente hermosa. Tan hermosa que parecía

prohibida. Ballesteros la miraba con un interés no exento de ciertos matices en los que no deseaba pensar y que su conciencia le reprochaba.

—De acuerdo —dijo ella por fin. Y repitió—: De acuerdo.

Llegó ese mismo día, al atardecer. *Es nuestra única posibilidad*, pensaba mientras subía en el viejo ascensor. *Si los archivos no están y han eliminado a César...* Pero no deseaba enfrentarse a eso. Aún no.

La puerta del ático se hallaba cerrada y silenciosa. Recordó la vez que los había visitado, semanas antes, para involucrarlos en aquel horror. Supo que solo había una forma de expiar su culpa. Llamó y esperó. Llamó otra vez. Y otra. Se disponía a intentar forzar la cerradura cuando percibió ligeros ruidos en el interior. *Bendito seas, César, estás vivo.*

La puerta se abrió, pero Rulfo quedó aturdido al contemplar el rostro que lo miraba desde la abertura: un espectro de cabellos grises y revueltos y mejillas hundidas. El hedor llegó después a sus sentidos como otro pequeño e inseparable fantasma.

—¿Salomón...? Pasa...

El interior del ático se hallaba plagado de oscuridad y olores: de la primera tenían la culpa las persianas cerradas, una de ellas oblicua y rota; de los últimos, las posibilidades se repartían entre la podredumbre, el tabaco, la marihuana, el sudor y un pungente aroma a papel quemado. Había una silla volcada, una cortina en el suelo, botellas de licor rotas, libros y revistas desparramados y enormes manchas sobre las bonitas alfombras. Nada quedaba del sofisticado lugar donde, alguna vez, César y Susana habían jugado a la felicidad.

—¿Qué ha ocurrido, César?

Su viejo profesor lo miró como si aquélla fuera la pregunta más inesperada de todas. No vestía una de sus lujosas batas de seda sino una camisa larga que alguna vez había sido azul oscura, y pantalones de pana. Estaba en calcetines. De repente se llevó un índice tembloroso a los labios.

—¡Chist...! No hablemos tan alto... No quiero despertarla...

Rulfo se puso rígido.

—¿A quién?

—A quién va a ser... —César se había apartado de él y caminaba encorvado por el estropicio del salón—. A Susana.

—¿Susana está aquí? —Rulfo sentía en la garganta el obstáculo denso del miedo.

—Claro, como siempre. En el cuarto.

Avanzaron como espectros hasta la habitación clausurada donde habían discutido durante su última visita. César cogió el pomo y lo hizo girar. La puerta se abrió milimétricamente descubriendo una franja de luz, la mullida alfombra, el televisor...

Rulfo lo miraba todo completamente tenso, con los puños apretados, esperando ver aparecer en cualquier momento Dios sabía qué. Su corazón se había convertido en un mazo manejado por un loco.

—¿Susana? —llamó César—. ¿Susana...? Mira quién ha venido...

La puerta se abrió del todo.

No había nadie en la pequeña habitación.

César pareció desconcertado.

—Debe de estar... Claro, en el dormitorio... —Entonces se volvió hacia Rulfo y le mostró los dientes—. ¿Por qué tanto interés por ella, Salomón...? ¿Es que sigues follándotela?

Siempre habían existido dos Rulfos, y el primero miraba con malos ojos el impulso irracional del segundo. En aquel momento ocurrió igual: se odió a sí mismo cuando aferró a César de la camisa y lo arrojó sobre el sofá, aquel mueble destellante del que tan orgulloso se sentía su antiguo profesor. César se dejó maltratar como un muñeco de ventrílocuo y, una vez allí, no hizo ningún intento por levantarse. Simplemente, le sonrió con una mueca de dientes devastados.

—No te preocupes... Hace tiempo que me acostumbré a lo vuestro... Además, ella te prefiere a ti... Al querido alumno... Conmigo no tiene ni para empezar...

Decidió no hacerle caso. *Se ha vuelto loco. Sin duda, ellas lo han visitado. Debe de tener un verso en el cuerpo.* Se encontraba exhausto y empezaba a comprender que aquel estado afectaba sus nervios. Retrocedió tambaleándose y se dejó caer en la moqueta. Ambos hombres jadearon durante un rato.

—César, ayúdame —rogó Rulfo—. Si puedes entenderme, ayúdame. Quiero destruirlas. Por lo que le han hecho a Susana... Por lo que te han hecho a ti...

—No podrás. —Alzó una mano temblorosa—. Olvídalo. No pueden ser destruidas. Son poesía. *Morir non puote alcuna fata mai...* Las hadas no pueden morir, lo dice Ariosto.

—Déjame que lo intente.

—No, ni se te ocurra. No, no, no. Acabarás como mi abuelo. Disfrutó mucho, el jodido viejo, pero se volvió loco de remate... Debes andarte con cuidado... La poesía no perdona. Tiene garras de milano. ¿Recuerdas a Leticia Milano...? La poesía te aferra y te lleva por los aires hasta que no puedes respirar... Hasta que el oxígeno te incendia los pulmones y el cerebro. Hay que ser... respetuoso.

—¿Dónde están los archivos que te llevaste de casa de Rauschen?

—Los he leído. Todos.

—He venido para que me hables de eso. ¿Dónde están?

—Aquí. —Se señaló la cabeza.

—Pero el CD, ¿dónde está?

—Destruído. El ordenador también...

—¿Cómo...?

—¡Chist...! No grites. No grites, por favor. Me duele la cabeza. Además, vas a despertarla. Susana está arriba. Es increíble lo que me cuenta todas las noches.

Rulfo cerró los ojos, pero en esta ocasión no perdió los estribos. Estaba intentando razonar.

—¿Susana te habla... por las noches?

—Claro, no te fastidia. A ver si te crees que todo va a ser «follar como chiquillos», como decía Rimbaud... Tiene la piel tan fría que no tendrías que echarle hielo al whisky si lo dejaras un rato entre sus tetas. Pero sigue siendo un placer estar con ella... Es una chica escalofriante... ¡Escalofriante, ésa es la palabra!

Pensó, estremecido, que César podía estar hablando de Baccularia, o quizá de Lamia. O puede que solo fuera una proyección de ellas en su pobre cerebro. Ahora le dolía horriblemente haberlo golpeado.

—¿Qué es lo que te dice?

—Oh, demasiadas cosas... Me la pone tiesa oírle hablar, diga lo que diga. Pero me ha quitado la poesía. Eso es lo peor. La ha barrido del todo, zas. He quemado mis libros. Bueno, estoy en ello... Selecciono, y arrojó al fuego... Soy Don Quijote y el cura a la vez. Pero no sirve de nada, porque me estoy *volviendo poesía*. ¿Sabes cómo es...? Una sensación muy rara... Como si tuvieras las ventanas de la cabeza abiertas y los pájaros pudieran *atravesarte* de aquí a aquí. —Se señaló ambas sienes—. Como un disparo, ¿entiendes...? De modo que... es muy difícil... destruirlas... porque ellas te convierten en lo que son. Lo peor es que rechazar la poesía también es poesía. *Bricht das matte Herz noch immer*... Pasa igual con el amor. La poesía es la enfermedad del mundo, Salomón, la fiebre de la realidad. Acecha al hombre en una esquina. Vas caminando tan tranquilo un día, y, cuando menos te lo esperas, la poesía salta y... te come.

—César...

—Son trece. Como las trece últimas líneas de un soneto... Los sonetos tienen catorce versos, pero, en la simbología que ellas utilizan, el primer verso carece de número: somos los humanos; y el último, carece de nombre: es la número trece.

—Dime dónde está la número trece.

—En el vacío...

Ahora César parecía medio dormido. Lanzando un grito de frustración, Rulfo se levantó y salió de la habitación sin preocuparse de cerrar la puerta.

*El CD. Quizá lo conserve todavía.*

Recorrió el salón y advirtió el ordenador portátil de César en el suelo. Tenía la pantalla destrozada y carecía de disco duro. Apartó las pilas de libros a patadas. En la chimenea descubrió una ingente masa de papel carbonizado y restos de hollín en la alfombra. Oía fuertemente a quemado y algunos lugares de la alfombra habían ardido. Fue vagamente consciente del peligro que ello representaba, pero en aquel momento no podía preocuparse por eso. Revolvió entre la hojarasca negra sin encontrar nada. Fue a la cocina y registró en vano la basura, que, curiosamente, se hallaba pulcra, casi vacía: apenas había unas cuantas servilletas de papel arrugadas.

—¿Sabes que mi abuelo fue un puñetero pederasta? —César seguía hablándole desde el cuarto.

—Sí —dijo Rulfo sin escuchar y salió de la cocina.

*El dormitorio.*

—En serio, Leticia Milano lo volvió loco proporcionándole niños en París... Te confieso que... ¡Eh! ¿Adónde vas...? ¡Despertarás a Susana...!

Rulfo subía las escaleras en dirección al dormitorio abuhardillado. Era el último lugar que le quedaba por registrar.

Sintió el espantoso hedor a mitad de camino. Era mucho peor que en la planta baja.

—No hagas ruido... Si se despierta, se enfadará... Ya la conoces...

Con una mano tapándose la nariz, empujó la puerta.

La escena le recordó lo ocurrido en casa de Ballesteros la noche previa. Toda la habitación parecía un matadero. La sangre hacía ya mucho tiempo que se había secado en las paredes. Pero, en el suelo, a los pies de la cama, en medio de un mar inmóvil y espeso color rojo oscuro, había algo más. Al pronto no supo qué podía ser. Una bola húmeda, un animal retorcido. Entonces distinguió las líneas de una columna vertebral doblada, unas piernas flexionadas y roídas hasta

las rodillas, muñones de brazos, el cabello pajizo sucio y pegado al cráneo y (cuando dio la vuelta alrededor de aquella cosa).

*Ouroboros*

la boca abierta, fracturada, adosada a una de las piernas,

*Es Ouroboros*

paralizada por fin.

Había pensado en matar a César antes de irse, pero al final le había faltado valor. No había descubierto ningún verso en su vientre, pero sospechaba que, con su antiguo profesor y amigo, las damas habían hecho gala de una gran sutileza. Lo habían enloquecido, simplemente, *haciendo que Susana regresara junto a él.*

*¿Verdad? De regreso a casa. Una gran sutileza, Saga. Te felicito.*

Conducía en medio de luces parpadeantes y húmedas, con toda la rabia de que era capaz el acelerador. Ya solo les quedaba una oportunidad: que Raquel recordase algo importante.

Un coche le bloqueó el paso en un cruce y Rulfo hizo sonar el claxon como una trompeta destrozada. Escuchó insultos pero siguió adelante.

Raquel era la única esperanza que poseían. Pero ¿qué otra cosa iba a recordar que no hubiese recordado ya?

O bien Lidia. Que Lidia volviese a comunicarse con ellos. Pero estaba seguro de que los sueños ya habían finalizado. ¿Acaso sería cierto que otra dama en el *coven* estaba intentando ayudarles...?

Un semáforo lo amenazó con su luz amarilla. Pensó que podía pasar, pero el coche que tenía delante frenó y, maldiciendo entre dientes, él se vio obligado a hacer lo mismo.

¿Qué iba a decirles a Ballesteros y a la muchacha, que aguardaban su regreso anhelantes? *Lo siento. Pista falsa. No podemos contar con los archivos de Rauschen.*

El semáforo demoraba en cambiar. Impaciente, desvió la vista hacia la acera.

Y vio una puerta corredera de cristal flanqueada por dos pequeños abetos.

La joven Jacqueline contemplaba el paisaje desde un diván de la terraza de su villa de la Costa Azul, construida sobre un acantilado. A decenas de metros a sus pies rugía la incansable maquinaria del mar. Era de noche, y a lo lejos había estallado una muda tormenta eléctrica. Una brisa fría, pero aún soportable en esa latitud, agitaba los pliegues de su albornoz a rayas.

Estaba rodeada de sensaciones gratas, pero se habría sentido igual de bien encerrada en un ataúd bajo tierra o en medio de las llamas. Sus profundos y cuidadosos placeres no tenían nada que ver con la realidad que la ceñía. Eran felicidades de otro tipo, goces íntimos que la sumergían en un paraíso de sensaciones cuya duración podía dilatar a su capricho.

Jacqueline existía solo desde hacía veintidós años. Era una jovencita vivaracha, delgada, menuda, de pelo corto y ojos castaños. Había nacido en París, era rica, vivía sola, carecía de familia y amigos, parecía feliz. Y era muy amable. Así la consideraba la tropa de inmigrantes que atendía su lujosa residencia. Siempre sonriente, siempre alegre, *mademoiselle*. Muy amable.

En cuanto a *aquello* que había dentro de ella, la otra, la que habitaba en su mirada y nunca parpadeaba, era más antigua que muchas de las cosas que en aquel momento contemplaba. A veces, Jacqueline se divertía pensando qué opinarían sus doncellas, sus criados, todos los ajenos que se afanaban diariamente en cuidar de su casa y su persona, sobre la *otra*. Qué dirían si pudieran verla y ser capaces, después,

de pensar  
o respirar.

Sus labios se curvaron en una dulce sonrisa. En comunión con aquel suave gesto, el horizonte se iluminó con un relámpago.

Los placeres de Jacqueline eran, en verdad, muy extraños, porque eran los placeres de *la otra*. Por ejemplo, recitar versos con Madoo. O, por ejemplo, tatuar filacterias en cuerpos de ajenos para observar los resultados. O, por ejemplo, jugar a humillar a su antigua reina. Pero, naturalmente, nada de eso era muy importante. Lo que en verdad importaba era ser capaz de doblegar la realidad.

La realidad era tan débil. Como un feto en el interior de un útero: así era. Ninguna de las hermanas se había percatado hasta el extremo en que lo había hecho ella de aquella evidencia. Qué indefensa, qué frágil, aquella realidad dormida; cuán semejante a un velo impalpable y trémulo.

En su boca yacía un Rimbaud que podía rasgar ese velo y hacerlo pedazos. En su boca anidaba un Horacio que el mundo jamás había escuchado y un Shakespeare que ninguna de sus

hermanas había recitado nunca de la forma en que *ella* era capaz de hacerlo. Un día los recitaría, solo para demostrarles lo tenue que era aquella cortina, la sencillez con que podía arrancarse. Un día abriría aquel Rimbaud, aquel Horacio y aquel Shakespeare, y el mundo cambiaría de rostro. Lo haría. Era Saga. Ahora podía hacerlo todo.

También conocía un Eliot. Tenía preparado ese Eliot en su lengua. Era diminuto y no pertenecía a *La tierra baldía* sino a los *Cuartetos*. Pero era *decisivo*. Servía para obtener información. El conocimiento era su especialidad, su punto fuerte. Llegar a convertirse en Saga había sido un proceso muy, muy lento, pero los resultados compensaban la espera con creces.

Ahora llegaba su era.

Otro relámpago cegó el horizonte. Sus ojos parpadearon, los ojos que miraban a través de ella no.

Quedaba un asunto pendiente, pero se solucionaría de forma tan eficaz e inmediata como aquel rayo. Una cuestión insignificante en la vastedad de cosas que llenaban su mundo. Sin embargo, estaba deseando resolverla.

La Conjunción Final. Ya habían recuperado la imago de Akelos. Ahora era preciso convocar al grupo para destruirla. Ya está. Tan simple como eso. Las hermanas, incluso, habían olvidado aquella última tarea. Ella no.

Era un asunto baladí, pero imprescindible. Estaba impaciente por librarse de la antigua Akelos para siempre. Le inquietaba que aún *existiera*, aunque su cuerpo estuviera muerto y ella Anulada. Había sido su gran adversaria, mucho más que la derrotada Raquel. Y conocía a fondo lo único que ella ignoraba por completo: el destino. Sus caminos eran invisibles pero reales, y cuando Jacqueline se adentraba en uno, descubría que Akelos ya lo había recorrido hacía tiempo. Su sucesora aún no lograba igualar, ni de lejos, el vasto poder y la experiencia acumulados por la vieja dama. Y lo que era peor: Akelos había sido propietaria de una inmensa oscuridad, parte de la cual Saga no poseía. Y eso la amedrentaba, porque ella tendría que haber dispuesto de *toda* la oscuridad posible.

No obstante, la antigua Akelos tenía los días contados.

Quedaba por averiguar si alguien colaboraba con ella. Quedaba penetrar en el extraño silencio que albergaba la mente de Raquel. Pero eso sería aún más fácil: una vez destruida la vieja araña, comenzaría a *trabajar* en la muchacha. Había logrado convertirla en una ajena sumisa y trémula, y la tortura y muerte de su criatura no habían hecho sino acentuar aquellos rasgos, como había supuesto acertadamente. Cuando llegara la hora, sus últimas defensas se harían trizas y ella penetraría como un ariete en sus pensamientos hondos y haría estallar su *silencio*. Si había otra traidora, terminaría averiguándolo. Por ahora, se limitaba a seguir presionándola, a ella y a los ajenos que Akelos había logrado reclutar mediante filacterias.

Terminarían revelando quién los ayudaba.

Recordó que la próxima reunión tendría lugar dentro de tres semanas, en el solsticio de invierno.

Miró hacia la lejanía. Varios relámpagos estallaron en los confines de su visión, como si sus propios ojos los provocaran.

—Es una especie de gabinete psicológico. Ya estaba cerrado cuando pasé, pero quizá tengan

pacientes ingresados. Se llama «Centro Mondragón».

—No lo conozco —dijo Ballesteros—. Pero no es extraño. En Madrid existe un buen número de centros privados de todo tipo que te prometen el oro y el moro. O más bien el moro a cambio de tu oro.

—No entiendo qué quieres decir —intervino Raquel.

—Es un juego de palabras bastante tonto —se disculpó Ballesteros—. Pero, teniendo en cuenta que son casi las doce de la noche no me pidáis otra cosa, por favor. Salvo café. ¿Alguien quiere más café...? ¿No...? Bueno, pues para mí.

Se sirvió los últimos restos en su taza. Estaba frío, pero pensaba que era mejor que el alcohol que ingería Rulfo. Aún le duraba la resaca de whisky del día anterior.

Rulfo había regresado de casa de César sabiendo que no era portador, precisamente, de las mejores noticias. Intentó soslayar cuanto pudo los detalles desagradables, pero comprendió (y las expresiones de Ballesteros y Raquel delataban que lo comprendían igual de bien) que no era preciso describir todo lo ocurrido para llegar a saber lo fundamental: que apenas les quedaban oportunidades.

—Esto es lo que tenemos. No es mucho, pero quiero entrar en esa clínica, o centro, o lo que sea, y buscar una habitación con el número trece.

—¿Crees que puede ser importante?

—Lo único que sé es que ése era el lugar con el que soñé, y Lidia se refería a él cuando me dijo: «El paciente de la habitación número trece lo sabe». Sea quien sea la persona que se encuentre en esa habitación, debo hablarle. Tendremos que planear algo para entrar en el Centro Mondragón mañana por la tarde.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—Por lo pronto, actuar legalmente. Pero si no nos aclaran nada, entrar como sea. Cierran a las ocho en punto: quizá pueda ocultarme hasta esa hora y, cuando el edificio se vacíe, buscar con tranquilidad.

—Necesitarás asegurarte alguna forma de salir después —opinó Ballesteros, asombrado de la naturalidad con la que estaba colaborando en un plan para invadir una propiedad privada.

—Iremos con tiempo y revisaremos el edificio por fuera.

—Perdonad.

Ambos se volvieron hacia la muchacha. Los miraba parpadeando, como indecisa sobre lo que deseaba decir.

—No quisiera cambiar de tema, pero... Me gustaría ver libros de poesía.

Hubo un silencio.

—Entiendo —dijo Rulfo moviendo afirmativamente la cabeza.

—No creo que sirva de nada —se apresuró a añadir ella—. He recuperado la memoria, no la capacidad de recitar. Pero se me ha ocurrido que, quizá... encuentre algo útil.

—Es una idea magnífica, Raquel. —Rulfo asintió otra vez—. Si existe una sola cosa que pueda protegernos o hacerles daño, es la poesía.

Ballesteros se asombraba de escuchar aquella conversación sin que su racionalismo protestara a gritos. Pero en aquel momento su racionalismo sufría dolor de espalda. Se palpó la zona lumbar y reprimió una mueca. Había pasado una hora entera raspando sangre en las paredes y baldosas de la antigua habitación de su hija, en la que había dormido Raquel: sangre surgida de

la nada, al igual que aquella niña escalofriante o la horrible imagen de Julia, como un estallido de cuerpos invisibles. Pensó que, frente a esa dolorosa evidencia, toda la incredulidad racional del mundo se desmoronaba como un castillo de naipes. *No hay nada como pasarte una hora raspando sangre para convertirte al ocultismo, se dijo. Basta un dolor de espalda para creer en el más allá.*

Rulfo le preguntaba algo.

—¿Libros de poesía...? —Ballesteros se mesó la barba pensativo—. No, no tengo. Míos, desde luego, no... Quizá de Julia... Sí, creo que hay algo de Pemán. A ella le gustaba. ¿Os serviría Pemán?

—No —dijo la muchacha.

—Me lo imaginaba. ¿Qué pasa hoy con Pemán, que no sirve ni para esto?

—No es nada atribuible a Pemán —explicó Rulfo—. Según me contó César, solo unos cuantos poetas a lo largo de la historia han compuesto versos de poder inspirados por las damas. La inmensa mayoría ha creado únicamente poemas bellos pero inofensivos.

—Pues, entonces, no voy a poder ayudaros.

—No te preocupes. En casa tengo una buena colección. Iremos mañana, Raquel. Dispondrás de toda la tarde para seleccionar los libros. Y, cuando me ayudes a entrar en esa clínica, Eugenio, podrás acompañar a Raquel y me esperaréis allí. ¿Os parece bien? —Ambos asintieron y, por un instante, hubo silencio. Rulfo los observó: estaban tan cansados, o más, que él, pero no quería dejar ningún cabo suelto, particularmente un detalle que le parecía vital. Se dirigió a la muchacha —. ¿De cuánto tiempo crees que disponemos?

Ella meditó un momento.

—Primero, deben reunirse para realizar un ritual llamado de «Conjunción Final» y destruir la imagen, y eso ha de ser en una fecha concreta... Si piensan dejarnos con vida hasta entonces... Bueno, quizá con mucha suerte nos queden tres semanas, hasta el próximo solsticio de invierno.

Rulfo y Ballesteros se removieron inquietos.

—Tres semanas —dijo el médico—. No es mucho tiempo para encontrar a esa... esa dama número trece. Si es que la encontramos...

—La encontraremos —afirmó Rulfo—. Ahora debemos intentar descansar. Es muy importante que recuperemos fuerzas.

La reunión se disolvió de inmediato.

El vestíbulo del Centro Mondragón se les antojó pequeño y gélido como una tumba. Había cuadros modernos, plantas decorativas y sofás de piel. Rulfo estaba completamente seguro de no haber visitado aquel lugar en su vida, lo cual reafirmó su hipótesis de que los sueños le indicaban una pista importante.

Una mujer se sentaba ante un ordenador en el mostrador de recepción. Habían decidido ya lo que iban a hacer, y Ballesteros fue el único que habló. Mostró su carnet de colegiado y su mejor sonrisa, y citó el nombre de un supuesto paciente que recibía atención psicológica en el centro. Se acodaba en el mostrador para hablar y apenas pronunciaba dos palabras seguidas sin sonreír. La mujer, de pelo rizado y teñido de caoba, le devolvía las sonrisas al tiempo que le ofrecía información. No, aquel centro no tenía ningún paciente ingresado, y no había médicos, solo

psicólogos. Tampoco existían habitaciones con el número trece. Lamentablemente, no podía permitir que Ballesteros lo recorriera en aquel momento: había pacientes en terapia. Quizá, si viniera mañana a última hora... Pero se ofrecía a explicarle todo lo que necesitara, por supuesto. De vez en cuando, él le hacía una pregunta que la obligaba a mirar el ordenador. En un momento dado la mujer levantó la vista de la pantalla y no le pareció que hubiese cambiado nada.

Ni siquiera se había percatado de que el joven barbudo que acompañaba al médico había desaparecido.

Rulfo se deslizó por uno de los pasillos. En un recodo había una sala de espera ocupada por cinco o seis personas sumidas en su particular soledad. Por alguna razón, lo observaron con acritud. Siguió caminando sin detenerse y encontró un cuarto de aseo cuya puerta no daba a aquella sala. La abrió y entró.

Parecía diseñado para enfermos modernos. Sombras tajantes y rectangulares dividían las paredes, creadas por luces minimalistas. El aire se hallaba enriquecido con ambientadores caros. Estaba vacío. Escogió el último de los retretes de la hilera, entró y cerró la puerta con pestillo. Comprobó que aquel mecanismo ponía en marcha la luz y el extractor, de modo que prefirió no usar el pestillo y permanecer en la oscuridad. Si alguien intentaba abrir, siempre podía advertirle que estaba ocupado.

Ahora, todo consistía en esperar.

En el vestíbulo ocurrió por fin lo que Ballesteros deseaba: otro individuo abordó a la recepcionista. Le cedió el puesto gustoso. No quería finalizar aquella apasionante cháchara y dejar que la mujer tuviese tiempo de acordarse de su compañero, pero, sometida a un nuevo interrogatorio, pensó que no había riesgo de que tal cosa sucediera. Deseó mentalmente a Rulfo toda la suerte del mundo y se marchó.

Hölderlin. No podía olvidar a Hölderlin. Por fortuna, Rulfo poseía una edición original de sus *Poemas de la locura*. Ninguna traducción le habría servido.

Sacó el libro del estante, bajó de la silla sosteniéndolo con las dos manos y lo dejó cuidadosamente sobre la mesa, junto a los otros. Luego se detuvo a valorar su siguiente elección.

La noche anterior, Rulfo le había dicho a Ballesteros que los poetas que habían compuesto versos de poder eran relativamente escasos. A grandes rasgos, tenía razón. Pero existían grados muy sutiles, y ella empezaba a recordarlos. Omar Jayyam tenía un solo verso de poder en todo el *Rubbaiyat*, pero su efecto era tal que compensaba con creces aquella escasez. Pedro Salinas y Jorge Guillén, que nunca habían sido inspirados por las damas, albergaban auténticas bombas devastadoras en el espacio de dos o tres líneas. Byron había escrito una estrofa de incalculable destrucción, pero era preciso recitarla al revés.

Sin embargo, pensó que no podía perder el tiempo con los más débiles. Tenía que acudir directamente a los peligrosos.

El joven y enfermizo Isidore Ducasse, por ejemplo, célebre por su seudónimo de conde de

Lautréamont, y sus *Cantos de Maldoror*. Había tanto poder en aquellos poemas en prosa que, según recordaba, una sola vida humana no bastaba para utilizarlo todo. Encontró una edición original en rústica y la depositó sobre la mesa. Junto a ella vio un ejemplar de *The tower and other poems* de Yeats. Recordó que Yeats había sido inspirado por Incantátrix, a quien había visto por primera vez en un sueño infantil, en Sligo, y luego, de adolescente, de pie sobre un farallón atacado por las olas, mortecina y vaporosa como la espuma del mar. También debía llevarse a Lorca. Supuso que Rulfo poseería una buena edición del *Romancero gitano*.

Sentía un nudo en la garganta y tenía deseos de llorar. Todos aquellos nombres la visitaban acompañados de misteriosos recuerdos.

Se veía a sí misma mirando a través de los ojos de un gato mientras T. S. Eliot componía *La tierra baldía*. Recordaba haber hablado con el ciego Borges y el ciego Homero. Mantenía una vaga reminiscencia de túnicas y antorchas durante un ceremonial con Horacio. Alguna vez, John Donne había querido besarla. En cierta ocasión, había observado a Vicente Aleixandre mientras dormía, y, en otro tiempo y lugar, descubierto los ojos de Wordsworth entre una multitud de chiquillos que jugaban al aire libre.

Alguna vez había sido de otra forma. Pero nada de eso importaba ahora. ¿Acaso no lo había abandonado todo por una sola cosa?

*No pienses en él.*

Esa cosa intraducible, esa carne incapaz de escribirse, de recitarse, de contarse. Esa vida que, de repente, la había hecho sentirse también poderosa, pero de una forma que ningún poema hubiese podido otorgarle...

Sí, Rulfo tenía razón: la venganza era necesaria. Cuando solo era una ajena, se había vengado de la tiranía de Patricio. Ahora había recuperado la memoria y sabía quién era su verdadera enemiga. *Ya me habías destrozado, Saga, ya habías acabado conmigo... Pero has cometido el error de pisotear los trozos. Ya basta. Te lo haré pagar. Voy a por ti.*

Escuchó el sonido de la puerta y se pasó la mano por las mejillas, secándose las lágrimas.

—Ya está —dijo Ballesteros entrando en el comedor—. Salomón se ha quedado en esa clínica... Ojalá tenga suerte. ¿Qué te pasa?

—Nada.

El médico la miraba desde el umbral con sus bondadosos y cansados ojos grises.

—¿Te sientes bien?

—Sí... Es que... todo esto es muy complicado.

Él asintió, comprendiéndola. La muchacha volvía a vestir su ropa de costumbre. Tras varios pasos por la lavadora las prendas se habían convertido poco menos que en trapos descoloridos y ajustados con vestigios indelebles de manchas de sangre, pero a Ballesteros le pareció, al verla subida en aquella silla con los pies de puntillas, que no podía estar más atractiva. Echó un vistazo a su alrededor, algo avergonzado, y vio los libros apilados sobre la mesa.

—¿Vas recordando cosas?

—Algunas.

—A mí, todo esto sigue pareciéndome increíble... —Cogió al azar uno de los volúmenes y lo hojeó—. A fin de cuentas, solo es poes...

—¡No toques eso!

Se quedó inmóvil con el libro en la mano. La exclamación de la muchacha le había

producido un sobresalto. Ella parpadeó.

—Perdona, no debí gritarte. Pero Shakespeare es *muy peligroso*...

—Comprendo. —Ballesteros asintió y volvió a dejar sobre la mesa, con sumo cuidado, la edición inglesa de los sonetos.

Era como si el tiempo no transcurriera. Continuaba encerrado en la oscuridad, aguardando. Por el momento nadie lo había descubierto. Pero ¿qué haría después? Se preguntó si sería cierto, tal como había dicho la recepcionista, que no existía ninguna habitación con ese número. En ese caso, ¿qué haría?

De algo estaba seguro: tendría que registrar todo el edificio. No iba a marcharse de allí sin cerciorarse de que no había ningún paciente. Rogaba por que la recepcionista hubiese mentido. Rogaba por encontrar, al menos, una habitación con el número trece grabado en la puerta: sabía que en su interior se hallaría la clave para descubrir a la última dama, o su receptáculo.

Volvió a examinar la esfera luminosa de su reloj. El centro acababa de cerrar. Decidió aguardar un par de horas más, inquieto con la posibilidad de que quedaran empleados rezagados, o bien vigilantes.

*Tres semanas, pensó. Poco tiempo.*

Como Ballesteros había dicho: todo dependía de lo difícil que fuera encontrar a la dama número trece, si es que la encontraban.

*Tres semanas, pensó Jacqueline. Demasiado tiempo.*

La silenciosa tormenta proseguía a lo lejos. Los relámpagos herían el horizonte.

No era que estuviese preocupada. ¿Por qué había de estarlo? Raquel y sus amigos eran simples ajenos incapaces de recitar, y nada de lo que hicieran representaría una amenaza para quienes, como las damas, conocían en profundidad el vasto poder de la poesía y lo usaban a la perfección. Por supuesto, estaba al tanto del desesperado plan que habían trazado: encontrar a la dama número trece...

Sonrió al pensarlo. Incluso aunque lo lograran, aunque descifrarán los últimos sueños que la astuta Akelos había evocado en sus conciencias y hallaran su escondite, ¿cómo iban a hacerla salir...? Aquella idea era completamente absurda y pronto lo comprobarían.

No, no estaba en modo alguno preocupada, pero...

*Pero será mejor terminar cuanto antes, ¿no, Jacqueline?* Destruir la imago, averiguar si hay otra traidora, acabar por completo con Raquel y los ajenos.

En teoría, era posible *adelantar* la reunión, aunque solo ella, como Saga, tenía el privilegio de hacerlo. Era una decisión excepcional y arriesgada, porque el grupo era débil fuera de los Días de Ceremonia. Sin embargo, en este caso, intuía que se trataba de la decisión *correcta*.

Sí, se reunirían en menos de tres semanas, incluso en menos de una.

Perezosamente, Jacqueline se estiró en el diván y cerró los ojos.

Pero lo que había dentro de ella siguió mirando sin parpadear la lejana tormenta.

## **XIII. LA DAMA NÚMERO TRECE**

**P**or un momento no supo dónde se encontraba. Comprendió que se había quedado dormido, incluso había tenido un sueño. Había soñado con Beatriz. Estaban juntos en una playa, bajo una desordenada colección de nubes. Entonces ella se alejaba lentamente en dirección al mar y él la seguía, pero, al adentrarse en las aguas, descubría su cuerpo ahogado y azul como un alga arrancada del fondo, mecido por olas transparentes.

La tristeza que le acometió al despertar era mucho más oscura que las tinieblas que lo rodeaban. De repente recordó dónde estaba y qué era lo que tenía que hacer. Se hallaba sentado sobre la tapa de un retrete y le dolía la espalda. Los bolsillos de su chaqueta repiqueteaban con el peso de las herramientas que había traído. Echó un vistazo a la hora: 23.42, se levantó, flexionó los músculos e intentó percibir algún ruido extraño. No se oía nada. Sigilosamente, abrió la puerta.

El cuarto de aseo se encontraba a oscuras. Antes de avanzar, hurgó en uno de los bolsillos y palpó la pequeña linterna que Ballesteros le había proporcionado, pero no deseaba encenderla aún.

Se asomó a la negra quietud. Había olvidado en qué dirección se hallaba la sala de espera. Todo estaba tan silencioso y desierto que le confundía. Decidió arriesgarse a usar la linterna.

Aquel suave camino de oro le permitió definir la situación de las cosas.

La biblioteca parecía inacabable. Después de despejar las columnas de libros junto al ordenador, la muchacha encontró un altillo, subió a una silla y lo registró.

Ballesteros miró la hora: 23.40. Le ponía nervioso pensar en lo que podía estar ocurriendo. Suponía que Rulfo aún no había descubierto nada, ya que había prometido telefonar si realizaba algún hallazgo importante. Pero también cabía pensar que lo hubieran descubierto a él. Sonrió: sería gracioso que las brujas no los mataran y, en cambio, la policía los arrestara por complicidad en un allanamiento de morada. Para distraerse, decidió hablar con Raquel.

—Dijiste antes que los poetas son peligrosos. Pero a Shakespeare, por ejemplo, se le recita con frecuencia en todos los teatros del mundo y no sucede nada...

La muchacha, que había sacado varios libros y estaba examinándolos, se volvió hacia Ballesteros. El médico reprimió un escalofrío. *Dios mío, qué hermosa es.*

Aquella mañana la había visto desnuda. Le había dejado su cama para que descansara, ya que

la habitación de su hija continuaba sucia de sangre, y él se había recostado en el sofá, pero, al levantarse a mediodía, necesitó entrar en el dormitorio a coger algo de ropa. Abrió la puerta y una línea de luz trepó por una colcha color crema, unos pies descalzos, la doble esfera de unas nalgas, una mano flexionada y una almohada de cabellos negros. La muchacha reposaba con la mano izquierda bajo la mejilla y la derecha un poco desplomada sobre la cadera. Sus senos se movían como nubes con la suavidad de la respiración. El rostro de Ballesteros ardía. No había imaginado que ella dormiría sin ropa. Le parecía despreciable mirar, pero no pudo evitarlo. Jamás había visto, ni sospechado, una mujer tan bella. Desnuda no se asemejaba a nada concreto que él hubiese conocido antes, aunque solo fuera a través de una pantalla. Era una criatura extraña, sobrenatural. *Una bruja, quizá*. Permaneció mirándola un rato y sintió pánico al imaginarla despertando de improviso y percatándose de su escrutinio. Cogió la ropa que necesitaba y salió apresuradamente.

Aquel súbito recuerdo le hizo tragar saliva mientras, subida a la silla, ella le contestaba.

—Un actor no sabe recitar un verso de poder. De todas formas, siempre *sucede algo*, aunque sea mínimo. Y a veces, por casualidad, el verso es recitado de manera *casi* correcta. Pero, como es casual, el efecto se produce en otro lugar y otro tiempo...

El médico creía entender. Era como dedicarse a jugar con un detonador muy complejo sin saber para qué sirve: quizá nunca llegues a provocar una explosión, quizá lo desactives, o quizá la bomba te estalle en las manos.

—¿Qué efectos?

—Casi siempre terribles: una epidemia, un terremoto, un asesinato...

De repente a Ballesteros se le ocurrió algo.

—¿Un... accidente de tráfico, quizá?

—Muchos accidentes.

Guardó silencio, estremecido. Se preguntó qué clase de verso, y de qué autor, había arrasado para siempre la vida de su esposa en aquella carretera. Qué poema recitado al azar había hecho estallar el cerebro de Julia dentro del coche.

Nunca había sospechado, hasta ese momento, que la poesía fuera tan emocionante.

A su izquierda se encontraba la sala de espera; a la derecha, un rellano y unas escaleras. El pasillo continuaba hacia el fondo mostrando a ambos lados varias puertas como posibilidades cerradas. Apuntó la linterna hacia los letreros. El tramo que descendía estaba señalado con una flecha y una palabra: «Archivos». Las escaleras de subida mostraban otra indicación: «Salas de terapia E y O». Despreció ambas direcciones, avanzó un poco más por el pasillo y enfocó la primera puerta: «A1». Probó a abrirla. Cerrada.

Se detuvo un instante a reflexionar.

*¿Y ahora qué, Lidia? ¿Bajo a los «Archivos»? ¿Subo a las «Salas de terapia»?*

De repente quedó boquiabierto.

lidia

*Dios mío.*

Era casi inconcebible que no lo hubiese recordado hasta ese instante. Hasta ese mismo instante.

lidia garetti

Retrocedió sobre sus pasos y encontró la escalera que llevaba a los «Archivos». Doblaba en ángulo recto y finalizaba en un pequeño corredor con tres puertas cerradas. Sin embargo, cuando las enfocó con la linterna, la primera de ellas, suave y silenciosamente como el destello de una idea, se abrió.

Fue casi un *déjà vu*: revivió el momento en que la puerta metálica de la parcela de la joven italiana se había comportado igual. Sintiendo que el corazón le latía con fuerza, empuñó la linterna y entró. Era una habitación estrecha, sin ventanas, repleta de archivadores clasificados. Abrió el cajón de la letra «g» y le bastaron unos cuantos segundos para hallar lo que deseaba.

Sostuvo la tarjeta frente a la luz.

Lidia Garetti.

Su ficha. Su foto.

Recordaba nítidamente a Susana refiriéndole lo que aquella periodista le había contado. Lidia Garetti había recibido «tratamiento psicológico». Pero Susana no le había dicho *dónde* y él no le había preguntado. *Naturalmente, en el Centro Mondragón, ¿verdad, Lidia? Era otra pista para mí.*

En la tarjeta había una nota manuscrita, seguramente del terapeuta: «Solo dos sesiones. Abandonó la terapia». *Abandonaste la terapia porque no habías venido a eso, ¿no es cierto? En realidad, viniste a dejar una filacteria. Visitaste este lugar hace años para dejarme otra pista, como las del abuelo de César o Rauschen. Otra pista. Pero ¿cuál?*

Siguió leyendo. Las dos sesiones las había recibido en una única sala: la E1.

*La E1.*

Dejó la ficha en su sitio, cerró el cajón, salió del cuarto y cerró la puerta. Subió las escaleras hasta la planta baja, llegó a la encrucijada y ascendió por el tramo que llevaba a las salas de terapia.

En el rellano de la segunda planta encontró otra sala de espera y otro pasillo. Se introdujo en él. Pero, al llegar al recodo, se paró en seco. Alguien se acercaba apuntándolo con una linterna. Durante unos segundos permaneció conteniendo la respiración, asustado, intentando improvisar alguna excusa creíble. Entonces comprendió que se trataba de un espejo. El espacio en aquel corredor se prolongaba mediante espejos que reflejaban las puertas frente a ellos. En el reflejo de la primera leyó:

13

Se volvió hacia el original, cuya placa ostentaba: E1.

Aquella era, pues, la habitación *número trece*.

En ese preciso instante la puerta se abrió con el mismo silencio enigmático que la de los archivos del sótano.

Rulfo la empujó con suavidad y se asomó al oscuro interior. La linterna reveló un diván, una pared con diplomas, una orla universitaria, un escritorio, dos sillas enfrentadas. Por un instante se quedó allí plantado. Algo le impulsaba a detenerse, a no entrar. (*Lasciate*). No sabía lo que era, quizá el mismo temor que le había hecho titubear en casa de Lidia, frente al acuario, o en la puerta del almacén abandonado. (*Lasciate ogne speranza*).

Luego la sensación pasó. Tomó aire lentamente, entró y se volvió hacia el ángulo que le quedaba por contemplar, oculto tras la puerta. Apuntó hacia allí la linterna y lo que vio casi le hizo soltar un grito.

Sentado en una silla, de espaldas, aguardaba un hombre.

El paciente de la habitación número trece.

Ballesteros volvió a mirar el reloj. Iban a dar las doce y media. Hacía ya más de cuatro horas que el Centro Mondragón había cerrado. ¿Cuánto tiempo necesitaría Rulfo para recorrerlo?

*Le ha sucedido algo.*

Se sentía inquieto. Observó la cómoda del dormitorio, donde se erguían nuevas columnas de libros cuidadosamente seleccionados. La muchacha seguía rastreando en el altillo.

*Le ha pasado algo, seguro. Lo han pillado. Quizá debería acercarme por allí, aunque solo fuera...*

—¿Quién puede ser? —dijo ella de repente—. Tiene una colección entera.

Le mostraba un retrato enmarcado donde se veía a Rulfo abrazado a una joven de cabello oscuro, muy atractiva, con prodigiosos ojos verdes.

Ballesteros no la había visto jamás, pero de inmediato supo de quién se trataba.

—Debe de ser su chica... Quiero decir, esa que murió, Beatriz Dagger. ¿Salomón no te ha hablado nunca de ella...? —La muchacha negó con la cabeza. Seguía sacando retratos—. A mí me lo contó. Fue muy triste. Creo recordar que llevaban apenas dos años de relaciones, pero, al parecer, se querían mucho. Entonces ella tuvo un accidente muy estúpido y todo terminó.

Raquel había devuelto la mayoría de los retratos al altillo pero había conservado uno que mostraba únicamente el rostro de la joven. Lo sostuvo entre las manos y lo miró detenidamente, con curiosidad.

La linterna bailoteaba sobre la nuca del hombre. Parecía joven y corpulento, de anchos hombros. Tenía los cabellos negros y bastante largos. Algo en su aspecto, incluso de espaldas, le resultaba familiar, como si lo hubiese visto antes. De lo único que estaba seguro era de que aquél era el tipo con quien había venido a hablar.

Lo más raro de todo era que no parecía haberse percatado de su presencia. Continuaba sentado e inmóvil en la oscuridad. Rulfo dio un paso y se enjugó los labios resecos.

—Oiga, no tiene nada que temer... Solo quiero charlar con...

Entonces el hombre giró en el asiento.

Ballesteros se interrumpió al ver su semblante.

—¿Qué te ocurre...? ¿Qué pasa...?

Ella miraba el retrato frunciendo el ceño, como si algo de lo que contemplaba la confundiera; luego volvía a su expresión inicial de indiferencia y movía la cabeza en sentido negativo para, instantes después, mostrar de nuevo aquel súbito interés.

—¿La conoces? —preguntó Ballesteros.

Una alarma saltó por los aires, enloquecida, engullendo el ruido de cristales rotos. Alguien acababa de forzar las puertas de aquel centro psicológico privado, pero no para penetrar sino para salir. El culpable echó a correr desesperadamente bajo la madrugada silenciosa. Sin embargo, un hipotético testigo habría manifestado sus reservas a la hora de afirmar que aquel hombre era un ladrón. Por ejemplo: no llevaba ninguna bolsa con objetos de valor o dinero. O, por ejemplo: su expresión no mostraba la ansiedad esperanzada del ratero que confía en no ser atrapado, sino el horror absoluto de quien sabe que ya ha sido atrapado, vaya donde vaya y corra cuanto corra.

Atrapado.

Para siempre.

—No, no la conozco... Solo me ha parecido que... —Sacudió la cabeza—. No, no es nad...

En ese instante se abrió bruscamente la puerta del dormitorio.

No lo habían oído llegar y ambos se sobresaltaron. El retrato que ella sostenía escapó de sus manos, centelleó a la luz de la lámpara una fracción de segundo, se estrelló contra las baldosas

y el cristal

se quebró

en diagonal.

Una fea rajadura atravesó el rostro sonriente y hermoso de Beatriz Dagger.

Durante largo rato nadie habló. Rulfo enterraba la cara en las manos y no quisieron interrumpirle. Pero el silencio empeoró cuando alzó la mirada y pudieron ver la expresión de su rostro.

—Lidia Garetti estuvo en esa clínica y dejó una filacteria para mí... Estaba escrita bajo el marco de una orla universitaria... Era un verso de Virgilio: *Hic locus est partes ubi se via findit in ambas*. «Aquí está el lugar donde el camino se bifurca...». El verso me hizo soñar con la clínica, me abrió sus puertas y me produjo una alucinación: vi a un hombre sentado dentro de esa habitación. Era yo. Entonces lo comprendí todo.

Ballesteros pensó que, el día en que murió su esposa, él había tenido en los ojos la misma mirada que ahora advertía en los de Rulfo.

—Pero ¿por qué decírtelo así, de forma tan rebuscada? —indagó.

Raquel habló por primera vez.

—Él es el receptáculo. Era necesario enfrentarlo a sí mismo para que terminara sabiéndolo por sus propios medios.

—¿Y por qué elegir ese lugar precisamente? ¿Por qué una clínica psicológica? ¿Por qué no cualquier otro sitio?

—Beatriz era psicóloga. —La voz de Rulfo era átona, como si procediera de un cuerpo muerto—. Había nacido en Alemania, pero estudió en Madrid... Su fotografía estaba allí, en la orla.

Supuso que Rauschen lo había sospechado de alguna forma y la había seguido desde Alemania. Quizá no conocía su verdadera identidad, pero sabía que estudiaba en algún lugar de España. Casi sonrió ante la diabólica ironía: la dama a la que Rauschen, César y él buscaban era Beatriz, y su receptáculo era él mismo.

—No debes culparte —dijo la muchacha—. La dama sin nombre te eligió y se introdujo con versos en el cuerpo de esa chica. Estaba en sus ojos: eso es lo que creí ver en los retratos... La manipuló, hizo que la conocieras, que te enamoraras, la eliminó y pasó al interior de tu mente mediante ese vínculo emocional... Un escondite perfecto: la llevabas dentro sin saberlo. El amor es el sentimiento que ellas utilizan para inspirar a los poetas, pero la número trece lo usa para alojarse en los seres que elige. Después de algún tiempo te habría abandonado para buscar otro receptáculo.

Rulfo sacudió la cabeza, como si no la hubiese oído.

—Me eligió porque sabía que yo no iba a olvidarla. Ha vivido dentro de mí, a sus anchas, todo este tiempo...

Se dio cuenta, sorprendido, de que el dolor había dejado paso en su interior a una viva sensación de repugnancia, como si percibiera los movimientos de un gran gusano, una tenia enroscada en su cerebro. Contempló de nuevo el retrato roto en el suelo y comprendió que ya no había futuro para él. Pero, al mismo tiempo, observar los hermosos rasgos de Beatriz tras el cristal le hizo experimentar cierto alivio, como si, después de una eternidad de ansiosa espera, pudiese levar anclas y abandonar por fin el pantanoso lugar en el que había permanecido estancado.

Se volvió hacia Raquel. La muchacha aparentaba compadecerlo, pero él sabía que no era así. *Es una dama. O lo fue hace tiempo. No compadecen a nadie. No tienen sentimientos.*

—Es necesario seguir con el plan. ¿Cómo haremos para que salga de mí...?

—Es lo más difícil. Ciertos versos pueden lograrlo, pero tardaré tiempo en encontrarlos y recitarlos adecuadamente.

—¿Cuánto?

—Para una ajena como yo, recitar un verso apropiadamente es cuestión de suerte. Quizá lo consigamos mañana, quizá dentro de semanas o meses...

—No podemos arriesgarnos. ¿Qué otra forma tenemos de sacarla de mi mente...? —Ella no respondió, pero lo miró con fijeza. Rulfo creyó comprender—. Una vez te oí decir que el receptáculo no podía ser destruido... ¿Significa eso que no puedo morir?

—No. Significa que, mientras ella esté dentro de ti, procurará que no sufras daño. Por eso te dejaron con vida en la mansión.

—Pero, si, a pesar de todo, alguien lo destruyera...

La muchacha seguía mirándolo.

—Ella saldría. Escaparía. Pero tú morirías y ella buscaría otro lugar.

—Como quemar la madriguera, ¿verdad? —La expresión de Rulfo era extraña—. Como hacerla arder para que la alimaña asome.

—Sí. Pero tú morirías y ella huiría —repitió la muchacha.

—¿Nada podría retenerla si saliera?

—El agua. En el agua no pueden hacer nada. Eso serviría para contenerla, pero solo por unos cuantos segundos.

—¿Y después?

—Un círculo pintado en el suelo bastará. Fuera del receptáculo es como un cangrejo ermitaño fuera de la concha. Si logramos llevarla hasta un círculo, retenerla no será tan difícil...

—¿Y una vez dentro del círculo?

—Le exigiríamos que nos dijera el día que han elegido para destruir la imago y la obligaríamos a que nos entregara un acceso al interior. De esa forma, el *coven* estará casi indefenso ante nosotros, y solo tendríamos que planear cómo atacarlas.

—Hay que intentarlo. —Rulfo se quitó la chaqueta—. Y creo que podéis hacerlo sin mí —añadió.

Durante un par de segundos, la muchacha y él intercambiaron una última mirada. A él casi le asustó la decisión que veía en aquellos hondos pozos oscuros. *Quiere que lo haga. Quiere que intente exactamente lo que estoy pensando.*

—Dibujad ese círculo en el comedor —dijo entonces.

—Un momento, un momento... —Ballesteros, que había asistido confuso y en silencio a la

conversación, se puso en pie de repente—. Si he comprendido bien, vas a «quemar la madriguera...». ¡Espera un momento...! Señor Impulsivo, sé cómo te sientes, pero te diré una cosa: con brujería o sin ella, no eres el primero ni serás el último a quien alguien engaña de un modo u otro. Deja de autocompadecerte de una puñetera vez. Ya has escuchado a Raquel: quizá logres hacerla salir, pero tú vas a palmarla. De modo que vuelve a sentarte en esa silla y sigamos pensando en...

—Eugenio —lo interrumpió. Comprendió que no había tiempo para sutilezas. Sabía que Ballesteros no iba a permitirle dar aquel paso, y que toda discusión estaba de más—. Tienes tres hijos, ¿verdad? Ya son mayores, están casados, creo que el mayor está esperando el que será tu primer nieto... La otra noche, las damas evocaron la imagen de tu esposa para amenazarlos... No son simples amenazas. Saga me necesita vivo, al igual que a Raquel: a ella, para hacerla hablar; a mí, porque albergo a la dama sin nombre. Terminaré eliminándonos, pero quizá no ahora. Sin embargo, tú y tu familia sois completamente *prescindibles*. Cuando destruya la imago, os barrerá. Y puedo asegurarte que no serás el primero. Será tu hijo mayor. O quizá tu hija. O puede que aguarde a que nazca tu nieto... —El tono de Rulfo era monocorde, como si estuviera enumerando una serie de evidencias irrefutables pero, al mismo tiempo, intrascendentes—. Así que déjame hacer lo que debo. Ocurra lo que ocurra, yo ya estoy muerto. Mi vida ha llegado al final, pero tus hijos siguen vivos y son felices. Piensa en ellos. —Ballesteros seguía inmóvil, como petrificado. Rulfo lo esquivó y se dirigió al baño—. Hay una lata de pintura blanca en la cocina. Avisadme cuando tengáis listo el círculo.

Cerró la puerta.

No tardaron mucho. Apartaron la mesa y las sillas, despejaron un espacio central y trasladaron al dormitorio todos los libros de poesía que Raquel había sacado («No pueden estar cerca de ella», comentó). La muchacha se encargó de dibujar la figura sobre el parquet usando una brocha rígida y vieja.

Ballesteros la contemplaba en silencio intentando no pensar en el hombre que aguardaba en el baño. Escuchaba el runruneo monótono del grifo de la bañera: casi parecía el interminable redoble de un tambor. Sabía que era un cobarde al permitir aquella barbaridad. Todo su ser se rebelaba ante la mera idea de dejar que Rulfo llevara a cabo su propósito, pero no podía hacer nada para remediarlo.

Sus hijos. Aquel cabrón tenía razón. *Sus hijos*.

Volvió a ver la horrible imagen de Julia burlándose de todo lo que él consideraba sagrado: su dolor, sus recuerdos... En efecto: fueran brujas o no, era preciso hacer algo, devolverles el golpe, acabar con ellas. La furia que sentía le impedía detener a Rulfo, pero jamás había tomado una decisión tan difícil en toda su vida.

La muchacha repasó la línea con una nueva capa. Era importante, le dijo, no dejar resquicios. Luego se levantó y miró a Ballesteros. En sus ojos el médico creyó distinguir la misma ciega desesperación que había advertido en los de Rulfo. De repente comprendió el abismo que lo separaba de ambos: ellos peleaban para morir; él, para seguir vivo. *Han perdido lo que más amaban. Ya no les importa lo que suceda. Pero no quieren dejar de dar la última dentellada.*

—Dijo que le avisáramos —murmuró ella, y Ballesteros la vio dirigirse hacia el baño.

Se preguntó si aquello sería igual que viajar. Quizá la muerte fuera una especie de migración, como la de las cigüeñas. Miró a su alrededor y le pareció que todo se estaba volviendo sagrado para él: la jabonera, los azulejos blancos, la cortina de plástico, el cuadrado de los arlequines, los arabescos de luz en el agua... Las cosas adquirirían cierta inmortalidad al tiempo que él perdía la suya.

Era un lugar ridículo para una muerte ridícula, pero supuso que Ballesteros tenía razón cuando le dijo, cierta vez, que ninguna muerte era romántica. Además, consideraba que el escenario —la bañera— era una buena forma de justicia recíproca: si ella le había engañado matando su cuerpo allí, él la obligaría a regresar a la vida allí.

Mantén la muñeca izquierda desnuda contra el picudo acero de la hoja de afeitar que había extraído de su maquinilla. La bañera estaba llena de agua casi hasta el borde y él se había metido con la ropa puesta, encogiendo las piernas en el pequeño espacio. Había encendido un cigarrillo y tenía los ojos empañados, como si su humor acuoso se hubiera vuelto turbio.

Estaba seguro de una cosa: *disfrutaría matándola matándose.*

Las otras damas, incluyendo a Saga, habían destrozado su presente y su futuro, pero la criatura que había ocupado el cuerpo de Beatriz Dagger y se había infiltrado en su casa durante aquella fiesta (*la culpa la tuvo cupido, soy la amiga de una amiga de uno de tus*) había hecho trizas su pasado (*estás pachucho, vendré enseguida, soy la amiga de una amiga de uno de*). Y Rulfo había llegado a una inusitada conclusión: él era únicamente pasado. Nada tenía dentro, nada delante, solo aquello que había *tenido*. Quizá todos los seres humanos eran iguales. Solo se posee lo que *se ha poseído*: si te arrebatan eso, dejas de existir. *Es eso lo que vas a pagar. Eso es lo que voy a hacerte pagar, si es que puedo.*

Apretó los dientes y aproximó la hoja de la cuchilla al lazo azul y pulsátil.

En ese momento, casi como si se tratara de una revelación, cayó en la cuenta de la fecha. Aquel día de noviembre se cumplían cuatro años exactos desde que había visto a Beatriz por primera vez y dos años exactos de su muerte.

*Es hora de que te busques una nueva guarida.*

Cerró los ojos.

Los ojos de Raquel brillaban en la oscuridad del comedor como piedras preciosas.

—¿Y ahora? —preguntó Ballesteros.

—Esperaremos un poco e iremos a por ella. Si logramos traerla al círculo, no podrá escapar.

«Ir a por ella» era una expresión que Ballesteros no lograba asimilar. ¿Ir a por quién? ¿Qué o quién se suponía que iba a «aparecer» en aquel cuarto de baño?

—Quizá nos dé alguna sorpresa desagradable —advirtió la muchacha—. Se vuelve muy peligrosa cuando se encuentra indefensa... Intentará escapar, y cuando compruebe que no puede, se enfurecerá... Voy a necesitar tu ayuda.

Ballesteros asintió con un gesto, pero su inquietud aumentó. No le gustaba el hondo silencio que había envuelto todo el apartamento. De repente se le ocurrió algo horrible. ¿Y si se habían equivocado? ¿Y si todo era falso? ¿Y si Rulfo y Raquel habían enloquecido y ahora él iba a ser

responsable del suicidio de un perturbado mental? ¿Qué era lo que esperaban ver cuando entraran en ese baño? Casi perdió por completo el control de sus nervios al pensar todo eso. Miró a la muchacha como implorando ayuda.

En ese momento se escucharon golpes recios y una agitación del agua. Raquel se puso en pie de un salto.

—Ya —dijo.

sal

Rulfo supo que se estaba muriendo.

La bañera se había convertido en algo enorme y globoso, como un caucho sometido a la presión creciente de una bomba de aire. Sentado dentro de ella, las manos dadivosas y rojas en actitud de despilfarrar la vida, observaba su propia sombra erguida sobre la sangre: un área de medusa turbia, un tul de bailarina acostada. De improviso aquella sombra se desprendió de la superficie ensangrentada con la inercia silenciosa de un rodaballo en el fondo del mar y penetró en sus ojos. Supo que la muerte era eso: que tu propia sombra penetre en tus ojos.

Pensó en sus padres y hermanas. No creyó que fuera a encontrárselos en otro mundo.

sal de ahí

Ballesteros apenas podía creer lo que veía.

Rulfo estaba muerto, desangrado, en la bañera. Pero el agua a su alrededor se agitaba y saltaba por los aires salpicándolo todo, como si algún animal de gran tamaño rebullera dentro.

—Ahí está —murmuró la muchacha.

—Sal de ahí.

Ante la orden, la *cosa* se aquietó. El cadáver de Rulfo se mecía exánime, como si yaciera junto a un tiburón al acecho. Raquel se aproximó a la bañera y, en ese momento, los coletazos se reanudaron y el agua volvió a saltar. Su ropa y su cabello quedaron empapados, pero ella no se apartó: repitió una vez más la orden, al tiempo que hacía señas a Ballesteros para que se acercara.

Ballesteros obligó a su propio cuerpo a moverse. Le aterraba la simple idea de mirar dentro de aquella bañera. Pero antes de que hubiese podido llegar a dar un solo paso, contempló algo que casi le hizo perder la razón. Una especie de tubo flexible, negro y lustroso, del grosor de los muslos de un hombre, emergió por el borde de cerámica y saltó hacia las baldosas derramando agua con cada contorsión. Al principio pensó, horrorizado, en la serpiente más grande y repugnante que había visto jamás. Pero no podía estar seguro: todo sucedía muy rápido.

—¡Ayúdame! —gritó Raquel y se arrojó sobre aquella cosa monstruosa, sujetándola por un extremo.

Venciendo sus náuseas, Ballesteros atrapó una parte de la resbaladiza y aleteante criatura. Se agitaba entre sus manos como un martillo neumático. Tuvo que emplear toda su energía para no soltarla. Pero no era una serpiente. Parecía más bien un pez, quizá una morena, una robusta anguila negra. O no: un felino. La piel era aterciopelada y firme y tenía extremidades, con músculos y rebordes óseos.

Salieron del baño con aquella frenética carga entre los brazos.

—¡Dentro del círculo! —gritó Raquel.

La dejaron caer al suelo y Ballesteros comprendió que se había equivocado: eran piernas lo que había creído la gruesa cola de una anaconda; manos y pies, no patas de cuadrúpedo; rostro, no el hocico de un depredador; una cabellera desordenada y negra, no el pelaje de un felino...

Cuando despertó, el médico estaba tomándole el pulso.

—¿Cómo te encuentras?

Rulfo alzó la cabeza sin contestar, confuso, y reconoció su propio dormitorio, la puerta del baño abierta y un retrato sobre una silla con el cristal rajado. Entonces lo recordó todo. Su ropa chorreante se le había pegado a la piel. Alzó las manos. Estaban húmedas de sangre y agua, pero no advirtió ni rastro de los cortes en las muñecas.

Raquel se hallaba al otro lado de la cama.

—Impidió tu muerte —dijo—. Antes de salir, cerró las heridas y te mantuvo vivo. No quiere perder su receptáculo todavía —añadió, irónica.

Él hizo, entonces, la pregunta que más le importaba. Por toda respuesta, sus amigos miraron hacia el comedor.

Con el corazón latiéndole con fuerza, se incorporó y salió de la cama tambaleándose. Ignoró el consejo de Ballesteros de permanecer en reposo un poco más. Nada ni nadie le impediría hacer lo que estaba deseando. Nada ni nadie le detendría en ese momento.

Quería *verla*.

Abrió la puerta del dormitorio, se asomó al comedor.

—Hola, Salomón.

Estaba sentada en el suelo en medio de un charco de agua, dentro de un círculo pintado de blanco, abrazándose las piernas, tan empapada como él, los cabellos pegados a la frente tatuándole los pómulos. Se hallaba completamente desnuda y su piel poseía una tenue tonalidad azul, como si hubiese permanecido mucho tiempo en una cámara frigorífica. Su expresión sonriente contenía cierto matiz de desprecio que Rulfo jamás le había observado antes.

Pero, sin lugar a dudas, era

ella

y, por primera vez en su vida, se sintió en el infierno al contemplarla.

Luego comprendió que aquella apariencia también era una ilusión, una imagen frangible. Las damas podían ser lobas, guepardos, serpientes o lechuzas. En realidad, no tenían una sola forma, eran cosas que la poesía había convocado, cosas que habitaban en los resquicios del lenguaje, logogrifos profundos. La número trece lo había conocido y elegido, quién sabía por qué, para anidar en su interior. Tal como le había dicho Raquel, no existía ninguna razón personal: era simple azar.

Ballesteros y Raquel entraron en el comedor y ocuparon sendas sillas alrededor. Rulfo

permaneció de pie. La criatura agazapada dentro del círculo lo miraba sonriendo.

Raquel intervino sin elevar la voz.

—Te hemos hecho salir. Debes revelarnos cuándo será la próxima reunión. Y tendrás que darnos acceso al interior.

La dama no pareció oírla. Seguía mirando a Rulfo.

—¿Decepcionado? —dijo con voz ronca.

—No. Ahora ya no. Beatriz fue una hermosa mentira. Tú eres, simplemente, una verdad repugnante. No estoy decepcionado.

—Es increíble. —Ella abrió de par en par sus grandes ojos verdes—. Aún me amas.

—Dinos cuándo os reuniréis de nuevo —repitió Raquel con firmeza.

Beatriz giró la cabeza con brusquedad, como si su diálogo con la persona que le interesaba se hubiera visto interrumpido por un interlocutor indeseable.

—Hola, Raquel. Esta apariencia de ajena te sienta muy bien.

—¿Cuándo os reuniréis de nuevo?

—¿Dónde está tu pequeño, Raquel?

—¿Cuándo os reuniréis de nuevo?

—Tu hijo te envía saludos. ¿Quieres verlo?

Hubo un silencio, pero no fue perfecto: la mujer, o lo que fuese aquella cosa acurrucada dentro del círculo, producía, entre las pausas, un perceptible bordoneo de gata enferma, como si el aire resonara al atravesar su garganta. Repentinamente, Raquel se dirigió a Rulfo.

—¿Alguna vez escribiste poemas inspirados en Beatriz?

—Uno solo. Cuando murió.

—¿Podrías encontrarlo fácilmente?

—Lo sé de memoria.

—¿Cuántos versos tiene?

—Catorce.

—Recita los cuatro primeros, por favor.

Al principio, él pareció no haberla oído. Miraba fijamente el rostro de Beatriz. La dama aún mantenía la sonrisa, pero ahora semejaba hallarse al acecho, como si no supiera muy bien qué iban a hacer ellos.

—¿Salomón?

—Sí.

—Recita los cuatro primeros versos, por favor.

Inhaló profundamente y buscó en su memoria. No tuvo que hacer un esfuerzo especial. Repetidos y recordados una y otra vez, los versos viajaron hacia sus labios con docilidad, como sus lágrimas. Al principio su voz era trémula, luego se hizo más firme.

*Niégate los crepúsculos  
Olvídate de los sueños  
Y mírate iluminada  
Del sol de tu presencia.*

Al final del tercero, la sonrisa de Beatriz desapareció. Con el cuarto, se inclinó hacia atrás y jadeó entrecortadamente. En sus labios despuntó algo similar a una lengua hendida, un résped violáceo, una cinta color livor afilada como la cola de un látigo. Pero, durante un fugaz instante, su expresión recordó a Rulfo la que adoptaba cuando hacían el amor. Apartó la vista, horrorizado, repugnado, y se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Da resultado —dijo Raquel—. Está atada a ti con esos versos. ¿Cuándo os reuniréis de nuevo? —repitió.

La dama número trece los miró. En el borde de sus párpados se acumulaba la sangre.

—Tienes los días contados, Raquel. —Su voz era como la hojarasca al ser removida.

—Responde.

—No te servirá de nada saberlo. Aunque tuvieras acceso, ¿qué harás...?

—Recita los siguientes cuatro versos, Salomón.

Su voz resonó con más fuerza.

*Tu hermoso cabello negro,  
Tu dulce mirada verde:  
He perdido tu figura  
En el fondo del recuerdo.*

El rostro que había sido de Beatriz Dagger mostraba ahora confusión y miedo. Se abrazaba a sí misma balanceándose adelante y atrás. Parecía sentir una especie de dolor. Y había adelgazado bruscamente: la espalda empezaba a revelar, como en una bajamar de la piel, la impronta de vértebras y costillas.

—Dios mío —murmuró Ballesteros.

—Dime cuándo y dónde volveréis a reunirlos.

—Dentro de cuatro noches... —La dama temblaba, pero volvió a sonreír—. Demasiado pronto para ti, ¿verdad, Raquel...?

La muchacha miró a ambos hombres, momentáneamente desesperada con la noticia, pero ellos apenas habían escuchado la respuesta: contemplaban hipnotizados aquel espectro de cabellos húmedos, magro y azulenco, agazapado en el suelo.

—¿Dónde será la reunión?

—Sabrás dónde sin que yo te lo diga.

—¿Tenemos acceso?

—Lo tenéis. Pero te arrepentirás. —Y volvió el demacrado rostro hacia Rulfo—. Os está llevando a la muerte.

—Te equivocas —dijo Rulfo—. Ya *estamos* en la muerte.

Se dirigieron a la cocina para conversar. Raquel aseguró que no existía riesgo de que escapara hallándose dentro del círculo.

Por un instante, ninguno de los tres dijo nada. Miraban al techo, a la pared o a los ojos de los demás. Estaban agotados, física y mentalmente; solo la muchacha parecía conservar las fuerzas,

aunque había perdido gran parte del ánimo que poseía.

—Dentro de cuatro noches —musitó—. Solo cuatro noches. Saga debe de haber sospechado algo y ha adelantado la reunión. Puede hacerlo en casos excepcionales.

Sus palabras no produjeron mayor impresión en los hombres.

—¿Y ahora? —preguntó Ballesteros.

—Tendremos que expulsarla.

Se escuchó un ruido fuerte y seco. Ella les tranquilizó.

—Está nerviosa, pero no puede escapar.

Ballesteros tomó aire y miró a Rulfo. Parecía el más derrotado de todos. Él conocía bien la expresión de su rostro: la había visto en infinidad de víctimas de trágicos accidentes y pacientes con enfermedades mortales. Era el semblante de quien ha perdido algo decisivo e irrecuperable. Mantenía las manos entrelazadas y los ojos clavados en las baldosas. Entonces alzó la vista.

—¿Cómo la expulsaremos?

—Depende de ti. Ella puede regresar a tu interior o marcharse para siempre. Si se marcha, buscará otro lugar donde residir. Ya hemos conseguido lo que queríamos: nos ha dado el acceso. Es como si tuviéramos una copia de la llave que ellas tienen. Ya no la necesitamos.

Rulfo asintió.

—¿De qué forma puedo expulsarla?

—Dile que se vaya. Si se niega, recita los últimos versos que compusiste para Beatriz.

—Ya no recuerdo los que le recité antes...

—Cuando recites los demás también los olvidarás. Al expulsarlos de tus labios, la expulsarás a ella.

Rulfo volvió a asentir. Durante cierto tiempo solo hizo eso: mover la cabeza en sentido afirmativo, sin decir nada, los ojos dirigidos al suelo. Luego se puso en pie, cogió la botella de whisky y se sirvió un buen trago. Ballesteros le pidió un poco. En aquel momento no se hubiese negado a probar cualquier clase de droga.

—De acuerdo. —Rulfo salió de la cocina.

En el comedor, apenas iluminada por la lámpara de pie del rincón, la dama continuaba dentro del círculo. Había adelgazado hasta extremos tenebrosos: su vientre era una rígida concavidad sobre la que se alzaba el artesonado de las costillas; los pechos pendían como ubres secas; la vulva era una herida sin sangre, un corte viejo y pálido bajo el pubis. Sin embargo, la piel tensa del cráneo seguía dibujando los contornos juveniles y exactos del rostro de Beatriz Dagger. A Rulfo le pareció una caricatura de la muchacha realizada por un demente.

Ella le miró.

—Te he dado motivos para vivir, Salomón.

—Me los has quitado todos.

—Entonces, mátate, y un problema menos.

—Lo haré, pero quiero empezar contigo.

—¿Es que esa buscona traidora no te lo ha explicado...? Si regreso a ti, todo volverá a ser como antes. Haré que olvides este momento, seré otra vez el recuerdo de Beatriz. Podrás llorarme y soñarme. ¿No crees que es mejor eso que quedarte solo? Si me aceptas de nuevo, volverás a *creer en Beatriz*. Si me expulsas, la perderás para siempre. Es tu decisión. Tú mismo lo dijiste. Si regreso contigo, volveré a ser una hermosa mentira. De lo contrario, solo seré una

verdad repugnante. Y voy a decirte lo que prefieres, Salomón. Eres poeta, y los poetas siempre habéis optado por la mentira cuando es más bella que la verdad... Acéptame, y volverás a estar enamorado. Acéptame, y Beatriz será tu ángel: te sonreirá en los sueños, te hablará desde el recuerdo, otorgará un sentido a tu dolor, una esperanza a tu vida. Los hombres desean vivir engañados. Acéptame, Salomón Rulfo, tú que eres poeta.

De repente, escuchando a la dama número trece, Rulfo comprendió algo.

Aquél era el verdadero objetivo de su *descenso*.

Había recorrido aquel infierno de horror y oscuridad únicamente para llegar a ese punto exacto, ese sótano hondo y congelado: más allá se extendía el vacío o el regreso a su vida de antes. Era casi como intentar elegir entre el yermo del futuro y la selva del pasado. Le pareció que sobre aquella decisión oscilaba toda su existencia.

Durante unos cuantos segundos, Rulfo y la dama número trece se miraron.

Comprendió que ella tenía razón. Era imposible vivir sin un sueño. Si perdía a Beatriz, perdería algo más que la vida que aún le quedaba: perdería también la que había vivido. No existía ser humano capaz de afrontar eso. Nadie es capaz de soportar la destrucción de la felicidad *pasada*, sobre todo si existe la posibilidad de conservarla.

Ella tenía razón, en efecto, y, precisamente por eso, supo que la decisión estaba tomada. Porque hay cosas que no pueden razonarse pero son las más importantes de todas. Un ciclón. Un poema. Una venganza.

Sostuvo la mirada de la dama, la hermosa mirada de Beatriz clavada en un marco de espantosos huesos craneales.

—Ya he elegido.

Ella siguió sonriendo, pero ya no se trataba de una sonrisa consciente, producida por los músculos de las comisuras, sino la falsa tajada del marfil desnudo, del hueso amarillo engastado en la encía.

—Solo hay silencio detrás de mí, Rulfo —advirtió, amenazadora—. Soy el último verso. Solo hay silencio después del último verso.

—Ya lo sé. Pero yo *quiero* ese silencio. Vete.

—Te equivocas. Déjame demostrarte que te equivocas...

Rulfo no le permitió seguir hablando. Recitó la siguiente estrofa mirando los ojos que habían pertenecido a Beatriz Dagger:

*Te amé, quizá, demasiado  
Y ahora solo tu reflejo  
Consuela mis negras noches.*

Como si estuviera hecha de hielo derretido, la dama se angostó. La estructura ósea perdió volumen, se arrugó como papel. El cuello se hizo un asta delgada; los hombros semejaron los brazos de una cruz; las extremidades, las patas de un insecto; las articulaciones de la mandíbula se descoyuntaron y la boca se abrió como una tumba vacía. Solo los ojos, sueltos como gotas de agua al fondo de las cavernas de las órbitas, seguían incólumes. Los ojos verdes de Beatriz Dagger miraban a Rulfo sin parpadear, sumidos en el vértigo de un cuerpo que se disolvía.

—Salomón, no sabes lo que es *el silencio*... Cualquier cosa es preferible a eso...

—Tú, no.

—Salomón...

—Vete de mi vida.

—Salomón, no...

Rulfo ya había olvidado casi todo el poema, pero todavía recordaba la estrofa final, los últimos tres versos. Recitó dos.

*Memoria rota, eso eres,  
Sueño que ha de perderse.*

La dama enmudeció. Su cuerpo ya no era sino jirones de formas pero sus ojos seguían brillando como esmeraldas dentro de una niebla crujiente y delgada.

Tomó aliento y recitó el verso final.

*Vivir significa olvidar.*

Una ráfaga de viento a su espalda abrió las ventanas y los visillos ondularon. La mirada de Beatriz osciló también en el oleaje del aire. Entonces, a través de aquellas pupilas verdes, Rulfo pudo atisbar los libros de poesía que había detrás, en las estanterías.

Un instante después

solo vio

los libros.

Tres días. Faltaban tres días. Si la dama no había mentido (y *no podía* haberlo hecho, afirmaba Raquel), la reunión del grupo tendría lugar el sábado a las doce de la noche. Setenta y dos horas para planear qué iban a hacer. Setenta y dos horas para vivir y prepararse para lo que les aguardaba. Ballesteros no creía estar preparado, pero ignoraba qué tenía que hacer, e incluso en qué podía consistir el hecho de «estar preparado».

Pronto descubrió que era él quien peor lo llevaba de los tres. Rulfo mostraba una tenaz y absoluta indiferencia que nadie —y menos Ballesteros— hubiese podido censurarle: pasaba el tiempo acostado o sentado, hablaba poco y escuchaba aún menos. En cuanto a la muchacha, se había encerrado en su despacho a revisar libros de poesía. Ballesteros pensaba que al menos ella había encontrado una ocupación útil. ¿Y él? ¿Qué debía hacer?

Consumido por los nervios, subió al ático del edificio, sacó la llave de su trastero y lo abrió. Halló la escopeta y los cartuchos enseguida, embalados correctamente bajo el polvo y colocados en el lugar de costumbre. Su padre había sido cazador aficionado y, cuando Julia vivía, Ballesteros solía imitarle y aprovechaba la temporada de la perdiz para capturar piezas inútiles, nostálgicas, pequeñas muertes que le traían recuerdos familiares. Luego todo eso había acabado. Pero allí estaba de nuevo aquella longilínea y metálica frialdad, y el simple hecho de tocarla, abrirla y observar los ojos vacíos de la recámara, le hizo sentirse bien, incluso excitado. Jamás había imaginado que experimentaría tales emociones ante la posibilidad de dispararle a alguien, pero dudaba de que criaturas como la que había salido de la bañera de Rulfo dos noches atrás pudieran clasificarse bajo el epígrafe de «alguien».

Bajó a su piso con la escopeta abierta y una caja de cartuchos en la mano y tropezó con Rulfo en el pasillo. Observó cómo dirigía una mirada silenciosa al arma y casi sintió la necesidad de disculparse.

—Quizá sea una tontería inútil —dijo—, pero tengo que hacer algo o me volveré loco.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó Rulfo.

—Claro.

Se dirigieron al comedor y cerraron la puerta. De pronto, al sentarse frente a frente, Ballesteros se encontró ridículo sosteniendo aquella escopeta. La dejó sobre la mesa con cuidado. Rulfo había encendido un cigarrillo.

—Eugenio —dijo con calma, tras un silencio—, ya has llegado hasta aquí. Nos has ayudado mucho. Sin ti, no habiéramos podido hacer nada. Pero creo que a partir de este punto debemos seguir solos. Este asunto nos atañe únicamente a Raquel y a mí. Hace días pensaba de otra

manera. Creía que yo también estaba invitado a una fiesta que no me incumbía. Creía que Akelos había buscado mi ayuda, al igual que la tuya, por mera casualidad... Después he sabido que no es así. Yo era el receptáculo, y este problema me involucra tanto como a Raquel. Además, han matado a dos de mis mejores amigos, tras torturarlos con saña.

—¿Dos...? —murmuró Ballesteros, que recordaba solo a Susana.

Rulfo asintió en silencio.

—Acaban de dar la noticia. El ático de César se ha incendiado. Todo el vecindario ha sido evacuado. Hay varios heridos, pero los únicos fallecidos son Susana y él. Me da igual que se tratara de una chispa caída de la chimenea o que fueran ellas directamente, lo cierto es que los han matado. No van a dejar testigos. —Hizo una pausa antes de proseguir. Inhaló el humo del cigarrillo y lo soltó en lentas volutas—. Esto no te incumbe. Tienes otras cosas que proteger. Vete de aquí. Creo que tu hija vive en Londres, ¿no...? Pues haz las maletas y vete con ella. Sé que me vas a decir que no servirá de nada, pero, al menos, inténtalo. Si te quedas, será mucho peor. Una vez le aconsejé lo mismo a César y Susana, y no me hicieron caso. No quiero repetir la experiencia.

El médico observó un instante su expresión rígida, pálida. *Está vacío por dentro. No le importa morir. Lo único que le queda es preocupación por los demás.*

—¿Vamos a perder? —preguntó.

—Míralo de esta forma. Tenemos una posibilidad contra un millón. Y, aunque pudiéramos hacerle daño a una de ellas, a Saga, por ejemplo, quedarían las otras. Seremos muy afortunados si el sábado por la noche logramos escapar. Pero piensa cómo será nuestra vida a partir de entonces.

—¿Qué ocurre? —Ballesteros sentía escalofríos, pero decidió sonreír—. ¿Se ha marchado otra vez el Salomón Rulfo apasionado y ha venido el derrotista...? Te recuerdo que hemos hecho salir a la pieza clave de la debilidad del grupo, ¿no decías eso...? Y tenemos la sorpresa de nuestra parte. Quizá nos llevemos un susto el sábado, pero ellas se llevarán dos. —Señaló la escopeta—. Uno por cada cañón.

—Hace una semana me decías que estaba loco por intentar pelear. ¿Y ahora?

—Hace una semana no había visto todo lo que he visto desde entonces. Cuando recuerdo la imagen de Julia amenazándome me enfurezco. La habitación de mi hija aún sigue llena de sangre. Y aún siento entre los dedos la repugnancia de esa cosa que sacamos de la bañera y que después hablaba y parecía una mujer. Tengo miedo, Salomón, mucho más del que he pasado en toda mi vida, incluyendo aquella vez dentro del coche, con Julia a mi lado, mirándome... Pero he descubierto que el miedo me vuelve peligroso.

—¿Peligroso para quién?

Por un instante, Ballesteros lo miró sin decir nada.

—No lo sé, quizá para mí mismo, pero sé que no voy a abandonaros ahora. Tú opinas que no me atañe, y te equivocas. Mi padre solía decir que hay cosas que solo les suceden a unos cuantos hombres pero atañen a todos los hombres, y todos los hombres deben reaccionar ante ellas.

Rulfo soltó una breve y desgarbada risita.

—El miedo no te ha vuelto peligroso: te ha vuelto poeta.

—Exacto. Poeta, y, por lo tanto, *peligroso*.

Se miraron un instante. Rulfo imitó su sonrisa.

—Eres la mejor persona del mundo..., o la más estúpida.

—Entonces ya somos dos. Bebamos para celebrarlo. —Ballesteros sirvió whisky.

—Haz lo que quieras —dijo Rulfo—, pero no confíes en tu escopeta. La única que realmente puede ayudarnos, la única que puede hacer algo, se encuentra ahora mismo en tu despacho leyendo versos e intentando recordar cómo se recitan. Si ella no lo logra, ninguna escopeta del mundo servirá... Nada de lo que hagamos servirá para nada.

—Me encanta la gente como tú, tan optimista y llena de esperanza —repuso Ballesteros, y alzó los vasos—. Brindemos por Raquel. Ya lo creo que lo logrará. Tiene que lograrlo.

Un poema es un bosque lleno de trampas.

Recorres las estrofas ignorando que un solo verso, uno solo pero suficiente, afila las uñas aguardándote. Da igual que sea hermoso o no, posea valor literario o carezca de él por completo: allí te aguarda, cargado de veneno, centelleante y mortal, con sus escamas de berilo.

La muchacha había pasado horas enteras durante los últimos días intentando capturar alguno de esos ejemplares. Sabía que era bastante improbable que en tan corto período de tiempo pudiera llegar a aprender algo verdaderamente mortífero, pero el éxito obtenido con la dama número trece le había dado nuevas esperanzas.

Ahora deslizaba el dedo, palpaba, hojeaba los libros buscando un destello en la oscuridad de la tinta. El verso de poder se hallaría encajado entre los demás como una veta en la roca. Era preciso un trabajo de atenta minería para extraerlo y aislarlo en todo su relampagueante aspecto. Cualquier error (despreciar una palabra, añadir otra) lo dejaría inservible.

Había establecido rápidamente sus prioridades. Los griegos y latinos clásicos eran muy fuertes, pero había decidido que no podía fiarse de su capacidad para pronunciar esas lenguas. Shakespeare resultaba excesivo: si lo manipulaba sin experiencia corría el riesgo de saltar por los aires. Algunos tercetos de Dante contenían, sin duda, suficiente poder para arrasar el *coven*, pero temía no saberlos recitar con la adecuada maestría. En cuanto a Milton, damas como Herberia lo usaban con efectos devastadores, pero solo en filacterias. Era difícil luchar con Milton.

Necesitaba un poema de resultados inmediatos cuyo recitado fuera relativamente sencillo. Había comprendido que no podía elegirlo entre los más complejos.

Era miércoles por la noche, pero el reloj del despacho de Ballesteros indicaba que, en realidad, ya era la madrugada del jueves. Disponía de setenta y dos horas. Se frotó los párpados, extenuada, y las letras bailaron ante sus ojos.

*Una oportunidad, dame una oportunidad, y quizá te sorprenda, Saga.*

Cerró un libro de Ezra Pound y cogió una selección de Dámaso Alonso.

Fue pasando las páginas con cuidado, inclinada hacia delante, la luz del flexo crudamente volcada sobre el texto. No se detenía ante la belleza de las palabras, la pulcritud de las estrofas, la importancia de los poemas o su posible significado. No intentaba captar eso. Quería que un verso la *hiriera*. Quería descubrir en una palabra reflejos de cuchillo, filo de hoja de afeitar, dureza de diamante. Quería encontrar un puñal de sílabas para hundirlo en el pecho de Saga. Estaba rastreando en busca de una bala de plata, una línea que poder cargar en la recámara de su boca para disparar a Saga entre los ojos.

Eran poemas cortos. Leyó «La victoria nueva» y prosiguió con «Viento de siesta» y

«Elemental». Se detuvo en este último.

*Viento y agua muelen pan,  
viento y agua.*

Arrugó la página con los dedos. Jadeaba. Tiró de la hoja casi hasta arrancarla. Eran palabras sumamente simples. Las releyó.

*Viento y agua muelen pan,  
viento y agua.*

Lo supo. Allí estaba. Ésa podía ser su arma.

Aquellos dos versos eran un cuchillo acerado, fácil de manejar incluso por gargantas inexpertas. Solo un cuchillo, pero hasta un cuchillo era capaz de matar. El secreto se encontraba en la aliteración de las tres palabras que contenían la letra ene: *Viento, muelen, pan*. Aislada de éstas, *agua* tendría que emerger en un grito brevísimo. Ignoraba: cuál podía ser el efecto total de las líneas, pero pensó que hasta ella, en el plazo de tiempo del que disponía, podría llegar a convertirlas en un dardo.

Cuando salió de la habitación se hallaba pálida y ojerosa.

—¿Quieres café? —ofreció Rulfo. Ella negó con la cabeza—. Tienes que tomar algo.

—Y descansar —terció Ballesteros.

—Estoy bien. —Dirigió hacia ellos sus densos ojos oscuros—. Existe una posibilidad. —Los dos hombres la observaron atentamente—. Encontré un verso simple. Creo que incluso yo puedo manejarlo. Frente al *coven* es como intentar luchar con un alfiler, lo sé. Pero la dama número trece nos ha dado acceso: estarán desprotegidas. Si logro dirigirlo bien, hasta un alfiler puede hacerles daño...

—Entiendo —reflexionó Ballesteros—. Es como si tuvieras un tirachinas y hubieras descubierto que golpeando en el centro de una diana podemos fastidiarlas.

Ella asintió.

—¿Qué posibilidades hay de que lo impidan? —indagó Rulfo.

La muchacha respiró hondo, como si hubiera esperado aquella pregunta.

—Solo una: que descubran el acceso. Pero es muy remota, porque hemos obrado por nuestra cuenta. Hemos hecho salir a la última dama. Creo recordar que no existen versos capaces de avisarlas, de ponerlas en guardia. Pero eso era *antes*, ¿comprendes...? No pasa ni un solo día sin que aparezcan..., en multitud de idiomas..., millones de versos nuevos... O bien una de ellas puede aprender a recitar de otra manera uno antiguo...

—¿Y si lo descubren? —preguntó Ballesteros.

—Entonces se anticiparán a nosotros... y el alfiler será solo un alfiler. Pero es poco probable. Descubrir un acceso es casi imposible.

Se miraron entre sí. Hubo un breve silencio del que pendían, como un eco, sus últimas palabras.

—En cualquier caso —dijo Rulfo—, no tenemos otra elección.

La joven Jacqueline se encontraba en el interior de una habitación sin ventanas, insonorizada, cubierta de cortinas y alfombras, todo en color bermellón: era su rapsodomo, la cámara de los recitados. Cada dama poseía al menos uno. Su servidumbre no podía penetrar allí, ni siquiera sabían de su existencia. Se hallaba en la zona más aislada de la casa, y varias filacterias escritas en las jambas de la puerta hubiesen impedido la entrada incluso a otras damas.

Estaba desnuda y arrodillada en el centro de aquel reducido espacio, los brazos abiertos en actitud de oración, con el símbolo de Saga, el pequeño espejo de oro, colgando de su delgado cuello. A su alrededor y sobre ella, sobre sus muslos blancos y sobre la alfombra, había sangre. Era suya. Dos clavos largos y gruesos taladraban sus rótulas y Jacqueline se apoyaba sobre sus pequeñas cabezas en terrible equilibrio. Otros dos perforaban sus muñecas atravesándolas de parte a parte y asomando varios centímetros por el otro lado.

No sentía ningún placer. Todo lo contrario: un dolor gélido, devorador, la atenazaba, y se hacía más insoportable cuanto más tiempo permanecía descargando el peso sobre los clavos. Sus labios temblaban, su rostro estaba bañado en sudor; su corazón y su cerebro, embotados de sufrimiento, se hallaban a punto de claudicar. Desde luego, fuera del rapsodomo no se habría atrevido a tanto. Pero allí dentro Jacqueline no era Jacqueline sino la *otra*. La *cosa* que habitaba en sus ojos.

Y esa *cosa* la obligaba, a veces, a realizar actividades muy desagradables.

*Pero necesarias, ya lo sabes.*

Para recitar versos de poder era preciso, en ocasiones, utilizar algo más que un velo como mordaza, o bailar hasta el agotamiento, o consumir algún tipo de droga. Ella había descubierto que un verso emitido en un instante de terrible dolor podía provocar efectos insospechados. La voz era un instrumento maravilloso: se dejaba tañer por todos los estados de ánimo posibles. No sonaba igual con la fatiga, la alegría, la exaltación o la tristeza. Y no sonaba igual con el dolor más exquisito. Concentrar esa sensación en las palabras era como amplificar por mil o un millón el resultado. Y mutilar a Jacqueline no le importaba en absoluto, ya que, con una filacteria apropiada después de la sesión, no quedaría ni rastro de las heridas que le había infligido.

Ahora estaba preparando el recitado de su Eliot secreto.

Su Eliot iba a resonar como nunca antes en el rapsodomo y en el mundo.

Era abrumador pensar que la naturaleza escucharía palabras que no se habían pronunciado de esa forma jamás. Se encontraba tan nerviosa y entusiasmada por aquel hecho que solo el brutal tormento de sus rodillas y muñecas le impedía perder la concentración. Le estremecía explorar nuevas vías, conocer cosas, ser la primera en crear o destruir. Aquel nuevo Eliot era el último paso que había decidido dar antes de sentirse tranquila del todo.

Porque lo cierto era que continuaba inquieta.

El ritual de la Conjunción Final estaba previsto para la noche siguiente. Tras él, Akelos, la traidora, quedaría por fin destruida. Sería un placer que nadie podría arrebatarse. Ya había arrasado su cuerpo físico, la frágil anatomía de Lidia Garetti, durante horas de incansable goce. Esa noche haría lo mismo con su espíritu. Nadie volvería a saber de Akelos. Nadie volvería a recordarla. Nadie se atrevería a vetar sus decisiones. Nadie la traicionaría jamás.

Pero la telaraña del destino era compleja. Tocabas un hilo y, en el extremo opuesto, otro se

movía.

—Después de la Conjunción Final quedaréis tranquila —le había dicho Madoo.

Quizá. Solo quizá.

Aquella madrugada, poco antes de encerrarse en su rapsodomo, se había reunido con sus hermanas de confianza, y en primer lugar con Madoo, en quien confiaba tanto como en ella misma. Madoo no era una dama, pero se convertiría pronto en una cuando apareciera una vacante. Su aspecto era el de una adolescente pelirroja, pero ése era solo su aspecto. Tenía otros muchos aspectos y formas menos agradables. Ella era la joven a quien Rulfo había seguido durante la fiesta la última noche de octubre. Madoo era algo más que los ojos y oídos de Saga, más que su voluntad y sus extravagantes deseos: era su servidora, su amiga, su alma gemela.

La debilidad de Saga era Madoo. Por lo mismo, también era su fuerza.

La nueva Akelos se presentó después. Sus versos no habían logrado concretar la niebla del futuro, le dijo. Todo permanecía incierto. Los dados se encontraban aún en el aire. Pero, por lo demás, las cosas seguían su curso. La número dos vigilaba bien, y nada podía escapar a sus ojos. La número diez había espiado al *coven* siguiendo sus órdenes y observado el comportamiento de las hermanas, y no había descubierto ninguna traición. Todo estaba preparado para la Conjunción Final, no había nada que temer. Raquel y sus amigos eran simples ajenos indefensos. Las damas pensaban en ellos de la misma forma que un niño pensaría en el juguete más frágil de todos los que posee. Después de la Conjunción, quedarían eliminados.

Vía libre.

Quizá Madoo tenía razón. Cuando todo pasara, ella volvería a sentir que pisaba suelo firme. Pero había decidido asegurarse con una precaución adicional: el recitado de su Eliot secreto. Ni siquiera había confesado este propósito a Madoo, porque, pese a la confianza y amistad que las unía, sabía que también ella era capaz de traicionarla.

Ya.

Con las manos crispadas, temblando de dolor, a punto de desangrarse, los labios de Jacqueline se separaron y emergió un estridor creciente. Echó la cabeza hacia atrás y los músculos del cuello se engrosaron como si adquirieran vida propia. Los clavos hundidos en los huesos de sus rodillas y muñecas le habían arrancado gritos y lágrimas, y ahora le hicieron brotar el verso desde un espacio recóndito de sus cuerdas vocales. Lo lanzó al aire del rapsodomo, a su mismo techo,

*Old timber*

en una sola línea verbal quebrada

*to new fires*

y agónica.

Cuando terminó de pronunciar la última palabra sus ojos quedaron en blanco. Permaneció inmóvil con la boca abierta contemplando algo que nadie hubiese podido contemplar.

No se había equivocado. El efecto había sido instantáneo. Era un panal. Un panal de hielo.

Todas las celdillas, los fractales, geoméricamente clausurados. El hielo era negro: la luz no penetraba en él.

Estaba contemplando la estructura del *coven*. La cohesión del grupo, sus vías de acceso. Existían bordes que afilar, extremos que apuntalar mejor, pero nada perturbaba aquella profusa simetría dentro de la cual ella era la Abeja Reina.

Siguió rastreando de un lado a otro, como un sabueso husmeando en el interior de un modelo atómico de plástico o en una holografía de enorme complejidad. Todo era sólido. Ninguna amenaza se cernía sobre aquel armazón, nadie había utilizado versos para cuestionar su posición de dama absoluta.

El motivo de su inquietud había desaparecido por fin.

Aquella que no parpadeaba sonrió tras las facciones agonizantes de Jacqueline.

Manipular un simple verso de poder era más arduo de lo que ella misma había supuesto. La antigua Saga hubiera sabido cómo hacerlo, pero la muchacha solo era un ser humano que poseía los recuerdos de una dama, no sus capacidades. No iba a lograr mucho. Aun así, lo intentaría.

Pidió a los hombres que se marcharan del apartamento durante unas horas: no quería que el verso los lastimara si se daba el caso de que perdía el control sobre él. Rulfo y Ballesteros obedecieron después de cierta vacilación.

Una vez a solas, cerró las puertas del comedor y la ventana de la terraza, y corrió las cortinas. Aquello no era un rapsodomo, pero serviría. Entonces se quitó toda la ropa y se sentó sobre sus talones en la alfombra. Nada podía distraer el recitado: el cuerpo debía volcarse en la emisión correcta de los sonidos.

Se propuso, en primer lugar, metas modestas. Lo recitó varias veces para sentirse cómoda con las palabras. Descubrió su torpeza muy pronto. Probó de nuevo hasta adquirir soltura. Las repitió una y otra vez, haciendo oscilar el cuello de un lado a otro y colocando una mano frente a los labios para tamizar el sonido. Percibió que las palabras tomaban forma dentro de su boca, que eran *algo* que ella podía usar. Pero se le escapaban, resbalaban, no lograba nada.

Cuando Rulfo y Ballesteros regresaron, la hallaron recostada en el suelo del comedor a oscuras. No estaba desmayada, solo agotada.

—Necesito más tiempo y otro lugar.

—Necesitas descansar —replicó Rulfo.

Pero, por la forma en que ella lo miró, comprendió que no estaba dispuesta a detenerse.

—Llévame a tu casa.

Una hora después la dejaron en el apartamento de Lomontano, donde podía ensayar todo el día sin ser molestada. Repitió los ejercicios hasta que su boca pudo ver las palabras. Luego intentó *cogerlas*, pronunciarlas de tal modo que fuera como sostenerlas por el *mango* y hacer que *la punta* se dirigiera hacia donde ella deseaba.

Las lanzó con cautela, pendiente de la aliteración.

Por fin se creyó preparada para producir un efecto. Fue a la cocina y trajo un pequeño vaso de cristal. Lo dejó sobre la mesa del comedor y se arrodilló. Tras varias repeticiones de prueba, lanzó los versos. No ocurrió nada, aunque se sintió optimista. No había dado en el blanco, pero supo que las palabras habían *viajado*. Lo intentó de nuevo, pero esa vez no pudo imprimirles

energía. Lo volvió a intentar, sin detenerse, más de un centenar de veces, con idéntico resultado, hasta que la fatiga, el dolor de garganta y la desesperación la hicieron desistir.

Se encorvó, arañó el suelo. Sabía que podía conseguirlo, sabía que *terminaría* consiguiéndolo, pero la frustración que sentía era inmensa, como la del atleta con un historial de medallas olímpicas que comprueba, de repente, que apenas puede caminar.

Rulfo llegó de madrugada. La encontró pálida, sudorosa, los cabellos tachándole la mirada, sin vestigios de ropa. Su aspecto le recordó el de un peligroso depredador.

—Tienes que dejarlo y descansar un poco. Es muy tarde.

—No... —Apenas podía contestar. El dolor de garganta encerraba su voz—. No...

Había decidido concentrarse en algo.

*Piensa en él. Piensa en lo que ella le hizo.*

—Raquel...

—Vete.

Cuando se quedó sola de nuevo, contempló el pequeño vaso de cristal sobre la mesa.

*Piensa en lo que le hizo. En cómo te obligó a verlo.*

Luchó por lanzar los versos. Al duodécimo intento, el vaso se desplazó unos centímetros. Solo entonces se vistió y decidió descansar.

El sábado, de madrugada, regresó a Lomontano. Estuvo recitando su pequeño cuchillo durante horas, hasta adaptarse a él. Luego (*piensa en*) calculó la distancia (*lo que le hizo*), tomó aire y lo lanzó con fuerza inusitada.

El cristal estalló.

*Vía libre*, pensó tranquilizada.

Se disponía a cerrar la visión cuando lo vio.

Un diminuto vacío, una ínfima abertura, como el defecto que podía producir un pequeño gusano o el apetito de una termita. Y no provenía de ninguna de las hermanas. Era un acceso desde el exterior. ¿De quién?

Los ojos que no parpadeaban se introdujeron por aquella hendidura, aquel túnel levísimo, y miraron a través de eso.

Apenas podía creerlo. Raquel y el receptáculo habían encontrado la forma de hacer salir a la dama número trece y la habían obligado a entregarles un acceso. ¿Cómo lo habían logrado? ¿Solo con los sueños de Akelos? No: esto probaba que Raquel había recobrado algo más que la memoria, lo cual era prácticamente imposible. Ya no cabía duda de que alguien la traicionaba.

Por suerte, lo había averiguado a tiempo.

Recitó otro verso rápido, y, antes de que el cuerpo de Jacqueline falleciera entre espantosos dolores, hizo desaparecer los clavos y cerró las heridas. Luego activó la filacteria del poeta Ovidio que había escrito en su antebrazo izquierdo y no quedó sobre su piel ni dentro de sus órganos vestigio alguno de aquella tortura.

Salió del rapsodomo tal como estaba, vistiendo solo el símbolo de Saga, sin sonreír, los ojos muy abiertos. Con un Neruda muy breve redujo a cenizas a todos los ajenos que en aquel momento trabajaban en la casa y a todos los seres vivos que la rodeaban. No hubo llamas, ni gritos, ni dolor alguno. Simplemente, toda su servidumbre, todos los animales domésticos y las

pequeñas criaturas que volaban, caminaban o reptaban sobre su jardín y el interior de su casa quedaron convertidos en un polvo grisáceo y suave. Luego llamó a Madoo.

—Alguien me traiciona —dijo—. El tiempo de la confianza ha terminado.

Recitó a Shakespeare, y Madoo estalló frente a ella como una fruta madura.

Un poco más calmada, se dedicó a pensar qué iba a hacer a continuación.

Raquel y los ajenos ya no eran un asunto banal. Estaban convirtiéndose en una amenaza, pequeña aún, pero preocupante. Era preciso acabar con ellos *antes* del ritual.

Convocó a las hermanas.

La noche del sábado, Rulfo se reunió con la muchacha en el comedor mientras Ballesteros bajaba al garaje para guardar en el coche todo lo que pensaban llevar. En la expresión de ella apenas había otra cosa que belleza, pero en el fondo de sus ojos Rulfo pudo distinguir algo concreto. Comprendió de qué se trataba. *Ahora va armada.*

—¿Sabes adónde debemos ir?

—Ella me dijo que lo sabría. Estoy segura de que podré guiaros en cuanto subamos al coche. La reunión se celebrará fuera de los días de ceremonia, así que no usarán la mansión. Creo que no se alejarán mucho del lugar donde hallaron la figura: será en las afueras de Madrid.

Hubo una pausa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Rulfo.

—Voy a intentarlo —fue la respuesta.

No era necesario añadir nada más, y lo sabían. Todas las palabras sobraban, salvo las que ella enfundaba en la boca. Sin embargo, la muchacha agregó:

—Sé lo que estás sufriendo. Pero terminarás olvidando, como yo... El destino siempre es olvidar.

*Desde la perspectiva de una dama, quizá eso sea sencillo,* pensó Rulfo.

De repente descubrió que era muy difícil orbitar cerca del ecuador de aquel rostro sin posarse sobre él. Aproximó sus labios a los de ella. Se besaron hasta escuchar el silencio.

Entonces él se apartó y la miró: no descubrió en su expresión emoción alguna, salvo la *única*, la de siempre, la que incendiaba los ojos de ambos. Comprendió que solo les unía aquel deseo de venganza: cuando lo satisficieran, si es que lo hacían, escogerían caminos distintos y no volverían a verse.

—Gracias —dijo ella, inesperadamente.

—¿Porqué?

—Fuiste tú quien me hizo despertar del todo. Yo era débil, ahora soy fuerte. Te lo debo a ti.

—¿Crees que lograremos algo?

—Sí. —Ella intentó sonreír—. No se lo esperan. Intentaré dejar a Saga fuera de juego. Si lograra herirla, las otras quedarán muy débiles. Entonces quizá huyan, o quizá podamos dañarlas con armas normales...

Rulfo percibió que la muchacha deseaba darle más esperanzas de las que realmente sentía. Ballesteros los interrumpió.

—Ya estoy listo.

Se miraron entre sí. Hubo un breve silencio.

—Vamos a intentarlo —dijo Rulfo.

## **XIV. CONJUNCIÓN FINAL**

La noche era luminosa y sorprendentemente fría. El hombre que conducía conectó la calefacción. Los otros dos pasajeros no se lo agradecieron: parecían sumidos en densas cavilaciones. Solo de vez en cuando la muchacha musitaba algo relacionado con la dirección a seguir. No podía anticiparla: iba conociéndola conforme el automóvil se desplazaba por la ciudad.

Enfilaron la carretera de Burgos. Tomaron una desviación, luego otra menos notoria. Llegaron a un cruce y optaron por una de las vías secundarias. Recorrieron una explanada de campo despejado. Media hora de soledad después apenas perturbada por el paso de otros vehículos, la muchacha señaló una masa de oscuridad y árboles a la izquierda, a medio camino entre dos pueblos. Aparcaron en la cuneta, junto a una señal de prohibido adelantar, bajaron del coche y el hombre de cabellos blancos sacó algunos objetos del maletero.

Se introdujeron en un bosque de troncos delgados. Las ramas agrietaban el círculo helado de la luna y los murciélagos bordaban el aire con sus alas puntiagudas. Tras varios minutos de caminata silenciosa llegaron a un claro entre campos de cultivo. Más allá, sobre un cadalso de monte, destacaban pequeñas luces, quizá un caserío.

—Aparecerán ahí —dijo la muchacha sin vacilación. Y señaló el claro.

Ballesteros volvió a asegurarse por tercera o cuarta vez de que la escopeta estaba cargada y los cartuchos de repuesto a su disposición. El metal, muy frío, casi helado, le hizo lamentar no haber tomado la precaución de coger un par de guantes. Sonrió al pensarlo.

*Dentro de poco el frío habrá dejado de importarte.*

Era consciente del miedo que sentía, de lo mucho que todavía apreciaba aquella existencia tan amarga y, no obstante, tan insustituible. Se encontraba sentado en la tierra y apoyado de espaldas a un tronco. Durante la tensa espera se imaginaba contemplándose a sí mismo en aquella posición, con la escopeta sobre los pantalones de pana, y le resultaba imposible determinar qué estaba haciendo allí, cómo había ido a parar a aquel sitio en medio del campo y qué era lo que en realidad aguardaba.

La muchacha, a su derecha, agazapada tras un matorral, charlaba en voz baja con Rulfo. ¿De qué? Imagos y rituales. Apenas entendía media palabra de la conversación. *Este asunto nos atañe a nosotros, no a ti*, le había dicho Rulfo días antes. De repente le acometió un acceso de pánico.

Sintió la tentación de salir huyendo. «Ahí os quedáis», quiso gritarles. «Tú lo has dicho, no es cosa mía».

*Pero claro que es cosa tuya. Por supuesto que sí.*

Descifró los signos de su reloj. Cinco minutos para las doce. Un búho preguntaba algo con insistencia en algún lugar. Ballesteros se esforzó por entenderlo.

*Claro que es cosa tuya.*

Pensó en sus pacientes. Pensó en sus hijos. Recordó a Julia. Todas las noches dedicaba unos minutos a recordarla, y aquélla no iba a ser una excepción. Supuso que quizá estaba a punto de reunirse con ella, y que, posiblemente, eso era lo que había venido a hacer allí. Sin embargo —se preguntó—, ¿dónde encajaba el cielo o el paraíso en un mundo dominado por el azar de los versos? *¿Dónde encaja Dios, Julia? ¿Tú ya lo sabes?*

Su fe se había convertido en un punto remoto y luminoso, como las estrellas que contemplaba. Apretó el arma contra el pecho, confiando tan solo en que sabría hacer bien las cosas, en que haría todo lo que debiera. Y si algo se torcía... Bueno, estaba completamente seguro de que volvería a reunirse con Julia, dondequiera que ella se encontrase.

En la soledad de la espera, Ballesteros le dijo a su mujer que aún la amaba.

—¿Cómo es el ritual de Conjunción?

—Bastante complejo. Lo primero de todo es recitar la filacteria de Anulación al revés para Activar la imago: o sea, devolverle los poderes originales...

—¿Devolverle los poderes? Pero, entonces, Akelos...

—Akelos está muerta físicamente, y el hecho de devolverle los poderes no tiene ninguna importancia. Si la imago no se Activara, el ritual no serviría, ya que la Conjunción no puede hacerse sobre imagos Anuladas. Luego comienza el verdadero ritual. Se recitan ciertos versos y se modifican. A veces se recitan al revés. Puede durar más de una hora.

El hombre la miró y asintió.

—¿Cuándo vas a intervenir?

—Cuanto antes mejor. Es necesario impedir que el *coven* se una del todo. Se hace más fuerte conforme más tiempo pasa.

Él volvió a asentir y apretó su brazo. Ella le devolvió fugazmente la sonrisa sospechando que el hombre quería darle ánimos. Pero no los necesitaba. Por dentro era pura tensión, puro deseo de venganza. Sabía que había llegado el momento de despertar del todo o dormir para siempre. No lo haría para vengar a Akelos, si bien su amiga había sido igualmente vejada. Tampoco para resarcirse del infierno en que Saga había convertido su vida, cada uno de los gritos de dolor con que había medido el tiempo desde que tomara el poder, los ultrajes y humillaciones a que la había sometido, aquella filacteria en su espalda que la había transformado en una hermosa figura de barro.

No. Por encima de cualquier otra cosa, lo haría por *él*, y por lo que Saga le había hecho.

Ése había sido su error. El más grave.

Mientras aguardaba tras los matorrales contemplando la oscuridad, pensó que aquello era lo que verdaderamente le había dado fuerzas para dominar el verso-cuchillo y desear usarlo.

*Tu error. Tu gran error.*

Intentó relajarse. Sabía que tendría una sola oportunidad. El plan que había trazado era arriesgado: herir a Saga gravemente. Matar su forma corporal. Comprendía que ya nada podía hacer por salvar a su hijo, pero si la dama número doce caía, su venganza se vería satisfecha. No iba a perder nada por intentarlo, o por lo menos nada que le importase, y, con suerte, tendría éxito. Necesitaba una oportunidad. Lo que sucediera después le resultaba indiferente.

Con tal de que el cuchillo que llevaba en la boca alcanzara su destino, nada le importaba.

¿Qué podía fallar? ¿Qué...?

Presentía una amenaza tan honda como la noche cerniéndose sobre ellos.

Sin embargo, si aquel verso cumplía con su obligación, ella podría morir en paz.

Un pensamiento quería tomar forma en su cabeza. Era la pieza que faltaba. Pero no daba con ella.

Sentado en el césped oscuro y mirando el firmamento, advirtió de repente una nube con aspecto de león de fauces abiertas engullendo la luna. Especuló con la fantasía de que los restos de aquella luna excretados por el león formaran las estrellas. La Vía Láctea era fácilmente reconocible en la gélida negrura. La contempló un instante. Un herpes pacífico de luz remota. No había ruidos a su alrededor. Los insectos hibernaban con el intenso frío. La muchacha no parecía siquiera respirar, como si también hibernara: se sentaba sobre los talones sin apoyarse en ningún árbol, contemplando fijamente el claro. Ahora que la luna estaba oculta, su hermoso rostro se hallaba velado. El amplio cabello negro se agitaba con los golpes de viento.

¿Y Ballesteros? Parecía sumergido en su propio miedo, sosteniendo la escopeta sobre las piernas. Su aliento era tan blanco como su pelo o su semblante. Rulfo le deseó suerte en silencio. Volvió a acariciar el mango y la plateada superficie del cuchillo de caza que el médico le había dejado. Por un momento sonrió al pensar en el singular equipo que llevaban: un verso, una escopeta y un cuchillo. Sin embargo, el enemigo al que se enfrentaban también era singular. Si ninguna de esas tres cosas lograba nada, tanto daría que llevaran dinamita.

¿Qué era lo que no encajaba?, se preguntó otra vez.

Akelos. Su minucioso plan extendiéndose a través del tiempo: la forma en que había utilizado a Alejandro Guérin para transmitir a César el secreto de las damas; que después se completaría con las revelaciones de Rauschen; cómo había dejado el retrato y el papel para que él los encontrara y César recordara la leyenda; los sueños, las filacterias en la casa de Lidia Garetti y en el centro psicológico, la imago. Todas esas piezas rodaban por su mente desafiándolo a que construyera con ellas una figura que tuviera sentido.

Una *imagen*.

Estaban allí para... ¿para qué? Para impedir que Akelos fuese destruida. No. ¿Qué diablos les importaba eso...? ¿Qué diablos les había importado nunca...? En realidad, estaban allí para destruir a Saga. Para vengarse.

Akelos había sido muy astuta. Los había elegido tiempo atrás convirtiéndolos en protagonistas involuntarios de una trama desconocida: él era el receptáculo, Raquel la antigua Saga y Ballesteros los había ayudado a llegar a donde estaban. Un plan muy *hábil*. Pero ¿cuál era su finalidad?

Arriba estaban las constelaciones. De niño, su padre había intentado enseñarle las más

comunes. Cada una tenía un nombre, y así se distinguía de las demás. En realidad, él había terminado pensando que las constelaciones se parecían mucho entre sí, y solo los nombres les otorgaban una personalidad independiente...

*¿Qué era? Por Dios, ¿qué?*

Intentó recapitular lo que sabía, retroceder, encontrar una clave, una palabra. Estaba seguro de que había algo en lo que no habían reparado.

Las constelaciones... Los nombres...

Sintió de repente que la muchacha se movía. Un poco. Como si quisiera cambiar de postura sin que nadie lo notara. Entonces la mano de ella le tocó.

—Ahí están.

Giró la cabeza hacia el claro. No vio nada extraño. El silencio era enorme.

—¿Qué pasa? —susurró Ballesteros.

—Están ahí —repitió la muchacha, tensa.

Pero solo había bosque y tinieblas. Sopló el viento. Las nubes que velaban la luna se apartaron. Una claridad de plata dibujó el contorno de los árboles y proyectó sombras en la tierra. Sombras de troncos.

—¿Dónde? —preguntó Rulfo.

—Ahí.

Sombras delgadas de troncos. Sombras con forma

de mujer. Sombras de mujeres inmóviles. Mujeres en hilera frente a ellos, de pie en la inveterada frialdad, de ojos como calcedonias fosforescentes, cabelleras erizadas o lacias encendidas por la luna, piel lustrosa y carnal con brillo de nácar. Doce cuerpos desnudos. Doce figuras femeninas. El aire estaba lleno de un inconfundible olor a sangre, como si sus bocas fueran heridas abiertas. El silencio era hondo. Nada se movía dentro del claro: hojas, hierba y aire parecían formar parte de un decorado. En medio de aquel espacio sin vida, el muro de desnudeces irisadas destacaba como un muguet contra el fondo negro de la noche.

—No pueden vernos —oyeron decir a Raquel—. Tenemos el acceso. Es imposible que nos vean.

Su voz sonaba convincente, pero ni Rulfo ni Ballesteros se tranquilizaron.

En ellas todo era ritual, observó, perplejo. Incluso la furia, incluso la obscenidad. Había imaginado un aquelarre desconcertado y salvaje, pero encontraba un oficio terso y parsimonioso donde cada gesto parecía ensayado durante siglos.

Las cuatro primeras se situaron a catorce pasos, se arrodillaron en las cuatro esquinas de un imaginario rectángulo que encerrase a las demás e inclinaron la cabeza. Las cuatro siguientes se alejaron once pasos e hicieron lo mismo. Las dos siguientes se apartaron ocho pasos. La número once caminó cuatro y se arrodilló. Saga quedó en el centro y alzó la mano derecha con la palma hacia arriba. Algo brillaba en ella. Rulfo lo reconoció. Era la imago de Akelos.

—Se preparan para iniciar el rito de Activación —murmuró Raquel. Era evidente la tensión de su cuerpo. Parecía estar calculando el momento preciso de saltar. Ballesteros, asomado tras un tronco, apretaba la escopeta con fuerza, pero había perdido toda noción de lo que debía hacer y

contemplaba con ojos incrédulos el grupo de criaturas inmóviles.

Un coro casi musical de doce gargantas distintas se alzó como el viento.

*L'aura nera si gastiga*

Saga depositó la figura en un lugar del aire a la altura de su cabeza, donde quedó como colgada de un clavo invisible. Hubo una pausa mientras las damas se levantaban y volvían a reunirse, esta vez alrededor de la figura, en un amplio círculo de manos entrelazadas.

—Van a recitar la filacteria al revés para Activarla —susurró Raquel.

La formación del círculo tampoco era azarosa: seguía el estricto orden jerárquico del grupo, desde la niña Baccularia hasta Saga. Cada dama, por turno, se agregaba a la rueda albergando la mano de la compañera y extendiendo la otra para recibir a la siguiente. Todo se realizaba con la monótona perfección con que un poeta ciñe y perfila el acabado de sus versos. No hacían ruido al moverse: eran cuerpos de mujeres, pero parecían ángeles. Ni siquiera sus desnudeces evocaban nada en Rulfo, salvo palabras.

—¿Cuándo intervendrás? —susurró hacia Raquel mientras el círculo se completaba.

—Ahora En cuanto todas queden unidas, pero antes de que comiencen a recitar. Es el momento en que más daño puedo hacerles...

Tomaba aire, abría y cerraba la boca, erguía los hombros, enjugaba los labios con la lengua. El sudor iluminaba su frente y sus mejillas, pero a Rulfo no le pareció que estuviera dominada por el miedo.

*Va a hacerlo. Va a intentarlo. Si fracasa, nada vamos a poder hacer nosotros.*

Retornó a observar el claro. Strix y Akelos, la diez y la once, ya se habían agregado. Faltaba Saga. La vio dar dos pasos, sonriente, al otro lado de la hilera de cuerpos, extender los delgados brazos y entrelazar sus dedos con Akelos y Baccularia.

*Ya está. Círculo completo.*

En ese instante Raquel se incorporó.

Era consciente de que no había tiempo que perder. El acceso le había facilitado un túnel, una diana hacia la cual apuntar. Se concentró en el cuerpo menudo de Saga y pronunció su arma, *Viento y agua*, hizo vibrar la aliteración en el aire, *Muelen pan*, apuntó con el mortífero extremo, *Viento y agua*, le dio impulso. La daga de la estrofa salió despedida de sus labios y voló, ardiente, rapidísima, como una mirada de amor.

Pero un instante antes de lanzarla, se dio cuenta de que algo marchaba mal.

Las damas no se movían, no reaccionaban.

*Estaban esperándolo. Es una trampa.*

Sintió que la espalda se le convertía en un lago de hielo. Casi pudo contemplar cómo el Dámaso Alonso que su boca había pulido y afilado con tanto esfuerzo perdía potencia y estallaba inofensivo antes de llegar al claro dejando un eco musical en el aire, como el que podría producir una cancioncilla infantil en un patio de recreo.

Las damas rompieron el círculo y sus caras se volvieron hacia ella. Girasoles terribles.

Ninguna parecía sorprendida. Todas sonreían.

Veloz como el ataque de un pigargo, Saga hizo vibrar la noche con su voz.

*El viento es un can sin dueño  
Que lame la noche inmensa*

El impacto, descomunal, dio de lleno en la muchacha. Le segó la respiración, la voluntad, los sentidos. Su boca lanzó un quejido extraño, un grito de urogallo, al tiempo que su cuerpo se levantaba en el aire y saltaba varios metros hacia atrás. Rulfo se sorprendió a sí mismo pensando con absoluta frialdad que ni siquiera la escopeta de Ballesteros habría provocado un efecto semejante a aquel dístico de Dámaso. Incluso cayó en la cuenta de la ironía: Saga había contraatacado con el mismo poeta.

Todo sucedió muy rápido. El cuerpo de la muchacha quebró varias ramas antes de desplomarse entre los matorrales levantando nubes de polvo. Entonces, como si alguien tirara de sus pies, se acercó deslizándose por la tierra y se detuvo junto a ambos hombres boca arriba, el jersey arrollado sobre el pecho hasta descubrir el vientre. Pero estaba viva. Jadeaba y movía la cabeza. Su mirada se cruzó una fracción de segundo con la de Rulfo y éste pudo advertir que no había miedo en aquellos ojos sino una especie de pesadumbre, de infinita tristeza, como si le pidiera perdón por el fracaso. De pronto, a la misma centelleante velocidad a la que ocurría todo, con un desagradable ruido de desgarro, emergieron de sus tobillos y muñecas finas tiras hialinas, tan delgadas que apenas se veían. Su aparición casi no provocó salida de sangre. Las cintas ejecutaron una rápida cabriola en el aire y empezaron a enroscarse alrededor de sus extremidades y de los troncos cercanos, atando y extendiendo sus miembros en una equis forzada. La muchacha se arqueó y lanzó un aullido imprevisto, insoportable. Un berrido de dolor puro. Ballesteros no pudo dejar de comprender lo que estaba ocurriendo. *Sus nervios. Son los nervios de sus brazos y piernas. Dios mío, la está atando con sus propios nervios.*

—Te has atrevido a usar la poesía contra nosotras... —dijo Saga desde el claro, y varias damas la corearon como un eco: «Te has atrevido... la poesía...». La número doce prosiguió, grave, inmutable—: En la mansión te dejamos vivir a usura. Ahora nos devolverás también los intereses. Nos dirás cómo obtuviste un acceso. Hablarás, aunque sea sin lengua...

La muchacha se contorsionaba con la boca abierta, presa de un dolor que la enmudecía, que hacía trizas su voluntad y sus fuerzas. Los nervios se abrían paso por su carne como el crecimiento de una planta maligna. Surgían de su vientre, empujaban los ojos fuera de las órbitas, roían el marfil de los dientes, se deslizaban como gusanos por sus vértebras. Infinitos látigos de fibras, vías de clavos y cristal roto, alarmas punzantes, puercoespines enfermos de rabia.

Ballesteros fue el primero en reaccionar. No sabía lo que hacía ni lo que contemplaba. Era médico, pero nunca había visto, ni sospechado, ni podido imaginar nada semejante a lo que le estaba sucediendo a la muchacha. Se puso en pie con mucha más agilidad de la esperable para su corpulencia. Su semblante parecía tallado en mármol. Sus brazos temblaron al alzar la escopeta y apuntar.

—¡No! —le advirtió alguien (la voz de Rulfo, quizá)—. ¡Sal de aquí...! ¡Lárgate...!

Pero, naturalmente, él ya se había largado. Ya no estaba allí sino en su consulta o en su casa, frente a la televisión, en su modesta soledad. El hombre que empuñaba la escopeta y apuntaba hacia la hilera de doce figuras no era él, sino una réplica enloquecida. Nada de lo que hacía o veía era real.

La luz se disolvió mucho antes que el atronador sonido, pero cuando éste también se deshizo, Ballesteros pudo comprobar dos cosas: que había logrado disparar ambos cañones simultáneamente y que las damas seguían en pie, ilesas, contemplándolo.

*Dadme tiempo*, pidió mentalmente, comprendiendo que era un deseo absurdo e inútil. *Tan solo dadme tiempo*.

Abrió la escopeta y sacó los cartuchos de repuesto. *Dadme tiempo*. Introdujo el primero. Escuchó una voz en la hilera de mujeres y vio que la que ocupaba el puesto número cuatro, una joven de pelo moreno y rostro inocente cuyo símbolo de serpiente se deslizaba por el desfiladero de los pechos, había comenzado a decir algo mientras sonreía. Vio la muerte en aquella sonrisa.

### *Daré tu corazón por alimento*

No comprendió si aquello era un verso, ni reconoció quién podía ser el autor ni lo que provocaba, pero supo, con absoluta seguridad, que todo había terminado. *Es el fin*, pensó durante esa débil fracción de segundo, mientras la dama recitaba. Quiso recordar a Julia. Quiso hacerlo de forma consciente, mientras aún era dueño de sus ideas, sus apetencias, su voluntad. *Te amo*, pensó. Súbitamente, un espantoso, frenético dolor, hondo y firme como un mordisco de rottweiler, engarfió su cabeza. Soltó la escopeta, se tambaleó, golpeó el tronco de un árbol.

Ya no logró pensar otra cosa.

Chorros compactos de sangre salieron despedidos de la nariz, ojos, boca y oídos del médico como si su cráneo hubiese reventado por dentro. Su grito se convirtió en un gorgoteo incomprensible y su corpachón volvió a golpear el árbol una, dos veces más. Hubo una pausa. Ballesteros, aún de pie, se sujetó las sienes como si quisiera comprobar exactamente qué había ocurrido en aquella calabaza. Entonces otra séptuple bocanada lo arrojó al suelo.

Rulfo no sintió miedo, solo una hondísima pena que angostaba su garganta y humedecía sus ojos. Hubiese deseado, más que nada en el mundo, evitarle aquel final a sus amigos. Era él quien había fracasado, no ellos.

Decidió que no podía defraudarlos.

Aferró el cuchillo, se incorporó, avanzó hacia el claro. Pero no se apresuró: caminó pausadamente, con inusitada calma, como si se dispusiera a dar la mano o besar los labios de aquellas doce figuras inmóviles. Distinguió el fofo y blancuzco cuerpo de la mujer obesa y cambió de rumbo, dirigiéndose hacia ella.

La dama lo contemplaba bizqueando, los labios cárdenos alargados como los de un extraño saurio. Empezó a recitar.

—*Comme le fu...* —Se detuvo, sacudió la cabeza, corrigió—: *Comme le fruit foi...* No, me estoy equivocando... *Comme le fufu...* —Las damas reaccionaron con un hilarante estallido de

carcajadas. La mujer obesa se ruborizó—. No me pongáis nerviosa, hermanas... —Rulfo seguía acercándose. Su mirada expresaba algo atemorizador, pero la mujer obesa no estaba atemorizada en absoluto—. ¡Ah, ya...! —Gotitas de saliva salieron despedidas de su boca mientras recitaba, apuntando a Rulfo con el dedo:

*Comme le fruit se fond en jouissance*

En el momento en que alzaba el puñal una debilidad irrevocable le hizo caer de rodillas con un sonido de saco vacío y desplomarse de bruces sobre la hierba. Quedó más que inmóvil: quedó flácido, sintiendo que el peso del cuchillo le fracturaba los dedos, escuchando la voz de la dama desde las alturas.

—¿Por qué os reíais? Ya soy vieja, no lo recuerdo bien todo...

La rabia tomó el mando dentro de él e hizo lo imposible por levantarlo. Pero el verso de Paul Valéry lo había hundido en un vacío sin sensaciones, un cementerio de carne tetrapléjica, pantanosa, desde el fondo del cual contempló sin esperanza las piernas de sus torturadoras. Escuchó, entonces, la juvenil voz de Saga.

—Qué pobres y patéticos seres. Pese a todo, sois cuerpos con los que podemos hacer cosas... Antes destruiremos la imago. Luego nos dedicaremos a vosotros. La vida procede de las palabras y torna a ellas: hasta que no se pronuncien las últimas, seguiréis vivos y conscientes, llegaréis a tocar fondo y contemplaréis lo que se oculta en la raíz del mundo, en el centro justo de la realidad, en medio del hielo y el silencio. Y eso os contemplará a vosotros. No será un rato muy agradable, pero os aseguramos que será muy *largo*.

El círculo volvió a formarse. Posiciones, manos entrelazadas. Rulfo lo observaba todo desde la hierba. A escasos centímetros de distancia de su cabeza se posaron unos talones, pies descalzos, blancos, no supo a quién pertenecían.

El círculo. Posiciones y jerarquías. Nombres y constelaciones. Ninguna dama podía obviar su posición, su orden, su nombre secreto, su símbolo...

la imago

*Los nombres. Los nombres de estrellas y constelaciones. Pero las constelaciones se parecen entre sí... solo los nombres las distinguen.*

la imago. el plan

De pronto todo se hizo completamente obvio para él.

la imago. el plan era la imago

*Gastiga sí nera l'aura.* La filacteria había sido recitada al revés. Hubo un silencio. Entonces los pies se apartaron de él. El círculo volvía a romperse. Sospechó que quizá Saga acababa de descubrir lo mismo.

Pero justo un segundo demasiado tarde.

La imago. El plan era la imago.

*Acabáis de Activarla. Pero no es la imago de Akelos, idiotas.*

Ignoraba lo que estaba ocurriendo, aunque la confusión de movimientos que se había desatado a su alrededor era evidente. No podía sonreír, pero sus pensamientos, de súbito, se hicieron sonrisas dentro de él.

*Algo tan simple, pero tan difícil de comprender para vosotras... Los nombres, las palabras que forman vuestra única identidad... Las palabras de los nombres...*

Dentro de su campo visual penetraron otros pies descalzos. Vio a una desconocida avanzando hacia las damas. Por un instante le pareció que era Raquel. Pero no lo era. Nunca lo había sido, al menos no de aquella forma. El tatuaje de su espalda había desaparecido. Casi sentía deseos de reír dentro de su inválida anatomía.

*Habéis Activado la imago de Raquel, estúpidas. Sin duda, Akelos las intercambió mucho antes de morir. ¿Cómo lo haría...? Borró los nombres, los trastocó, hundió su propia figura en agua, se Anuló a sí misma, y guardó la de Raquel, que es la que hundisteis en el acuario y la que ahora habéis Activado... Pero Raquel no estaba muerta: se encontraba aquí, en el interior de la muchacha. En esto consistía todo el plan: en traernos aquí y aguardar este momento...*

La verdadera Raquel era de estatura más baja que la muchacha, aunque su complexión era perfecta. Tenía los cabellos cortos y pajizos. Rulfo solo podía verla de espaldas.

*Y una de vuestras leyes afirma que no puede haber dos damas de igual jerarquía dentro del coven... porque la más antigua prevalece.*

Las damas dejaban paso a la recién llegada entre miradas reverentes y silencios trémulos. Rulfo no podía ver la expresión de Saga, pero rogaba por que fuera la que estaba imaginando.

En el oscuro interior del cuerpo de Jacqueline, los ojos que nunca parpadeaban vieron aproximarse a Raquel y se despidieron de la luz.

Ya no era Raquel tan solo. Era, de nuevo, Saga. Y Jacqueline contempló fascinada el majestuoso porte de su figura, sus movimientos adamados y la seriedad funérea de su rostro, donde los ojos brillaban como hidrófanas. Sintió su propia debilidad, su *nulidad*, y comprendió que volvía a ser, otra vez, su secular sirviente. Y Saga se acercaba a ella con parsimonia de reina. O de tigre.

Pese al terror profundo que sentía, no pudo dejar de asombrarse del magistral y simple plan de Akelos, la trama que la Dueña del Destino había sabido tejer. Todo se hizo evidente para ella, tan evidente que, además de terror, la invadió cierta exultante emoción. Agradecía profundamente el conocimiento, y por fin conocía.

Supo por qué ninguna de ellas había podido *ver* la imago: sus esfuerzos iban dirigidos a la imago de Akelos, pero *no se trataba* de la imago de Akelos. Supo la razón por la que Raquel había recobrado la memoria: la imago que había sacado del acuario era *la suya*, y al dejarla fuera del agua los recuerdos habían empezado a emerger también. Supo, asimismo, por qué Akelos había reclutado al receptáculo mediante aquellos sueños y provocado su encuentro con Raquel y el robo de la figura: era preciso que abrieran un acceso al *coven* y se presentaran allí esa noche. Comprendió por qué Raquel había tenido que recorrer aquel largo y doloroso camino de regreso:

si no lo hubiera hecho, la simple devolución de sus poderes a una mente como la de la muchacha, la habría matado. Ahora, por fin, lo sabía todo.

Akelos, simplemente, había cambiado de sitio las palabras sobre las figuritas de cera y había depositado versos para impedir que alguien lo averiguara. Genial: cuando las palabras cambian de lugar, no existen palabras para saberlo.

Había estado preocupada todo el tiempo por la figura errónea.

Una certeza aún mayor la sobrecogió entonces: Akelos había adivinado que el *coven* expulsaría a Raquel y que ella, Jacqueline, tomaría el poder, y lo había preparado todo para frenar ese proceso. No existía, no había existido nunca otra traidora desde el principio que Akelos. Aun desde su muerte, aun Anulada, había manejado los hilos para conseguir... ¿qué? Hacer regresar a la expulsada Saga y eliminarla a ella. Admirable.

Y, si eso era cierto, entonces, el hijo de Raquel...

Conmocionada por aquella última revelación, cayó de rodillas al tiempo que se despojaba del símbolo, el pequeño espejo de oro, y lo tendía hacia su antigua reina. Sabía perfectamente cuál sería su destino. Sabía que Raquel tendría menos piedad de la que ella había tenido con la muchacha: la convertiría en algo peor que un cuerpo de ajena, haría algo mucho peor que azotarla, entregarla a los ajenos, humillarla o torturar y matar a su ser más querido. La pavorosa venganza que ya vislumbraba, el castigo que sin duda le infligiría, la hacía temblar, entrechocar los dientes, respirar con dificultad. Pero el hecho de haberlo comprendido todo por fin añadió a aquellas expresiones un gesto que nunca hubiese podido anticipar.

Sonrió.

La dama número doce, recién entronizada, cogió el símbolo, lo colgó de su cuello y contempló a su antigua servidora arrodillada a sus pies: semejaba una jovencita muerta de frío, una excursionista escolar que hubiera extraviado toda su ropa en algún lugar del bosque. Ya no era otra cosa.

No deseaba hablarle. Ni mirarla siquiera. Tenía muchos y muy complejos planes de venganza, pero disponía de tiempo para ejecutarlos. Decidió hacerle, sin embargo, una pregunta. La única que le haría jamás. Las últimas palabras que le dirigiría antes de desplomar como un alud todo el dolor posible sobre lo que ya no era sino una frágil criatura desnuda. Las pronunció sin emoción, entre dientes, con un leve susurro.

—¿Por qué mataste a mi hijo?

Le sorprendió recibir la inmediata respuesta.

—Por la misma razón que tú lo concebiste, aunque no lo sepas —Jacqueline no se atrevía a alzar la mirada, pero siguió sonriendo—: para que Akelos pudiera eliminarme.

Lejos de ellas, los ojos de Rulfo se cerraban. Le agradó despedirse con una última imagen: la mujer obesa, apartada de las demás, pálida, temblorosa, buscando ayuda inútilmente, sabiendo que el destino ya la había sentenciado, al igual que a Saga...

Pero mientras los cuerpos de las damas y la hierba sobre la que se hallaba tendido empezaban a convertirse en un mismo crepúsculo para él, y la oscuridad, como una pieza final, encajaba en

sus pupilas, un nuevo sentimiento le asaltó, extraño, inexplicable: le pareció que vivía una alucinación. Que había enloquecido tras la muerte de Beatriz y que todo aquello («brujas», «Versos de poder», «Venganzas sobrenaturales») no era sino el resultado,

la conclusión última

de

su

locura.

Se hundió en las tinieblas con aquella certeza.

Emma lo visitó durante las vacaciones de Navidad y lo encontró desmejorado. Había perdido el apetito y parecía sumergido en una gélida apatía. Sin embargo, también había dejado de beber. Era como si se hubiese vaciado de vicios y virtudes en algún momento del año anterior y ahora estuviera esperando volver a llenarse con nuevas cosas.

—¿Desde cuándo llevas así? —Él se encogió de hombros sin responder.

Creía conocerlo bien: su hermano era muy apasionado, quizá en exceso, pero tras la muerte de aquella chica a la que amaba, hacía más de dos años, toda su energía parecía haberse precipitado en un pozo muy profundo del que ya ni siquiera intentaba salir. Comprendió que necesitaba algún tipo de ayuda, se puso en contacto con sus amigos de Madrid y le dijo que pensaba pagarle una terapia psicológica en un gabinete especializado. Para su sorpresa, él aceptó.

El martes de la semana siguiente, a la salida del trabajo (había logrado encontrar un pequeño empleo de limpieza en una escuela. Su hermana había puesto el grito en el cielo, pero él le había asegurado que así era feliz. No quería trabajar de profesor. No quería enseñar literatura. Ahora limpiaba los suelos, y le agradaba el esfuerzo físico), cayó en la cuenta de que tenía la primera cita en el gabinete. No deseaba disgustar a Emma faltando el primer día, de modo que cogió el coche y se dirigió allí.

Nada más cruzar las puertas correderas de cristal flanqueadas por dos pequeños abetos se quedó inmóvil contemplando el vestíbulo. Un instante después se acercó a la recepción poseído por una viva sensación de inquietud. «Centro Mondragón», se leía en la placa sujeta con un imperdible en la blusa de la recepcionista. Dio su nombre y la chica tecleó en el ordenador.

—Tiene cita con la doctora Jiménez Pazo en la primera planta. Sala E1.

Se disponía a agradecerle la información, pero, de improviso, volvió a quedar paralizado.

—¿Qué sala ha dicho?

Ella se lo repitió. Si la expresión del hombre le extrañó, no dio muestras de ello. Sin duda pensaba que era precisamente la gente extraña la que acudía a sitios así.

Avanzó por el pasillo como en un sueño. No sabía lo que le ocurría, se encontraba muy nervioso, las palmas de las manos le sudaban. Se tranquilizó un poco cuando subió en el ascensor, pero al llegar a la primera planta volvió a detenerse ante la fila de espejos que decoraban el corredor. La puerta E1 se reflejaba en el primero. Llamó suavemente con los nudillos y una voz lo invitó a pasar.

La doctora Sofía Jiménez estaba sentada tras el escritorio. Era una mujer de rostro alegre y ojos brillantes. Pero cuando Rulfo se sentó frente a ella no la miró: clavó la vista en la pared que

tenía detrás, como buscando algo.

—Perdone, ¿han quitado... una orla de esa pared?

La psicóloga enarcó una ceja. De todas las formas sorprendentes que sus pacientes tenían de comenzar una terapia, la de aquel sujeto, sin duda, se llevaba el premio.

—¿Una orla?

—Sí... Algo así... Un diploma o...

—¿Ha estado antes aquí?

Rulfo se quedó callado. Luego dijo:

—No. Me habré confundido.

—Podría ser, perfectamente —le ayudó ella, sonriendo—. Yo soy nueva. Hace un mes esta consulta estaba ocupada por otro compañero. Tenía, por supuesto, sus propios diplomas en la pared. Por eso se lo he preguntado.

Rulfo asintió. Comenzó la terapia.

Pronto descubrió que le agradaba aquella mujer. No era bella, no tenía una mirada profunda o especialmente hermosa, pero era una extraordinaria conversadora, su sonrisa iluminaba todo su rostro y sus respuestas eran atinadas e inteligentes. Sin embargo, a él le gustaba, sobre todo, su sonrisa. A veces le daba la impresión de que contestaba agudezas solo por verla fabricar una vez más aquel gesto.

—Es usted un hombre muy silencioso —la oyó sentenciar durante la segunda sesión.

—Todos lo somos por dentro —replicó.

—Pero, por fuera, pocos lo son como usted.

Rulfo no quiso responder a eso. Se le había ocurrido pensar que en el interior de los cuerpos no había luz y apenas sonido: solo los latidos del corazón. Las palabras, sin embargo, no venían del cuerpo. Las palabras provenían de regiones remotas y visitaban la mente de los hombres.

Y en aquel momento, palabras e imágenes nuevas lo estaban visitando.

Pero no quiso decírselo.

Otra de sus costumbres era dar un paseo hasta el ambulatorio de Chamberí y esperar a que el doctor Ballesteros terminara su consulta. Al principio, esto lo hacía un par de tardes por semana; luego limitó sus visitas a una cada mes o dos meses. Pero siempre era bien recibido. El médico y él se marchaban juntos, se sentaban en alguna cafetería a beber cualquier cosa menos alcohol y charlaban. A Ballesteros le agradaba aquel joven reservado y culto de mirada oscura. Eran amigos desde que Rulfo se había presentado por primera vez en su consulta, a mediados de octubre del año anterior, a causa de unas extrañas pesadillas que ya no habían vuelto a repetirse, de lo cual Ballesteros se congratulaba.

Aquella tarde, Ballesteros le mostró las fotografías de su primera nieta. Tenía en el rostro la sonrisa orgullosa del abuelo debutante, era un hombre repleto de felicidad y quería compartirla con Rulfo. Tras celebrar la belleza de la pequeña, Rulfo dijo:

—Mi hermana me está pagando unas sesiones de terapia psicológica en un centro privado. Dice que me encuentra deprimido.

—Ha hecho bien. ¿Y cómo te va?

—Me siento mucho mejor. He asumido ya lo de Beatriz.

El médico enarcó las blancas cejas en un gesto de admiración. Pocas veces su amigo había logrado mencionar el nombre de aquella chica sin echarse a llorar. Interpretó el paso como un elemento de mejoría.

—Eso es estupendo —dijo.

—Pero hay algo más. —Rulfo lo miraba con fijeza—. Asistir a esa clínica me ha hecho recordar cosas... Datos olvidados. No me mires así, no estoy loco. Me he encontrado con una especie de cabo suelto, he tirado de él y ahora lo sé todo... —De repente se acodó sobre la mesa del café y habló en otro tono—. Eugenio, ¿recuerdas las pesadillas que tuviste en noviembre pasado? ¿Esas que me contabas...?

Ballesteros frunció el ceño.

—Lo único que tuve en noviembre pasado fueron unas jaquecas muy fuertes. Pero ya estoy bien, y lo sabes.

—Pero también unas pesadillas... Soñabas con un bosque lleno de sangre, unos ojos brillantes, una niña rubia que vivía bajo tu cama...

—Ah, ya —Ballesteros se echó a reír—. Eran sueños referidos a Julia. Pero se terminaron. Yo también he empezado a asumir lo mío.

No parecía ser ésa la respuesta que su amigo esperaba. Se inclinó más hacia él.

—¿No recuerdas a una chica de pelo negro y largo, muy hermosa...? Oh, bueno, ya sé que no. —Hizo un gesto, interrumpiendo la réplica de Ballesteros—. Yo tampoco recordaba nada hasta hace unos días. ¿Sabes lo que creo...? —Titubeó como si no se atreviera a añadir nada más. Pero dijo—: Creo que nos borró la memoria. Por completo. Y lo hizo para salvarnos.

—¿A quién te refieres?

—Era lógico. No podíamos seguir vivos sabiendo todo lo que sabíamos, pero no quiso matarnos. Te hizo revivir, curó nuestras heridas, borró todos los rastros de lo sucedido, incluyendo nuestros recuerdos...

Los ojos grises del médico estaban abiertos como platos.

—Salomón, ¿estás seguro de que esa terapia a la que vas es efectiva?

Rulfo no contestó. La imagen de ella inclinándose sobre Ballesteros y luego sobre él, para después alejarse en dirección al grupo, era lo último que su mente albergaba al despertar en su propio dormitorio aquel domingo de noviembre del año anterior. Siempre había creído que se había tratado de un sueño, pero ahora estaba casi seguro de que todo había sido muy real: las damas, la tragedia de César y Susana, la verdad sobre Beatriz Dagger... Casi seguro. *Aunque, para seguir con vida, tenga que continuar creyendo que lo he soñado*, pensó.

Y con idéntica certidumbre supo, contemplando el asombrado semblante de su amigo, que ellas ya no los molestarían jamás, porque habían dejado de importarles. Habían importado mientras formaban parte del plan, de las palabras, del verso. Pero ya eran simples personas. Y seguían viviendo.

Se preguntó vagamente si también ella sería feliz, y deseó que así fuera. Ahora que volvía a liderar el grupo, quizá había encontrado el lugar eterno que le correspondía. Incluso era probable que la antigua Akelos hubiese regresado también. En cuanto a su hijo... ¿Qué le había dicho ella aquella noche, antes de que viajaran al bosque? «El destino siempre es olvidar». Tenía razón, y ahora lo comprendía. La vida, la verdadera vida, se encontraba en el presente, capturada en una polaroid sobre la mesa, con sus grandes ojos abiertos al mundo. La primera nieta de Eugenio

Ballesteros.

—No te preocupes. —Sonrió—. Estoy bien, Eugenio. Y todo ha terminado.

Su amigo le miró en un silencio breve, íntimo y afectuoso como un abrazo.

—Me alegro, fuera lo que fuese —dijo por fin.

La compañía de Sofía Jiménez le agradaba cada vez más. Y era evidente que el sentimiento era recíproco. Un día, ella le habló con franqueza: era divorciada, no pretendía emprender una nueva relación de amores y fracasos mutuos. Solo deseaba mucha amistad, un poco de pasión, inmensa comprensión. Era justo lo que Rulfo quería, y así se lo dijo. Siguieron viéndose, y a ella le hizo feliz, especialmente, un detalle.

—Aún no me has dedicado ningún poema. Y eso que dices que eres poeta. Pero no creas que te lo reprocho: me agrada. Lo contrario hubiera sido una inmadurez.

A partir de ese momento empezó a darle vueltas al tema Una tarde soleada, recién entrada la primavera, abrió un cuaderno y se enfrentó a la página en blanco. Le invadió una sensación familiar. Cogió un lápiz. Supo que aquél sería, sin duda, su último poema. Ya sentía llegar el silencio, el silencio de cuerpo de nube y colores de sueño. Pensó que quizá viviera muchos años más. Incluso era posible que llegara a ser tan feliz como Ballesteros lo era con sus hijos, pero ya nadie le arrebataría aquel hondo silencio del cuerpo.

Amado silencio.

Empezó a escribir.

*En la ventana aún dura el sol*

*Ya no hay palabras*

*Sentir*

De repente se detuvo. Le ocurría algo.

Comprendió que carecía por completo de inspiración. *Las Musas me han abandonado. Del todo.* Constatar aquella ausencia casi le hizo reír. Sin embargo, siguió escribiendo.

*Desciendo*

*Solo desciendo*

*Y qué veo*

*Qué es lo que veo*

*Ahí*

*Abajo*

*Qué*

*?*



JOSÉ CARLOS SOMOZA ORTEGA. (La Habana, Cuba, 13 de noviembre de 1959). Escritor, reside en España desde 1960, cuando se mudó con sus padres por motivos políticos. Reside en Madrid con su mujer y dos hijos.

Tras estudiar medicina y psiquiatría, en 1994 se dedica a tiempo completo a la literatura.

Está considerado uno de los autores renovadores de la literatura de misterio y fantasía en castellano, con obras en las que busca romper la barrera entre los géneros. Ha publicado las novelas *Silencio de Blanca* (premio La Sonrisa Vertical 1996), *La ventana pintada* (premio Café Gijón 1998), *Cartas de un asesino insignificante* (1999), *Dafne desvanecida* (finalista del premio Nadal 2000), *La caverna de las ideas* (premio Gold Dagger 2002 a la mejor novela de suspense en Inglaterra, finalista del Independent Foreign Fiction Prize), *Clara y la penumbra* (premio Fernando Lara 2001, premio Dashiell Hammett 2002 a la mejor novela policíaca, designada por la prestigiosa Lire entre las diez mejores novelas del año), *La dama número trece* (2003), *La caja de marfil* (2004), *Zigzag* (2006, finalista del John W. Campbell Memorial en Estados Unidos), *La llave del abismo* (2008, premio Ciudad de Torrevieja de Novela) y *El cebo* (2010). También ha escrito novela corta, relatos y piezas teatrales radiofónicas como *Langostas* (1994, premio de Teatro Radiofónico Margarita Xirgu) y escénicas como *Miguel Will* (1997, premio Cervantes de Teatro).

Además ha colaborado en varias antologías de cuentos y es coautor de *Tragedias griegas*.

Su obra ha sido traducida a más de treinta idiomas.

Sus preferencias literarias personales pasan por la novela negra de John le Carré, William Shakespeare, John Connolly o Dashiell Hammett, y es socio de honor de Noche (Asociación

Española de Escritores de Terror).